



76283
R-4118

75-3

S:6283

ISABEL DE GUZMAN

NOVELA ORIGINAL

POR

DON BRAULIO A. RAMIREZ.

PRIMERA PARTE.



Nm 6755
Nr 6692
R. 7742 (1327-05)

MADRID

Imprenta de D. Francisco Andrés y compañía.

1847.

REPUBLICAN PARTY

THE NATIONAL CONVENTION

1860

AT THE CITY OF PHOENIX

THE NATIONAL CONVENTION

REPORT

OF THE NATIONAL CONVENTION

1860

INTRODUCCION.

ENVANECIDO el Emperador Napoleon con la continuada serie de sus conquistas, y lleno de confianza por el feliz éxito de sus primeras tentativas, hizo que sus ejércitos invadiesen el territorio español, y destronando á Fernando VII, trasladó la corona de este monarca á las sienes de José Bonaparte. La desmedida ambicion del coloso, debia estar satisfecha. Con la conquista de España, su corona imperial se enriquecia con una de las mas preciosas perlas del mundo; pero esta joya malamente adquirida, tenia que desprenderse de ella así que los españoles intentasen sacudir el yugo de la dominacion francesa. En efecto, la voz de un solo pueblo puso en conmocion á toda la Peninsula, y bien pronto al rugido feroz del leon castellano voló avergonzada el águila imperial hácia la cuna de sus marchitadas glorias.

Un dia del mes de Mayo de 1814, reunidas en las inmediaciones de Tolosa dos partidas de fugitivos franceses que desalentados huian sin saber á dónde, creyéronse muy capaces de sostener una lucha con la guerrilla de españoles que les iba al alcance. Alentóse el ánimo de los estrangeros al ver que las fuerzas de sus enemigos eran muy inferiores, y conseguida una victoria sobre ellos, se figuraban que acaso podria cambiar la faz de su desauciada causa. La batalla se presentó, y roto

el fuego de una y otra parte con el mayor empeño, el éxito parecia dudoso. Al cabo de dos horas de combate, las escasas fuerzas de los españoles se habian debilitado mucho, y redoblado el ánimo de los franceses al columbrar el laurel de la victoria, hicieron el último esfuerzo y arrollaron á los pocos españoles que aun tenian la audacia de hacerlos frente. La primer diligencia de los vencedores, fue arrojarlos sobre los vencidos para despojarles de cuanto tenian. Un oficial español, de semblante noble, mirada imponente y de formas hercúleas, resistiase á que los soldados franceses le pusieran las manos, y víctimas de su atrevimiento, tres de ellos habian sido derribados al suelo. Observado esto por un oficial del ejército francés, pero hijo de España á juzgar por sus palabras y su acento, se indignó al ver que un prisionero quisiera hacerse superior á los soldados vencedores, y poniéndole su espada al pecho le invitó á que se rindiese. No era esto lo bastante para acobardar al intrépido oficial español. Hizo un movimiento para desarmar al miserable que le amenazaba porque le veia indefenso; pero se contuvo reflexionando que su temeridad le costaria la vida. Por último, avergonzados los soldados franceses de que un hombre solo les infundiese tanto temor, lanzáronse á él furiosos y despues de causarle algunas heridas y registrarle escrupulosamente, no le encontraron mas que un legajo de papeles que nadie sino el oficial afrancesado cuidó de recoger.

Viendo que la noche estendia ya sus sombras, acordaron los franceses esperar en aquel sitio el dia siguiente, y en efecto allí se acamparon, tomando las precauciones necesarias para la custodia de los prisioneros.

Pocas horas despues reinaba el mas profundo silencio en el campamento. Unicamente solia perturbarle la acompasada marcha de alguna patrulla y los ayes de los

prisioneros heridos, cuyas esperanzas de victoria y de felicidad vinieron á disiparse ante la horrible idea de una muerte cierta.

El saludo marcial de los clarines que anunciaba la venida de la aurora, dió vida y animacion á aquel campo de luto, al paso que crecía el pavor de los infelices prisioneros, viendo acercarse el término fatal de su existencia.

Destacadas algunas avanzadas en varias direcciones, oyóse de repente la voz de alarma de una de ellas que se replegaba hácia el campamento, huyendo del formidable enemigo que se les acercaba. Corrió cada cual á tomar sus armas, los equipajes fueron abandonados, y lo único que se acordó en medio de aquel azoramiento fue el armar á los prisioneros, para que diseminados entre los franceses, contribuyesen á robustecer sus escasas fuerzas. Todo fue inútil. Apenas se hicieron los primeros disparos por la columna del ejército español, los franceses se dispersaron en vergonzosa fuga. Muchos murieron en el campo de batalla, algunos cayeron prisioneros, y muy pocos lograron salvarse del terrible impetu de los aguerridos españoles, ocultándose en el monte Aralar.—De estos, fueron el oficial español y el afrancesado que se reservó los papeles.

Al mismo tiempo que el último resto de las huestes de Napoleon evacuaba el territorio de España, el hijo de Carlos IV habia recobrado la libertad despues de un largo cautiverio, y penetraba en nuestro suelo, halagado por las vehementes aclamaciones de un pueblo que le lloró cautivo, y que le recibia como el ídolo de su corazon. Nunca un Soberano se vió tan querido de sus pueblos: tampoco ningun Rey llegó á ser tan ingrato con sus súbditos. Mucho antes de acercarse á los muros de la corte, empezó á manifestar su disgusto y aversion

á todo lo que tendia á reprimir las pretendidas prerogativas de la corona Real, y así es que no quiso recibirle la comision que del seno de las Cortes salió á recibirle y ofrecerle sus respetos. Con este motivo y las diferentes prisiones que se hicieron de las personas que mas habian contribuido á enarbolar y defender el estandarte de independencia nacional, humillando la altivez del conquistador del mundo, los partidarios del absolutismo, creyendo llegado el tiempo de su dominacion, se lanzaron á las calles. Alentados con la tolerancia de la autoridad, fulminaban improperios contra los liberales, derrocaron la lápida de la Constitucion, y por último, penetraron furtivamente en el Congreso de la representacion nacional y destrozaron cuanto se presentaba á sus ojos, para que no quedase memoria de aquel altar sacrosanto, emblema de virtud, de españolismo y de libertad.

Entonces que debió empezar para los españoles una positiva era de paz y de ventura, fue cuando esta heroica nacion comenzó á experimentar todo el peso del mas cruel desengaño. Sus sacrificios, la desolacion de sus pueblos, y su sangre vertida por espacio de seis años, lejos de hallar recompensa en el príncipe que lo causara, fue por largo tiempo pagado con persecuciones, calabozos, destierros y patibulos. Tal es la triste época que alcanza la historia de que nos vamos á ocupar. Sus lectores no encontrarán bellas imágenes, ni pensamientos elevados, pero si un testimonio de verdadero amor á la virtud y á la patria, que es el tributo que el autor se propone rendir á tan caros objetos.

CAPITULO PRIMERO.

ISABEL Y CARLOS.

EN el mes de Abril, todo es animacion y vida: la naturaleza sonríe por todas partes: las flores son mas frescas que nunca, el sol mas puro, y los arroyos serpentean cristalinos, retratando en sus abismos el bello azul de un cielo sereno. En esta hermosa época del año, los campos que dejó yermos el crudo invierno, se visten de gala para festejar á la alegre primavera: los gilgueros gorgean entre los matorrales: la alondra canta junto á las nubes: la golondrina construye su nido en los techos y aleros de los palacios, y el perezoso mortal que por espacio de muchos meses apenas se atrevia á regalarse con los tibios rayos del sol de invierno, se lanza gozoso á la vida campestre poblando las desiertas campiñas.

En las márgenes del Tajo, de ese rio, foco de tantas inspiraciones para nuestros poetas por la magestad de su corriente que arrastra arenas de oro, se ve la naturaleza con toda su riqueza y esplendor. Arboles inmensos que se elevan gigantes y erguidos, ocultan entre sus copas varios edificios que en uno y otro lado amenizan la deliciosa vega del Tajo entre Toledo y Aranjuez; pero el que mas se distingue por su magnitud y antigüedad, y por los bellos jardines que le rodean, es el de la quinta de Guzman, que hará un centenar de años pertenece á

una noble familia. El edificio no es hermoso, pero tiene regularidad arquitectónica: no es del gusto de la época, pero su misma decadencia que recuerda su edad floreciente, infunde respeto como aquel octogenario cuyos nevados cabellos y encorvada figura nos infunde veneración.

El jefe de la familia de Guzman, es un valiente oficial del ejército, cuyas hazañas empezaron en los primeros años del siglo, pero ahora, en 1823, vive retirado en su hogar doméstico sin mas entretenimiento que derramar beneficios sobre los pobres de aquella comarca que le adoran como á su ídolo, y sin mas recreo que las caricias de una esposa tierna, y de dos hijos que forman el complemento de su felicidad.

Penetramos en la quinta de Guzman, en el momento que los rayos del sol de una tarde apacible, se quiebran en las copas de los árboles, reflejando lijeramente en las aguas del Tajo.

Reclinada en la reja de una habitación baja, que presenta la mas bella perspectiva de los jardines, se ve á una muger de agradable fisonomía, de hermosa estatura, de ojos negros y color tan sonrosado, que hace imperceptible la huella de sus cuarenta años. Esta es la señora de Guzman, que ora recorre con avidez las páginas de un libro, ora tiende una mirada á sus hijos Isabel y Carlos que á muy corta distancia hablan en silencio. De repente se levantaron los dos hermanos; imprimieron un beso cariñoso en los labios de su madre, y ambos emprendieron una vereda que conduce á orilla del rio. Isabel acaba de cumplir 17 años: es tambien de hermosa estatura; de ojos negros y rasgados y su tez nacarada y trasparente, que apenas tiñe un ligero carmin, forma un lindo contraste con las espirales de sus rizos de ébano. La fisonomía de Carlos es cándida y espresiva, y hasta la palidez que baña su rostro, destello fiel de un sufrimiento moral y continuado, le da una magestad interesante. Cualquiera admiraria en esta criatura de 18 años la mas perfecta creación de la naturaleza, pero es-

te desventurado jóven que vive en la aurora de sus días, en la edad que todo lo concibe grande, magnífico ideal; este ángel lleno de atractivo y espresivo candor, es un lucero sin destellos, un diamante sin brillo, un sol sin rayos, en fin.... es ciego!!... Por una justa ley de la Providencia, estas almas son generalmente dotadas de una sensibilidad exquisita, de un admirable instinto, de una imaginacion verdaderamente poética, y esto sucede con el infeliz Carlos, que así llora como un niño cuando su tierno corazon es herido por el pesar mas leve, como se entusiasma cual un genio cuando su arrebatada fantasia vuela audaz por el campo de las mas bellas ilusiones.

Emprendieron como decimos la senda que conduce al río, sin duda como suelen muchas tardes, á recorrer los sitios mas deliciosos de la quinta; pero esta vez ni uno ni otro hermano hablan de los pajarillos que cantan, ni del arroyo que murmura, ni de las flores nacies que embalsaman el aura. Los dos caminan á paso lento. Isabel con las manos cruzadas y la vista fija en el suelo, y Carlos apoyado en el hombro de su hermana, enjugándose alguna lágrima que se suele desprender de sus muertos ojos. Llegaron por fin á una pequeña llanura tapizada de violetas y jacintos silvestres, y al pie de un sauce cuyas añosas raices van á salir á la márgen de un arroyo, se sentaron uno frente de otro. Carlos entonces como si reconcentrase en su corazon toda la fuerza de un sentimiento grande comenzó á verter un raudal de lágrimas, estrechó cariñosamente la mano de su hermana, y con palabras entrecortadas la dijo:

—Isabel; mi buena hermana! soy muy infeliz!!... He querido que no pasara de esta tarde el revelarte un secreto, porque has de saber, que me estaba asesinando. Ahora nadie nos oye, estamos solos, y es preciso que hablemos sin rebozo; que tú me digas tus pesares y que yo te diga los míos.

—Carlos, no te comprendo: yo no abrigo ningun pesar, al contrario; me tendria por mas feliz que nunca si no te viese verter esas lágrimas.

— Calla, calla por compasion; yo si que temo comprenderte. ¿ Con que eres mas feliz que nunca? ¿ por qué? ¿ desde cuándo?... ¿ desde que tal vez me vas acostumbrando á vivir solo abandonándome á mi desgracia? Lo sé, querida hermana, y esta verdad es la que me está royendo el alma. Te has cansado de mí, ¿ no es verdad? Te fastidia servirme de lazarillo, no es cierto? ¡ oh Isabel, Isabel! si en mi mano estuviera librar-te de esta carga, ¡ qué importaba que perdieras el corazon que mas te adora en el mundo si este corazon te es inútil, enteramente inútil!....

— ¡ Carlos! esto ya es demasiado, ¿ por qué me hablas de ese modo? A saber que era para hablarme asi, no hubiera accedido á tus instancias, no hubiera consentido en esta entrevista.

— Escúchame, hermana mia. Aun no estan muy lejos aquellos dias felices en que solias confesarme que tu dicha consistia en estar á mi lado. Aun estan mas próximos aquellos en que solias irmé á despertar muy temprano para que la felicidad de estar juntos empezase con la luz del dia. Bajábamos despues á la ribera, y alli sentados sobre el césped sin mas testigos que las aves, cuyos trinos nos alegraban, tú me revelabas tus pensamientos y yo los míos. Me enseñabas á distinguir las plantas por su aroma; y me enseñabas tambien..... ¿ te acuerdas? aquella fábula que me recreaba tanto; el lenguaje de las flores como tú dices. En estos momentos si que tocaba yo la felicidad, que la veia, si, que la veia, pero ahora en vez de ir á buscar al pobre ciego para guiarle, das lugar á que esponga su vida para ir en tu busca. Lejos de codiciar que estemos juntos, esquivas las ocasiones, prefiriendo la compañía de la última de nuestras criadas. Cuando alguna tarde me llevas á respirar el aire libre, parece que lo haces por obligacion y no por voluntad. No me hablas con aquella franqueza que antes. No tocas el piano para distraerme: te olvidas en fin de mí, dejándome solo con mis ti-

nieblas, solo! que equivale á entregarme á la desesperacion!!....

—¡Carlos! por Dios no hables así, porque me estás martirizando. Yo te quiero como siempre, hermano mio, y nadie en el mundo es capaz de robarte el lugar que ocupas en mi corazon.

—Pero bien, esa indiferencia, Isabel.

—No existe, hermano mio, te quiero mas que nunca.

—No, Isabel, eso no es cierto. ¿Has ido á hacerme compañía esta mañana, ni á saludarme siquiera? ¿fuistes ayer? Tampoco: ¿y la mañana anterior?... tampoco, Isabel, tampoco!

—Será un olvido involuntario, una casualidad.

—Calla, no me insultes con tus burlas además de tus diferencias. Te he exigido esta entrevista formal, para que me disipes estas dudas mortales, no para que me alucines con tus engaños ó con tus disculpas.

—¡Dios mio! ¿qué he de hacer para convencerte de la verdad?

—Hablarne con franqueza, pues todo lo prefiero á vivir en esta incertidumbre. Hace ocho dias, Isabel, ocho dias eternos, que el pobre Carlos no tiene hermana; que el infeliz ciego no encuentra guia. Ocho dias que en un rincon lloro desconsolado, y ninguna mano generosa se ha aparecido á enjugar mi llanto. Esa conducta es demasiado criminal para un corazon tan generoso como el tuyo, y me revela una verdad que me espanta. Isabel, tú no me quieres; te has cansado de ser mi hermana, y me abandonas para que luchando con el horror de esta noche sin fin, me desespere y cometa un crimen.

—¡Carlos!

—Sí, un crimen horroroso. Tú no sabes, Isabel, tú no sabes de lo que es capaz un corazon á los diez y ocho años abrumado por esta venda que no se puede arrancar!....

—Hermano mio, vives muy engañado; yo te quiero, yo te adoro con todo el cariño que cabe en mi corazón.

—Entonces, ¿cómo interpretar ese desvío?

—De cualquier modo menos de ese.

—Sin embargo, Isabel, hay sus razones para dudar de esa verdad y fundados motivos para creer que no merezco tu confianza.

—¿Por qué, mi querido Carlos?

—¿Por qué? lanza una mirada sobre lo pasado y cotéjalo con el presente. Hace dos meses que poniendo fin á mi ansiedad, viniste de la corte porque hacia cuatro años que estabas en el colegio. Te faltaba tiempo para revelarme todas tus dichas de entonces, tus pensamientos mas recónditos. Entre otras cosas me confiaste, ¿te acuerdas, Isabel? me revelaste un secreto, que yo te agradeci, aunque francamente, me llenó de amargura, porque profeticé lo que está sucediendo.

—Te engañas, Carlos, yo no he dejado de quererte ni sucederá mientras viva.

—Tú misma no comprendes, hermana mia, lo que pasa por ti. Tú amas á ese hombre, y te es indiferente todo lo que no sea él.

—Ese es un error; confieso que he sido criminal contigo dando lugar á esas interpretaciones, pero te pido perdon de todo y en cambio..... te prometo revelar todo el secreto. ¿Lo quieres así?

—Convengo en ello.

—Pues bien, Carlos, como tú dices, ahora nadie nos oye, y podemos hablar sin rebozo: ese hombre, á quien amo, el capitán Federico, hace ocho dias que está cerca de nuestra quinta.

—¡Cielos! ¿en dónde?

—En la granja de enfrente, que es de su tía la condesa del Ormazal.

—¡Ocho días!... Esos mismos son los que yo cuento de agonía, Isabel. ¡No me engañaba el corazón!

El acento dolorido que el infeliz ciego daba á estas expresiones, revelaba la tristeza de un alma profundamente herida. En efecto, desde que Isabel confió á su hermano el secreto de sus amores, Carlos tenia celos del hombre que le robaba el cariño de la persona que mas adoraba en el mundo; pero este sentimiento lo sacrificaba de buena voluntad por no acibarar las dichas de Isabel. Haciéndose superior á todo, procuró tranquilizarse, y continuó.

—Y bien, hermana mia ¿qué importa que quieras á ese hombre para acordarte de mí? Yo soy feliz cuando tú lo eres, y si el capitán Federico te ama, tu hermano Carlos te ama tambien. Que correspondas con mas entusiasmo al capitán, nada tiene de extraño, porque al fin es de bella figura segun me has dicho; él no es ciego como yo; él no se tiene que dejar buscar, sino que te buscará á ti para llamarte bonita y ponderarte su amor; él por último te puede hacer dichosa siendo tu esposo. ¿Cómo habia de luchar yo con tan formidable enemigo? Imposible, imposible, pero por Dios, hermana mia, sé menos cruel conmigo. Ya ves; yo solo en el mundo no soy mas que un espectro errante y espantoso. Para poder vivir, necesito la salvaguardia de un ángel, y ya que el cielo te envia á mi lado....

—Un grito de sorpresa que lanzó Isabel, cortó por un momento las palabras de Carlos.

—¿Qué ha sido, Isabel? ¿qué has visto? ¿quién está ahí?

—Nadie, no es nadie, mi querido Carlos; pero retirémonos, la noche se acerca y me da miedo que estemos solos.

—Me engañas, Isabel. Tu mano está temblorosa. Algo te ha sorprendido, ¿qué es eso? ¿Todavía mas misterios? ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Repito que no vale la pena. A alguna distancia he des-

cubierto al señor Lebron y se acerca hácia nosotros. Me es tan fastidiosa la conversacion de ese hombre....

—¿De quién? ¿del señor Jayme Lebron?

—Sí.

—Con efecto, su conversacion es adusta y su presencia repugna segun te he oido mil veces, pero es preciso disimularle, querida hermana. Le somos deudores de un gran beneficio, de nuestra felicidad tal vez.

—A pesar de eso vámonos, querido Carlos; no quiero que me hable, no quiero verle. Anda, hermano mio, dame este gusto.

Carlos obedeciendo á su hermana se levantó, y ambos emprendieron la vereda que conducia á la casa.

Jaime Lebron es un hombre de cuarenta años, pequeño de cuerpo, ojos negros y saltones y nariz roma. Su trage habitual es una levita de paño verde que casi le cubre los pies, y un sombrero blanco de ala muy ancha. De esta manera le descubrió Isabel entre los árboles. Lebron viendo desaparecer á los dos hermanos, se detuvo un instante; asomó á sus labios una sonrisa burlona, y continuó impassible su camino.



CAPITULO II.

EL DIA DE SAN VICENTE.

Carlos al parecer se ha olvidado ya de los resentimientos que tenia con su hermana, si bien esta, doliéndose sin duda de sus justas querellas, observa una conducta menos escéntrica, por decirlo así. Ahora les embarga un solo pensamiento, una idea culminante que les absorbe todos los instantes y todos los recursos de su imaginacion; la proximidad de San Vicente Ferrer, que es la festividad mas notable del año en la quinta, por ser los dias del señor Guzman. Carlos é Isabel proyectan una agradable sorpresa confiando en sus genios liricos y filarmónicos: y así es que penetrando la vispera de San Vicente en una de las habitaciones mas retiradas de la quinta, les encontraríamos ya arreglando sus signos musicales, ya afanándose por buscar el ingrato consonante que se resiste á *redondear* una redondilla. Llevan ya muchas horas de estudio, y felizmente la rápida inspiracion va á venir en su socorro para terminar la obra. Carlos está pendiente de un vocablo, y Luisa con impaciencia agita la pluma entre sus dedos sin atreverse á interrumpir al poeta. Por fin llegó el dichoso momento, y Carlos antes que aquella feliz idea se confundiese en el caos de su trabajada imaginacion, dijo á su hermana: escribe, Isabel, escribe.

«Porque te ama el pobre Carlos
Como ama el ciego la luz.»

Isabel obedeció trasladando al papel estos dos versos aunque con algo de violencia, porque la alusion no dejaba de hacerla daño.

—¡Siempre lo mismo! exclamó. ¿No conoces que mañana no es día de que haya tristeza? ¿Por qué en esta cancion tan bonita vas á mezclar esa hiel que no podrá menos de amargar á nuestro padre?

—No, querida Isabel; aqui habla el poeta y no el hijo. Yo deseo espresar nuestro cariño hácia él, y lo mismo podria haber dicho como ama el esclavo la libertad; pero no, es imposible que se ame nada como el ciego la luz.

—Sea como tú quieras; lo cierto es que ya estan las dos estrofas, y no sabré decir cuál me gusta mas. La mia es la primera, ¿no es cierto? ¡Oh! qué bien la voy á aprender. ¿Quieres acompañarme con el arpa?

—No; antes de todo, es preciso que las repasemos escrupulosamente. Lee con detencion, y corrijamos sus defectos. Isabel, como si fuera creacion suya, leyó en alta voz dando con su ternura un valor indecible á estos versos.

Bien haya padre adorado
Quien tus caricias recibe;
Bien haya el mortal que vive
Como tu hija feliz.
Que mecida entre los brazos
Del que tanto amor inspira,
El aura suave respira
De un bello día de Abril.
Que es amarte
Su delicia
Su codicia
Tu amor es.

Y odiára la triste vida

Faltándola tu querer.

Si en el amor de tus hijos

Solo cifras tu ventura,

Ellos te aman con ternura,

Con religiosa virtud.

Y jamás estos afectos

El tiempo vendrá á borrarlos,

Porque te ama el pobre Carlos

Como ama el ciego la luz.

Que es amarte

Su delicia

Su codicia

Tu amor es;

Y odiáran la triste vida

Faltándoles tu querer.

—Perfectamente, dijo Carlos; he ido cotejándolos con la música, y la medida se amolda bien.

—Ahora, añadió Isabel, falta que lo ensayemos muchas veces para que no pierda en mis manos tu inspiracion: nos oirá mucha gente, y es preciso que nos esmeremos hasta donde alcancen nuestras fuerzas.

—¿Con que espéras mucha concurrencia?

—Oh! sí, numerosa y lucida. Dicen que hace muchos años no han estado tan concurridos los caseríos de esta comarca como ahora, y nuestro padre piensa convidar á todas las familias. ¡Qué lástima, que no estuviese aquí mi querida Matilde! Es tan hermosa y tan alegre, que basta para animar cualquier reunion: sería la reina del baile como era la reina de mi colegio. ¿Pero en qué piensas, Carlos?

—En nada, Isabel, te estaba escuchando. ¿Dices que vendrá mucha gente mañana?

—Sí, mucha, ¡qué! ¿no quisieras que viniera mucha gente?

—Al contrario, yo deseo que haya mucha concurrencia para que te diviertas, para que te admiren. ¡Estarás tan interesante!

—¿Por qué lloras, hermano mio?

—¿Por qué lloro, Isabel? ¡Porque no podré verte!....

.

¡Qué hermosa se presenta la ribera del Tajo en una noche apacible en que los rayos de la plateada luna se destacan por entre los árboles!.... El sol refulgente con sus rayos abrasadores, parece devorar la hermosura de la rosa y la magestad del lirio: cuando fija el trono de su imperio en el cénit, las aves esquivan sus rayos y van á ocultarse en la enramada; pero la luna, esa reina de la noche, todo lo engalana con un reflejo que no ofende, con una pálida magestad que encanta. La noche del día de san Vicente forma época en la quinta de Guzman. Los habitantes del lado opuesto del río se dejan conducir por una linda barquilla que rápidamente corta las aguas del Tajo. Los alegres cantares de las zagalas de la ribera resuenan armoniosos por una arena imperceptible y embalsamada, y un cielo sereno teñido ligeramente por una luz blanquecina, cobija aquel cuadro de animacion y vida sobre una alfombra de esmeralda sembrada de flores. El modesto palacio de la quinta parece esta noche rejuvenecido. El reflejo de muchas antorchas hacen sus paredes menos denegridas, y desde el vestíbulo se percibe el blando aroma de un lindo jazmin artificial que se estiende por la escalera hasta la puerta del salon del baile. Este es espacioso. Sus paredes de damasco encarnado, su techo color de cielo sembrado de estrellas plateadas, y tres magnificas lámparas, le presentan con una elegante sencillez que ni deslumbra, ni le hace indigno de ser honrado por las personas que se esperan.

La ansiedad de Isabel y Carlos empieza á calmarse , porque los convidados van poblando el salon. Sin embargo , un sudor frio producido por diferentes causas, baña la frente de la jóven, cuya timidez crece al par que admira la lucida concurrencia , delante de la cual tiene que hacer alarde de sus dotes artisticas. Todas las señoritas la parecian mas lindas que ella , y su trage de tul sobre un viso de rosa ya se la figuraba menos graciosa que antes , y menos elegante la linda corona de camelias blancas que guarnecia sus cabellos de azabache. Estas consideraciones embargaban la imaginacion de Isabel , cuando la llegada de nuevos personajes puso en movimiento á la concurrencia que se apresuraba á saludar á la señora condesa del Ormazal y á otras dos señoritas cortesanas cuya hermosura y elegancia eclipsaba á todas las demás. Isabel no pudo disimular su alegría viendo á un jóven y elegante militar que penetraba en pos de estas señoritas. Era el capitán Federico que iba á ser presentado por su tia la condesa. Acababa de hacerlo así , y los conducia á la presencia de Isabel. Esta sorprendida se arrojó en los brazos de una de aquellas señoritas porque reconoció en ella á su compañera de colegio Julia de Almenara , sobrina de la condesa y hermana de Federico. La alegría de las dos amigas fue indecible , principalmente de Isabel que se prometia grandes ventajas de este encuentro feliz , pero bien pronto una sola palabra de Julia, vino á desbaratar todos los castillos que habia formado.

—¿Y cuándo has venido de Madrid, querida mia? preguntó Isabel cariñosamente.

—He venido esta misma tarde , y felizmente me he encontrado con esta agradable sorpresa .

—¿Y durará mucho tiempo la felicidad de estar juntas?

—Al contrario , querida Isabel , tengo el sentimiento de anunciarte que dentro de cuatro dias me marchó.

—¿Dentro de cuatro dias?

—No tengo licencia para mas. Aquí tienes á mi hermano que no me dejará mentir, porque es el que ha de acompañarme, y Julia señaló á Federico, quien saludó respetuosamente á la hija del señor Guzman sin dar á entender lo que pasaba por ellos. Desde este momento las facciones de Isabel palidieron por la influencia de un profundo sentimiento que parecia haberla arrebatado todas sus ilusiones. Solo deseaba una ocasion propicia para que Federico la dirigiese la palabra, y esta ocasion la suponía muy próxima porque la funcion iba á principiarse, y el baile debía proporcionarla. La señora de Guzman condujo á Carlos al pie del arpa, é Isabel se sentó al piano. Un profundo silencio siguió á este movimiento. Isabel mas temblorosa que nunca comenzó á preludivar al mismo tiempo que Carlos. Seguidamente ejecutaron con un aplomo y destreza admirables una fantasia sobre motivos del Otelo, que fue aplaudida mereciendo los honores de que se repitiera. No habia pasado un cuarto de hora cuando la señora de Guzman, que era el alma del baile, propuso que se bailara un wals. Isabel creyó llegado el momento de satisfacer su deseo, pero la noche se presentaba muy aciaga; Federico cometió la imprudencia de solicitar á la señorita Adelaida, creyendo sin duda que era demasiado tarde para ofrecerse á la señorita de la casa.

Isabel pretestando acompañar á su hermano se evadió de las súplicas de varios jóvenes, y se sentó al piano para distraer su mal humor. Tocaba maquinalmente sin poder apartar la vista del círculo del wals, siempre en busca de la imprudente pareja que segun ella la habia robado un momento de felicidad. Serian pasados cinco minutos cuando en uno de los descansos Adelaida, mas coqueta que generosa, tuvo la desgraciada oportunidad de regalar á su pareja la mejor flor del ramillete, é Isabel que en todo creia ver alusiones á su persona, no pudo tolerarlo; hizo á Carlos una seña con el pie y pusieron fin á aquel tormentoso wals.

Cuando despues de cantar Julia y su amiga Adelaida á instancias de la señora de Guzman correspondió de nuevo á los dos hermanos, precedió un extraño movimiento que en vano trataban de adivinar los circunstantes. Sin duda se preparaba alguna novedad notable. La señora de Guzman debió recibir órdenes de su hija que trasmitió á su esposo, quien como otros muchos habia desertado del salon. Instantáneamente se vió mas poblado que nunca; la calma se restableció, y ya reinaba un profundo silencio cuando el ciego empezó á herir las cuerdas del harpa. Isabel con temblorosa voz entonó la primera estrofa de la cancion, y entonces conoció la concurrencia entera que aquellos armoniosos acentos de Isabel, habian sido inspirados por el genio creador de Carlos. Al señor Guzman á pesar de su elevada estatura y espesos bigotes blancos, se le veia llorar como un niño, imprimiendo muchos besos en las sonrosadas mejillas de sus hijos, y tuvo que trascurrir un buen periodo para que todos se tranquilizasen y la calma se restableciese. De una manera religiosa; como se escuchan en un templo las fúnebres salmodias, asi se escuchó la segunda estrofa de la tierna y sencilla cancion, que acabó por arrancar lágrimas á los concurrentes. De tal modo llegaba á herir las fibras del sentimiento la dulce expresion de Isabel, y la melodia armoniosa de la cancion. Esta vez el entusiasmo de los que aplaudian rayó en locura. Una señorita tuvo la feliz ocurrencia de proponer se tejiesen dos coronas de flores, y en menos de lo que se tarda en escribirlo, se vieron desechos todos los ramilletes y formadas dos lindas guirnaldas de flores naturales que fueron colocadas sobre las sienes de los dos hermanos en medio de una salva de aplausos. Seguidamente se trató de bailar, y la pobre Isabel vió el cielo abierto cuando el capitan Federico la solicitó el primer wals. La suerte, hasta entonces demasiado cruel, se declaró completamente en su favor: el cielo de sus ilusiones se habia despejado, y era pre-

ciso olvidarlo todo para gozar de la felicidad presente. Se oyó en el piano el último pensamiento de Weber, y casualmente le tocaba la que acababa de despertar en ella una especie de inquietud que nosotros llamaríamos celos: la señorita Adelaida, presentada por la señora condesa: la felicidad no podía ser mas cumplida.

—Cuando V. guste, señorita, dijo Federico á Isabel presentándole la mano; y despues acercándose á su oido añadió: Gracias á Dios que te se puede hablar, Isabel. Sin duda que te has propuesto poner á prueba mi sufrimiento, ó hacerme perder toda esperanza.

—¿Por qué? preguntó Isabel sorprendida.

—¡Por qué! ¿Cómo interpretar esa fria indiferencia de tu primer saludo, al cabo de tres dias que no nos hemos visto? ¿A qué atribuir esa esquizvez con que huyes de mi? Dos tardes he bajado al sauce de la ribera, y por cierto que ha sido bien inútil. Esto necesita una aclaracion, señorita; yo no puedo vivir así, no debo consentirlo; creo que mi conducta merece otra recompensa.

—Federico, eres muy injusto, no ha sido por culpa mia. Mi hermano Carlos no se puede separar de mi, y yo no me atrevo á confiarle nuestro secreto. Todas estas tardes por no alejarme mucho de su lado, he permanecido inmóvil á la ventana de mi habitacion por ver si te descubria, pero inútilmente: creí que te habrias marchado cometiendo la ingratitud de no decirme nada. ¡Estaba tan triste!....

—¿Y por qué no has acudido al sitio de costumbre, al sauce de la ribera?

—¡Oh! si supiera mi hermano que le abandonaba por verte, se moriria de pesar.

—Pues bien, confiaselo todo.

—Eso es imposible; yo no me atrevo.

—En ese caso, no debo de creer en tu amor.

—Te equivocas.

—Será que no te inspiro confianza.

—Tampoco es cierto.

—Entonces....

—No sé qué funesto presagio me hace temer de esa revelacion, asi es que quiero guardarlo todo para mí sola. Cuando nos conocimos; cuando ibas todos los domingos á verme al colegio, con pretexto de visitar á tu hermana Julia, solo pensaba en nuestro amor y nuestra felicidad, como si no tuviera en el mundo á mas persona que á ti, pero ahora.... Un hombre que se colocó en medio de los dos amantes, la interrumpió diciéndo con marcada intencion:

—¡Qué pareja tan perezosa! ¿no ven VV. que se pasa esa música tan divina?

—Isabel se sobrecogió asiéndose fuertemente del brazo de Federico. El capitan al lanzar una mirada de desprecio sobre aquel imprudente, se encontró con la insultante de Jaime Lebron. Isabel conociendo que con su animada conversacion se habia hecho el blanco de todas las miradas, se ruborizó y obligó á Federico á que siguiese el torbellino del walls. La investigadora mirada de Jaime, les seguia á todas partes. Quiso el capitan volver al lado del insentato que habia interrumpido tan dulce coloquio sin duda para echarle en cara su imprudencia, pero Isabel se esforzaba para evitar este encuentro, diciéndole:

—Deja á ese hombre, Federico, que puede hacernos mucho mal.

—¿A quién? ¿á nosotros?

—Sí, y á todo el mundo.

—¡Qué! ¿ejerce algun poder sobrenatural?

—Infinito.

—¿Sobre quién, y por qué?

—Es un misterio.

—Deja pues que le obligue á que me lo descubra.

—No, Federico; yo sería la que mas perdiera.

—¿Tú, Isabel?

—Sí, y por Dios no me preguntes más. En este momento el walls se concluyó y cada pareja se retiraba á sus asientos. Entretanto dijo Isabel:

—¡Siempre se nos olvida algo interesante! ¿Con que es verdad que te marchas?

—Dentro de cuatro días.

—¿Vuelves pronto?

—Sí, aun me restan quince días de licencia; ¿Te veré mañana en el sauce de la ribera?

—Ya te he dicho que me es imposible.

—¿Pasado mañana?

—Lo mismo.

—Pues bien, señorita, no espere V. verme en mucho tiempo.

—¡Oh! sí, sí, espérame pasado mañana, dijo Isabel con precipitacion al tiempo de sentarse.

Media hora despues empezó á despoblarse el salon, y ya el manto de la noche se iba replegando hácia occidente, y los pajarillos saludaban el nuevó dia, cuando todo quedó en mayor silencio y la familia de Guzman se entregó al reposo.



CAPITULO III.

ISABEL A MATILDE.

Quinta de Guzman, 7 de Abril de 1823.

Amiga de mi corazon: ¿Deberé empezar implorando tu indulgencia, ó vendremos á confesar que necesitas tú la mia?... Con efecto, mi querida Matilde, no te perdono en mucho tiempo el que no te hayas privado del jardin de España como tú dices, que es el Bierzo, para venir á esta tu casa el dia de San Vicente, como tú me tenias prometido, y mi querida Madrina tambien; pero el castigo le sufrirás con tus pesares, cuando leas en mi carta lo magnifico que estuvo el baile; ya ves que no tardo mucho en escribirte sus detalles. A las diez de la noche empezó á poblarse el salón. Asistieron muchos personajes distinguidos de la corte que se hallan en sus casas de recreo inmediatas á nuestra quinta. Varias señoritas, y entre ellas nuestra querida compañera Julia, amenizaron la funcion tocando y cantando primorosamente. Por último, se

presentó una novedad inesperada , sorprendente, de la que no habrias sido tú la que menos gozase. Entre Carlos y yo cantamos una cancion original de él, dedicada á mi padre , tan tierna, tan dulce y tan bonita que arrebató á cuantos la escucharon ; y pásmate, querida Matilde, fuimos coronados con unas guirnaldas que ignoro quién las trajera , porque la cancion era un secreto para todos.

Basta de detalles, querida mia : me es imposible detenerme mas en ellos, porque tengo prisa de ocuparme de otra cosa. Supongo que esta carta la leerás tú sola ; si no es asi procura hacerlo desde este momento, si quieres merecer dignamente la confianza que te voy á hacer. Serás fiel como siempre, ¿no es cierto? Respetarás mi secreto religiosamente, ¿no es verdad? Pues bien, Matilde mia ; has de saber que aquella Isabel tan desdeñosa en un tiempo ; aquella Isabel que hacia alarde de no sentir jamás las impresiones que nos retrataban las novelas que soliamos leer á despecho de la directora del colegio, ahora se ve completamente burlada. Ama con entusiasmo, con el delirio de un corazon virgen en amores, cuando por primera vez se despierta en él la ambicion de amar. ¡ Ah! si tú vieras á Federico no podrias menos de admirarle ; si le oyeras hablar tendrias que amarle con precision. En sus ojos negros como su cabello rizado, leerias la bondad de su alma, y su hermosa estatura y uniforme de capitán, no podria menos de cautivarte.

¿Por qué abandonaste tan pronto el colegio? Si hubieras continuado hasta cuando yo, conocieras á Federico, te habrias hecho tan amiga de él como de su hermana nuestra compañera Julia, y quizás.... pero ¡ ah! perdona que un exceso de egoismo me haga felicitar de tu ausencia. Tú eres mas bonita que yo ; tu corazon es mas bondadoso que el mio, y probablemente Federico se hubiera rendido ante el poder de tus vivos y rasgados ojos, y entonces... ¡ Dios mio! yo no seria tan feliz, te miraria con envidia. Si supieras cuánto

nos amamos, bendecirias nuestro amor, porque es puro, religioso, inestinguible. Ocho dias hace que vive cerca de nuestra quinta solo por verme, por darme pruebas de su constante amor, y en estos ochos dias únicamente una idea fatal ha venido á perturbar mi felicidad. Nuestra separacion.—Antes de anoche estuvo en el baile: unos admiraban su interesante figura, otros el verle tan jóven y de una graduacion tan distinguida; y por último, las jóvenes le contemplaban embelesadas, pero al menos podian confiárselo unas á otras. Yo, querida Matilde, era la que mas sentia, pero sin atreverme á respirar, ni le miraba apenas por miedo de delatarme á mí misma. Una fuerza sobrenatural me contraia: le miraba algunas veces con los ojos, pero siempre le tenia en el alma: Por último, en medio de estas dulces ilusiones, su hermana Julia sin conocer el daño que me hacia, me anunció su marcha y la de Federico. ¡Oh! figúrate la hiel que verteria en mi pecho esta sentencia fatal. ¿Dicen que los ojos son el reflejo del alma? Es mentira, Matilde, porque á ser verdad habrian leído en mis ojos lo que sentia mi alma. Hoy es el dia destinado para nuestra despedida. La espero con ansia y con temor.

Va á marcharse, y ¡quién sabe si otra muger sería capaz de robarme su corazon! ¡Oh qué idea tan cruel! ¿por qué habré empezado á amar tan jóven para padecer tan pronto!...

Esta se va haciendo demasiado larga, y...

Isabel dejó de escribir porque en el cuarto inmediato se oyeron voces desentonadas entre el señor Guzman y Jaime Lebron.

—He dicho que no, y no los tendré V. Tanta insolencia me irrita, dijo el padre de Isabel.

—Los cien doblones, voto á Dios, ó juro á V.... respondió Jaime. ¿No he dicho á V. que está comprometido mi honor y mi vida? ¿Es justo que yo viva en la miseria, que no

tenga para cubrir mis deudas, cuando el señor Guzman es rico?

—Yo no quiero contribuir á que se sos tengan vicios infamantes.

—Esa no es cuenta de V. ni debe inquietar su conciencia. Vengan los cien doblones.

—Lo dicho, señor Lebron, no los daré.

—¿Será V. capaz de repetirlo?

—Una y mil veces, con la misma enteroza que ahora. Ya estoy cansado de tantas exigencias; nada me importa que rompamos de una vez; ese eterno yugo me es insufrible.

—Creo, señor Guzman, que está V. delirando, porque si no hablaría V. de otro modo. Concluyamos, caballero. ¿Consiente V. en que me vaya sin los cien doblones?

—Consiento.

—Pues bien, no volveré á desplegar mis labios. Supuesto que desde hoy se me cierran las puertas de esta casa, á mí me toca abrirlas, y por cierto que no tardaré. Ya ve V. que le he rogado con la paz y no la quiere admitir; rompamos pues la guerra y veremos quién vence á quién. Su fortuna de V. su persona, sus hijos en fin.....

—¡Chist! ¡calle V.! que pueden escucharnos.

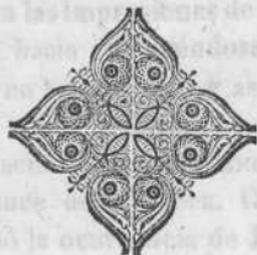
—Nadie nos oye, pero supuesto que así lo quiere V. hablaremos con esa precaucion. Desde entonces no se volvió á comprender una palabra, pero á los pocos minutos se percibió el sonido de monedas que contaban, lo cual probó á Isabel que su padre habia accedido á la exigencia de aquel hombre misterioso.

—¡Gran Dios! exclamó asombrada. ¿Quién es ese hombre que tanto domina á mi padre? ¿Quién es, que siempre encuentra abiertas las puertas de esta casa, y que roba impunemente? ¡Dios mio! ¡qué razon tengo para odiarle! ¡y que ese monstruo sin comprender mi aborrecimiento se atreva á hablarme de amor!..... ¡Oh! le detesto con todo mi corazon.

Isabel continuó escribiendo.

No quiero molestarte demasiado, querida Matilde; además tengo un dolor de cabeza que no me deja coordinar las ideas. En medio de mi felicidad, tengo también pesares que me abruma. ¡Ay! cuántos deseos tengo de verte para contártelo todo, porque tú eres mi única, mi verdadera amiga para quien no tengo secretos. Si así me oyera hablar Carlos, tendría celos de tí. Está enojado conmigo porque no le hago partícipe de ellos, pero hoy va á recibir una prueba de mi confianza. — Vendrá conmigo á ver á Federico, y presenciará nuestra felicidad. — De este modo no tendrá derecho á quejarse. Adios, amiga mia. Abraza cariñosamente á tu mamá de parte de su ahijada Isabel. No dejes de escribirme, si quieres que en recompensa lo haga también tu amiga que de corazón te abraza

ISABEL DE GUZMAN.



CAPITULO IV.

AL PIE DEL SAUCE.

Isabel, abrumada con las impresiones de lo que acababa de oír, conoció lo mal que hacia retrayéndose de confiar á su hermano cuanto pasaba en su corazon, y así es que con muy poca violencia se fue á buscar á Carlos, y le reveló tanto la escena de Jaime y el señor Guzman, como el compromiso que tenia de asistir al sauce de la ribera. Carlos, olvidándose del asombro que le causó la ocurrencia de Jaime, escuchó con indecible placer y con lágrimas de ternura, las demás confianzas de su hermana, porque esto ponía de manifiesto una verdad que le hacia feliz. El entrañable afecto de Isabel, única persona que en el mundo podia dulcificar las amarguras de su vida. En prenda de gratitud, se prometió á si mismo no volver-

se á inquietar por que otro hombre participare del cariño de su hermana. Llegada la hora de partir á la cita , y para probar á Isabel lo propicio que se hallaba á contribuir á su felicidad, fué Carlos al cuarto de ella , quien al escuchar los inciertos pasos del ciego , abandonó sobre una silla un ramito de flores que tenia en la mano, y salió á recibirle.

—¿Eres tú, hermano mio? ¡Oh! ¡cuánto tengo que agradecerle!—No he ido á buscarte porque creí que estarias descansando.

—Me ha sido imposible: tenia miedo de faltar á la obligacion , y así es que solo me he cuidado de velar sobre mí. ¿Y tú, Isabel, estabas descansando?

—No por cierto , querido Carlos. Hace mas de una hora que bajé al jardin.—He cortado en él *ciertas flores* , y ahora las estaba preparando para hacer un regalo. Si vieras qué hermosas son! ¡tienen un aroma y una frescura tan suaves! Como que son flores virgenes cuyos abiertos capullos apenas han profanado los rayos del sol. ¿Mira, percibes el aroma de esta?

—¡Oh! sí , esta debe ser una pasionaria.

—Perfectamente, y esta ¿la conoces?

—Tambien, una anémona.

—¿Y esta otra?

—Esta creo que es... madreSelva.

—En efecto, tienes un instinto admirable. Y ahora bien, señor poeta. ¿Nada le dice á V. la eleccion de estas flores? ¿Ha olvidado V. la poética ciencia de su lenguaje?

—Isabel, no te comprendo.

—Algo reprehensible es eso , mi querido Carlos. ¿No te acuerdas ya de cuando te enseñaba el significado de cada flor? ¡Oh! yo lo aprendí de mis compañeras de colegio y nunca se me olvidará.

—¿Pero á qué viene esa ciencia pueril en estos momentos?

—¿Me explicaré, hermano mio. ¿La anémona no significa fidelidad?

—Si.

—¿Y la pasionaria?

—Fé.

—¿Y la madre selva?

—Union eterna.

—Pues bien, quiere decir que yo necesito significar todo eso en este ramillete que guarneceré de mirto y perpetuas, es decir, de amor perpetuo. ¿No te parece bien mi regalo para Federico?

—En efecto, es muy significativo y bastará á que olvide todos sus enojos y que te ame mas que nunca.

—¿Crees tú que me querrá mucho, y que no me olvidará nunca? ¡Oh! seria muy ingrato si así no lo hiciese, porque yo le adoro con todo mi corazon. ¡Es tan bueno! ¡tiene un alma tan hermosa! ¡Dios mio! concededme por toda felicidad el amor de Federico y el de mi hermano Carlos. ¡Oh! qué feliz voy á ser ahora, porque ya puedo hablar de Federico. Ya se me figura que siempre le he de tener á mi lado, porque siempre le estaremos recordando. Mas adelante, te enseñaré.... que ¿crees que no tengo mas secretos que revelarte? ¿No, Carlos, te tengo que enseñar sus cartas de cuando yo estaba en el colegio; ya se ve, no podiamos hablarnos todo lo que queriamos. ¡Son tan tiernas, tan amorosas! Una sola es capaz de hacer la felicidad de una muger.

Carlos, que no podia escuchar con tranquilidad estas expansiones, interrumpió á su hermana diciendo:

—Vamos, Isabel, ya son mas de las cinco. Si esperamos mas tiempo, quizá se levanten de dormir y ocurra algun incidente que nos impida marchar. Ahora reina un profundo silencio, nadie nos puede ver.

—Pues vamos, Carlos, respondió Isabel; y asiéndole de la mano, ambos bajaron la escalera con la mayor precaucion, y emprendieron el camino que conducia al sauce donde ya impaciente esperaba el capitán. Este hizo un movimiento de sor-

presa al ver á Isabel acompañada del ciego, pero reflexionando un instante, supuso que Isabel se habria decidido á confiarlo todo á su hermano, y no pesándole de esto, se apresuró á recibirlos con muestras de afecto.—Carlos, despues que Federico le saludó cariñosamente, ofreció la mano al capitán, y este la estrechó con entusiasmo.

—Gracias, respondió el ciego á esta señal de aprecio. Gracias, Federico. Ya ve V. que soy un pobre ciego condenado á no servir de nada en el mundo; pero sin embargo, esta alma envuelta siempre en tinieblas, encierra un corazón que sabe sentir como el que mas, que sabe qu'erer como ninguno. Yo ofrezco á V. mi amistad eterna, pero en cambio, pido un solo favor, Federico.—Que aprecie V. en lo que vale la virtud de mi hermana, para que su inocencia no sea empozoñada con el veneno de los engaños. Hágala V. feliz: ámela V. como ella merece, y el cielo les protegerá.

—Bien, Carlos, eso me prueba la grandeza del corazón de V.; pero enjague esas lágrimas que parecen poner en duda el respeto y amor que Isabel me inspira. Su porvenir y el mio estan enlazados. Si he codiciado vida, gloria y riquezas, solo ha sido por ella. Ahora un nuevo ser se une á nuestro porvenir y á nuestra felicidad—el hermano de Isabel, que lo es mio desde este momento.

Las lágrimas de gratitud que se desprendieron de los ojos de Carlos, le conquistaron un afectuoso abrazo de Federico. Por último, el ciego cortó aquel diálogo que segun él debia tener impacientes á los dos amantes, rogando á su hermana que le sentase á orillas del arroyo de manera que pudiese oír el murmullo de su corriente. Retirado Carlos á alguna distancia del sauce, quedaban Isabel y Federico en completa libertad para hablar de sus amores, y en efecto, el capitán Federico dijo:

—Desde que te vi, mi querida Isabel, estoy envidiando ese lindo ramillete que sin compasion maltrata tu mano.

—Comprendo, Federico, pero este ramillete vale mas de lo que puedes figurarte.

—Nada le dará tanto valor como el ser obra de tu mano.

—Aunque eso te conceda, encierra otro misterio que hace su conquista algo difícil.

—¡Eso mas! ¿Y qué es lo que me costaría?

—Tres palabras que valgan por tres juramentos. En tu ausencia, ¿llevarás constante la memoria de nuestro amor?

—¿Y podrias dudarlo, Isabel?

—¿Serás fiel á todos tus juramentos?

—Mientras dure mi existencia.

—¿Prometes amarme eternamente?

—Sí, pero ¿qué significa...?

—Que eso te hace dueño de este simbolo de nuestro amor. Estas flores tienen su lenguaje, Federico, y cada una de ellas expresa un pensamiento. El mirto significa amor, la pasionaria y la anémona, fe y constancia, y la madreelva indica que nuestro amor ha de ser eterno.

—Perfectamente, mi querida Isabel. Yo acojo el simbolo de nuestro amor, y en él adoraré como si fuese tu imágen, como si fuese el emblema de nuestra felicidad. ¡Ah! no quiera el cielo que á su semejanza se marchiten tambien nuestros amores, pero las lágrimas de mi ausencia le humedecerán para que no perezca.

—No, Federico; estas flores seguirán las huellas de nuestros sentimientos. Ahora, por ejemplo, estan frescas, lozanas y alegres como si participasen de nuestra dicha presente. Mañana, ajadas por el pesar de nuestra ausencia, se marchitarán, pero esas perpetuas que Dios nos envia para probar que no todo se agosta como la rosa, serán el verdadero emblema de nuestro amor perpetuo.

—¡Oh! sí, tienes razon, mi querida Isabel, nuestro amor será eterno como nuestra felicidad.—Pensemos pues en ella sola y en nuestro porvenir. ¡Oh! ¡qué bello se deslizará en me-

dio de este amor puro y religioso que nos embarga. ¿No es verdad. Isabel, que hemos de ser muy felices?

—¡Oh! sí, muy felices.

—Dentro de seis meses, ya sabes que espero tener un grado mas, y entonces ya podré atreverme á pedir la hija del señor Guzman. El primer año de nuestro enlace, será completamente voluptuoso.—Mis parientes de Italia nos abrirán las puertas de sus palacios suntuosos para recibirnos con esplendidez, y allí pasada la aurora de nuestra unión feliz, volveremos á España á gozar de una vida tranquila y dichosa. ¿Te parece bien, querida mia?

—Si, pero eso es demasiado adelantarse, Federico. ¿Qué necesidad tenemos de ocuparnos de un porvenir tan lejano y envuelto con los vapores del misterio? Pensemos en la felicidad presente, Federico, ó por mejor decir, en la desgracia de ahora. ¿Es cierto que dentro de dos dias se verifica vuestra partida?

—Si, mi querida Isabel, es cierto. Tengo necesidad de acompañar á Julia, pero cuento con volverte á ver muy pronto.

—Sin embargo, Federico; acostumbrada á verte con tanta frecuencia, me va á parecer esto un desierto, y cada dia un siglo. ¡Dios mio! á la corte! ¡donde hay tantas hermosuras, tantas mugeres que seducen! ¡Oh! ¡cuántos temores me asaltan!

—¡Isabel!! gritó la voz de Carlos interrumpiendo á los dos amantes que sorprendidos dirigieron la vista hácia donde estaba el ciego.

—¿Qué quieres, Carlos? preguntó Isabel asustada.

—¿No has oido nada? ¿no has visto á nadie? dijo el ciego impaciente.

—No, hermano mio, no hemos visto á nadie. Sin duda es el aire que sacude los árboles, dijo Isabel tranquilizándole.

—Tal vez fuera eso. Me habré engañado.

Isabel y Federico continuaron su conversacion sin hacer caso de la indicacion del ciego.

—Tus recelos son descabellados, Isabel, y no debia perdonártelos en castigo de tu ofensa. ¡Amar á otra muger! ¿seria posible desentrañar de mi corazon las raices de nuestro amor? No, imposible, porque tu corazon está formado para el mio, porque se aman y se comprenden, porque el uno sin el otro no podria vivir.

—A pesar de eso, Federico, tú, apartado de mi, volarás al peligro sin temor; olvidando á esta infeliz, espondrás la existencia sin pensar que á la tuya va unida la suya. Alucinado por las bellezas que el mundo presenta, no querrás descender acaso á esta oscuridad que nos envuelve: ¡quién sabe lo que puede suceder! Además, esa ambicion de gloria que te domina, esa impetuosidad de tu alma... me da miedo de que me olvides, me infunde el temor de perderte. Mil veces te he oido hablar con entusiasmo de la sangre que humea en las batallas, del estampido del cañon que va sembrando la muerte, y en esos instantes de arrobamiento, es cuando de nada te acuerdas; ni aun de nuestro amor siquiera. ¿Por qué buscas el peligro de la muerte si yo no podria vivir sin tí? ¿por qué espones tu vida sin acordarte que debes guardarla para que yo sea feliz?

—Por la patria, Isabel. ¡Es tan hermoso verter su sangre por la patria! ¡Oh! fuera indigno del nombre español si no me entusiasmara al grito de la guerra contra los enemigos de la libertad. ¡Si vieras, Isabel, cuánta grandeza se encierra en un combate! El aspecto marcial de los escuadrones; las banderas que el viento agita; y el guerrero clarín que abre el campo de la pelea, son uno de esos sueños dorados que embriagan el alma de un entusiasmo ideal, grande, magnífico! ¿Y el ver, que un puñado de valientes sedientos de gloria se arrojan furiosos á la pelea, y rompiendo murallas de hombres tremolan el estandarte de la victoria en la altiva eminencia

que les insultaba? ¡ Oh! este es el colmo de lo sublime: el hombre se convierte en un héroe, y el héroe se corona de un laurel inmortal.

—¿ Lo ves, Federico? ¿ Y querrás que no tema yo por la pérdida de tu amor? Esa audacia en los peligros, esa ambición de gloria que forma todas tus ilusiones...

—¡ Isabel!! gritó Carlos de nuevo, pero mas sobresaltado que la vez primera. ¿ Tampoco has visto á nadie?

—Tampoco, hermano mio, es aprension tuya.

—¡ Oh! esta vez creo que no me engaño. Alguno ha estado escuchando: he sentido pisadas de una persona cerca de nosotros!, y abrirse paso por unas ramas.

Con el tono de seguridad que Carlos daba, estos pormenores, Isabel y Federico se pusieron en pie y vieron á un hombre que á pasos acelerados se dirigia á la casa de Guzman. Isabel al reconocerle lanzó un grito de terror y exclamó:

—¡ Dios mio! ¡ estamos perdidos! Jaime Lebron ha estado escuchando.

—No puede ser, le hubiéramos sentido, dijo Federico.

—Aprendan Vds. á apreciar los avisos de un centinela sin vista, repuso Carlos. Cuando avisé la primera vez, estoy cierto que ese hombre estaba escuchando; tan cierto como si le hubiera visto.

—¿ Seria posible que ese monstruo fuese á delatarnos? ¡ Dios mio! ¿ qué haremos?

—¿ Pero quién es el que tanto sobresalta á Vds?

—No lo sé, Federico, respondió Isabel. Un hombre que ejerce una influencia misteriosa.—Un hombre cuyo poder se estiende hasta disponer á su antojo de las fortunas y de las personas; tan infame como audaz.

—¿ Quizá aquel mal encarado de la noche del baile?

—En efecto, el mismo.

—¡ Oh! todavia no ha llegado á tu casa. Déjame que salga á su encuentro, y todo se salvará.

—Por Dios, Federico, ese atentado quizá sería precursor de todas nuestras desgracias. Mejor es que lo dejemos así, y que esperemos la suerte con resignación.—Tal vez se compadecza de nosotros y no diga nada á mi padre; pero ¡si se lo dijera!..., ¡Dios mio! nunca me perdonaria esto.—Federico, es preciso que nos separemos.

—¿Hasta cuándo, querida Isabel?

Hasta mañana en el mismo sitio; no, en el mismo sitio no; pudiera volver ese hombre y sorprendernos; mejor es en el paseo de las lilas.

—Bien, no faltaré; y tú, querida mia, no olvides que me dejas con la mayor ansiedad. Adios, mi querido Carlos: cuénteme V. por su mejor amigo.

—Gracias, Federico, vamos pronto, Isabel.

Los dos hermanos emprendieron la senda que conducia á la casa de Guzman agitados y temblorosos.

—Qué te parece, hermano mio, ¿nos habrá escuchado? preguntó Isabel como si implorase algun consuelo.

—Si quieres que te hable como lo siento, respondió Carlos, creo que sí.

—¡Cielos!

—Creo que sí, Isabel, porque las dos veces que avisé, estoy seguro de que no era el aire lo que sacudia las ramas, sino el movimiento de una persona muy poco previsora por cierto.

—¿Y qué nos sucederá, hermano mio?

—Desde que me contaste aquella escena de los cien doblones, no espero nada bueno de ese hombre.

—¡Ay! no sabes lo que me desconsuelan tus palabras, querido Carlos, ¿y qué haremos?

—Esperar la suerte, y recibirla conforme venga.

De este modo siguieron hablando los dos hermanos hasta llegar á su casa en cuya puerta se encontraban Lebron y la señora de Guzman. La madre de Isabel viendo á su hija tan sofocada, la reprendió por haber salido á pasear tan temprana-

no, pero con palabras tan dulces, que contrastaban con las miradas fijas y aterradoras de Jaime.—Isabel no pudiendo resistirlas, confundida y avergonzada se retiró á su habitacion á devorar en la soledad su pena destructora.



CAPITULO V.

TRIGINTA.

Pálida, temblorosa y medio acongojada, se recostó Isabel en su lecho para aliviarse del enorme peso que parecía abrumarla. En vano discurría medios de conjurar la tormenta que se presentaba en el horizonte de su imaginacion. Hacer una súplica á Jaime para que guardase secreto de lo que habia visto, era lo mismo que declararse obligada á aquel hombre que la causaba horror. Anticiparse á confiarlo todo á su padre, era punto menos que imposible, porque tenia que delatarse de faltas que despertarian el enojo del señor Guzman, cuyo impetuoso é inflexible carácter como el de un veterano, se hacia respetar de todos. Despues de haber reposado unos momentos, se acercó á la ventana, y con agradable sorpresa observó que todos se habian retirado de la puerta. Conociendo que tenia necesidad de algun consuelo revelando sus penas,

determinó pasar al aposento de Carlos para consultar cómo habian de obrar en tan azarosas y difíciles circunstancias; pero un estraño incidente vino á desbaratar sus planes. Un momento antes de levantar el pestillo de la puerta, esta se abrió, y Jaime Lebron se presentó á sus ojos diciendo con aire de satisfaccion:

—Esto ya es otra cosa, señorita.

Isabel se estremeció, y dió un grito de espanto.

—Vamos, niña, no hay que asustarse, que hoy no vengo de guerra, y sí de paz y de reconciliacion. Ya ves que no tendrás derecho para quejarte de mí, cándida paloma en las garras del fiero gavilan. ¿Me comprendes, Isabel? ¡Oh! todo lo sé, y sin embargo ya has visto que te he dejado gozar á placer, de todas las bellas ilusiones que encierran dos flamantes charreteras en un jóven de veinte años; sentémonos, Isabel, y dime: ¿qué seria de tí, si yo, cumpliendo con los deberes de la amistad, diese cuenta á tu padre de esos escándalos? A fe mia que no te iria muy bien; pero lejos de mí tal idea, vengo á desengañarte, hija mia, á aconsejarte mas bien.—Ese hombre no te conviene por ningun concepto, y es preciso, indispensable que no se repitan las escenas de hoy.

—Señor Jaime Lebron, es muy estraño que se haga V. parte interesada en cosas que no le importan. Soy muy dueña de hacer mi voluntad, y no necesito los consejos de V.

—¡Ola, ola!, muy alto ha tomado V. la entonacion, niña desagradecida: yo no merezco esa ingratitud cuando solo me guia el deseo de que seas feliz. Despues de tus padres ¿quién estará mas interesado que yo en tu porvenir? ¿No me da ningun derecho sobre tí el haberte visto nacer como quien dice, crecer y formarte una mujer tan bonita como eres ahora? ¡Oh! No es estraño que ese capitancillo beba los vientos por conseguir... pero ¿á qué ocuparnos de él cuando asuntos mas serios me traen á tu presencia? Los momentos son preciosos y no de-

bemos perderlos. Escúchame, Isabel, dijo Lebron, á quien gradualmente se habia alterado el rostro. Ya me has hecho sufrir bastante; ya la paciencia se ha agotado, y yo no puedo vivir así, ¿lo oyes? Es preciso poner término á esta ansiedad que me atormenta: es preciso que dejes de ser tan cruel conmigo; es preciso en fin que me ames.

—Imposible, señor Lebron, ya le he dicho á V. mil veces que me horrorizan sus palabras. Déjeme V. salir...

—Eso sí que es imposible: ahora estamos solos; nadie nos oye y vive Dios que me aprovecharé de la ocasión para reducirte sino de grado por fuerza; pero no, Isabel, es muy triste emplear medios violentos cuando humilde vengo á arastrarme á tus pies implorando compasión. Nadie mas que tú sabe lo que he sufrido con tus desaires: nadie sino tú puede hacerme feliz. Una palabra, Isabel, una palabra de cariño, y tendrás á tu albedrío esta existencia tan temida de toda tu familia.

La infeliz se sobrecogió al recuerdo de aquella escena en que Jaime Lebron exigió á Guzman los cien doblones, y la pareció mejor usar con él un poco de dulzura para no exasperarle.

—Levántese V. del suelo, levántese V. y reflexione un instante lo descabellado de esas pretensiones. Yo no podré amar á V. nunca: ¿por qué le he de decir que sí, si seria engañarle? ya que soy una niña á quien casi ha visto V. nacer; que en todo creo hallar ilusiones, y que las ilusiones forman mi felicidad, ¿quiere V. ofrecerme ese porvenir tan sombrío? Esto es demasiado cruel para un corazón que tenga sentimientos humanos. Por favor, señor Lebron, por el afecto que dice V. le inspiré desde mi niñez, desista V. de sus pretensiones, y me olvidaré de todo para ofrecerme á ser su amiga.

—¡Amiga! y ¿qué vale eso, Isabel? ¿No parece que se quedan yertos los labios con esa sequedad? ¡Amiga!... Eso no puede satisfacer á nadie, mi adorada Isabel. Yo quiero que

me ames con pasion; que no desdeñes el decir que eres mia; en fin ¿quieres ser mi esposa?

—¡Oh!... eso... nunca!

—¡Pobre niña! dijo Lebron cruzándose de brazos y contemplándola con lástima. Como se conoce que ignoras cuanto vale la persona con quien hablas. Y luego asiéndola de una mano, añadió.—Oye, Isabel. ¿Quieres que mañana te obligue tu padre á que seas mi esposa?

Isabel se estremeció horrorizada.

—¡Dios mio! ¿seria posible? No, señor Lebron; no exija V. de mi padre lo que á mi me costaria la vida. Antes acudo á la generosidad de V. suplicándole por lo que mas quiere en este mundo que no intente hacerme tan desdichada.

—Haces bien, acudir mejor á mi generosidad; pero estás en un error, mi querida Isabel. Yo puedo hacerte tan feliz como cualquiera hombre, porque te amo con locura, y este amor intenso puesto tantas veces á prueba por tus desprecios, puede ofrecerte una felicidad mas duradera que el de ese capitán advenedizo á quien conoces de ayer. Yo no soy rico, es verdad, pero ¿qué importan las riquezas cuando dos corazones se adoran con entusiasmo? La cabaña del pastor como el palacio de un rey, son dignos templos para erigirlos al amor; pero si esto no te hace feliz, y ambicionas riquezas, ¿para cuándo he de guardar este poderio inmenso, sino para hacer dichosa á la muger que mas adoro? Entonces tu padre, que ahora camina sujeto á una cadena cuyo candado se guarda en lo mas íntimo de mi corazon, vivirá libre, enteramente libre, y deslizándose nuestros bellos dias por una serie de placeres seductores, llegaremos ¿quién sabe Isabel? á ser los mortales mas envidiados de la tierra.

—Eso es imposible, señor Jaime, porque cuando no se ama...

—¡Comprendo! respondió Lebron, recobrando su calma habitual. Cuando no se ama se está cerca de aborrecer, ¿no

es eso lo que quieres decir? Pero... ¿y si yo quiero obligarte á todo? ¿y si impulsado por el coraje que tu tenacidad me inspira, y valiéndome de las fuerzas que me ha dado naturaleza me propongo triunfar de tu debilidad?

Jaime Lebron al pronunciar estas palabras tenia los ojos ensangrentados, y alteradas todas sus facciones.

—¡Gran Dios! ¡qué mirada tan espantosa! exclamó Isabel precipitándose hácia la puerta con intencion de escaparse; pero adelantándose Jaime, dió una vuelta á la llave, y despues de guardarla, dijo oprimiéndola el brazo con toda su fuerza.

—¡Dónde ibas, desdichada!

—¡Cielos! ¡soy perdida!

—Gracias á Dios que comprendiste tu suerte. Si eres perdida si tu corazon continúa siendo de roca; si no te compadesces de mis sufrimientos, y te resignas á ser mia.

—Pues bien, señor Lebron; señáleme V. un plazo; lo pensaré, y mañana....

—No, no; eso es una evasiva que se opone á mi propósito. Hoy que tus relaciones con el capitan me prestan una garantía para tenerte subyugada: hoy que se ha agotado el último quilate de mi paciencia, he hecho un juramento terrible... y le cumpliré.—Ya lo sabes.—La fortuna de tu padre depende de mí: tu tranquilidad de mí depende tambien. Piénsalo y decide.

—¡Jamás!!...

La fuerza que dió Isabel á esta palabra, indignó de tal modo á Lebron, que conforme la oprimia el brazo, la derribó al suelo amenazándola con un puñal que siempre llevaba consigo. La infeliz lanzó un grito de terror, pero este grito se confundió con la voz de Carlos que como un ángel enviado por la Providencia acudia á salvarla.

—¡Isabel! Isabel! abre, que soy yo. ¿Por qué has cerrado con llave? abre, ó derribo la puerta. El pobre ciego solo oia

un llanto que sin duda trataban de sofocar, y medias palabras que apenas se comprendían. Una horrible idea asaltó su imaginación que le erizó los cabellos. Creyó que su hermana había sido víctima de un asesinato, y apenas se le ocurrió este pensamiento cuando dos fuertes golpes hicieron saltar la débil cerradura de la puerta.

A tener vista el ciego, se hubiera horrorizado de aquel cuadro. Isabel desmelenada, anegada en llanto y pálida como la cera, y Jaime Lebron cuyos centellantes ojos se clavaron en el alterado rostro de Carlos, al mismo tiempo que con una mano oprimía la débil muñeca de Isabel, y con otra blandía un puñal.

—Isabel, ¿qué te sucede? ¿dónde estás? ¿quién está aquí? preguntaba el ciego. Yo he oído la voz de un hombre, y también te he oído llorar. ¿Qué significa esto, Isabel? ¡Oh! ¡qué silencio tan horrible!... Isabel! Isabel!... ¡Nadie me arrancará esta venda de hierro que me asesina!...

Y el infeliz ciego se frotaba sus eclipsadas pupilas con una rabia desesperada. Quedó pensativo por unos momentos, hasta que inspirado sin duda por una idea feliz, se le animó el semblante; corrió presuroso al dintel de la puerta, y colocándose en cruz, procuraba abarcar los cuatro ángulos del cerco, para que cualquiera que intentase una huida, tuviese que tropezar en él. Este recurso y las desaforadas voces con que pedía socorro á los criados de la quinta, acabaron de enfurecer á Jaime. Levantó el puñal para hundirle en el pecho del ciego, pero sea que le faltase el valor, sea que le cortó la acción un grito de espanto de Isabel, le recogió, y se satisfizo con darle á Carlos una fuerte bofetada en la mejilla izquierda que le derribó al suelo con el rostro ensangrentado.

El ciego hizo una exclamación desesperada. En seguida se levantó suponiendo que el agresor no hubiese dado mas que un paso. Quiso precipitarse sobre él, pero mal medido el terreno pegó con la cabeza en el borde de la puerta, y cayó segunda vez; pero en esta, quedó privado de sentido.

CAPITULO VI.

CORRESPONDENCIA.

Como era natural, á los gritos de Carlos acudieron algunos criados de la quinta, pero á invitacion de uno y otro hermano, se retiraron bien advertidos de guardar secreto de lo ocurrido, quedándoles ancho campo para mil conjeturas é interpretaciones. Carlos procuraba serenarse de la terrible impresion del golpe que acababa de recibir, y conforme su hermana le iba informando de la criminal tentativa de Jaime, mas se despertaba en él el furor y el deseo de vengarse, pero bien pronto tenia que ceder todo su corage, bajo el enorme peso de su impotencia.

Uno de los momentos en que pareció mas sereno y resignado con su desgracia, hizo que un criado pasára al cuarto del señor Guzman y le preguntase si estaba en disposicion de recibir á su hijo. La contestacion fue afirmativa, y Carlos se

presentó á su padre con un aire de formal seriedad que no dejó de sorprenderle.

—Dios guarde á V., querido padre, le dijo. ¿Esta V. solo?

—Si, hijo mio.

—¿Enteramente solo?

—Si.

—Pues quisiera hablar á V. de un asunto muy interesante.

—¿Tú, hijo mio?

—Si Señor, yo. ¿Me está prohibido hablar de cosas interesantes?

—No por cierto; ¿y sobre qué quieres hablarme?

—Hágame V. favor de sentarse aquí, á mi lado.

—Ya te escucho; empieza.

—¿Se acuerda V. de una conversacion que tuvimos hace dos años, poco mas ó menos, en esta misma habitacion?

—¿Hace dos años? no recuerdo. ¿Sobre qué?

—Hace dos años, mi querido padre, leyó V. en un periódico que un célebre oculista, médico alemán que acababa de llegar á la capital de España, curaba todas las enfermedades de los ojos, la catarata mas inveterada, y hasta la gota serena, aunque muy rara vez. A mis instancias se informó V. de la verdad que podria concederse á aquellas promesas, y por desgracia supo V., que si bien el médico alemán contaba algunos ejemplares de curacion de la ceguera innata, era muy cierto que dos ciegos despues de pasar por agudísimos martirios, perecieron á resultas de lo terrible de la operacion.

—Con efecto; recuerdo esa circunstancia, dijo el Sr. Guzman; se me informó de que para el ciego de nacimiento, era poco menos que imposible conseguir la vista.

—Sin embargo, el médico alemán, como sabe V., dió vista á algun ciego de nacimiento. V., querido padre, dándome una muestra de verdadero cariño, no quiso someterme á aquella

prueba terrible; pero ahora que han pasado dos años y que mis ideas se han desarrollado un poco mas, y que comprendo mejor el valor de mi desgracia, conozco que no ha entendido V. mis verdaderos intereses; es decir, que no ha obrado V. tal como corresponde á un padre que quiere mucho a su hijo.

—¡ Carlos!

—Me explicaré, padre mio. Supongamos, lo que no es creíble, que corro en la operacion el riesgo de morir. ¿La vida del ciego no es tan odiosa é insoportable como la del preso condenado á no ver jamás un rayo de luz? En medio de esta impenetrable oscuridad, de esta noche sin fin, que lentamente va desgastando la vida, ¿no es dulce y halagadora la esperanza de perderla?

—Carlos, ese lenguaje...

—Es el de la conviccion, querido padre, ¿no es un consuelo la esperanza de morir?

—No, cuando el ciego tiene padres que le adoren, riquezas que satisfagan sus deseos, y hermana que le sirva de guia.

—Padre, riquezas, hermana, todo es cierto; pero ¿es suficiente para no vivir desesperado? Mis padres ¿me dan á ver el mundo? ¿Las riquezas me dan á disfrutar placeres y á conocer la grandeza de Dios? Mi hermana ¿me daría á conocer á un enemigo mortal para vengarme de él? No, padre, no; esto es irresistible; yo no puedo, no quiero vivir así. No quiero, ¿lo oye V.? V. es mi padre, y á V. le toca evitar una desgracia.

—Pero hijo mio, ¿es posible que hayas llegado á ese estremo de desesperacion?

—¿Que si es posible, dice V.? Pregunte V. mejor cómo he vivido hasta ahora con tanta resignacion; pero ya se agotó mi paciencia, padre mio, ya no me queda un quilate de sufrimiento, y quiero la vista, la vista ó la muerte. Averigüe V.

dónde está ese dios de los ciegos ; averigüelo V. , y si es preciso iré á pie y descalzo al fin del mundo á presentarme á sus ojos y poner en sus manos mi vida ó mi muerte.

—Querido Carlos , esa operacion es muy peligrosa ; hay que sufrir dolores atroces , y quizá despues de un doloroso martirio....

—Venga la muerte , ¿ no es verdad ? ¡ Oh ! ¡ qué dulce debe ser la muerte en medio de la esperanza de lograr la vista ! El intenso dolor que corte el hilo de mi existencia , se me figurará acaso que va á rasgar el velo de mis tinieblas y nunca seré mas feliz que en aquel momento. No hay que pensarlo mas , querido padre ; infórmese V. al instante del paradero del médico aleman , y volemós á poner término á este martirio que no puedo resistir.

Agustin , viejo mayordomo de la casa , les interrumpió diciendo :

—Perdonen Vds. si vengo á incomodarles un instante. Hace poco ha llegado esta carta del correo , y habia suspendido entrarla , por no interrumpir , pero esta otra que acaban de traer dicen que es muy urgente.

—Está bien , respondió el señor Guzman recibéndolas , y el mayordomo desapareció. Querido Carlos , tranquilízate , te doy palabra de averiguar su paradero.

—¡ Oh ! será V. entonces el mejor de los padres.

—Sí , sí , te doy mi palabra. Ahora retírate , porque tendré que escribir y no podré hacerte compañía.

En efecto , Carlos guiado de su instinto , y segun costumbre , se retiró sin el auxilio de nadie. El señor Guzman luego que se vió solo , abrió uno de los pliegos que acababa de recibir , el cual estaba concebido en estos términos :

« Constante vigia para velar tanto por la vida de V. como por su honor , no quiero dilatar un instante el hacerle sabedor del peligro de que está amenazado. Su hija de V. está á punto de ser engañada.—El señor Guzman , se estremeció , y

leyó dos veces estas palabras, creyendo que se equivocaba. Su hija de V. está á punto de ser engañada, y robada tal vez, si no se acude con un pronto y eficaz remedio. Sostiene relaciones criminales con el capitán, sobrino de la condesa del Ormazal, y ambos estan de acuerdo para una fuga. Todas las tardes se ven en la ribera, al pie de un sauce que está á orillas de un arroyo. La niña audaz, se valdrá de todos los medios que la sugiera su ingenio para negarlo, pero lo cierto es que dentro de dos días trata de abandonar á su familia.

Aprecie V. como guste, el aviso de su celoso amigo

JAIMÉ LEBRON.»

—¿Es posible que esta infeliz haya concebido tan funesta idea? ¡ Oh! yo sabré castigar su lijereza, y la infame conducta de ese indigno militar que se introduce en la casa de un honrado padre para robarle su mejor tesoro.

Corrió á la puerta con ánimo sin duda de llamar á Isabel, pero reparando en la otra carta que tenia en la mano, se contuvo. Cerró con llave la puerta de su habitacion.—Rompió el sobre, y no le causó estrañeza encontrarse con un pliego enteramente blanco. Seguidamente abriendo un cajon de la mesa, sacó una botella que contenia un liquido amarillento; vertió cierta cantidad del liquido en una gran escudilla de porcelana, y allí dejó que se empapase el pliego por espacio de algunos minutos; al cabo de estos, le estrajo de la escudilla, y despues de bien enjuto, resultó que estaba escrito con muy marcados caracteres, fenómeno á que sin duda Guzman estaba acostumbrado con el auxilio de su ingeniosa composicion quimica.

El pliego decia de esta manera.

«Siguen robusteciéndose las fuerzas de la confederacion, adquiriendo cada dia nuevos prosélitos que la honran por su dignidad, ilustracion y valor. Con semejantes elementos, la libertad triunfará, y las cadenas con que hoy oprimen al pueblo

esclavo, servirán mañana de dogal para sus tiranos.—El Rey continúa siendo un juguete del gobierno de Luis XVIII, y es una mengua para toda España que se sostenga en el trono un hombre inepto, vendido á las influencias extranjeras, y cuyas inclinaciones son exclusivamente déspotas y sanguinarias. A instancias del gobierno constitucional, acaba de firmar en Sevilla un manifiesto que quizá alucine á los crédulos por sus dulces palabras; mas no sucederá así con los que como nosotros conocen muy á fondo su perversidad, y han sabido analizar lo que puede esperarse del veneno de sus entrañas. Todos los días se entretiene en subir á la Giralda afectando cierto desvio de los negocios políticos, mientras en su interior medita sangrientos planes de venganza. Ayuda á su memoria, por cierto muy feliz, con un libro trazado de su mano, en que con notas muy lacónicas é inteligibles para él solo, escribe los nombres propios de algunas personas. Este le llama él su *libro verde*, cuyo significativo laconismo, pondría de manifiesto toda la maldad de su corazón, para los que dudasen de esta desgraciada verdad: en fin, no da un paso sin que parezca impulsado por el genio del mal. Su hipocresía y la de sus afectos los absolutistas en cuyas filas militan los ministros del altar ultrajando la verdadera religión, ejercen una influencia peligrosa entre las masas populares. Nuestros hermanos de allí, nos escriben que á tal extremo llega, que el vulgo comete mil tropelias con los liberales, saquea las casas, y tan idiota y obcecado, que grita, *vivan las cadenas y muera la nación*. Los frailes, ya encaramados en las sillas y los balcones, predicán la venganza y el esterminio, ó ya armados de pies á cabeza con un crucifijo pendiente entre dos pistolas, ondean el estandarte de sangre, y proclaman la inquisición. ¿No es vergonzoso para la comunidad la existencia de tantos males cuando su obligación es cortarlos de raíz? La vida de un hombre, ¿merece que se sacrifiquen las de cien mil? ¿No ha costado ya bastante sangre española ese prin-

cipe ingrato? Acordaos si no de la infamia cometida en uno de nuestros hermanos el año pasado en el mismo palacio real, y os hervirá la sangre en deseos de venganza, como sucede á todos los de la comunidad. Estad siempre dispuesto para el primer momento que se os avise, si por desgracia no os fuera posible asistir á las interesantes logias que se han de celebrar.

Vivid en paz, y el cielo guarde vuestra preciosa vida.—E. F. M.»

El señor Guzman concluyó de leerla, y antes de guardarla en el secreto de su pupitre exclamó:

—¡Oh España, España! ¡cuán desgraciada eres! Quiera el cielo llegue pronto el dia santo de una regeneracion popular, y que á nadie sino á nosotros quepa la gloria de librarte de la esclavitud con que te amenazan los tiranos, cuyo poder destruiremos para mientras duren los siglos.

Esta exclamacion del señor Guzman, y el contenido de la carta que acabamos de leer, habrá estrañado sobre manera á nuestros lectores; por lo que será preciso confesarlos ya, que el señor Guzman, hombre de opiniones altamente democráticas, era individuo de una de las sociedades secretas que tanto influjo ejercian en esta época en la marcha de los acontecimientos y de los negocios. Esta sociedad secreta, era la reunion libre y espontánea de todos los alistados en las diferentes fortalezas del territorio de la confederacion, en los términos y con las formalidades prescritas en sus leyes y reglamentos. La confederacion, tenia por objeto promover y conservar por cuantos medios estuvieren á su alcance, la libertad del género humano; sostener con todas sus fuerzas los derechos del pueblo español contra los desafueros del poder arbitrario, y socorrer los menesterosos, particularmente siendo confederados. Sus tendencias altamente democráticas, tenian un *mas allá* interminable; pero intentar la consumacion de sus deseos, era demasiado prematuro segun se encontraba el espíritu y

creencias de todos los pueblos. Semejantes consideraciones, movian á esta sociedad secreta, ramificada en todas las naciones de Europa, á limitarse á un circulo mas estrecho y arro- jarse en brazos del partido liberal, que era el menos distante de sus creencias politicas, y paulatinamente ir sembrando se- milla, para en su tiempo recoger fruto.

Sería muy cansado si hubiéramos de ocuparnos de todos los requisitos exigidos para el alistamiento de estos confede- rados, y de sus costumbres y ceremonias que nos recuerdan la edad media, y los aristocráticos usos, frases, y espíritu del feudalismo. Haremos sin embargo alguna lijera indicacion para conocimiento de nuestros lectores.

Para admitir á un aspirante en la sociedad, colócasele en un cuerpo de guardia, adornado con armaduras y armas, algunas de ellas ensangrentadas, y varios letreros que infun- den respeto á las virtudes cívicas. Pregúntasele—Cuáles son las obligaciones mas sagradas que debe un ciudadano á su patria.—Qué castigo impondria al criminal que faltase á ellas.—Cómo premiaría al que se sacrificase por cumplirlas debidamente; y si las respuestas son conformes á los princi- pios de la confederacion, el alistado, despues de otros muchos requisitos, presta el terrible juramento que ha de quedar gra- bado en su corazon para nunca jamás faltar á él. Jura con la mayor solemnidad, y con la mano estendida sobre los san- tos Evangelios, impedir solo y en union con los confedera- dos por cuantos medios sean posibles, que ninguna corpora- cion ni persona, *sin exceptuar al rey* ó á los reyes que vinie- sen despues, abusen de su autoridad ni atropellen sus leyes. Jura contribuir en union con los confederados á derribar y matar á todos los tiranos de la tierra, *sin exceptuar al rey* ó á los reyes que viniesen despues, poniendo en práctica la santa ley de la igualdad, antorcha que ha de lucir por todos los ámbitos del mundo. Jura matar al confederado que falta- se en todo ó parte de estos juramentos luego que le declare

la confederacion por traidor, y si él faltase en todo ó parte de ellos, él mismo se declara traidor y merecedor de ser muerto con infamia por disposición de la confederacion; que se le cierran las puertas y rastrillos de todas las torres, castillos y alcázares, y para que ni memoria quede de él, despues de muerto, se le queme, y las cenizas se arrojen á los vientos.

Síguense muchas ceremonias y juramentos terribles que infunden pavor al mas animoso; pero agena nuestra obra de delatar sucesos que mas dignamente pertenecen á la historia de nuestros tiempos, nos limitaremos á lo que acabamos de decir, y con lo cual, nuestros lectores formarán idea aproximada del objeto y tendencias de la confederacion á que está ligado el Sr. Guzman.

Continuando pues, el curso de nuestra historia, diremos que el Sr. Guzman guardó en su secretero la carta que acabamos de citar, y volviendo á leer la de Jaime Lebron, sus ojos se encendieron de rabia, la estrechó furiosamente entre sus manos, y mandó que la señorita Isabel y su madre concurriesen á su presencia sin perder un momento. No tardaron en presentarse las dos.—Isabel pálida y desencajada, parecia haber sufrido y llorado mucho. Su padre la miró con indignacion, y la confundida jóven se sentó sin atreverse á levantar los ojos del suelo.

—Siéntate tambien, dijo el Sr. Guzman á su esposa; siéntate, y lee para que conozcas el tesoro que tienes en tu hija. La pobre niña se estremeció al escuchar el grave acento de su padre, sin poder adivinar el sentido de sus palabras. La señora de Guzman leyó la carta, y sobresaltada y fuera de si exclamó:

¡ Oh! ¡ qué infamia! ¡ Seria posible!... No; mi hija es mas virtuosa de lo que piensa ese infame Lebron. Este nombre acabó de aterrar á Isabel, quien empezó á conocer que su perseguidor la habia tendido algun lazo para vengarse.

—No es verdad, hija mia, continuaba la madre, ¿no es verdad que tú no tienes relaciones con el capitan Federico? ¿no es verdad que jamás has pensado en abandonar la casa paterna y seguirle?

—¡Madre! ¿sería V. capaz de pensar de mí semejante delito?

—No, hija mia, no.

—Pero sin embargo, hay quien lo asegura, señorita, continuó el Sr. Guzman con inponente aspecto.

—Pues yo juro delante de Dios, que se me calumnia infamemente. Jamás he intentado ni intentaría seguir al capitan Federico, aunque una funesta pasión me arrastrase hacia él, porque antes que obrar como amante, obraría como la hija del Sr. Guzman.

—Pero eso no basta para tu vindicacion, hija mia, es preciso que justifiques que jamás has tenido relaciones con ese hombre, pues de no hacerlo así, darias lugar á que se tuviese por verdadera esta delacion. ¿Qué dices, Isabel? habla; ¿no has tenido nunca relaciones con ese capitan, no es así? ¡Dios mio, qué silencio!!! la señora de Guzman se ocultó el rostro con el pañuelo, y prorumpió á llorar.

—Señorita, dijo su padre, con gravedad. Conteste V. á lo que se la pregunta. Un inocente jamás titubea en justificarse cuando se le acusa. ¿No responde V.? pues bien: una vez que es cierto cuanto la carta asegura, ese indigno caballero se presentará á satisfacer mis exigencias.

—¡Padre mio!

—Silencio, y ya no me llame V. su padre: no quiero tener hijos tan imprudentes, tan poco celosos de la honra de su familia.

—Por favor no me culpe V. así, padre mio, lo suplico de rodillas, concédame V. su perdon... y se lo confesaré todo.

—¿Y la confesion de V. la pondria á salvo del merecido castigo? ¿La confesion de V. libraria á ese mal caballero de la venganza de un padre? No, y mil veces no; apártese V.,

quitese V. de mi presencia, y que no la vuelva á ver jamás. El señor Guzman se acercó á su mesa, escribió y cerró una carta, y seguidamente dió una voz á los criados. Isabel adivinando su interior se arrojó de nuevo á sus pies, y abrazándole con una mano, y con la otra enjugándose el raudal de sus lágrimas exclamó:

—¡Padre! padre mio, por Dios sea V. mas generoso con su hija. Esa delacion es infame. Jamás he abrigado tan innobles sentimientos, lo juro por el cielo, por la vida de mi madre. Eso es.... ¡Dios mio! eso es.....!

—Acabe V. ó déjeme V. que mande esta carta á su destino.

—¡Ah! no tengo valor para confesar....

—Repito que me deje V., no quiero escucharla mas.—Y desprendiéndose de los brazos de su hija, tiró del cordon de la campanilla.

—Eso es una infame delacion en venganza de no haber sucumbido....

—¿A qué? pronto, dime ¡Gran Dios! temo comprender... pero no, eso es por engañarme, porque desista de mi venganza, y vive Dios que no será así.

—Un momento, padre mio. El señor Lebron ha intentado una cosa horrible, un crimen que no me atrevo á revelar, y á mi hermano Carlos, que sufrió una horrorosa afrenta de ese infame que le puso la mano en el rostro, quizás debo mi salvacion.

—¡Ah! ¿lo ves, lo ves? dijo la señora de Guzman enjugándose las lágrimas y acariciando á su hija. ¡Bien decia yo que mi Isabel no era capaz de tanta infamia.

El señor Guzman reflexionó un instante, y mordiéndose los labios, murmuró con imponente rabia:

—A ser cierto... juro que pagaria con la vida su horrible atentado.

—Acuérdese V. de que soy su hija, y que me ha enseñado V. á no mentir jamás.

Guzman se quedó pensativo y confuso, porque aunque juzgase ya inocente á su hija, sabido es que la calumnia deja siempre sospechas, y no era posible que tan repentinamente la disculpara.

A poco rato se acercó á la mesa, y con aire resuelto rasgó el papel que tenia en su mano y escribió en otro.

—El mayordomo de la quinta se presentó, y Guzman le dijo:

—Dispon que al instante sea llevada esta carta á la casa de la tia Eduvigis, y que la entreguen al señor Jaime Lebron. Despues con acento mas sereno y afable, se sentó junto á su hija.

—Y bien, Isabel; es preciso que me digas qué es lo que hay con ese militar. Aquí se me dice que os veis todas las tardes en la ribera mientras yo creo que estás haciendo compañía á tu madre y á tu hermano: ¿qué me respondes? Debo creerlo, ¿sí ó no?

—¡Padre!!

—No hay lágrimas que valgan, ¿debo creerlo, si ó no?

—Responde, hija mia, añadió la madre tomándola la mano con afectuoso cariño. Isabel, responde. ¿No ves con qué afabilidad te hablamos? ¿A quién mejor que á tus padres debes confiar tus secretos?

—Pues bien,.... es verdad.

—¿Con que se ven Vds. todos los dias? ¿Con que sostiene V. relaciones criminales con un jóven desconocido que tal vez se estará burlando de su cándida inocencia? Bien, señorita, muy bien. Ya veo yo que esa delacion tiene mucho de verdad. Ya veo yo que no es V. la cándida niña que me figuraba, sino la hija hipócrita que quiere santificar sus devaneos con esa capa de candidez.

—¡Padre! solo suplico á V. que no juzgue á ese hombre sin conocerle. La nobleza de su nacimiento, sus prendas....

—¡Silencio! no necesito informes de quien nada me

interesa. Ni los pido, ni los quiero. ¿Me entiende V.?
Después de algunos instantes de meditacion, dijo el padre de Isabel.

—Es preciso que esas relaciones se corten, y que se corten para siempre.

—¿Padre mio!

—Lo dicho. Una vez alimentadas, dado caso que sea un jóven honrado, frataria de un casamiento; y yo no quiero que mi hija pertenezca á un militar que presta sus servicios á un déspota. ¿Le parece á V. que no estoy arrostrando bastantes compromisos todavía? ¿Se la figura á V. que tengo necesidad de rodearme de enemigos encarnizados para que sean mis constantes espías? ¡Cuidado con los amorios de novela! ¿Es todo eso lo que ha aprendido V. en los cuatro años de colegio? En fin, señorita, creo que no volverá V. en su vida á dar márgen á esos escándalos, y para reconciliarse con su padre, es preciso que eche V. enhoramala á ese capitanzuelo sin pundonor, sin delicadeza.

—¡Ah! ese sacrificio...

—Le hará V. antes de un minuto. ¿Merece otra recompensa el hombre que se oculta del padre para...? ¿quién sabe? para seducir á la hija?

—Eso es una calumnia, padre mio; su intencion...

—¿Y quién es capaz de saber su intencion? A ser recta, se hubiera presentado á mí, y yo veria si era digno de V.; dejémonos de palabras. Siéntese V. y escriba en ese papel.

El señor Guzman hizo sentar á Isabel poniéndola una pluma en la mano, y la azorada jóven comenzó á escribir maquinalmente lo que su padre dictaba.

«Caballero: Circunstancias que no me es permitido explicar, me han hecho cometer la imprudencia de escuchar á V.»

—¿Padre! exclamó Isabel con doloroso acento.

—Continúe V., dijo Guzman señalando con el dedo el papel donde debía escribir.

«Pero arrepentida de mis engaños, y reconociendo mis deberes, hago á V. saber que es imposible que sigan nuestras relaciones, y así le ruego que destruya cuantas esperanzas pudiera haber concebido.

—¡ Oh! esto es horrible!

—Silencio, y escriba V. sin replicarme.

«No espere V. otra resolución de mí, porque esta es irrevocable: no intente V. hablarme, porque no le escucharé: no espere V. verme, porque no saldré de mi casa mientras permanezca V. en este país; en fin, no se llegue V. á mi casa, porque no le recibirán. Mi conducta le sorprenderá seguramente, pero convencido de que seria mas criminal si le engañase por mas tiempo, espero que tenga V. algo que agradecerme, y que en recompensa me hará el obsequio de olvidar que existí en el mundo»

ISABEL DE GUZMAN.»

—Esto es imposible. Yo amo á ese hombre y estas palabras son contra mi conciencia.

El señor Guzman echó sobre ella una mirada aterradora, y la arrancó la carta de entre sus manos.

—Por Dios, que hace V. desgraciada á su hija, decía la infeliz, anegada en llanto; pero su padre continuando impasible en su propósito, dijo á un criado que apareció en aquel momento.

—Esta carta al capitán Federico, en la granja de la Condesa.

—Ampáreme V. por la Virgen Santísima, exclamó Isabel arrojándose en los brazos de su madre.—Que no la lleven; no lleven esa carta infernal, porque va á hacer desdichadas á dos personas.

—Sosiegáte, hija mia. ¿No conoces que á tu padre solo le guia el deseo de que seas feliz?

—Mi padre... mi padre... será la causa de mi desdicha eterna.

En este instante Jaime Lebron se apareció, é Isabel, despues de dar un grito horrorizada, se cubrió los ojos por no verle.

Guzman hizo una seña significativa á su esposa, y esta asiendo de la mano á su hija, se retiró con ella.

COMPLEMENTO.



El señor Guzman se quedó en la vista á su esposa é hija; Violeta desapareció; cerró con llave la puerta de la habitación, lanzó una mirada de indignación sobre Jaime, y este, después de cesato velo, rompió el silencio diciendo:

—Muchas gracias, señor Guzman.

—Es que tenemos mucho que hablar, señor Lebron; voy á permitirme estar solo para reñir, para poner término á esta conducta que me asombra; para echarle V. en cara sus culpas; y por último, para insultarle llamándole villano, traidor y cobardo.

—Señor Guzman, esas palabras...

—Los dice mi corazón; son los ayes de mi alma descompensada; que grita por el sufrimiento; quiere recibir un castigo de...

CAPITULO VII.

ROMPIMIENTO.

El señor Guzman siguió con la vista á su esposa é hija. Viéndolas desaparecer, cerró con llave la puerta de la habitación, lanzó una mirada de indignacion sobre Jaime, y este, admirado de cuanto veia, rompió el silencio diciendo:

—Muchas precauciones toma V., señor Guzman.

—Es que tenemos mucho que hablar, señor Lebron: es que necesitamos estar solos para reñir, para poner término á esta esclavitud que me asesina, para echar á V. en cara sus crímenes; y por último, para insultarle llamándole villano, traidor y cobarde.

—Señor Guzman, esas palabras...

—Las dicta mi corazon: son los ayes de un alma desesperada, que gastada por el sufrimiento, quiere recobrar su antigua bizarría.

Jaime Lebron, lejos de afectarse con las palabras y con el imponente aspecto de su interlocutor, permaneció impassible con un aire de satisfaccion tal, que parecia gozarse en la misma desesperacion de Guzman. Este continuó:

—¿No lo oye V. señor Jaime? ¿no oye V. que quiero romper estas cadenas con que estoy oprimido? ¿no oye V. que le he llamado villano, traidor y cobarde? ¿ó ya no tiene corazon esa alma, sin conciencia y sin pundonor?

—¡Oh, sí le tiene! la mejor prueba de que tiene corazon, y muy generoso, es el que perdona á V. esos insultos.

—Es que yo no quiero perdon, señor Jaime. Yo quiero insultar á V., quiero un rompimiento de muerte, porque me he cansado de sufrir, y un dia mas de humillacion me asesinaria. En fin, es preciso que los dos volvamos á empuñar la espada, y que uno de los dos deje de existir.

—¿Un duelo?

—Sí, un duelo á muerte.

La respuesta de Lebron, fue soltar una carcajada que dejó yerto al señor Guzman.

—¿Tienes valor para reirte de mí, infame? ¿Tienes valor para permanecer impassible á mis insultos? ¡Oh! Yo no sé cómo me contengo, no sé cómo eres de un alma tan fria ni tan cobarde.

—Cobarde no, señor Guzman, generoso sí; además, ¿qué quiere V.? no tengo ganas de romperme la cabeza con nadie y menos sin necesidad. ¿Qué adelantariamos con batirnos? dar un escándalo al mundo, que sabe que el uno sin el otro no podemos vivir. Es una niñería que nos ocupemos de eso, amigo mio, y sin duda que no reflexiona V. bien lo que dice.

—Todo lo he reflexionado, y por cualquier parte que lo miro, veo que esto es insufrible: que no contento con haberme tenido esclavizado tanto tiempo, ni con haber comido el pan de mi mesa, me ha derrochado una fortuna inmensa en sus vicios: que no satisfecho con robarme en un momento el fruto de mis sudores de muchos años, atenta V. contra mi honor, y

veo, en fin, que tiene la avilantez de perseguir á mi hija para seducirla.

—Cielos! ¿quién ha revelado?... ¡El maldito ciego sin duda! exclamó Jaime para sí.

—Qué ¿piensa V., replicó Guzman, que el tiempo no descubre todas las infamias? Si, señor Lebron, porque la justicia de Dios jamás deja impunes los delitos. Ya lo ve V., caballero; esta es una ofensa de las que un padre no puede ni debe perdonar, y yo estoy dispuesto á no perdonarla. Es indispensable que yo le arranque á V. la vida, ó que V. me la arranque á mi.

—Repito que nada adelantaria el señor Guzmán, porque aun dado caso que yo pereciese en la demanda, nuestro secreto no se enterraria conmigo.

—Lo sé todo, pero á pesar de eso, mi resolucion está tomada. Es preciso que se decida nuestra suerte, y es preciso tambien que se lave la mancha estampada en el rostro de mi hijo. ¿Me comprende V., señor Lebron?

—Comprendo que está V. delirando y nada mas.

—Vive Dios que esa insultante calma va rompiendo los diques de mi prudencia. ¿Se olvida V. de que le he insultado? ¿Se olvida V. de que le he desafiado á muerte?

—Las almas grandes son para los casos arduos, y la miya ve V. que está muy tranquila, repuso Lebron cruzándose de brazos.

Esta actitud insultante acabó de exasperar al señor Guzman.

—¿Quiere V. mas insultos todavía? ¿quiere V. que le devuelva ofensa por ofensa? Pues bien, esto es lo que se hace con los cobardes.

Al pronunciar estas últimas palabras, sonó en el rostro de Jaime una bofetada tan robusta, que le hizo saltar la sangre.

—Señor Guzman ¿qué ha hecho V.?

—Poner en prueba la cobardía del hombre mas infame de la tierra.

—No, vive Cristo, porque esto es de lo que nunca se perdona.

—¿Es decir que admite V. el desafío?

Jaime Lebron lo pensó un instante, y con aire resuelto respondió:

—Sí, porque esto pide sangre.

—¿Qué tiempo necesita V. para arreglar sus asuntos?

—Nada tengo que arreglar.

—Pues bien, dentro de dos días, detrás de ese cerro junto á la casa de V. ¿Qué armas?

—La pistola.

—No hay mas que hablar. El segundo día á las cinco de la mañana. ¿Le parece á V. buena hora?

—La mejor. ¿Padrinos?

—Nuestras conciencias. La intervencion de otras personas quizá estorbarian nuestro proyectó, y el desafío ha de ser á muerte, ¿no es verdad?

—Sí, á muerte.

Luego que precipitadamente se alejó Jaime Lebron jurando vengarse de Carlos, retorciéndose las manos y rechinando los dientes de rabia, el señor Guzman empezó á pasear de un extremo á otro de la sala, entregándose esclusivamente á la idea del proyectado duelo. Era demasiado lo que le habia hecho sufrir aquel hombre por espacio de muchos años para no congratularse de este rompimiento.

Jaime Lebron era altivo cuando lejos del peligro se conceptuaba inviolable con el escudo de un misterioso secreto, pero Guzman bien sabia que luchando frente á frente con la muerte, era Jaime un pigmeo indigno de batallar con el que mas de una vez sembró el terror entre el ejército invasor de Bonaparte. En esta ocasion, sin embargo, tenia que violentar su conciencia, y admitir por rival á Lebron en quien miraba el asesino moral de su vida, el seductor de su hija, y el infame que aprovechándose de la impotencia de un niño ciego,

tuvo la avilantez de señalar el rostro de Carlos con una mancha afrentosa. La resolución estaba tomada, y el animoso Guzman quería beber con su imaginacion las horas eternas que faltaban. Así formaba sus juicios; cuando su palpitante corazón deseoso de conquistarle una vida tranquila y feliz, parecia hallar expansion y una alegría inesplicable con tan halagüeñas esperanzas; pero de vez en cuando se cubria su semblante de sombría tristeza; efecto de una melancólica meditacion; como si un enlutado crespon hubiese venido á envolver y ofuscar sus pensamientos.

Cerca de una hora pasó profundamente pensativo; ya acariciando una lisonjera esperanza; ya entregándose al acerbó dolor de muchos presentimientos fatales que habian de hacer muy desgraciada á toda su familia. Dos veces habia tomado en su mano el cordon de la campanilla; y otras tantas habia desistido de que se le perturbara en su soledad; pero á una tercera intencion tiró de él; y al momento acudió Agustín, su antiguo mayordomo.

—¿Qué manda V., señor?

—¿En dónde está tu ama?

—En la habitacion de la señorita Isabel.

—¿Y mi hijo?

—Tambien está con ellas. Como se ha puesto algo mala la señorita, se ha acostado; y la están haciendo compañía mientras viene el médico.

—A la señora que la espero.

—Está bien.

—Oye. ¿Has visto hace poco salir un hombre de aquí?

—Al señor Jaime, ¿no es verdad?

—El mismo. ¿Conoces tambien á un jóven militar que reside en esa Granja de la condesa?

—Tambien le conozco, si señor.

—Pues bien; bajo tu responsabilidad, te encargo que ni uno ni otro, ponga los pies en esta casa.

—Lo cumpliré según V. me lo ordena.
—En ningún tiempo, lo oyes? Está ó no está, yo, sea vivo, sea muerto, es mi voluntad que esos hombres no se acerquen siquiera á la quinta.

—Pierda V. cuidado, señor.
—Ve á llamar á mi esposa.

A poco rato llegó la señora de Guzman.

—Escúchame un instante, María, la dijo su esposo haciéndola sentar en un confidente. Hace mucho tiempo que estoy trabajando un proyecto en mi imaginación, y ahora es cuando me resuelvo á ponerle en práctica. Creo, María, que no hallará resistencia en ti. Las circunstancias políticas, mas azarosas hoy que nunca, estan amagando sin cesar á todos los liberales que como yo, han vertido su sangre por la independencia y la libertad de la nación. Esta España, es un infierno: cada dia está mas perdida, y no sé en qué vendremos á parar si no viene un milagro del cielo á salvarnos. ¿Quieres que emprendamos un largo viaje para esperar la tormenta muy lejos, y no volver hasta que se despeje la atmósfera?

—Como quieras. En cuanto lo dispones tan repentinamente y con tanta decision, nada debo replicar. Eso es sin duda que algun peligro nos amenaza.

—No, María, estas no son mas que prevenciones. Yo estoy muy señalado con el dedo de los realistas. Todos me quieren muy mal, porque saben que mis ideas no se doblegan jamás á ningún tirano, y que toda mi vida les haré una guerra á muerte. Cualquiera trastorno que ocurra, cualquier asonada será atribuida á mis influencias, y entonces... ¿quién sabe si se me destinaria un patibulo como á otros muchos?—La señora de Guzman se estremeció.—Repito, María, que estas no son mas que prevenciones, pero entretanto, yo quiero teneros lejos, muy lejos, por lo que pueda ocurrir. ¿Hallas inconveniente en que nos traslademos á Portugal?

—Como dispongas; tu voluntad es la mia.

—Bien. Pues nos iremos á Portugal... en esta misma semana, no te parece?

—¿Tan pronto?

—Las cosas, ó se hacen ó no se hacen. Tanto peligro hay hoy como habrá dentro de un mes.

—Sí; pero la salud de nuestra hija está sumamente alterada; la dan unas convulsiones tan fuertes, que asustan, y no respondo de...

—Pues yo sí respondo. Un viaje la será muy provechoso para olvidarlo todo. Lo que tiene no es mas que el mimo que tú la das. En fin, es mi opinion que la marcha se verifique al instante, y que os trasladéis solos, si por cualquier incidente no volviera yo del viaje que voy á emprender mañana.

—¿Cómo? ¿no piensas volver?

—Quiero decir, tan pronto. Pueden ocurrir cosas tan inesperadas...

En este momento se presentó Agustin diciendo:

—Señora, el médico espera las órdenes de V.

—Ya lo oyes, Guzman.

—Bien; vete y procura que el doctor no gaste el tiempo en valde. Puedes consultarle si la sería provechoso salir de la quinta.

—Hasta luego.

—Hasta despues, Maria.

La señora de Guzman se marchó precipitadamente al cuarto de su hija.

Ahora conduzcamos al lector á la casa de Jaime Lebron.

—Como dispongas; tu voluntad es la mia, y yo me conformo con ella.

—¿Pero nos iramos a Portugal? en esta mañana se-
guira, no de pasaporte, sino de carta blanca de el Rey, para
—¿Tan pronto?

—Las cosas, ó se hacen ó no se hacen. Tanto peligro hay
hoy como habia de cuando un momento se le da la vuelta.

—Sí; pero la salud de nuestra hija está en juego. ¿A que
das; la han unas conjeturas tan fuertes, que a veces, y no
responde de ella, tal vez, tal vez, tal vez, tal vez, tal vez, tal vez,
—¿Pero yo te respondo. En veinte y cuatro horas, yo te respondo
para olvidarte de todo. La cuestión no es más que el punto de
la vida. En fin, es mi opinión que si la vida se ve en peligro
instante, y que se trate de salvarla, si por cualquier incidente
no volviera ya del viaje, yo voy a entender, mañana, y con
—¿Cómo? ¿por que has de volver? ¿cómo es de posible que y a
—¿Quiero decir, tan pronto? ¿habrá ocurrido cosa tan
improbable? ¿cómo es de posible que se trate de salvarla en un
y en este momento se presenta Agustin de Soto, con el
—¿Sotero, el médico que se le ordena de ir a la cama y a
—¿Y lo oyes, Guzmán? ¿cómo es de posible que
—¿Sí; pero ¿procura que el doctor no gaste el tiempo
en vano. Puedes consultarle si sería provechoso salir de la
patria, y si no, que se quede en casa, y que se quede en casa.

—Hasta luego, tal es el punto de vista de la vida, y yo voy
—Hasta luego, Guzmán; hasta luego, hasta luego, hasta luego,
—La señora de Guzmán es marchó precipitadamente al
cuanto de su hijo, que quedaba en su casa, y se fue a su
—¿Hasta luego, Guzmán? ¿cómo es de posible que se trate de salvarla en un
—¿Sotero, el médico que se le ordena de ir a la cama y a
—¿Y lo oyes, Guzmán? ¿cómo es de posible que
—¿Sí; pero ¿procura que el doctor no gaste el tiempo
en vano. Puedes consultarle si sería provechoso salir de la
patria, y si no, que se quede en casa, y que se quede en casa.

CAPITULO VIII.

PRECAUCIONES.

La casa de Lebron, situada á muy corta distancia de la quinta, está en la falda de un pequeño cerro, y presenta un aspecto tan sombrío y humilde, que difícilmente llenaría las exigencias de Jaime, á no suceder que la mayor parte de los dias vive confundido en el caos de la Corte, campo de sus aventuras.

Su asistencia, por disposicion del señor Guzman, hace un cierto número de años, está confiada á la honrada viuda de un antiguo criado de la quinta, llamada tia Eduvigis, quien, por sus buenos servicios y virtudes, merece muy dignamente los auxilios que la prodigan. Todavía conserva el sonrosado color de su juventud lozana, y la alegría de sus vivos ojos; pero su nariz aguileña que casi se junta con la pronunciada barba, y el ceniciento color de sus cabellos que forman un

moñito sobre la coronilla, vienen á eclipsar aquellos restos de su edad florida. La familia de la tia Eduvigis , está reducida á dos hijos : uno llamado Francisco , de edad de 22 años, y Gabriel que apenas habria cumplido diez. La torva mirada de Francisco con su tez africana, indica que encierra un corazon resuelto y vigoroso , pero analizados sus sentimientos, les hallaríamos ignobles y mal intencionados por la influencia sin duda que Jaime ha ejercido en su corazon por espacio de mucho tiempo.

Es el anochecer del dia posterior al en que ocurrió el desafío entre Guzman y Lebron , y este altamente ocupado con semejante idea , intranquilo y sobresaltado , en ninguna parte halla reposo : todos los entretenimientos le parecen ociosos, en cualquiera actitud que le espere se le figura que el tiempo vuela mas que nunca. Aburrido de la soledad y de dar vueltas á su imaginacion con pensamientos tan lúgubres , llamó á la tia Eduvigis y la preguntó :

—¿ Ha venido Francisco ?

—No señor , pero estará llegando de un momento á otro; por mejor decir ya debia estar aquí , porque hace un rato que el sol se ha puesto, y es la hora en que dejan el trabajo todos los jornaleros de la quinta. Si quiere V. alguna cosa entrará mi hijo Gabriel.

—Es Francisco el que me hace falta. En cuanto venga haga V. que entre aquí. Ahora venga una luz.

—Bien , señor.

—Queda alguna botella de cerveza ?

—Si señor , desde que llegó el último cajon apenas se habrán gastado media docena.

—Tanto mejor , vengan dos botellas para Francisco y para mi.

Jaime Lebron volvió á quedar solo entregado de nuevo á la triste meditacion de la sangrienta escena con que habia de inaugurarse el próximo dia. Recostado en el alfeizar de la ven-

tana, dirigia sus devorantes miradas hácia el camino de la quinta, dejando percibir una sonrisa infernal, que retrataba á lo vivo los villanos pensamientos que le embargaban.

—Pesábale ya de haber consentido que la cuestion del dia antes hubiese tomado aquel aspecto tan serio, tan de muerte acaso para su porvenir, y así es que despues de haberse recreado con trazar muchos proyectos de cruel venganza, principalmente para el ciego, á quien atribuia la delacion de su tentativa, exclamaba con un tono de satisfaccion y superioridad.

—Todavía no desconozco mi gran poder. Todavía no debes cantar victoria, hombre audaz. Has querido obligarme á un desafío por medio de un insulto, pero ¿quién te dice que no soy capaz de confiar al verdugo mi venganza?

Para dar treguas sin duda á una nueva idea que se le ocurrió, quedó pensativo un instante.

—¡ Si tuviera la suerte de matarle!... ¡ si contára yo con la seguridad de herirle en el corazon!... ¡ qué felicidad! sus riquezas, su hija... ¡ oh! ¡ qué porvenir tan hermoso!...

—Alabado sea el Santisimo Sacramento, dijo la tia Eduvigis entrando con una luz. Ahí tiene V. señor Jaime, á mi hijo Francisco.

—¡ En dónde está?

—Ha bajado á la cueva por la cerveza.

—En efecto, Francisco entró á muy poco rato con dos botellas y dos vasos.

—Buenas noches, señor Lebrón. ¿Está V. de mejor humor que ayer?

—Lo mismo. Deseando estaba que vinieras por distraerme algo. Tengo un dolor de cabeza que me vuelve loco, y un calor que me ahoga. Echa, echa cerveza y refresquemos. ¿Cómo has venido tan tarde?

—Porque siempre soy yo el mas bonito para todo lo que se ofrece en la quinta. Maldita sea!... tengo una gana de perderlos de vista!

—¿Pues qué te ha sucedido?

—Nada : ayer era la hora de dejar el trabajo, y á la señorita Isabel la dió gana de ponerse mala, y tuve que ir á galope á ese pueblo inmediato en busca del doctor. Hoy vino el tal doctor, y ya se ve, como es un niño de cuatro años, necesitaba que le acompañasen, y nadie mejor que Francisco para hacerse grietas en los pies. De buena voluntad al pasar en la barca le hubiera tirado al rio, para que no volviese á incomodarme ese maldito viejo.

—Calma, calma, que esa vida durará poco, ya te lo tengo dicho. Mira, Francisco, cierra esa puerta, porque tenemos que hablar cosas interesantes.—Perfectamente; ahora dime, ¿á qué hora vas á trabajar mañana?

—¿Mañana? lo mismo que todos los dias; un poco antes de las seis.

—Pues bien, á las cinco te necesito yo para una cosa de mucho interés.

—¿Y no podré saberla?

—Si; óyeme, dijo Lebron con misterio.—Mañana á las cinco se van á matar dos hombres.

—¡Cáspita! eso es mas serio de lo que yo creia.—¿Pero qué tenemos que ver con su mal gusto?

—Mucho, Francisco, nos va mucho en ello.

—Eso será á V., señor Jaime : lo que es á mí nada me importa aunque se mate todo el mundo.

—No digas disparates, Francisco, ¿y si fuera yo uno de ellos?

—¿V.? eso es imposible.—¿quién habia de reñir con V. por vida mia que antes tendria que reñir conmigo.

—No hay necesidad de eso, porque de lo que se trata, es de evitar que haya riña, y para esto es preciso que cumplas lo que te ordene.

—Veamos qué es lo que he de hacer.

—Lo siguiente.—El desafío, quiere mi enemigo que sea

á muerte, y yo que tengo un poco mas de juicio y mas generosidad que él, quiero que no se verifique, porque todo lo que se disputa es una niñería. Sin embargo, no me gusta pasar la plaza de cobarde, y asistiré puntualmente con mis armas, como dispuesto á llevar á adelante esa barbaridad que han inventado los hombres de matarse á sangre fria; pero á fin de evitar estas desgracias, quiero, mi querido Francisco, preparar una emboscada. Antes de las cinco es preciso que tú y otros compañeros de confianza, sin decir que obras por mandato mio, os situeis detrás de ese cerro, bien ocultos, para observar si aparecen dos personajes: si efectivamente sucede asi, les seguís con la vista, y en el momento que les veais preparados á batirse, apareceis como por encanto y os interponeis para evitar una catástrofe.

—Comprendo muy bien, señor Lebron, ¡oh! para eso tengo yo unos amigos que da gusto. En cuanto se lo diga á mi compañero Zacarias se va á alegrar mas... Es seguro que mañana emprende á correr tras del infame que quiere matar á V. y á fuerza de palos no le deja una costilla sana. Ya casi deseo que llegue el momento. ¡Cómo me voy á reir viendo correr por los trigos á ese pobre hombre! ¡Oh! no le ha de quedar ganas de soñar siquiera en desafiar á V.

—No hay precision de eso. El caso es estorbar el desafío, y nada mas.

—Bueno, bueno, déjelo V. de nuestra cuenta, y vamos con otro vaso de cerveza.

—Otra cosa.

—Diga V.

—Ya recordarás, porque te lo he dicho muchas veces, que tengo un enemigo mortal que si pudiera se beberia mi sangre.

—Es verdad, y por cierto que aunque nunca me lo ha querido V. confiar, se me figura que he acertado su nombre.

—¿Su nombre?... no lo creas, es imposible.

—¿No dice V. que ese tal le trata á V. con mucha confianza y que al parecer son Vds. los mas amigos del mundo?

—Si, ¿y qué?

—Pues entonces, sin duda es el que yo digo.

—¿Quién?

—El que ha solido venir muchos dias á buscar á V. para ir de caza unas veces, y otras para llevársele á Madrid. Ese á quien con tanta razon llaman Cara-cortada.

—¡Ah! comprendo; no, ese no es mi enemigo, es decir, el enemigo mortal á quien aludo, si bien mi amistad con Cara-cortada, no está hoy en la mejor armonia, pero estas son otras cuentas. Este enemigo mio, que segun te tengo prevenido está muy interesado en que yo desaparezca del mundo, es fácil que me tienda algun lazo traidor, y que el dia menos pensado ¿quién sabe? sea capaz de asesinarme en un camino.

—¿Y por qué no lo hace V. con él antes que se adelante?

—Porque yo no tengo un corazon tan villano, Francisco. A mis enemigos los perdono.

—Pues esa doctrina no reza conmigo. Yo sabiendo que eran esas sus intenciones.

—Escúchame. Dado caso que por cualquier incidente se cometiera conmigo ese horroroso delito... ya sabes lo que tienes que hacer.

—Si señor. Hoy cabalmente he reconocido el terreno, y hasta he levantado la capa de tierra que lo cubre y no hay novedad. ¿Pero á qué vienen esas cosas? Cree V. que ya va á llegar el caso del...

—Estas no son mas que prevenciones. La vida no la tenemos comprada, y pudiera suceder...

—No quiera Dios, porque entonces, ¿qué será de mí?

—Nada te faltará mientras vivas. Ese secreto es un tesoro, y al mismo tiempo que vengará mi muerte con la destruc-

cion de una familia entera, hará tu felicidad, no lo dudes; por lo demás, mientras yo viva nada temas. Esa vida mezquina y servil, pronto se cambiará por otra llena de placeres y libertad. Tú serás mi amigo, mi compañero eterno, porque tu corazón está formado por mi, y sé que jamás me será traidor. ¡Oh! en estos últimos años te has hecho un hombre completo: por eso he conocido que tienes resistencia para guardar un secreto de vida ó muerte, y resolución para ayudarme en mis empresas. Por ahora resignacion, Francisco: ya llegarán otros tiempos mas felices: es preciso que continúes siendo el jornalero de la quinta, porque el vigilar los pasos de toda esa familia puede interesar mucho á nuestro porvenir. Yo soy el ejército de observacion, tú eres la descubierta, pero... mi palabra de honor de que cesará pronto esa esclavitud.

—En eso confío, señor Jaime, porque esa vida me mata, y si no fuera por V. consentia primero en ir á robar á un camino; que en estar echando los bofes para ganar un miserable jornal.

—Repito que queda de mi cuenta. Vaya, basta de conversacion. Retírate, porque tengo que hacer, y tú necesitas acostarte pronto para madrugar.

—Tiene V. razon; voy á acostarme para estar listo al amanecer.—Y diciendo esto Francisco se retiró y Lebron se recostó en su cama con intencion de dormir, pero la intranquilidad de su espíritu le obligó á levantarse al poco tiempo.

Cerca de media noche todo permanecia en el mas profundo silencio; ni la mas leve ráfaga de viento impelia las hojas de los árboles, y solo se oia de cuando en cuando el aleteo de un ave nocturna que solia cruzar el espacio. Jaime Lebron, siempre pensativo, revolvía en su mente una diversidad de ideas que le confundian. La dulce esperanza de felicidad; los sueños dorados con Isabel; la ansiada venganza del ciego, todo era objeto de sus pensamientos, cuyas ilusiones venian por último á re-

fundirse en una realidad; en el riesgo que corria su vida luchando á muerte con tan formidable enemigo como el señor Guzman. Pensando en ello, y una vez resuelto á aparentar un valor, que no existia, por quedar á salvo su vano orgullo ofendido, sacó de un armario una caja con dos pistolas. Una y otra las reconoció escrupulosamente hasta elegir la mejor, y acto continuo, la cargó á su satisfaccion, por si sus precauciones con el hijo de la tia Eduvigis se frustrasen por cualquier incidente. Verificada esta diligencia, solo le restaba esperar con resignacion la hora fatal: pero no satisfecho de lo que acababa de hacer, volvió á tomar en sus manos la pistola; permaneció un instante pensativo, y por último resolvió introducir otra bala, para que de este modo fuera el tiro mas destructor. A medida que iba multiplicando sus miradas hácia una péndola que alijeraba las horas, su semblante palidecia, su corazon palpitaba con celeridad, un sudor frio bañaba su frente, y en una palabra, tenia miedo hasta de su sombra dibujada en las losas de la habitacion. En medio del pavor que le infundia todo en esta noche de lenta agonía, llegó á sus oidos un ronco y acompasado estertor que le erizaba los cabellos y parecia cortarle la respiracion. Era difícil en aquellos instantes de aturdimiento acertar la causa de tan estraño ruido. Despues de formar mil congeturas, y haciéndose superior á su miedo tomó en una mano la luz y en otra la pistola que acababa de cargar, y con pasos inciertos recorrió todos los rincones de la habitacion.—Nada encontró á que poder atribuirlo.—Afortunadamente acertó á pasar por junto á la ventana: allí el ruido era mas fuerte y determinado; la causa estaba averiguada. Al pie de la ventana dormia profundamente un robusto alano capaz de asustar mas con su presencia que con sus ronquidos, y Lebron se reprendió á si mismo por su infundado temor nacido del sobresalto que le embargaba.

No habian pasado cinco minutos cuando este formidable can, haciendo alarde de sus robustas fáuces, empezó á dar pe-

netrantes ladridos, y Jaime, á quien una hoja que se moviera, le sobrecogia, empezó á temblar de nuevo. Aproximándose á la ventana, divisó una sombra que atravesaba por medio de los árboles, sin poderse cerciorar de la direccion que llevaba.— La sombra apareció en despoblado, y al reflejo de la luna descubrió un hombre que á pasos agigantados caminaba hácia la puerta de su casa. El alano acariciado por este personaje, cesó de ladrar, y de repente se oyeron descompasados golpes en la puerta. Jaime Lebron permanecia inmóvil sin atreverse á respirar.

—¿Quién llama? dijo Francisco con voz soñolienta.

—Abre, Francisco, abre pronto, contestó el incógnito, á quien el hijo de la tia Eduvigis abrió la puerta sin vacilar. Poco despues entró Francisco en el cuarto de Jaime con una carta en la mano.

—¿Qué! ¿no se ha acostado V.?

—No. Está la noche tan hermosa, que convida á tomar el fresco. ¿Quién ha llamado con tanta furia?

—Es Agustin, el mayordomo de la quinta, que trae esta carta para V.

Jaime la tomó en sus manos, y la abrió con timidez, figurándose sin duda que seria para acelerar el terrible asunto que le ocupaba. Su agitacion se calmó cuando leyó lo siguiente:

«Un accidente inesperado me obliga á partir esta madrugada. Ruego á V. me dispense sin hacerme la ofensa de atribuirlo á cobardia. Sin duda que ansio mas que V. el término de nuestro negocio, y así es que mi regreso se verificará el primer momento que me quede libre, dando mi palabra de honor, de que de ningun modo excederá de una semana. Si á pesar de tan franca manifestacion, cometiera V. la imprudencia de atribuirlo á una evasiva, me resolveria á despreciarlo todo, por interesante que fuera, probándole que no teme la muerte—V. DE GUZMAN.»

¡Ya soy feliz! exclamó Lebron lleno de alegría. ¡Una semana! ¡cuánto puede dar de si una semana! ¡qué campo tan inmenso y florido se presenta á mis ojos con esta dilacion! Y diciendo esto, se puso á escribir con rapidez.

«Dejo á V. en completa libertad para ese repentino y preciso viaje, ya que me fija un corto plazo para satisfacerme de una deuda de honor. Apresure V. el regreso, y sepa que cada instante se halla mas resuelto á la venganza sin temer tampoco la muerte—JAIME LEBRON.»

Cerró esta carta, y dijo á Francisco:

—Entrégale esta, y vuelve.

—Está bien, respondió el hijo de la tia Eduvigis; saliendo á cumplir el encargo, y volviendo á los dos minutos.

—Vaya una hora de andar con cartas, señor Jaime. Sin duda que debe ser un asunto de mucho interés.

—De mucho, si; como que ya no tienes que levantarte temprano ni nada. Todo está arreglado.

—¿Qué dice V? ¿ya no hay desafío?

—Por ahora, no.

—Y esa noticia la ha recibido V. de la quinta?

—Si.

—Pues digo á V. que no lo comprendo. ¿Quién iba á matarse con V?

—No seas curioso. No te digo que ya todo está arreglado?... Véte á descansar y hasta mañana, que seremos mas felices.

—¿Por qué?

—Porque tú tal vez saldrás de esa esclavitud que tanto te atormenta, y los dos nos abriremos ancho campo en el mundo, para gozar y ser felices.

—¿Con que no volveré mas á la quinta?

—Segun lo exijan las circunstancias: ya veremos. Ahora yete á acostar, y hasta mañana.

—Pues hasta mañana, señor Jaime.

CAPITULO IX.

EL GOBARDE OSADO.

Una hora antes de recibir Lebron la carta de Guzman, habia llegado á la quinta un estraño personaje haciéndose anunciar y dándose á conocer de un modo tan raro como ridículo.—Era un emisario de la confederacion de que hemos hablado ya, que cumpliendo órdenes superiores debia hacer que aquella misma noche, sin que la cosa mas sagrada le sirviese de disculpa, le acompañase Guzman, para que en una interesante logia resolviesen asuntos de tal importancia, que cambiasen la suerte de España, poniendo en conmocion á la Europa entera.

En los pocos dias que habian trascurrido desde la calumniosa acusacion de Jaime, la salud de Isabel habia padecido notablemente. Al lijero carmin de sus mejillas, habia sustituido una palidez cadavérica, y sus ojos turbios de llorar, ha-

bian perdido el atractivo seductor de sus miradas. Tan angustioso estado desarmaba la indignacion de Guzman, quien desistiendo por entonces de su proyecto de viaje al extranjero, decidió mas bien seguir los consejos del doctor, que á todo trance pretendia que la enferma abandonara la quinta por otro punto donde hallase distracciones que animasen su abatido espíritu.

Con gran satisfaccion de Isabel, fue cosa resuelta su traslacion al Bierzo, porque al lado de su buena Matilde, prometíase dulcificar la amarga hiel de sus pesares. Allí la esperaban los atractivos de una amistad cariñosa, los brazos de una amiga de la infancia con quien habia compartido la cuna, y allí en fin no se la representaria el tiránico poder de sus padres, que segun ella, habian trazado para su vida una senda de abrojos en cuyo término se hallaba un abismo insondable de males.

La eleccion no podia ser mas acertada, porque la familia de Sandoval, nombre que lleva la familia del Bierzo, está unida á la de Isabel por uno de esos vinculos de afecto que jamás se rompen.

Sandoval, padre de Matilde, habia sido siempre un constante amigo y valiente camarada de Guzman, y por este fue recogido su último suspiro el dia 28 de marzo de 1809 en la desgraciada batalla de Medellin, que costó una pérdida de diez mil hombres al ejército español. Corrieron unidas las existencias de ambos, y nada mas natural que tambien las dos jóvenes hubiesen seguido las mismas huellas, guardando en su corazon ese amor religioso que se profesan, ese cariño innato y reciproco con que vinieron al mundo.

Tan lisonjeras esperanzas reanimaban progresivamente á Isabel, acogiendo con entusiasmo la idea de abandonar la quinta, pues aunque sea demasiado duro revelarlo, preciso es confesar que la era muy penosa la presencia de sus padres, desde que ejercieron con ella aquel acto de crueldad que su

débil corazón no podía resistir. Sin duda que los medios empleados para que desistiera de sus amores habían sido violentos, y semejante modo de obrar, no podía menos de causar un efecto desastroso en una niña que amaba con delirio, y por primera vez en su vida.

— Era muy frecuente oírle decir cuando se hallaba á solas con su hermano. — ¿No es verdad, hermano mío, que soy muy desdichada?... ¿Qué fundamento han tenido mis padres para prohibirme amar á Federico? — Para que sea digno de mí, ¿no basta con que sea honrado, que me ame, que yo le adore y que ocupe una posición distinguida? ¿Federico, no es capitán á los veinte años? ¡Oh! quiera el cielo que esta tiranía no sea precursora de mayores desgracias. ¿Qué habrá en el mundo que pueda borrar de mi imaginación el recuerdo de Federico? Nada, Carlos, nada absolutamente. ¡Dios mío! ¿qué será de él? ¿dónde estará, si se habrá olvidado de mí? me alegraría serle ya indiferente, porque si me amase como yo le amo, ¿cuánto no sufriría al ver escrita de mi mano una sentencia tan cruel?

Y en efecto, tenía razón; es justo que sin mas pruebas que la delación de un enemigo capital, ó que por el raro capricho de que su hija no pertenezca á un hombre en quien supone distintas opiniones políticas, labre la infelicidad de una muger? ¿Precisamente los sentimientos y afecciones de Isabel se han de amoldar á los de sus padres? Si mañana, sacrificada por la firme voluntad de estos, viviese unida á un hombre incapaz de hacerla feliz, y se viera acosada por las exigencias del que mereció su primer cariño, no sería de temer cualquier imprudente ceguedad? ¿Sobre quién debería recaer la responsabilidad de la perdición acaso de esta muger? Lo dejamos al criterio del lector que nos acompaña en estas reflexiones. No abogaremos porque los padres usen de una condescendencia absoluta hácia sus hijos; es muy diferente nuestra pretension. La violencia para con ellos, es un puñal de tantos filos que pue-

de herir á muchas personas. La dulzura, las razones, y la persuasión, son capaces de lograr sin consecuencias fatales el objeto de los padres por injusto que sea, pues tal es su influencia; al paso que la dureza, la violencia y la crueldad, no solo puede hacer que se revelen contra ellos y rompan las cadenas con que les sujete el respeto, sino colocarlos en la senda del crimen, y enterrarlos por último en el fango y podredumbre de la perdición.

Por lo mismo que nos interesa la suerte de Isabel, nos lamentamos desde luego de la contrariedad de sus amores, porque segun nuestras doctrinas, esto es de muy mal agüero. Esperemos sin embargo la historia de nuestra heroína, y por su bien, quiera Dios que nos equivoquemos, cuando presagiamos así, en circunstancias semejantes.

La tarde del siguiente dia al en que marchó Guzman; el semblante de Isabel, estaba un poco mas animado; aquellas fuertes convulsiones habian cesado; y la lisongera esperanza de partir de la quinta y pasar al lado de Matilde, habia venido á refrescar su alma abatida por tantos sufrimientos.

—¿Sabes, Carlos, le dijo, que por fin está resuelto que me vaya al Bierzo á casa de mi madrina?

—Cuánto me alegro, hermana mia! Allí es seguro que te pondrás buena á los cuatro dias. Dicen que es tan delicioso aquel pais!...

—¡Oh! así lo espero, porque voy tambien á ver á mi mejor amiga, que podrá hacerme olvidar lo desgraciada que soy.

—Y sobre todo, allí no tendrás que lidiar conmigo.

—Cállate, Carlos: no hagas que me arrepienta de una buena intencion que se me ha ocurrido. ¿Quieres venirte conmigo?

—No, Isabel, demasiado has hecho ya por mí. Deja que se desgaste mi existencia aquí, entre cuatro paredes, porque no me es permitido esperar otra cosa.

—Eres muy injusto, al decir eso. No te digo que si quieres venir conmigo? Matilde me lo tiene suplicado mil veces y

su primo Ernesto tambien. Hermano mio, danos ese gusto. ¿Quieres decirselo á mi padre así que vuelva de su viaje?

—¿A mi padre?... no; no le mientes mi nombre siquiera.

—¿Y por qué no?

—Porque no quiero.

—Válgame Dios, Carlos, ¿estás enfadado con él?

—Enfadado con él, no; desesperado conmigo, sí.

—¿Y con qué motivo?

—¿Con qué motivo, Isabel? ¿con qué motivo me preguntas? ¿No basta ver á un ciego para creer que es desgraciado? ¿Para desesperarse el ciego, no basta que se persuada de que no es nada en el mundo; que cualquiera le insulte y le dé bofetadas, y que le desprecien todos, todos, hasta su padre?—

—¡Carlos!

—Hasta su padre, sí. ¿Sabes tú lo que hace dias dije á mi padre? Pues llegué anegado en llanto por la indignacion y animoso por la esperanza, á decirle que á todo trance queria sujetarme á la operacion; que queria la muerte ó la vista, y por último, que en su mano estaba evitar una catástrofe irreparable. Me dió palabra de llevarme á cualquier parte para que me curasen, y esta es la hora, hermana mia, que ni una palabra de consuelo me ha dirijido, y en que me abandona con la misma indiferencia pue si no fuese su hijo.

—Pues bien, querido Carlos, te vienes á casa de Matilde. Su primo Ernesto es médico muy jóven, pero muy inteligente en medicina y muy instruido en todo. El te aconsejará lo que debes hacer ó esperar, y siquiera, hermano mio, estarás á mi lado. Dicen que es un pais tan bonito que parece un paraiso. Matilde es una amiga cariñosa, una jóven tan linda y alegre, que á su lado nadie siente las penas. Mi madrina una pobre anciana paralitica que desde hace dos años no se levanta de su poltrona; pero á pesar de todo, lleva su desgracia con resignacion, y no sabrá qué hacerse contigo. Vaya, ¿te decides, hermano mio?

—No, Isabel, no. A cualquier parte que me dirija, mi presencia es inoportuna; en todos lados estorbaré; y ya que yo viva desgraciado, no pretendas que haga padecer escitando la compasion. Además, este es el único pais donde mi vista se puede recrear; mi vista, si, porque la costumbre y el tacto continuado, me le ha hecho conocer como si le viese. En el Bierzo habrá buenos amigos; un cielo hermoso y despejado; vegas frondosas, lindos jardines; pero todo esto, Isabel, es para mí lo que para el avaro un tesoro soñado. Yo no he nacido para gozar ni para ver. He nacido para vivir muriendo, pero con una agonía lenta que va consumiendo el corazon hasta dejarlo enteramente seco.

—¡Ah, qué lenguaje tan triste! no hables así, querido Carlos; piensa en ser feliz al lado de tu hermana, y abrigo esa esperanza que nunca niega la Providencia á los desgraciados.

—Es inútil que te molestes, querida Isabel: ni yo puedo hallar consuelo en este mundo, ni me resigno á abandonar estos sitios, á no ser que vaya á jugar mi vida por un rayo de luz. Salir de aquí, sería caminar con el oprobio, porque se me figura que en la cara se me conoce la ofensa que he recibido, y que no se puede borrar mas que con la sangre del agresor. ¡Oh! si yo le cogiera entre mis dedos!... con las uñas, sería capaz de arrancarle las entrañas.

En esto se oyeron voces de dos hombres que reñian á la puerta, y los dos hermanos escucharon con atencion.

—Es que esa órden no me comprende á mí, imprudente, decia uno. Yo á esta casa puedo venir cuando se me antoje.

—Será, contestaba el otro, cuando guarde su puerta un criado menos fiel y menos resuelto que el que ahora la guarda, caballero.

—Yo daré cuenta al señor Guzman ó á su señora de esta arbitrariedad, y te arrojarán de casa ignominiosamente.

—Mis amos no pagan de ese modo á sus criados fieles, y

yo hace muchos años que les sirvo con honradez y lealtad.

—Pues lo veremos.

—Lo veremos.

No se volvió á oír una palabra mas, y los dos hermanos quedaron atónitos al reconocer la voz de Jaime Lebron y de Agustín, el mayordomo de la quinta, quien despues satisfizo su curiosidad participándoles lo ocurrido, y la terminante orden del señor Guzman respecto á Jaime Lebron.

A las doce de la noche reinaba un profundo silencio. La clara luna dilatava su disco de plata confundiendo el brillo de las estrellas, como haciendo alarde de ser la soberana de la noche.

Un hombre acababa de saltar los muros de la quinta, y caminaba presuroso hácia la casa de Guzman. Así que llegó á su frente, se detuvo; dió una vuelta al rededor del edificio con la mayor precaucion, y sus ojos se encendieron de alegría viendo abierta la ventana del cuarto de Isabel, cuyo escalamiento facilitaba la reja de la habitacion de Carlos que caia precisamente debajo. Resuelto á penetrar en el dormitorio de la jóven, no tardó en verse de rodillas sobre el cerco de la ventana. Sus facciones se animaron viendo flotar á merced del lijero viento el pabellon de muselina de la cama.

—¡Oh! ¡allí está! dijo descendiendo al pavimento del gabinete: allí está entregada acaso á un delicioso sueño. Tal vez

se fingió en sus brazos á ese necio amante que queria disputármela. Por fin llegó el ansiado momento. ¡Solos! ¡á media noche! ¡oh! por fin va á ser mia!

Cruzó el gabinete con rapidez, y aplicó el oído junto al lecho. Como no sintiese respirar, un extraño temblor se apoderó de su cuerpo. De repente levantó una de las cortinas de la colgadura; dió un grito, y mesándose los cabellos furiosamente, exclamó:

—¡Maldicion! ¡está vacío!...

Con motivo de la marcha del señor Guzman, aquella misma noche se habia trasladado Isabel á la habitacion de su madre.

Mientras que esto pasaba arriba, en la planta baja se abria una reja, y el pobre ciego alarmado por el extraño ruido que oia encima de su cabeza tan á deshora, pretendia averiguar la causa antes de inquietar á los que tranquilamente dormian en la quinta.

Los pasos en la habitacion de su hermana, le parecian cada vez mas sospechosos, y al fin se resolvió á llamar á todos, dando fuertes golpes en las puertas. Jaime Lebron, que era el salteador, aturdido por tan repentino alboroto, trató de huir por el mismo camino que habia subido.—Carlos, auxiliado con la sutileza de su oído, comprende la intencion: siente resbalar los pies de una persona por el exterior de la pared: advierte que se estriban en un hierro de la reja: se abalanza con la furia de un leon, y tiene la suerte de estrechar entre sus manos una pierna del salteador.

—Corred que aqui tengo uno. ¡Agustin! trae la escopeta pronto, que se escapan los ladrones. ¡No vendrán á socorrerme! ¡Ladrones! ¡Ladrones!!...

—Lebron, que por mas que forcejeaba no podia desasirse de las terribles manos de Carlos, creíase estar en la última hora de su vida. Imposibilitado de hablar por no delatarse á sí mismo, dirigia en su interior mil maldiciones á la existencia

de aquel ciego que á todo le ponía obstáculos. Si le mataba, temía que el aturdimiento de un asesinato no le dejara serenidad para huir, pero conocia tambien que permaneciendo impasible unos instantes mas, daria lugar á que los criados de la quinta le descubriesen ó asesinasen. Carlos, sintiendo ya desfallecer sus gastadas fuerzas, redoblaba los desaforados gritos, pero afortunadamente las puertas se abrian y cada criado de la quinta alentaba á los otros para proveerse de armas. Jaime, conociendo lo crítico de su situacion, y contándose perdido, sacó del pecho un puñal, y... no se atrevió á matarle, pero cortó los dedos de la mano á Carlos.

Este lanzó un grito de dolor, y no pudiendo resistirle, cayó al suelo acongojado. Jaime Lebron aprovechó este momento, y cuando los criados salieron con sus armas á perseguir los ladrones, él ya se habia internado en los bosques de la quinta, hasta que restablecida la calma, se creyó en completa seguridad para restituirse á la casa de la tia Eduvigis.



de aquel cargo que á todo lo ponía obstáculo. Si le malaba, temía que el arribamiento de un asesino no le dejara ser- renidad para huir, pero conocía también que permaneciendo impasible unos instantes más, daría lugar á que las criadas de la quinta le descubriesen ó asesinasen. Carlos, amándose ya desahuciar sus gastadas fuerzas, redoblaba los desahucios gritos, pero aborruñadamente las puntas se abrian y cada criado de la quinta saltaba á los otros para proveerlos de ar- mas. Jaime, conociendo lo crítico de su situación, y contando dose perdido, sacó del pecho un puñal, y... no se atrevió á matarle, pero cortó los dedos de la mano á Carlos.

Este lanzó un grito de dolor, y no pudiendo resistir, cayó al suelo inconsciente. Jaime labren proveído este mo- mento, y cuando los criados salieron con sus armas á perse- guir los ladrones, él ya se había internado en los bosques de la quinta, hasta que restablecida la calma, se creyó en com- pleta seguridad para restituirse á la casa de la tia Edwiges.



CAPITULO X.

Componiase la logia que á la sazón se celebraba de la siguiente manera: por parte de los aliados en el territorio español, y todos en general, y cada uno en particular, se ofrecieron con entusiasmo á poner remedio á tantos males, salvando á su patria del estado ignominioso en que la había colocado un rey indigne no de ocupar el trono de Castilla. Fuertísimo es el deseo que en esta numerosa reunion de confederados, se concibió un formidable proyecto: pero una vez calificado de indispensable para la salvacion de España, y de la libertad de los territorios juramentados, se acordó en el caso de intentarlo, y arriesgarlo todo, por mas hombres que hubiese que sacrificarse.

Sin duda que repugna á la moral y á la humanidad la existencia de estas sociedades secretas, que continuamente están

Tal era la importancia que los confederados daban al señor Guzman, que á pesar de ser muy apremiante la necesidad de acordar una medida extraordinaria, no se celebró la logia mientras no se presentó en Madrid. Su patriotismo probado en el crisol de muchos años de esperiencia: sus virtudes cívicas nunca desmentidas, y su entusiasmo por la confederacion, le habian conquistado un distinguido lugar que ninguno se atreveria á disputarle, porque nadie como él guardaba un corazon de fuego, tan arrojado para los peligros, ni tan entusiasta por la libertad. Su voz era la que dominaba en las asambleas: su espada la primera que se aprestaba á combatir la tiranía, y su vida la que siempre estaba dispuesta á sacrificarse por defender los principios de la confederacion.

Arrojada esta (como hemos dicho antes de ahora) en bra-

zos del partido liberal, miraba su causa como propia; y así es que su indignacion crecia al ver la conducta criminal del monarca, la milagrosa influencia del frailismo, y el triunfante aspecto que presentaba el ejército de Angulema, formando un singular contraste con el desastroso de los soldados españoles al mando de Zayas.

Componíase la logia que á la sazón se celebraba, de la mayor parte de los afiliados en el territorio español, y todos en general, y cada uno en particular, se ofrecieron con entusiasmo á poner remedio á tantos males, salvando á su patria del estado ignominioso en que la habia colocado un rey indigno de ocupar el trono de Castilla. Fuerza es confesar que en esta numerosa reunion de conjurados, se concibió un horrible proyecto; pero una vez calificado de indispensable para la salvacion de España y destronamiento del absolutismo, los terribles juramentos prestados ponian en el caso de intentarlo y arriesgarlo todo, por mas hombres que hubiese que sacrificar.

Sin duda que repugna á la moral y á la humanidad la existencia de estas sociedades secretas, que continuamente estan amagando los tronos con sus sordos conciliábulos é impene-trables misterios, pero lo cierto es que en todos tiempos y paises han existido, en mas ó menos número, con mas ó menos vigor. Teatro de sus terribles combinaciones, estamos viendo al vecino reino de Francia, delatadas por los labios del regicida Alibau, que dijo en sus últimos momentos.

«He tirado al rey con objeto de matarlo. Nada se consigue con guillotinar-me, mas que privar á un hombre de la existencia, pero aun quedan muchos congregados al mismo fin, que precisamente acabarán con la vida del rey. No los delato: el secreto bajará conmigo al sepulcro.»

Esto es exacto. La religiosidad con que observan sus juramentos es verdaderamente admirable. Todos perecerán, pero ninguno delata: mas si por acaso alguno ha cometido la im-

prudencia de revelar el mas mínimo secreto, ó de faltar en un ápice á las reglas y juramentos de la confederacion, al punto se levantan mil puñales contra el traidor y la suerte decide el que irremisiblemente le ha de asesinar en un tiempo dado, ya sea en la calle ya sea en su casa; donde quiera que se le encuentre sin testigos.

Terminada la interesante logia, el presidente, ó llámese el venerable, quedó en averiguar los movimientos de la Corte, y todo lo que condujera al éxito feliz de sus tentativas, para lo cual la asamblea juzgó necesario dar ocho dias de treguas, y el señor Guzman, á quien dos causas poderosas le impulsaban á volver á la quinta, trató de no perder un momento. Hizolo así; pero un nervioso temblor se apoderó de él, cuando por los informes de la tia Eduvigis supo que Jaime Lebron habia desaparecido de su casa sin dar la mas pequeña satisfaccion de su persona. El deseo de la venganza, la indignacion de semejante perfidia, y el presentimiento fatal de muchas desgracias, formaban en su alma una lucha irresistible. Esperó un dia y otro, y otro mas; y Jaime no se presentaba á pedir satisfaccion de su honor ultrajado. ¿Quién sabe si habrá ido á poner en juego sus armas homicidas? ¿quién sabe si á estas horas está la vida de Guzman y la de muchas personas pendiente de una palabra? ¿Quién sabe en fin, si el secreto que ha costado tantos años de esclavitud se está rompiendo y delatando una cosa horrible, tan horrible que dentro de muy poco se enrojecerá el cadalso con la sangre de nuestro honrado Guzman? ¿qué sería entonces de la esposa, de la hija, y del infeliz ciego que á pesar de su corazon valiente y orgulloso tendrá que sucumbir á todo! Pensar en ello, sería hacer vacilar un valor de que tanto se necesitaba entonces. Lejos pues ideas lúgubres que amilanen el ánimo; vengán risueñas esperanzas que despierten el arrojito, y el entusiasmo: en efecto, dice Guzman, ¿qué importa que hoy nos cubra un horizonte nebuloso que amenaza descargar sobre nuestras cabezas el rayo destructor? Mañana en cambio

veremos aparecer el iris, nuncio de paz, y mas allá descubriremos un sol radiante que vivifique á España, difundiendo por doquiera sus hermosos rayos, nuncios tambien de una era de regeneracion. El trono del déspota caerá hecho pedazos á nuestros pies, y el triunfante carro de la libertad, arrojará las primeras semillas de esa divina ley que Dios hizo para el hombre, de esa ley en que no hay señor ni esclavo, ni primero ni segundo, ni grande ni pequeño: *la santa ley de la igualdad!* ¡Ah! qué hermoso será decir á los pueblos: sufristeis las cadenas con resignacion; nosotros rompimos sus eslabones, y miradlas allí, sirviendo de dogal á los que fueron nuestros verdugos. Entretanto que siervos viles os dejabais arrastrar como un reptil por las alfombras del déspota, nosotros velábamos por vuestra libertad, y la destruccion de los tiranos. Aquí teneis nuestra obra: juzgadnos, pueblos, juzgadnos.

Dulcemente embriagado Guzman con estas ideas exajeradas, ó con estos sueños dorados mas bien, ansiaba el momento de llevar á cabo el acuerdo de la logia; pero era preciso que la salud de su hija quedase atendida tambien, y se decidió á trasladarla al Bierzo, como tenian convenido.

El dia antes de la partida, dió orden para que adelantándose uno de sus criados, fuese el mensajero de la noticia, llevándose al mismo tiempo el mejor de sus caballos, que tal vez necesitaria luego que llegase al Bierzo.

En el momento de la separacion, la madre y hermano de Isabel, vertieron todo el llanto que su corazon podia esprimir. Aquella porque las precauciones tomadas por su esposo la revelaban un eminente peligro de su vida, y el ciego porque la ausencia de su hermana, robábale el paño de sus lágrimas y la luz de sus tinieblas.

CAPITULO XI.

LA PARTIDA DEL TAMBOR.

En una de las calles menos céntricas de la capital de España, existe una casa de aspecto sombrío, á la que cautelosamente acuden ciertos personajes envueltos en la oscuridad de la noche. La pálida luz de un empolvado farol, alivia las densas tinieblas de la ruinosa escalera, y aquellos van llamando uno á uno, á la habitación interior cuya entrada se les facilita despues de hábilmente reconocidos por un jóven de pocos años, á quien distinguen por el nombre de Santiago el Cojo. Penetrando el interior de esta desmantelada casa, veriamos en el mas recóndito aposento un tropel de hombres mal encarados, que se agrupan á una mesa sembrada de cartas y monedas que luchan en diferentes bandos, bajo la inmediata intervencion de un hombre de cara enjuta, bigotes canosos y retorcidos, gorra de cuartel y levita de veterano. Este es el dueño absoluto de

aquella casa; el que da el nombre á la partida del *Tambor*, porque con este destino prestó sus servicios al ejército de España en la guerra de la independencia.

Todos los espectadores que rodean al veterano, esperan con ávidos ojos la aparicion de una carta: cada hoja que se va pasando de aquel libro de la caprichosa fortuna, aumenta la ansiedad: el corazon está en el aire; los ojos intentan penetrar el misterio; y por último, cuando uno consigue la felicidad que apetece, á muchos se les hiela la sangre en las venas, hasta que la desesperacion viene á encenderla con un fuego devorador.

Cuadros son estos que vemos reproducidos en todas las clases de la sociedad, con colores mas ó menos repugnantes. Este, por ejemplo, repugnaria á primera vista, porque presenta la desmoralizacion en toda su deformidad: retrata tan á lo vivo las tendencias de los personajes, que puede asegurarse sin riesgo de equivocacion, son hombres avezados al crimen; plantas que no pueden dar mas que un fruto dañado y venenoso. Pero ¿qué diremos de la clase alta de la sociedad que por su esmerada educacion y esclarecido linaje debia ser llamada á moralizar con sus buenos ejemplos? ¿Será suficiente á santificar sus goces de disipacion, las galas con que los vistien? ¿Qué nos importa que en vez de unas paredes mugrientas, engalanen sus salones con damascos? ¿será por esto menos deforme el vicio? La senda por que ya caminando su vida, en nuestra opinion, aun está mas llena de abrojos; ofrece todavía peores ejemplos de inmoralidad.

La hez del pueblo, como puede calificarse la concurrencia á la partida del *Tambor*, está, digámoslo así, educada en aquella escuela: no ha aprendido al lado de hombres doctos á apreciar la virtud y á aborrecer el vicio: si espone á la suerte de una carta su pequeña fortuna bien ó mal adquirida y la pierde, por lo regular, allí se estrella todo el mal; pero el juego en la vana y orgullosa aristocracia ¿cuántas consecuen-

cias fatales no arrastra en pos de sí, siendo como es espléndida hasta en sus mismos vicios? ¿quién pone diques á su desenfreno, cuando hasta en ellos quiere ostentar el lujo?

Figurémonos una muger, de que tantos tipos nos ofrece la culta capital de España, la cual hace gala de seguir las corrompidas costumbres del siglo, porque si no las siguiera, creeria que la quedaba un vacío que llenar. Caminando por el rumbo que el gran tono la ha marcado, entrega al albur su fortuna; pero no siempre el viento es favorable, y una espantosa borrasca destruye su riqueza hasta los cimientos. Ha perdido en el juego; pero sin embargo, no puede prescindir de sostener el fausto que corresponde á su título de condesa, y necesita un carruaje. ¿Esto qué importa? para un artista basta la recomendacion de un título, porque los artistas deben darse por muy honrados con emplearse en su servicio. Ha perdido en el juego; pero esta noche hay baile en el palacio de la duquesa, y necesita un aderezo de brillantes. No tiene oro para comprarle, ¿pero qué importa? al artista le servirá de garantía el pomposo título con que se honra. ¿No comen sus criados? En cambio ostentan ricas libreas con el dinero que ha adquirido por garantía tambien de su título de condesa. ¿Llega un dia en que está desacreditada? ¿sus criados se le rebelan? ¿los artistas reclaman el sagrado de sus deudas? Tampoco importa: un esfuerzo mas y se consigue el desenlace del drama. El marqués que ha disfrutado de sus favores se los paga con dinero, y dice, marchemos lejos de España, á París, por ejemplo, que allí no se oyen las querellas de los domésticos; allí no se escuchan los ayes del artista.

Volvamos á la partida del Tambor.

El hábito que ha adquirido este hombre en su larga carrera desde que empezó á ser aprendiz de tahir, le ha dado cierta preponderancia, cierta gravedad que le hace respetable entre los concurrentes á su casa. Les habla con desden; su mirada es imperiosa, y sus sentenciosas palabras nunca tienen

réplica. La casa del Tambor, es un reino gobernado por un monarca absoluto: no hay mas voluntad que la suya, y su voluntad es de hierro.

Precisado sin embargo, á contemporizar con los mas temerones, tiene hecha una eleccion de favoritos que ya le prestan su defensa en ocasiones criticas, ya contribuyen al fomento de sus intereses con el ingenio y sutileza, que la experiencia les ha sugerido. A éstos les llama el Tambor *la trinca*. Uno de sus individuos es generalmente el que lleva el nombre de banquero, cuya destreza en el manejo de las cartas, y recursos ingeniosos de que se vale en ciertas ocasiones, son tales, que aparentando la mas recta legalidad, deja burlada la perspicacia del mas avisado.

Sentados estos preliminares, diremos que cuando el banquero pide el corte de la baraja, todos los jugadores se agrupan en su derredor. Tira el primer albur, que es tender dos cartas sobre la mesa, y cada jugador rinde su puesta á la que le parece. Asi que quedan cubiertas las puestas de las dos cartas, da la voz de *juego* como para sancionar lo hecho hasta entonces. En seguida tira el gallo, que es tender otras dos cartas, y así que se cubren las puestas como en el primer albur, se repite la misma voz de *juego*. En este momento es cuando todos enmudecen y se agrupan con ansia, procurando brujulear el naípe que va á aparecer. Nunca el corazon late con mas violencia ni las miradas son mas penetrantes. Se decide la suerte por fin, y una algaravía de palabras que no se comprenden, ya sirven de improperios á la desgracia, ya de salvas á la fortuna.

—¡Por vida del rey! esclama uno dando furiosamente una patada en el suelo.

—*Trianda brujes á mangue* (1), dice otro reclamando alegre sus ganancias.

(1) Treinta reales á mi.

—¡Mis dos *chulés*! (duros).

—Maldita *sustirí* (suerte).

—El gras me ha hecho najavar el parné que le había arriao (1).

—¡Venga lo mio!

—Silencio, voto á Dios, ó por vida de mi nombre, que si cojo á uno le hago besar las estrellas. A esta exclamacion del Tambor, que hasta entonces habia permanecido impassible, velando por el buen órden de su partida, todos callaron.

—Aquí no se grita, continuó. Este no es un gazapon de tahures fulleros, sino la casa de un hombre que se gana la vida honradamente, y que sabe dar á cada uno lo que le corresponde en buena ley. Despues de observar con satisfaccion la influencia de sus palabras sobre sus subordinados, dijo al banquero.

—A ver, Mochuelo, déjame la mesa, que yo pondré órden. El de los brujes, toma tus treinta reales, y cuidado con tener tan lijera la *muy* (la lengua).—¿Estos cuatro duros á quién pertenecen?

—A mí, respondió un hombre que no habia pronunciado una palabra en toda la noche, y cuya fisionomía no nos es desconocida.

—Téngalos V. caballero, dijo el Tambor.—Pardalet, toma tus dos *chulés*, y á ver si tienes mas juicio.

—Mis tres pesetas de la sota, ¿dónde estan? preguntó un muchacho de pocos años que hasta entonces se habia ocultado del Tambor.

—¿Tus tres pesetas?

—Si señor; yo las he ganado, y ese tramposo me las ha cogido.

—Es mentira.

(1) El caballo me ha hecho perder el dinero que le habia puésto.

—Es verdad: ahí está el Escarabajo que las ha puesto por mi.

—Diga V. que no: ese *chavó* (muchacho) quiere venir aquí con *rapas* (trampas).

—Yo las he puesto por el cojo.

—Eres un *bulero* (embustero).

—Y tú un *chorí* (ladron).

—Alto, señores, al que diga una palabra mas, le tiro por el balcon y le hago una tortilla. ¿Quién dice que ha puesto las tres pesetas?

—Yo, por Santiago el cojo.

—Pues tómalas, cojo maldito. Las doy de mi bolsillo porque te vayas con mil demonios. Yo te pago para que cuides de la puerta, no para que vengas á sacarnos los cuartos.

Administrada justicia y gracia por el veterano en la distribución de las puestas, la tranquilidad quedó restablecida, ó como dirian en su dialecto, quedó levantado el *muerto* (1) y continuaron las jugadas.

Demos entretanto un paso mas penetrando en una habitacion contigua, á la que dan el nombre de *refugio de los najavados* (de los que han perdido).

Allí se forman diferentes corros y se tratan diversas cuestiones; pero es lo general que una cuadrilla de matones se ocupe de ojear quién es el que gana mas, y si no es temible en una acometida, seguirle los pasos y robarle á la vuelta de una esquina: otros abren el campo á discusiones politicas: otros que hablan en secreto, trazan el modo de realizar al dia siguiente una ratería que tienen proyectada, y otros en fin, esperan con ansia la confusion que produce una disputa acalorada, como la que acabamos de presenciar, para, como ellos

(1) El muerto es la disputa que resulta de cuando se reclaman mas puestas de las que se han hecho.

dicen, *echar el negro*, que se reduce á apagar las luces, arrojarse sobre el dinero de la mesa y huir precipitadamente.

—Creedme, muchachos, decía un hombrecillo dándose importancia. Los negros se han hundido para siempre, no os quepa duda. Lo digo yo, y ya sabeis que tengo motivo para saberlo.

—¿Y qué se ha dicho hoy del rey? ¿no decían que estaba *charlao*? (lôco).

—Si, pero ya se ha descubierto que era un lazo de los negros que quieren sacar partido de todo. El rey está tan sano y bueno como nosotros.

—Y diga V. D. Dimas, ¿le han vuelto á V. el empleo de *chinel*? (alguacil).

—No, pero ahora me lo volverán, porque los realistas saben apreciar mejor los buenos servicios.

¿Pues no es V. de los que querian ir á Cádiz con los negros á defender la libertad?

—Si, pero eso era antes de quitarme el destino. Si no entiendes nada de política ¿qué vienes á preguntarme? Ahora los negros son unos ingratos, que ni agradecen lo que se hace por ellos, ni dan empleo á los que valemos alguna cosa aunque me esté mal decirlo.

—Y diga V. ¿no es verdad que la *carga* (justicia) anda á caza de las partidas, para echar el guante á los *burladores*? (jugadores).

—Si.

—Pues entonces ¿por qué venia V. cuando era *chinel* y no daba parte á la *carga*?

—Toma, toma. Porque el Tambor es hombre que lo entiende: sabe manejarse y tener contento al que le puede servir de algo, y en fin... no digo mas, respondió el ex-alguacil cortando una conversacion que le era tan fastidiosa, y dando media vuelta sobre la izquierda.

—¿De quién *graznas, chavó?* (1) preguntó otro que desde el lado opuesto se afanaba por descubrir á uno de los jugadores.

—¿No ves aquel *corva* que se levanta ahora?—

—¡ Ah! sí; el afrancesado.

—El mismo. Anoche estaba en el *cachiman de la Rosita*, y también perdió muchos brujes. No sé de dónde diablo saca tanto ese hombre, ni dónde vive, ni nada.

—Y es ese el que se ha ganado el *garlochín* de la *pindorera* de Cara-cortada (2)?

—Sí, y has de saber Toñuelo (porque Cara-cortada lo tiene jurado y lo cumple) que en cuanto salga del *estaribé*, les *diña con la cerdañi en el gaban* (3) y les quita del medio; á él por mal amigo, y á ella por comprometora. ¡ Mala hembra! He ahí cómo se pierden los hombres. No se ha contentado con robarle la querida, sino que le ha levantado una calumnia que espanta.

—¿Pues qué ha dicho?

—Que es conspirador contra el rey.

—¡ Vaya un *gindon calabeoso!* (cobarde calumniador).

—De ese modo, es claro; mientras el pobre Cara-cortada está en el *estaribé*, él se divierte y vamos andando.

—En cuanto salga el otro *chavó* yo le aseguro al afrancesado...

—¡ Hui! en cuanto salga va á ser una lástima de ese hombre, porque hasta el sol se va á meter de miedo por no verlo. Cara-cortada emprende á correr tras de él, y le sigue hasta el fin del mundo para convertirle en harina. Yo que le he visto ayer en el *estará* (cárcel) puedo decir cómo está el

(1) ¿De quién hablas, muchacho?

(2) El corazón de la muchacha.

(3) Les da con la navaja en el pescuezo.

infeliz: brama de coraje contra ese maldito Jaime Lebron, y se desespera porque no puede salir á *darle cresta* (darle muerte).

¡ Calla ! ¿ qué se *grazna* allí ! ¿ hay *muerto* por medio ?

—He dicho que venga mi *parné*, decia uno de los jugadores.

—No me da la gana, contestaba el banquero. Yo he pagado todas las puestas, y nadie puede obligarme á que pague mas.

—Es que aquí falta mi puesta, y el Cristo es el que se la ha llevado sin jugar.

—Es mentira.

—Tú has venido despues de las puestas. Que lo diga Santiago el Cojo.

—Tú tienes que pagarme.

—Con una *coca en la jeró* (puñalada en la cara).

—¡ Silencio ! ¡ órden !

—¿ A que no me lo dices fuera ?

—A que sí.

—A que no.

—¡ Alto, señores ! ¿ ya no se hace caso de mí ?

—Salgamos.

—La carga !! gritaron los dos del refugio de los *najavados* apagando las luces y arrojándose sobre el dinero. A esta voz que queria decir la justicia, los contendientes suspendieron la disputa, y el Tambor cesó de dar sus voces de órden, procurando cada cual ponerse á salvo de las garras de los *chinelos*.

A poco rato se vió el Tambor solo en su casa convencido de que todo habia sido una farsa.

Contemplaba con abatido rostro los desastres causados tan repentinamente, pero el que descollaba entre todos, el que mas le llegaba al alma, era la completa desaparicion del dinero de la mesa.

infeliz drama de torpe contra ese malhito Jaime Estrova, y se desespera porque no pueda salir á darve esta (buena muerte).

— ¡Calla! ¿puedes verter allí ghy wasser por medio? —
— El dicho que venga mi parve, decia uno de los jag-

dores, si se acordaba de las cosas de papa. comen la

— No me da la gana, contestaba el panduro. Yo he paga- do todas las puetas, y nadie puede obligarme á no pagar mas.

— He dos aqui falta mi pueta, y el Cristo es el que se la ha llevado sin jugar.

— Es mentira, ¿cuando le habia de ir á jugar? —

— Tú has venido después de las puetas. Que lo diga San- tigo el Gólgota, yo y él, cuando se le habia de ir á jugar.

— ¡Tienes que pagarle, no es á él y á alguien mas por él! —
— Con una coxa en la jere (puñalada en la cara), él está

— ¡Silencio! ¿deben de venir á jugar con el dicho no está? —
— ¿A que no me lo dices fuera? —

— A que si. —
— A que no. —

— ¡Alla, señores! ya no se hace caso de mí. —
— Salgámonos de esta casa, ¿cómo se le puede decir?

— La culpa la gritaron los dos del refugio de los wajrun- dos pagando las jeres y arrojándose sobre el dinero. A esta voz que queria decir la justicia, los contendientes suspendieron la disputa, y el Tambor cesó de hacer sus voces de orden, pro- curando cada uno ponerse á salvo de las garras de los ca- rreteros.

— ¡A poco rato se vió el Tambor solo en su casa conteniendo de que todo habia sido una farsa, desde lo que se veia

— Contemplaba con albedio rostro los desastres causados tan

— repentinamente, pero el que desollaba entre todos, el que mas se llevaba al alma, era la completa desaparición del di- nero de la mesa.

— ¡Maldito sea el que se le llevó! —

... Cuando ya impacientes perdian la esperanza de que llegasen los viajeros, descubrieron una densa nube de polvo: allí venia un carruaje que á todo correr se dirigia á ellos, y le siguió en este el que conducia al señor German y á sus hijos.

CAPITULO XII.

Imposible es describir la ternura con que se abrazaron los dos compañeros de colegio; solo podria formarse una aproximación á los sentimientos que los hombres queridos, que después de mucho tiempo se ven por primera vez, y en ocasión que necesitan consolarse de una desgracia. No sucedia así con Matilde; su carácter generalmente alegre, la hace la mujer mas dichosa que solo ha acogida á los pesares en cuanto empieza á sentirlos.

LA PRIMER TARDE EN EL BIERZO.

en otra esfera menos oscura y recogida, es mas esperanzada que Isabel, sin que el tiempo que lleva en el bierzo, la haya hecho olvidar aquel mar de luctuosos placeres en que fluctan las bellas cortesanas, porque entre ellas paso sus primeros años. Detuviéronse los viajeros dos dias en la corte, sin que Isabel tratase de penetrar los misteriosos asuntos que ocupaban á su padre; y al tercero continuaron el camino á jornadas dobles, lo cual daba á entender que al confederado debian serle muy preciosos los momentos. Entretanto, el mensajero que se mandó desde la quinta, habia tenido tiempo de anunciar su próxima llegada, y así es que Matilde los esperaba con impaciencia muchas horas hacia á una legua de distancia.

Acompañábala una honrada muger llamada Gabriela, á cuyas excelentes virtudes se halla confiada la custodia de Matilde desde que la señora de Sandoval está impedida, completando aquel reducido cuadro de familia, dos apuestos ginetes, honra y prez de los bercianos. Era uno el primo de Matilde, de quien ya hemos tenido ocasion de hablar, y el otro su amigo

Guillermo, rico mayorazgo, y jóven que con gran provecho ha frecuentado las cátedras de jurisprudencia.

Cuando ya impacientes perdian la esperanza de que llegaran los viajeros, descubrieron una densa nube de polvo: allí venia un carruaje que á todo correr se dirigia á ellos, y felizmente este era el que conducia al señor Guzman y á su hija.

Imposible es describir la ternura con que se abrazaron las dos compañeras de colegio; solo podria formarse una aproximada idea figurándose á dos hermanas queridas, que despues de mucho tiempo se ven por primera vez, y en ocasion que necesitan consolarse de una desgracia. No sucedia asi con Matilde: su carácter generalmente alegre, la hace la muger mas dichosa, pues solo da acogida á los pesares en cuanto empieza á sentirlos.

Consecuencia de contar algun año mas, y de haber vivido en otra esfera menos oscura y recogida, es mas espermentada que Isabel, sin que el tiempo que lleva en el Bierzo, la haya hecho olvidar aquel mar de licitos placeres en que fluctuan las bellezas cortesananas, porque entre ellas pasó sus primeros años de felicidad, antes de que su madre se viese obligada á vejetar junto á los bienes de fortuna que su esposo la dejára.

Matilde es siempre alegre, bulliciosa, y de ideas tan inconstantes que la compararíamos á una mariposa que de flor en flor va revoloteando sin fijarse en ninguna. Es á veces tierna y apasionada; otras desdeñosa; y otras hay en que oyéndola analizar el corazon humano, en un sentido tan lógico y sentencioso, la concederíamos el título de escelente filósofa; no siendo mas que una señorita de despejo natural, algun tanto amaestrada en la escuela práctica de la esperiencia. Su alma que en el fondo es angelical, se ve retratada en sus ojos azules como el cielo, en su faz espresiva y alegre; y sus cabellos de oro vienen á completar una criatura simpática y jovial. Dificilmente se podria abrigar por mucho tiempo una

pena estando á su lado. Su presencia la amortigua: la dulzura y viva espresion de sus acentos, la disipa.

Todos han emprendido el camino en un mismo carruaje excepto los dos amigos que á alguna distancia van trotando en sus briosos caballos.

—Cuánto me habias dicho, es poco, dijo Guillermo á Ernesto á media voz.

—¡Oh! ya sabia yo que habia de cautivarte la linda Isabel, respondió Ernesto en tono de satisfaccion. Y eso, Guillermo, que ha perdido mucho desde que la vi la última vez en Madrid. Tenia unos ojos que fascinaban. Una desenvoltura y un donaire, que volvia locos á los hombres. ¡Pobrecita! parece que han pasado diez años por ella.

—Lástima es que esté tan prendada de ese militar que me dijiste.

Ernesto miró á su amigo, y dejó asomar á sus labios una sonrisa maliciosa.

—¿De qué te ries, Ernesto? ¿qué significa esa risa? —

—Significa que al fin me haces confesar lo que me habia propuesto ocultarte por ahora. Felizmente ya no hay nada de eso.

—¡Cómo! ¿lo sabes de seguro? —

—Tengo los datos mas positivos. Lo sé por ella misma.

—¡Ah bribon! ¿con que al fin te atrevistes á declararla... —

—Tanto como eso, no.

—Vaya, tú te estás burlando de mí. ¿Cómo no habias de habérmelo dicho, cuando cosas menos interesantes... —

—Me explicaré, no te impacientes. Hace cosa de tres ó cuatro dias tuvo mi prima una carta de Isabel; y como ya sabes que á Matilde la merezco una confianza sin limites, me lo ha revelado todo.

—¿Segun eso, estás de enhorabuena? —

—No sé qué te diga, Guillermo. Isabel ha dejado las relaciones con ese hombre, pero creo que no ha dejado de amarlo.

—Eso no se concibe. ¡Qué! habrá sido tan poco caballero.....

—Nada de eso. Isabel le escribió una carta participándole un eterno rompimiento.

—Ahora lo entiendo menos. ¿Y por qué motivo?

—Hasta ahí llegó la confianza que me estaba haciendo mi prima. Ignoro todo lo demás.

—A pesar de eso, creo que de esta hecha se han de realizar tus sueños dorados. Ella viene sin duda con el corazón enfermo, y tú que eres médico podrás cicatrizar sus heridas.

—¡Ah! no me lo hagas consentir, Guillermo.

—¿Y por qué no? te crees menos digno de su amor que ese militar? ¿Tu posición no es tan honrosa como la suya? Los laureles que él pudiera ofrecerla por sus triunfos en la guerra, ¿no puede conquistarlos la sublime ciencia de Hipócrates?

—¡Chist! observa como nos miran.

—Sin duda se ocupan de nosotros.

—Adelantémonos.

Al mismo tiempo que entre los dos amigos pasaba este diálogo, Isabel y Matilde, observando que Guzman y la señora Gabriela se entretenían en hablar de la situación topográfica del terreno, empezaron á hacerse sus confianzas.

—Te repito, Matildé, decía Isabel, que eres completamente feliz. Guillermo es una interesante figura.

—Sobre todo, su carácter es bellissimo; pero hay momentos en que son insufribles. Figúrate que él y Ernesto, porque son muy amigos, eso sí: tan unidos viven siempre, que todos en la villa les tienen por hermanos; figúrate, repito, que sin tener en cuenta lo penoso que es vivir sola en este rincón del mundo, donde no hay amigos ni aun nadie con quien tratar si no son las flores de mi jardín, casi todos los días se van de caza á aquel monte que se ve allí, que le llaman de Pajariel, á cuyas inmediaciones tiene Guillermo una linda posesión, y los ingratos me dejan sola con mi pobre mamá, que no puede mo-

verse de su poltrona; ó con la señora Gabriela, que no sabe mas que hablarme del Viejo y el Nuevo Testamento.—Ahora ya es otra cosa. Vayan benditos de Dios por donde mas les plazca, que con mi Isabel al lado, será milagro que eche menos su compañía.

—Sin embargo, Matilde, no te será muy grata porque...

—¿Por qué estás triste? ¡Oh! eso sí que no lo consentiré yo. ¿Triste estando á mi lado? pues no faltaba mas: me harías creer que era por no estar contenta de mi, y mi enfado sería formal, muy formal, Isabel. Mira, mira qué embebidos vienen aquellos en su conversacion.

—Sin duda se ocupan de negocios interesantes.

—¿Quién sabe si se ocuparían de nosotras? Han reparado en nuestras miradas; ya se acercan.

Efectivamente los amigos, poseidos del mismo pensamiento, se acercaron al coche, en ocasion que decia la señora Gabriela.

—Pues sí, señor Guzmán; difícilmente quedará un médico de los de fama que no la haya visto, y todos opinan lo mismo; que esa enfermedad es incurable. Solo queda la esperanza de Dios, pues si su divina bondad la iluminase de aquella santa fe que al paráltico de Cafarnaum, á quien nuestro Salvador sanó llenando de asombro á sus mismos enéimigos, también podría sanarla, porque el Dios de entonces es el mismo de ahora y lo mismo perdona á los pecadores de estos tiempos, que perdonó á los de aquellos.

—Señora Gabriela, dijo Ernesto sonriéndose, ¿no conoce V. que ya pasó aquel tiempo de la resurreccion de Lázaro?

—Porque las virtudes de los hombres no son como las de aquellos que tenían una ciega fe y confianza en la grandeza de Dios. Porque no recurrimos á él con el fervor de María hermana de Lázaro, ni de aquella afligidísima viuda de Nain, cuando iba acompañando el cadáver de su hija á quien Jesus

resucitó diciendo: Levántate, joven, yo te lo mando. A esta voz omnipotente se vió levantarse el difunto en las mismas andas, y poniéndose á hablar claramente, se fue á abrazar á su madre, á quien Jesus lo habia restituido.

Continuaron dilucidando cuestiones religiosas todos alternativamente, hasta que penetrando en casa de la señora de Sandoval, atravesaron un espacioso vestíbulo; y despues de cruzar un pequeño trozo del estenso jardin que se dejaba á la derecha, penetraron en un salon sombrío, en donde apenas se descubria el cuerpo inmóvil de la madre de Matilde recostada en una poltrona forrada de terciopelo carmesí.

Su cabeza inclinada sobre el hombro derecho, y la parálisis de toda la mitad de su cuerpo, no la dejaban en libertad para dirigir una mirada á los que llegaban en aquel momento; y esto la hacia sufrir horriblemente. Isabel fue la primera que se arrojó en los brazos de su madrina colmándola de besos; pero muy luego tuvo que retirarse á enjugar el llanto que la arrancaba el dolor de verla así. El señor Guzman, la tendió la mano cariñosamente, y la desdichada viuda dejando correr sus lágrimas, le dijo:

—¡Cuánto tiempo hace que no experimentaba un placer tan grande! ¿Qué le parece á V. de mi, amigo Guzman? ¿No es verdad que debo estar muy contenta con mi suerte?

—Amiga mía, todos tenemos sinsabores en este mundo, pero Dios querrá que algun dia sea V. feliz.

—Feliz? ¡Ah! sí, cuando me muera. Cada dia leo mas claramente mi destino. A los cuarenta años, mi pobre madre sufrió un ataque de apoplejía horroroso: á los dos años, se la reprodujo con tanta fuerza, que resultó una parálisis como la mia, y á los cuarenta y seis acabó de sufrir. Yo sigo en todo exactamente las mismas huellas de mi madre, y segun mi cuenta dentro de tres años...

—Déjese V. de esos vaticinios tan tristes, repuso Guzman, ¿no es mejor que piense V. en el remedio, amiga mia?

—¿En el remedio! ¿y en dónde está el remedio?

—No hay facultativos capaces de....

—De enterrarme antes que la enfermedad, eso sí. ¿Es V. también de los que creen en la virtud de la medicina? Esa es una ilusión como otra cualquiera. Yo no miro en esa ciencia mas que un medio de especular, y lo que agradezco al médico, son las palabras de consuelo que dirige al enfermo, como lo pudiera hacer cualquier amigo con palabras menos ridículas. Lo demás todo es una farsa.

—Creo que los trata V. con demasiada dureza.

—¿Qué virtud tiene la medicina si no es capaz de enderezar mi encorvada figura ni aun de animar mis miembros? Respóndame V., señor doctor, añadió la señora de Sandoval dirigiéndose á Ernesto.

—¿Qué he de responder, querida tia?

—¿Lo ve V., señor Guzman? Ahí tiene V. á todo un doctor de los mejores que ha producido el colegio de San Carlos, segun dicen, y no sabe qué responder á una enferma.

—En la medicina, añadió Ernesto, hay misterios todavía que al hombre no le es dado penetrar, porque los oculta la Divina Providencia.

—Ese es el ingenioso recurso á que apelan todos ellos: cuando no pueden ir mas allá, tropiezan con el misterio de la Divina Providencia, y se acabó; nos dejan morir como unos perros.

—Sin embargo, querida tia, algo tiene V. que agradecerla. A no ser por la medicina, quizá no existiria V. Sus recursos no han podido evitar el que V. se vea de esa manera tan lastimosa, pero siempre es mucho conseguir salvar al enfermo la vida.

—¿Y qué importa la vida si esto es vivir en la agonía? ¿Te parece que yo he de agradecer este beneficio, cuando hasta para beber un vaso de agua necesito el auxilio de otra persona? En fin, Ernesto, mil veces hemos tenido esta conversa-

cion y solo hemos conseguido calentarnos la cabeza. Dejémosla. Pero á todo esto, ¿dónde estan esas picaronas? ¡Isabel! ¡Matilde! ¿qué haceis, hijas mias?

—Estaba diciendo á Isabel, respondió Matilde, que si querria dar una vuelta por el jardin antes que sea de noche.

—¡Eh! no seas loca, ¿no conoces que Isabel estará muy cansada, y sobre todo que está enferma?

—No, madrina: me siento muy valiente, y volveremos pronto, dijo Isabel.

—Sea como gustéis.

Agarráronse del brazo, y saltando de gozo, corrieron las dos amigas al jardin. La fisonomía de Isabel, ya no presentaba aquel aspecto tan cadavérico que tenia en la quinta, y su corazon oprimido, se dilataba al verse en los brazos de una amiga á quien todo la es permitido revelar, y á quien como ella decia, no la habian prohibido amar. Cruzaban por su mente mil horrosas imágenes de lo pasado; pero las dulces palabras de Matilde, y aquel aire puro y embalsamado, las hacia pasar como las vagozas sombras de un sueño profundo.

Para que sus revelaciones tuviesen todas las formas del secreto, sentáronse en un cenador cubierto de enredaderas, y allí creyéndose todo lo aisladas que la gravedad de sus asuntos requeria, comenzó Isabel á referir desde el dia feliz en que empezaron sus amores con Federico, hasta el fatal en que su padre la obligó á escribir aquella funesta carta. Matilde observando lo que á su amiga afectaba la relacion de tantas desdichas, la dijo con desenfado.

—Pues no te afliges poco que digamos. No parece sino que ya se acabaron los hombres. Vaya, vaya, renuncio á que nos ocupemos de tan trágicos amores, porque la verdad.... yo no quiero entristecerme. No gusto de escenas tan violentas ni de impresiones tan fuertes, porque francamente, temo que se me afecten los nervios. ¡Jesus! ¡Jesus! me da lástima que así hagais la victima de esos ingratos. ¿Te parece que aunque

él supiera todo lo que has sufrido te lo habia de agradecer? No seas inocente, querida mia. Los hombres tantas ven, tantas quieren: no creo á ninguno; ni aun á Guillermo siquiera, y eso que es el menos malo. A todas las dicen: «tú eres la única que reina en mi corazón. Si tú no me amases mi existencia sería insufrible, y solo en la tumba encontraria la felicidad.» Esta es la cartilla de todos poco mas ó menos. Esto es lo que dejan que se desprenda de sus labios; pero al corazón le sucede lo que al niño en el limbo, ni siente pena, ni gloria.

Sin mover los párpados ni desplegar los labios, habia estado mirando y escuchando Isabel á Matilde, cuyas palabras dichas con un aire tan sentencioso, habrian hecho zozobrar sus convicciones; á no ser tan excesivo el amor que conservaba al capitán.

Al cabo de media hora, salieron del cenador y descubriendo á Ernesto y Guillermo que sentados en un banco de piedra, parecia hablaban con mucho calor, dijo Matilde:

—Mira, mira, allí estan los dos filósofos. Regularmente estarán discutiendo como lo hacian ayer sobre la inmortalidad del alma. ¡Qué manía! nunca les falta qué hablar de esas necedades. ¿Quieres que vayamos á sorprenderlos?

—Como gustes, respondió Isabel maquinalmente.

—Por allí, entre aquellos rosales, no nos ven. Vamos á darles un susto, y á reprenderles su desatencion por dejarnos tan solas.

Dirigiéronse hácia donde estaban los dos amigos, cuya conversacion se pararon á escuchar detrás de los rosales.

—Es un error, decia Ernesto, lo que te propones sostener, y ó yo no comprendo bien la historia de épocas tan remotas, ó los árabes ocupan una posicion muy desventajosa comparativamente con los griegos.

—No lo entiendo yo así, Ernesto, y prueba mi asercion el que la proteccion de los príncipes árabes á las letras, era

mucho mas decidida que la de los griegos, si no acuérdate de aquel príncipe que jamás emprendia una peregrinacion sin llevar á su alrededor cien literatos, cuyos consejos le servian de guia. ¿Dónde iríamos á parar si hiciésemos la relacion de sus adelantos, de las escuelas, colegios y academias que erigian, y de los hombres doctos que daban al mundo?.. Sin ir mas lejos, á quién debe la España la luz de su sabiduria sino á los árabes?

—Bien, todo eso te concederé; pero y la gloria de los primitivos tiempos de las ciencias ¿á quién corresponde? Cuando los árabes se han envanecido con unos nombres como el de Homero en la poesia, Pericles en la oratoria, Erodoto en la historia, é Hipócrates en la medicina.

—Tú los enumeras, pero yo no, porque como ha dicho un historiador, la Arabia sola ha producido mas poetas y mas hombres sabios en todas las ciencias, que todo el resto del mundo. Hasta en mugeres célebres cuentan mucha supremacia. Me encarecerás el mérito de la célebre Safo, pero ¿merece compararse aquella pequeña rival de Anacreonte con el númen poético de la princesa Valadata y otras muchas poetisas árabes de aquellos tiempos? Además, no daban un público testimonio de su institucion, y del desarrollo de las ciencias, cuando solo en España establecieron setenta bibliotecas? Confiesa, Ernesto que hoy defiendes muy mala causa.

—Jamás lo confesaré, Guillermo, porque cuentan demasiados triunfos los griegos, para que á mi me falten recursos con que atacar tu opinion. Empezaré por...

—Dejar esa conversacion, dijo Matilde interrumpiéndole.

Los dos amigos quedaron sorprendidos de tan repentina aparicion y se levantaron de su asiento. Matilde continuó con un acento dulce, pero reprobivo.

—¡Cuidado con los caballeros, y qué galantes son con las damas!

—No hemos querido interrumpirlas, dijo Guillermo.

—Estaban Vds. tan retiradas, añadió Ernesto, que hubiera sido imprudente...

—Pues bien, ya hemos concluido todo lo que teníamos que hablar por esta tarde. Mi Isabel debe estar muy cansada, y no quiero que paseemos mas; con que así, si os parece, retirémonos.

—Como Vds. gusten, contestó Guillermo, y todos emprendieron el camino que conducia á la casa.

—¿Y qué le parece á V. de mi amiga, Guillermo? preguntó Matilde, sonriéndose.

—Me parece tan linda como me la habia V. retratado.

El rostro de Isabel se cubrió de un encendido carmin, y esta oprimió el brazo de su amiga como queriéndola reprender su pregunta.

—Me alegro de eso, respondió Matilde, con una sonrisa mas marcada: y tú, Ernesto, ¿qué dices? ¿estas quizá pensando en los griegos, ó en los aforismos de Hipócrates?

—Cuando se está en un jardin tan ameno, ¿quién ha de pensar mas que en las flores que le engalanan?

—Muy bien. ¿No ves con qué poesia se esplica mi primo Ernesto? Sigamos este paseo de lilas, que es el que mas me gusta. Pues sí, mi querida Isabel, mi primo, donde tu le ves, no solo es un gran doctor en medicina, sino tambien un gran poeta.

—¡Ola! exclamó Isabel dirijiéndole una interesante mirada.

—No lo crea V., señorita, respondió Ernesto modestamente. Mi prima es demasiado galante conmigo. La está á V. engañando.

—¡Cómo que engañando! Guillermo, ¿consiente V. que me desmienta?

—¡Oh! no. Ernesto es un verdadero médico, porque así sabe curar los males del cuerpo como los del alma. Es un

poeta nacido para los amores como Anacreonte, y á veces como Pindaro, que no desplegaba sus alas sino para levantar su vuelo á las regiones celestes, y seguir los pensamientos mas elevados; pero ya se ve, su modestia....

—No ha comprendido V. la verdadera causa, dijo Matilde gozándose en atormentar á su primo. Antes le gustaba que le llamasen poeta, pero desde que se ha hecho doctor, supone sin duda que ese nombre le desdora la muceta amarilla, y hace mal Ernesto en ser ingrato con las musas cuando le acariciaban tanto. ¡Oh! esta ha de ser, Isabel, una de las cosas que mas nos han de recrear, porque yo conservo todas las que me ha regalado.

—No merece que esta señorita se ocupe de eso, Matilde, replicó Ernesto.

—Yo me recreo mucho con leer la buena poesia, dijo Isabel, porque el corazon de los poetas encierra mucha sublimidad, y sus composiciones son destellos de lo que siente.

—Por lo mismo te lo prometo, Isabel, porque sé que eres aficionada á la poesia. Verás una plegaria á la Virgen, preciosa. Una composicion titulada el *Náufrago* tambien muy bonita. Esta fue la última que me regalaste, ¿te acuerdas de ella, Ernesto?

—No, Matilde.

—¡Cuánto lo siento! me gusta tanto, que... ¡si yo me acordara!... Déjate... No, del principio, no; pero cuando en aquel desierto se queda dormido el náufrago, dice entre sueños:

Dejad las cantinelas

Audaces marineros,

Vogad vogad lijeros

Que arrecia el huracan.

¿No veis que ya las olas

Que nuestro barco agitan

En él se precipitan

Con imponente afán?

Vogad vogad lijeros

Que arrecia el huracan.

La atmósfera se cubre

De pardos nubarrones

Y en negros borbotones

Vienen olas y van,

Vogad vogad lijeros

Que arrecia el huracan.

—¿No es así, Ernesto?

—Creo que sí.

—¡Oh! ¡qué linda debe ser esa composición! exclamó Isabel en el momento que entraban en la habitación de la señora de Sandoval, á quien Guzman estaba anunciando su repentina marcha.

—Adios, mi querida Isabel, dijo la viuda. Llegas cuando cabalmente me estoy enfadando con tu padre, porque nos quiere abandonar mañana.

—¿Es posible que nos deje V. tan pronto? añadió Matilde.

—No hay remedio: ya tengo dadas mis órdenes para marchar al rayar el día.

—Eso es demasiado cruel; apenas ha tenido V. tiempo de saludarnos, y ya.....

—A serme posible, disfrutaria por mas tiempo de tan amable compañía, pero he venido con la firme resolución de no detenerme ni aun medio dia siquiera. Unas horas mas de retraso, me perjudicarian notablemente.

—Siendo así, no insisto mas; pero cuidado con olvidar que Isabel queda en su casa. No dejará las orillas del Sil por las del Tajo, mientras en su semblante no pueda leerse el exceso de virtud que encierra nuestra ribera.

—Eso ya es otra cosa.

—¿Pero tan firme es la resolución de V.?

—Irrevocable.

—En ese caso, todo ruego será inútil.

—Enteramente inútil, mi querida Matilde.

Pocas horas despues todos se habian retirado á descansar, y como Guzman tenia anunciado, emprendió su viaje al rayar el dia. Ernesto y Guillermo le acompañaron hasta la distancia de media legua por el camino de Madrid, pero así que Guzman se creyó á cubierto de sus miradas, tomó otro diferente.



CAPITULO XIII.

CONJURACION.

El día 10 de Junio, estaban en Sevilla muy agitados los ánimos. Extrañas influencias daban impulso á ciertos actos del gobierno, y en los círculos políticos solo se trataba de despertar contra el rey la indignacion general y el desprecio. Los que en esto tomaban una parte activa, se proponian trasladar la corte á Cádiz, y en efecto, consiguieron que el día 11 acordase el Congreso conducir á aquella isla á toda la familia real, á pesar de la resistencia pertinaz de Fernando, quien hubiera celebrado sin duda, la invasion en Sevilla del ejército frances.

¡Tal era el espíritu de españolismo que guiaba todos sus pasos! No esquivaba la menor bajeza á trueque de desprenderse de los liberales, ni cesaba de intentar medios descabellados con tal que se pudiera prometer una soberanía absolu-

ta para servir de azote al pueblo español. En prueba de esto, y ya que la historia viene en nuestro abono, traeremos á la memoria aquella conspiracion del general inglés Downie, el que de acuerdo con el rey, fraguó una trama para estorbar la salida en caso de violencia, y que de sus resultas adquiriese el trono un mando absoluto para abatir los liberales; pero el atardimiento fue tal, que habiendo penetrado en el edificio donde se celebraba la reunion un partidario de la libertad, llegó sin obstáculo hasta la sala de los conjurados, y enterado de su objeto, lo denunció á los ministros. Prendieron pues, á Downie y á varios oficiales de la milicia activa, y desvaneciósse el plan imaginado sin resistencia alguna.

Viendo que eran inútiles todos los recursos de que se habia valido para continuar en Sevilla, sin duda porque así convenia á sus intenciones, dijo con entereza.—«Que su conciencia, y el interés que le inspiraban sus súbditos, no le permitian salir de Sevilla. Que si como individuo particular no hallaba inconveniente en la partida, como monarca debia escuchar el grito de su conciencia.»

Poca dificultad ofrecia á los interesados en trasladar la corte semejante resistencia, y así es que lejos de alarmarles, empezaron á tomar sus precauciones para el mejor éxito de la terrible conjuracion que se preparaba, para lo cual contaban con el apoyo de alguna tropa de la real comitiva y altos funcionarios.

Al mismo tiempo que se afianzaban con tan poderosos elementos, se acertó á tocar un resorte ingenioso que surtió el mejor éxito para los interesados en la salida del monarca. Concibiósse la idea de que las Cortes calificasen de locura la negativa de Fernando VII, y así fue; las Cortes le declararon demente, y se nombró una regencia á cuyas órdenes tenia que someterse.

Llegado el dia 12 de Junio, se acordó definitivamente la salida del rey, y en efecto, á la seis y media de la tarde, se

puso en marcha para Cádiz, acompañado de la Milicia Nacional de Madrid, la de Sevilla, un batallón de marina, y el regimiento de caballería de Almansa.

La oscuridad de la noche, protegía los planes de los conjurados, quienes plenamente convencidos de la salida del monarca, con la anticipación necesaria, corrieron á situarse en las inmediaciones de Utrera, donde hacían cuenta que amanecería.

Con el corazón intranquilo, y sin atreverse á respirar siquiera, hacia más de dos horas que esperaban ocultos tres hombres detrás de una pared medio arruinada, situada en la orilla izquierda del camino real. Los caballos que parecían penetrar sus intenciones, tampoco interrumpían el silencio sepulcral que reinaba aquella noche nebulosa.

Una hora antes de amanecer se sintió á lo lejos el trotar de caballos. Los conjurados se prepararon á montar, y uno de ellos dijo estrechando la mano á los demás.

—Hermanos míos, valor y resignación para morir. Yo que soy el primero, me acercaré sin temblar, y le tiraré al corazón, pero si desgraciadamente no le acertase, seguid mi ejemplo. Nuestra vida, ya no nos pertenece, pero al morir salvemos á España de un tirano.

Poco después, los caballos que trotaban, se presentaron á su vista. Era una partida del regimiento de Almansa que iba haciendo la descubierta; mas extrañando á los conjurados que recorriesen aquel trozo de camino diferentes veces, empezaron á sospechar alguna traición. No habían temblado al conocer el riesgo á que tenían espuesta su vida, pero sí temblaron cuando les asaltó esta funesta idea. La partida de caballería continuó avanzando, y el ánimo de los conjurados recobró toda la calma y serenidad que necesitaba.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando otro incidente más raro vino á hacerles temer de nuevo. Al relincho del fogoso caballo del jefe de la partida, contestó el de uno de los con-

jurados, que aunque demasiado tarde se apresuró á refrenarle. Los soldados de Almansa retrocedieron cautelosamente hácia el sitio donde creyeron percibir el ruido. La noche como hemos dicho, estaba nebulosa, y la luna tan pronto brillaba clara y radiante, como se ocultaba entre las nubes, dejando al mundo en completa oscuridad. Mientras la partida de caballería registraba con avidez aquellas inmediaciones, la luna se habia oscurecido, y los conjurados inmóviles, se felicitaban de esta venturosa casualidad; pero desapareciendo repentinamente los negros nubarrones que la envolvian, sus brillantes rayos se reflejaron en las armas de los conjurados, hiriendo la vista de los soldados, que todos á una voz echaron el *quién vive*.

El pavor de los conspiradores llegó á un extremo difícil de pintar. Sin responder una palabra, montaron en sus caballos, y al oír de nuevo el aterrador *quién vive*, emprendieron á correr á todo escape. Así que los soldados de Almansa se cercioraron de que eran tres hombres armados los que estaban ocultos, y que no contestaron con arreglo á ordenanza, hicieron una descarga lanzándose sobre ellos, y de sus resultas, cayó herido el caballo de uno de los fugitivos. Los otros dos corrian lijeros como el viento, y era casi imposible darlos alcance, pero el gefe de la partida alentó á sus soldados, diciendo:—¡A ellos! ¡valientes cazadores! dejadme á mí este perro, que yo daré cuenta de él.

El conjurado viéndose perdido, disparó una de las pistolas que llevaba preparadas, mas aunque su intencion fue dar muerte al oficial, su aturdimiento burló sus esperanzas. Con ánimo resuelto de suicidarse, amartilló la otra pistola, pero al fijar el cañon en la sien derecha, el oficial, que adivinó el pensamiento se la retiró con el sable, y esta vez como la otra, el tiro fue disparado al aire.

—¡Oh! matadme, por compasion; exclamó el conjurado con desesperado acento, y presentando el pecho á su enemigo.

— ¡Gran Dios! ¡qué es lo que veo! dijo el jefe de la partida, dejando caer el sable y bajándose del caballo. Pronto, señor Guzman, salvémonos antes que vuelvan mis cazadores.

—¿Y quién le dice á V. que yo me llamo Guzman? respondió el conjurado. ¿Quién es V.?

—El capitán Federico.

—¡Federico!.....

—Sí; el cielo me envía para ser el salvador de V.

—¡Ah! por piedad, Federico; yo quiero morir aquí, donde nadie me ve, donde puede evitarse un eterno borron á mis hijos.

—Menos palabras, y montemos á caballo. Pronto, suba V. al mio, que yo puedo correr á pie.

—Eso es imposible; sería comprometer la vida de los dos.

—Déjese V. guiar, y pongámonos en salvo. Un cuarto de legua de aquí, hácia aquel lado, sé que hay una pequeña aldea, corramos á refugiarnos en ella.

—No, no debo consentirlo, porque á los dos nos va á costar la vida, y V.....

—Voto á Dios que no estamos para perder tiempo. A caballo, señor Guzman.

El oficial levantó del suelo al conjurado, obligándole á que montara. Federico asido á las riendas del caballo siguió su carrera con toda la agilidad que pudo, sin descansar hasta que se creyeron á salvo del peligro de ser descubiertos.

—

La infructuosa tentativa de los conspiradores contra la vida del rey, fue digámoslo así, el golpe mortal para la libertad de España. Desde entonces se amilanaron los liberales,

y el vulgo alucinado por las palabras y ejemplos de los frailes, empezó á levantar cabeza, con objeto sin duda de consolidar la obra de los que profanando la religion, la invocaban para afianzar el despotismo.

Por toda la nacion reinaba la anarquía mas completa. En unas partes prendian á los liberales; en otras no se contentaban con su prision, y arrastraban á los calabozos á sus esposas é hijos. Aquí entraban á saco las casas; mas allá los sacaban del pueblo á pedradas, y siempre eran protegidos los alborotadores por las autoridades que los animaban y marchaban á su cabeza. Confiscaron los bienes á los ciudadanos ausentes, privando á sus familias de la subsistencia, y sumiéndolas en la pobreza. Los hombres mas oscuros y sin arraigo, pasaban en pocos dias de la indigencia á la opulencia, y los mas ricos veian desaparecer su fortuna y sus bienes entre las manos de los escribas y de los voluntarios realistas, autores principales del drama. Mas de mil quinientas personas fueron sepultadas en las cárceles públicas de Zaragoza por el mas vil populacho acaudillado por los frailes. El llamado Trapense horrorizó en Navarra la humanidad y la decencia con tales crueldades cometidas en los hombres, y tales torpezas en las mugeres, que la pluma se resiste á describirlas.— En Madrid centenares de individuos gimieron en las mazmorras hasta que compraron con el oro su libertad.— En la Mancha el Locho y sus satélites robaron, asesinaron y escalaron las casas á la luz del sol, para saquearlas y violar á las desgraciadas mugeres; y en Córdoba, hacinados en los encierros españoles beneméritos, eran arrojados en un pilon de agua. Imposible era resistir tantos escándalos y apatía de un gobierno que no trataba de refrenarlos, y así es que muchos beneméritos españoles á quienes fue posible trasladarse tan lejos que no oyesen los gemidos de las victimas, emigraron al extranjero, y los que no, prefirieron la muerte á imitacion de Sanchez Salvador, secretario del Despacho de la

Guerra, que se suicidó por no sobrevivir á la muerte de la libertad de su amada patria.

No pueden darse mas calamidades sobre una nacion. Apartemos, pues, la vista de un cuadro tan triste y vergonzoso, limitándonos á recordar que el coronel Minio, comandante del regimiento de caballería de Almansa, asi que Fernando VII hubo recobrado su cetro y soberania absoluta, fue nombrado gefe del regimiento de coraceros de la Guardia Real de nueva creacion, en premio de haber destruido el plan que existia contra la vida de S. M.

LA ANACREONTICA



CAPITULO XIV.

LA ANACREONTICA.

Separándonos por un momento de las márgenes del Sil, donde Isabel ha recobrado la viveza de sus ojos y el carmin de sus mejillas; ¡cuán diferente aspecto nos presenta la desolada quinta de Guzman! La ribera del Bierzo, ha sido para la hermana del ciego lo que el rocío para la marchita flor, lo que el agua de la cristalina fuente para el sediento viajero, lo que la salud para el abatido enfermo. El bálsamo de una amistad entrañable, puede cicatrizar las heridas de un profundo dolor, y la tierna Matilde ejercia mucha influencia en el corazón de su amiga, para que sus lágrimas no quedasen enjutas, para que sus lastimeros ayes no fuesen acogidos con palabras de consuelo. Por otra parte la fraternidad que reinaba á los pocos dias de su estancia en el Bierzo entre ella y los dos amigos Ernesto y Guillermo, habia contribuido á disi-

par la melancólica tristeza de Isabel. Ya distraían sus ratos en admirar las dulces inspiraciones de Ernesto, ó ya el estudioso Guillermo les refería alguna curiosa anécdota á que daba márgen el ruinoso castillo de los Templarios que tenían á la vista; y si una tarde recorrían las uniformes calles de plátanos y negrillos del Campo de la Cruz, otra las vegas frondosas bañadas por el Boeza, era el bello jardín que presenciaba su felicidad.

Matilde, algun tanto orgullosa de haber conseguido semejante triunfo sobre su amiga, no podia tolerar que ni un baño de tristeza cubriese la faz de Isabel.

—¿Todavía rebelde? la dijo una tarde en el jardín en tono de reprension. Ya sabes que te he prohibido estar triste. ¿Es posible que aun dure la memoria de esos malhadados amores? ¡qué inocentes son las muchachas de la ribera del tajo! Afectarse así porque un capitán de veinte años tuvo la humorada de regalarte el oído un poco de tiempo! ¡infeliz! ¿Te se figura que se habrá vuelto á acordar de tu nombre siquiera? Creeme, Isabel.

El amor del militar
Es versátil mariposa,
Que en su continuo volar
Suele al paso acariciar
Por un instante la rosa.
Se apartó de tí, y es seguro que en la villa inmediata encontró quien supliera tu falta. Vamos, es preciso que te prestes á las exigencias del mundo, y que empieces dándome palabra de olvidarlo para siempre. Yo que veo las cosas en su verdadero punto de vista, conozco que haces mal, muy mal en desvelarte por esos amoríos que tus padres han creído oportuno ahogar en su nacimiento. A saber las razones que tendrán para ello. Tú al fin eres una niña, y no puedes tener

toda la esperiencia que se necesita para obrar en asuntos tan serios. Por lo demás, todo entra en la parte de esas pícaras ilusiones que nos enloquecen, mientras tenemos la suerte de ver la realidad con las galas de la seducción. Es decir, que tú eres la apasionada, y nada me estraña que en tus sueños fantásticos, te le retrates hermoso, fino, apasionado, y todo lo que puede crear una imagiacion á los diez y siete años. Pero es militar, querida Isabel; es militar, y creo que está dicho todo. No digo yo que los militares sean incapaces de querer y adorar, eso seria sostener un absurdo, mas sí diré, segura de no equivocarme, que es preciso creerlos cuando entren ya en una edad madura: cuando empiezan á ser veteranos; á los treinta años por ejemplo; pero á los veinte?... á los veinte, querida Isabel, solo saben abrigar ambicion de gloria: no guardan mas amor verdadero que hoy á las charreteras, y mañana á los galones. Se lo dirán ó todas, pero no quieren á ninguna. Algunas incautas confiarán en sus palabras, pero ellos se rien de su triunfo, y al sonido marcial del clarin guerrero, se borra para siempre la imperceptible huella de sus fingidos amores. ¿Qué te parece de mi filosofia en este punto? ¿No digo bien, querida Isabel? Vamos, no estés cabizbaja ni seria; respóndeme.

Isabel, que la habia escuchado sin desplegar los labios, no daba á entender el daño que la hacian las palabras de su amiga. Resolvióse á contemporizar con ella, por no enojarla, aparentando resignarse á un sacrificio que casi la era imposible.

—Bien, Matilde, la dijo, despues de ahogar un profundo suspiro y de estrechar la mano de su amiga. Que sea esta la última vez que nos ocupemos de este asunto, porque quiero adoptar tus consejos; olvidarlo para siempre.

—¡Magnífico! Eso me parece muy heróico, muy prudente, y sobre todo muy digno de un corazon que no se deja dominar por trivialidades. Al principio te será violento, no

hay duda, pero un poco mas adelante volverás á ser tan feliz como antes de conocer á ese hombre que ha venido á abrir un paréntesis amargo en la aurora de tus dias: solo por eso debia serte enojosa su memoria, pero en fin, estoy satisfecha de ti. Ese pequeño sacrificio, y hemos conseguido el triunfo; ¡pero calla! ¿no ves allí á nuestros dos héroes? mirales formando cada uno un ramillete de flores. ¡Oh! ya adivino su pensamiento; pero déjate, que no nos han de encontrar prevenidas. Aquellos dos claveles color de amaranto, estan despertando mi codicia hace mucho tiempo. Cortémosles si te parece, y sean el premio de su galanteria.

Levantáronse las dos amigas, y cortaron los dos claveles que, como decia Matilde, habian despertado su codicia, y se volvieron á sentar á la orilla de un arroyo cristalino.

—¿Sabes, Isabel, que casi me da lástima regalarlos esta flor tan bonita? Mañana es domingo, y estará el campo de la Cruz mas concurrido que nunca: casi mas valia llevarlos así; pón-tele como yo: mira qué buen efecto hace en el pecho; ¿y en la cabeza? ¡qué graciosamente te está! Ya se acercan; ¿qué hacemos?

—Como quieras, Matilde; pero es tan hermoso este jardin, y tiene tantas flores bonitas, que no hay necesidad de que te arrepientas de tu primera intencion.

—Dices bien. Soy la muchacha mas aturdida que hay en el mundo.

Guillermo y Ernesto llegaron en este momento y presentaron los dos lindos ramilletes que con todo esmero se habian entretenido en formar. Isabel como habia convenido, premió la fineza de Ernesto, dándole el hermoso clavel; pero Matilde algo mas ingrata que su amiga, se entretuvo algunos instantes en hacerlo desear á Guillermo. Este, observando la generosidad de Isabel para con Ernesto, se propuso sacar partido de tan inocente ocurrencia, y así es que la dijo:

—¿Ve V., Isabelita, con qué avidez lo mira y se recrea?

nada oye ni nada ve mas que la flor. Estos poetas son apasionados como ellos solos. ¿Quieren Vds. poner algo bueno á que se halla en un momento de feliz inspiracion?

—Sí, sí, hágale V. que nos recite algun verso, dijo Matilde con misterio.

—¡Eh, señor poeta! que no queremos que se guarde V. para sí sus inspiraciones. La hermosura de esa flor, la generosidad de esta señorita, y la belleza de estos jardines, no pueden menos de inspirar á cualquiera menos á mí, que soy el mortal mas rudo que se conoce para medir un verso. Con que pronto; pulsa la lira, figurándote que eres el Batilo que cantas á Filis.

—Hombre... déjate de tonterías: no estaba pensando en nada mas que en apreciar la fineza de esta señorita.

—Pues el modo de apreciarla mas ¿qué duda tiene que es el pulsar la lira ensalzándola?

—Dice bien Guillermo. El valor de ese clavel es muy grande para que deje de inspirarte. Ánimate tú, Isabel.

—Sea V. obediente, Ernesto, añadió esta instigada por Matilde.

—No lo haré, dijo Ernesto, porque los poetas suelen remontarse mucho, y en ocasiones dadas es peligroso...

—No faltaba mas que no te se perdonase cualquier rasgo poético. Seremos indulgentes contigo, ¿no es verdad, señoritas?

—¡Oh! si, si; respondieron á un tiempo las dos amigas.

—La verdad, temo causar alguna ofensa, porque la situacion es resbaladiza, y...

—¿Quieres no ser cócora, Ernesto? si yo supiera componer una cuarteta, ya te habia avergonzado. Anda, toma el lápiz, y márchate de aquí.

Ernesto sin replicar una palabra mas, se retiró á un bosque de dalias.

Escasamente habrian transcurrido cinco minutos, cuando

llenando de asombro á los que esperaban ver sus inspiraciones, volvió con un papel en la mano diciendo :

—Malo ó bueno , aqui está. Nadie se ofenda por lo que digo , y caso necesario , téngase presente que he sido obligado á escribir sobre un asunto dado.

—Veamos , veamos , dijo Matilde acercándose á Guillermo que ya la estaba repasando.

Isabel suponiendo que la composicion de Ernesto tendria alguna conexion con ella , tímida é impaciente esperaba su lectura. Guillermo al concluir de leerla para sí , dejó asomar una sonrisa á sus labios , y tendió una mirada á Isabel , diciendo : atencion , señoritas.

ANACREÓNTICA.

A la sombra de un álamo

Orilla de un arroyo,

Estaba ya de.... Flérida

Mirando el bello rostro ,

Y entre su mano nivea

Un clavelito hermoso ,

Que al sol por lo magnífico

Causar pudiera enojos.

Ora en sus rizos de ébano

Serviala de adorno ,

Ora en su pecho cándido

Lucia vergonzoso.

Los encendidos pétalos

Tocó á sus labios rojos ,

Y yo cuando la dádiva

Logré de tal tesoro ,

Con el aroma plácido

Senti abrasarme todo ,

Y desde entonces , ¡ misero !

Frenético la adoro.

—¡ Bien , bien !

—¡ Muy bien ! exclamaron llenos de gozo Matilde y Guillermo. Isabel ruborosa y tímida no habló una palabra , y Ernesto pretendía leer en su semblante la sensación que causaban las espresiones de tan atrevido pensamiento.

—¿ Qué la parece á V., Isabelita? preguntó Guillermo.

—Me parece que Ernesto es un buen poeta , y que como todos viste la fábula con esas galas que alucinan y que las presentan como realidad. Por lo demás esa anacreóntica es lindísima.

Una sola observacion , Isabel , y quizá estemos conformes , repuso Guillermo. El poeta dicen que abriga un corazón sublime , que ama con idolatría , que siente con desvario. Sus romances ya lastimeros , ya alegres , son el reflejo fiel de su alma. ¿ Canta amores ? Es prueba de que ama. ¿ Llora en sus cantares ? Prueba que está triste. ¿ Adorna sus pensamientos con las galas de la poesía ? Si así no lo hiciera , ¿ qué le serviría el ser poeta ? ¿ En qué se habia de diferenciar de los hombres vulgares ?

—Dice bien Guillermo , añadió Matilde. ¿ Te ha incomodado la alusion , Isabel ?

—¿ Incomodarme ? lejos de eso , se lo agradezco mucho á Ernesto , porque al fin ha sido en accion de gracias de un favor mio , muy insignificante por cierto. En prueba de ello reclamo la improvisacion , porque creo tener algun derecho para exigirla , ¿ no es verdad ?

Ernesto , que confuso y casi pesaroso no sabia cómo interpretar la impasibilidad de Isabel , hizo una exclamacion de alegría , y se apresuró á poner en sus manos la anacreóntica , diciendo :

—Esto , Isabelita , no merece que lo dispense V. tanta deferencia. Si fuese otra cosa de mas mérito...

—No sea V. tan modesto. Ese género de poesía siempre me ha gustado mucho , pero si no está V. satisfecho de su

anacréontica, mas dias hay en que poder regalarnos sus inspiraciones. Por de pronto esta me la reservo.

—Pues bien, yo prometo á V...

—¿Qué? ¿otra composicion mañana? La acepto desde luego, y así podré conservar eternamente una memoria de tan felices momentos, cuanto escecelentes amigos.

Semejante franqueza que Isabel no habia usado desde que estaba en el Bierzo, acabó de encantar al enamorado poeta, quien á dejarse arrastrar de los impulsos de su corazon, se hubiera postrado á las plantas de la que acaba de inspirarle una dulce esperanza de la mas ansiada felicidad: mas no estaban solos; aun existian en el semblante de Isabel profundas huellas de los desgraciados amores de Federico, y Ernesto creia muy aventurada, cuando no enojosa, una declaracion....

Delineado el cuadro alegre y risueño que nos presenta la ribera del Sil, y tendiendo una mirada por la del Tajo, diremos como al principio de este capitulo: ¡cuán diferente aspecto nos presenta la desolada quinta de Guzman!.... Allí se conoce que todo sufre el peso de una desgracia: las flores no tienen para quien ostentar galas y perfumes; y se han marchitado antes de tiempo: las aves parece que comprenden el luto y la desolacion; y en vez de los dulces trinos, pueblan los aires de cantos fatidicos. — ¿Quién corta el hilo de las incesan-

tes lágrimas del ciego? ¿Quién apaga los lastimeros ayes de penosa viudez de la señora de Guzman que hace veinte dias no sabe de la existencia de su esposo?... ¡Nadie! ni un alma sola se presenta á decir:—Ciego, ten esperanza de lograr la vista.—Muger, no llores, que tu esposo vive.

Si la abrasadora fiebre que enloquece al desdichado Carlos necesita para calmarse ambiente que respirar, sentado á la puerta de su casa, siente bañado el rostro de los rayos de un sol que se mofa de sus tinieblas; pero respira el aire, su alma se refresca, y su corazon se dilata. Este es el todo, el placer que le está reservado: mas... ¡triste fatalidad! ¡ni aun en estos momentos de rápida ventura, cesa el cáliz de la desgracia de destilar gotas de hiel sobre su corazon!...

Es una de esas mañanas deliciosas con que se despide el estío recordándonos el aura suave de la primavera, y en medio del éxtasis de felicidad que le embarga, silenciosa como la muerte llega una mano que cual si fuera de hierro le quebranta la muñeca al fuerte impulso con que le arranca de su asiento de piedra.

—¡Sígueme! le dice el desconocido con atronadora voz, arrastrándole á cierta distancia donde el espeso ramaje de los árboles les puede ocultar.

—¡Desdichado! ¿me conoces ahora? añadió en su voz natural.

—¡Cielos! esa voz...

—Es la de Jaime Lebron, que llega aqui desesperado á acabar con tu vida, si no le concedes lo que viene á pedirte.

Carlos se mordía los labios de coraje, y cerraba los puños en ademán de arrojarle sobre él, ¿pero quién sabe si á los pies del ciego se abriría un precipicio y al paso mas leve se sepultaría en él, con gran júbilo de Lebron?

—Y bien, respondió Carlos revistiéndose de una calma aparente. ¿Qué es lo que pretende V. de mí?

—Dinero, mucho dinero; porque solo él puede salvarme

del conflicto en que me encuentro. He perdido en el juego cuanto tenia, me persigue de muerte un asesino, y necesito marcharme fuera de España.

—¿Quiere V. dinero? y yo ¿qué he de hacer para tenerlo?

—Robar.

—¡Robar! es que yo no soy ladrón, señor Jaime.

—Pues yo seré asesino arrebatándote esa vida despreciable, cegaton de los demonios, repuso Lebrón dándole una puñada en el hombro. Dinero, pronto dame dinero, ó juro que dentro de dos dias te convierto en cadáver, y hago que toda tu familia quede perdida, sin pan que comer ni casa donde dormir.

Espantoso era ver el aspecto de Lebrón. Los ojos parecian saltársele de las órbitas: los desordenados cabellos le caian sobre la frente: su cuello estaba desnudo, y todos sus vestidos descompuestos. Respiraba con la agitación de un hombre que ha caminado mucho y á pie, y miraba á su alrededor como si á cada instante temiese ser sorprendido por alguno que le siguiera las huellas. Viendo que el ciego nada respondia á sus palabras, le estrechó la garganta con su nerviosa mano, y le hizo retroceder hasta apoyarle la espalda en el tronco de un árbol.

—Te ahogo, miserable ciego, si no me prometes dar lo que te pido.

—Por Dios, por Dios, que me ahogo; que no puedo respirar, respondió Cárlos con mucha dificultad.

—¿Prometes lo que te he dicho?

—Bien; todo lo tendrá V.; lo robaré si es preciso, pero suélteme V. por compasion.

—¿Lo cumplirás?

—Sí, sí señor.

—¿Mañana mismo?

—Sí señor, mañana mismo.

—Me traerás mucho dinero, ¿no es cierto?

—Todo lo que V. quiera.

—Cuidado con revelar á nadie lo que ha pasado.

—Bien.

—Con estas condiciones, te dejo en libertad, pero si faltas á tus promesas.... juro á Dios que mi venganza será horrible.

.

Media hora despues , estaba el ciego en su cuarto meditando profundamente.

Mas tarde recorrió con mucho silencio todos los aposentos de la casa , registrando con escrupulosidad cuanto tropezaban sus manos. Sin duda no encontraba lo que con tanta avidéz buscára, porque de coraje se mesaba los cabellos y rechinaba los dientes. Por último, tropezando en el costurero de su madre , desplegó un paño de seda , y el ruido que produjo en las losas un metal, le hizo estremecer de alegría.—Eran unas tijeras que se apresuró á reconocer escrupulosamente desde los anillos hasta las aguzadas puntas.

—¡Cómo ha de ser ! dijo en tono de resignacion. Ya que no hay otra cosa.... quiere decir que dos puñaladas pequeñas.... pueden valer tanto como una grande.

Y como sintiera pasos que se dirigian á aquella habitacion, las guardó entre sus vestidos para no soltarlas jamás.



CAPITULO XV.

EL ALBUM.

Nada mas delicioso que allí donde pródiga la naturaleza, hace brotar por do quiera ese gérmen de vida vegetal que cubre el suelo de vistosas galas, aspirar la blanda brisa de una bella tarde del espirante estío, cuando el sol tocando el término de su carrera, nos envia los últimos rayos de su amortiguada luz.

Mas inclinadas Isabel y Matilde á vivir entre flores y pájaros, que entre enfermas que entristecen, y beatas escrupulosas que vituperan todo lo que no sea importunar á Dios con oraciones continuas, se lanzan gozosas á respirar el aire libre con que las brinda su Eden florido, donde hallan mas tier-
nas y cadenciosas las inspiraciones que encierra el libro ven-
turoso que suele ser su constante compañero.

Muchas instancias y súplicas las ha costado conseguir este

libro, porque si bien su autor le guarda, como sucede á todos con sus primeras producciones, el cariño que un padre á su primer hijo, no deja de conocer que siendo el lienzo donde se ven estampados los pueriles y desaliñados pensamientos de su tierna edad, han de encontrarse muchos defectos en cada página.

Pero sea por su ignorancia en este punto, sea que lo miráran apasionadamente por ser Ernesto el cantor de aquellas trovas, lo cierto es, que las dos amigas no las encontraban sino tiernas y apasionadas y que siempre las leían con avidez, menos la tarde de que nos vamos á ocupar, y en que una ráfaga de tristeza vino á eclipsar la radiante alegría de su rostro. El album del poeta aquella tarde permanecía abandonado en el regazo de Matilde. Sus páginas apenas habian empezado á recorrerse cuando fueron cerradas, y la hija de Guzman cabizbaja y silenciosa, escuchaba con dolor las sentidas expresiones de su amiga.

—¿Qué es lo que me ha hecho perder la confianza para contigo? decia Matilde profundamente afectada. — ¡Ingrata! ¿tengo algun delito mas que el haberte querido como una hermana; confiarte todos mis secretos, y en cambio querer participar de los tuyos?... ¡ah! perdóname, Isabel: creí que tenia derecho á ellos: habia consentido en la lealtad de tu cariño, pero este cruel desengaño, ya lo ves, me arranca la primer lágrima de sentimiento despues de dos años, que solo ha habido en mis ojos lágrimas de alegría.

—Por compasion, Matilde, sigamos leyendo, y no me atormentes asi.

—Bien, sigamos, pero pierde cuidado: desde hoy será otra mi conducta.

—¿Con que no me querrás como siempre?

—Como siempre, eso sí; pero obraré contigo como una hermana que supeditada á la autoridad de otra, teme hacerla sus confianzas: como una amiga que respeta la gravedad de la

que desdeña dar participacion de sus secretos, temiendo acaso alguna traicion: como una amiga, en fin, que habiendo osado penetrar con la mejor buena fé los misterios de un alma á que se creia unida, oye decir, atrás; no paseis adelante, porque os está vedado profanar los secretos de mi corazon. Si inocente habeis creido....

—Basta, basta, Matilde. ¿Te parece que aun soy poco desgraciada? ¡Gran Dios! solo faltaba que tu cariño me abandonase para completar la obra.

—Tú lo quieres, Isabel.

—¿Pues qué exiges de mí? Habla.

—Yo no exijo nada: no he hecho mas que rogar.

—Tú debes exigirlo todo y saberlo todo. Perdóname que por el miedo de aparecer criminal á tus ojos, te haya ocultado esa pequeña confianza que tanto ha escitado tu curiosidad. No te has engañado: aquel papel que me sorprendiste leyendo luego que Ernesto y Guillermo partieron esta mañana á su cacería....

—Qué... ¿era una declaracion de amor?

—No precisamente, pero....

—Acaba.

—Es preciso no hacernos ilusiones y no olvidar los antecedentes. Te acuerdas de aquella tarde en que le regalé una flor y en cambio nos improvisó una anacreóntica?

—Sí.

—Pues entonces, viendo lo mucho que aprecié su fineza, me ofreció otra composicion, y en efecto lo ha cumplido, pero en ella....

—¿Quieres acabar con tanto punto suspensivo? Vamos, ¿qué te dice en ella?

—No aseguro yo que sea dicho para mí, mas tiene unas alusiones.... unos pensamientos tan atrevidos, que la verdad, me da vergüenza....

—Siempre te asustarás de nada. A ver esa composicion.

—Es que....

—¿Todavía recelas? ; qué inocente eres! ; no ves que estamos solas? ; qué importa que diga alguna travesura? quiere decir que si nos ruborizamos, será para nosotras solas: á ver, á ver.—¡Ola! la tienes guardada en el lado del corazón; eso algo indica.

A LA QUE MAS ADORO.

Pláceme un dia sereno

Contemplar el bosque ameno

Silencioso,

Y bajo del sauce umbrío

ver la corriente del rio

Magestuoso.

Pláceme de una pastora

La dulce voz que atesora

Su garganta,

Y gusto oir sus amores

Cuando á las aves y flores

Se los canta.

Me agrada ver que sus brazos

Tiendan amorosos lazos

Al dichoso,

Que amor sin fin la asegura,

Y tierno amante la jura

Ser su esposo.

Me agrada ver su albo seno.

Ya agitado, ya sereno

Sin cendal,

Y mas si en amor desecha

El cuello amorosa estrecha

Del zagal.

Gusto, en fin, que delirante

Premie la amada al amante

Con exceso,

Haciendo que el aura leve

De entre sus labios le lleve

Dulce un beso.

Pero mas me agradaria

Si fueras tú vida mia

La pastora,

Y el zagal afortunado

Este cantor desdichado

Que te adora.

—Bien ; qué picaruelo ! ¿quién habia de creer que iba á concluir por clavar esta saeta en el corazon?... ¡eh! levanta la cabeza , no parece sino que la hemos leído al frente de media docena de muchachos , cuando ni aun los pajarillos han tenido el atrevimiento de pararse á escuchar. Y decias que no era una declaracion de amor , pues amiga... ; lo que es no entender las cosas ! Yo hubiera jurado....

—¿No ves que dice á la que mas adoro?

—¿No ves que eres tú á quien se la da? Además Isabel, yo no he querido decirte una palabra, porque estaba muy reciente la llaga , pero ahora , si quieres que te hable con franqueza , ya que me has prometido olvidarte de todo lo antiguo, te diré que Ernesto te ama.

—Eso no es posible.

—No solo es posible , sino que es una verdad que existe; una verdad palpable que á haber dispensado un poco de atencion á sus palabras y á sus hechos , debía serte familiar.

—Pero ¿cómo, si apenas me ha conocido?

—Es verdad; pero no creas que te conoce únicamente desde que te ha visto esta vez, no por cierto. Yo que me precio de poseer algo la ciencia de Rafael, hace mucho tiempo que le hice el bosquejo de tu retrato: hablé de tí con el entusiasmo que siempre, y he aquí cómo ha empezado á quererte. Despues, con tu venida, el amor fantástico, dedicado, digámoslo así, á una criatura fantástica tambien, ha llegado á convertirse en realidad: ¡pobre Ernesto! ¡si vieras con qué repugnancia escuchaba el nombre de Federico siempre que yo tenia la imprudencia de hablar de él! pero á todo esto, suponiendo que esa poesía es equivalente á una declaracion amorosa; ¿cómo la recibes?

—¡Ah!.. no debo responderte, Matilde.

—Y ¿por qué no? Acaso le juzgas indigno de..

—Lejos de eso, aunque yo me hallase inclinada, yo no merezco su amor.

—Eso no es mas que un rasgo de modestia inoportuno, porque estás hablando conmigo.—¿Le quieres, ó no le quieres?... ¿Callas y te ruborizas? Basta, basta, no me digas mas, y si te parece continuemos recorriendo las páginas del album de Ernesto. ¿Dónde llegábamos?

—Aqui, á la muerte de Jesus.

—¿Mas composiciones religiosas?... adelante, adelante, que de ese género las veo todos los dias en mi devocionario. ¿Cuál sigue?

—Esta es una letrilla.

—Pues veremos la letrilla. Lee, Isabel.

MI PRIMER AMOR.

Desde que infelice
Lloro tu rigor,
Fiel he prometido,

Ya no mas amor.

Cuando alguna hermosa

De talle gentil,

Amoroso lazo

Me tiende sutil;

Digo que respete

Mi pena y dolor,

Pues perdido el tuyo,

No quiero otro amor.

¿Qué importa que brinde

Dulzura y placer

Si entre amargas penas

Se suele perder?...!

Yo que desdichado

Lloro tu rigor,

Mil veces prometo

No guardar amor.

Mas si compasiva,

Calmas mi penar,

Tal vez mi promesa

Llegue á quebrantar.

Porque es tu hermosura

Mas que tu rigor,

Y olvidar no es fácil

El primer amor.

—Adelante, que eso no pasa en mi opinion de ser una vulgaridad.—¿Qué es lo que sigue?

—Dos sonetos. *A una mariposa y á Guillermo.*

—Esos si que los hemos de leer; empieza, Isabel.

Á UNA MARIPOSA.

Lijera y zozobrante mariposa
Que bates tus alitas de colores,
Y esquivas la belleza de otras flores
Por el régio dosel de fresca rosa.
Sigue, sigue batiéndolas gozosa
En aura de balsámicos olores,
Do pasan insensibles tus amores
Y deslízase al par tu edad hermosa.
Tal vez no correrá ni un solo día
Sin ver que por tu loca fantasía
Te arrojas á morir sobre una luz:
¡Como el mortal que vive entre ilusiones
Y víctima de lúbricas pasiones
El mismo se abre incauto el atahud!

—¿Qué tal? y luego diremos que mi primo no es jóven de provecho. ¡Qué filosófico y qué moral!

—Escucha, escucha este otro.

Á GUILLERMO.

Antes los goces pierda seductores
Que en ilusion la vida nos convierte,
Y sufra al par de la enemiga suerte
Los mas crudos y bárbaros rigores.

Vengan mil veces antes los dolores
Que de un cáliz la desdicha vierte,

O me encuentren en brazos de la muerte
Los años de mis plácidos amores.

Antes sea insufrible mi existencia

Y en medio del placer traidor le asalte

El alevé puñal de un enemigo.

Antes en fin la paz de la conciencia
Y del ardiente sol la luz me falte,
Que tu dulce amistad, querido amigo.

—¿Qué te parece, Matilde?

—Eso de *amistad* y de *amigo* no me ha sonado bien, soy franca, pero el pensamiento lo compensa todo.

—No se puede ponderar más la tierna amistad que le une á su buen amigo.

—En efecto, no debe estar de queja el bribón á quien se lo dedica.—¿Qué dice ahí en tan pocos versos?

—Sin duda es un juguetito.

—¿Cómo le titula?

—*Mi codicia*.

—Veamos esa pequeña *codicia*.

Ser tu amante verdadero,

quiero;

Sin tus desdenes sufrir

vivir;

Y seductora admirarte

para amarte.

Es preciso confesarte

Haciendo á mi amor justicia,

Que esta es toda mi codicia;

Quiero vivir para amarte.

—Eso es lo que se llama poco, pero bien dicho. ¿Y ahora?... ¡Ah! eso pertenece al género triste, pero Isabel, es preciso leerla, porque fue escrita para el pobre Guillermo en días muy aciagos.

—¿Cuándo; Matilde?

—El año pasado, cuando murió su pobre madre. ¡Cuidado

con Ernesto ! ¿por qué habrá confundido esa página tan triste con tantas alegres ?

—Atiende , Matilde.

UNA FLOR SOBRE SU TUMBA.

Yo te saludo , losa funeraria

Do llora, el alma por su bien perdido.

¡Salve mil veces ! tumba solitaria,

Que eterna guardas á mi bien querido.

Con dulce acento fúnebre plegaria.

Cantar el corazon quiere afligido,

Mas le sofoca la memoria triste

De una muger que por mi mal no existe.

No existe, no , la madre que algun dia

Mi vida supo hacer halagadora,

Trocando mi pesar en alegría

Y en dulce paz mi pena torcedora.

No existe, no, quien la esperanza mia

Tan fácil me pintára, y seductora,

Con su grata beldad y amor profundo

Creándome un Eden en este mundo.

Rompa á cantar mi voz sobre su losa

Tristes lamentos que al empireo lleguen:

El alma lllore dulce y cariñosa:

Gratos recuerdos, al dolor se entreguen:

Muera en mi corazon la paz dichosa:

Mis tristes ojos su sepulcro rieguen ;

Y al par que canto sobre el mármol hueco ,

Quizá en su estancia lo repita el eco.

Pulso el laud , ¡ mas ay ! le pulso en vano ;

Que de un frio mortífero cubierto,

Resiste herir la temblorosa mano
Las flojas cuerdas que á templar no acierto.
Acaba de una vez, hado tirano,
Mi angustioso dolor ; y antes que yerto
A tu golpe mortal débil sucumba....
Arrojaré una flor sobre su tumba.

—Hé aqui la que mas me gusta de las que hemos leído esta tarde , dijo Isabel.

—¡ Pues ! á ti si te mandaran estar llorando siempre, vivirías en tus glorias. Pasa, pasa esa hoja , y busquemos otra mas alegre.

EL NÁUFRAGO.

Rey de los luceros, astro refulgente ;
Tu fuego esplendente venga á disipar
La callada noche que despacio rueda ;
Para que yo pueda tu luz admirar.

Mustio y aterido, de harapos cubierto,
Voy por un desierto que el hombre no holló :
Soy náufrago triste del inmenso charco,
Que mi débil barco cruel sumergió.

Aun siento á lo lejos la tronante nube
Que agitada sube por la inmensidad :
Aun miro el reflejo del tremendo rayo
Al negro soslayo de la oscuridad.

Toco mis vestidos en agua empapados ,
Mis miembros helados siento decaer ,
Y el pavor que infunde tan ancho desierto
Fatigado y yerto me hace estremecer.

(¡ Sumergió el barco al d

Los lúgubres cantos del ave agorera
Que cruza la esfera con raudos volar....

—Adelante, Isabel, adelante, que eso lleva trazas de ser algo pesado.

—Leamos este otro párrafo de la misma composición :

Ensueños tormentosos, abandonad mi mente;—
¿ Quereis que se acreciente mi angustia y mi dolor ?
—Dejadme que repose mientras la noche pasa,
Que el pecho me traspasa la pena y el terror.

Mas... ¡ cielos ! ya en Oriente dorado se columbra
El claro sol que alumbraba con rutilante luz,
Y tímida la noche con su pavor se aleja
Y en Occidente deja su tétrico capuz.

¡ Dios mío ! ya respira mi pecho alborozado :
Ya el alma ha desterrado su horrible padecer :
Albricias, triste naufrago ! la luz, mira del cielo
Que para tu consuelo te envía el alma ser.

No temo los horrores del árido desierto
Ni ya el vagar incierto me da tanto pavor ;
El astro soberano su luz al mundo estiende,
Y con su fuego enciende mi ánimo y valor.

Por ese campo errante buscando iré intranquilo
Un generoso asilo que no hallaré quizá ;
Mas esa luz naciente tan clara como bella,
Mi temblorosa huella benigna guiará.

—Pasa, pasa, que se va haciendo demasiado tarde, y una cosa tan llorona....

—Leamos la conclusion siquiera.

Y hendiendo del mar las ondas
Surca veloz un bajel,
Y el náufrago en él se lanza
Cual si temiera perder
La salvacion que le ofrece
Con generosa merced.

Atravesando los mares
Con pasmosa rapidéz,
Ya las playas de su patria
El triste náufrago ve.
Y al contemplarse triunfante
De su destino cruel,
Así con acento humilde
Gracias da al Supremo Ser.

¡Gran Dios, que desde la altura
De tu magnífico trono
Mirastes el abandono
De esta pobre criatura!

Tal ventura
En otro ser me ha trocado,
Pues magnánimo y bondoso
Me haces, ora tan dichoso
Cuanto he sido desdichado.

De mi patria el sol radiante
Por tí en mis ojos refleja:
Por tí la angustia se aleja
De mi pecho agonizante.

Yo constante
Cantaré tu omnipotencia
Para respeto del hombre,
Y adoraré fiel tu nombre
Mientras dure mi existencia.

—¿Qué título sigue, Isabel?

—*Erótica.*

—¡Vaya una rareza! ¿y qué significa eso?

—Yo no lo sé: veamos.

ERÓTICA.

¿Ves cuán puras son las lágrimas

De una madre desvalida

A quien puñal homicida

Su hijo robára traidor?

Pues mira, luz de mis ojos,

Ya que á decirlo me apuras,

Sabe que son menos puras

Que la verdad de mi *amor*.

¿No ves al hombre cuán plácido

Le es llevar siempre consigo

Dulces lazos que á un amigo

Su alma estrechen con fervor?

Pues sabe, querida mía,

Tú que de falaz me tratas,

Que me son mucho mas gratas

Las cadenas de tu *amor*.

¿Ves lo que la mano pródiga

Consolar suele al mendigo

Cuando errante y sin abrigo

Piedad encuentra y favor?

Pues ruégote, ángel hermoso,

Que no olvides por tu dicha

Que en medio de mi desdicha

Mas me consuela tu *amor*.

¿Reparas al sol flamigero
De la alta esfera en la cumbre,
Cuán ardorosa es la lumbre
De su rayo abrasador?
Pues oye, esperanza mía
Una verdad sorprendente:
Te juro que es mas ardiente
La intensidad de mi *amor*.

Y en fin, ¿ves el despropósito
Que fuera creer al mundo
Falto de un Dios que fecundo
De todo ha sido el autor?
Pues mira tú, vida mía:
No te parezca increíble,
Pero... aun es mas imposible
Que á tí te falte mi *amor*.

—Eso sí que es una pasión arrebatada: vuelve, vuelve la
hoja y continúa.

Á UNA GITANA.

Ven acá, linda gitana,
La de los ojos flecheros,
Cuya mirada engalana
Y al hombre arrastra liviana
Con sus giros hechiceros.

Ven, y tu arte divino
Descubra de mi destino
El arcano misterioso,
Y sepa yo si es mi sino
Infortunado ó dichoso.

Me dirás, gitana bella,
De otra region descendida,
Si en el cielo de mi vida
Ha de brillar una estrella
De rayos de paz circuida.

Si hallaré dichosa calma
En el afan del vivir;
Si tendré con quién partir
Las crudas penas que al alma
Vendrán tal vez á afligir.

Si habrá mugeres hermosas
Amantes y cariñosas,
Que me ahuyenten los pesares,
Y con plácidos cantares
Me arroben voluptuosas.

—Eso si quieres, vuelve la

Lucirá mi estrella fiel;
Si destina á mi memoria
Una página en la historia
Y á mis sienes un laurel.

Y en fin, hermosa gitana,
Yo quiero oir de tu ciencia
La dulce ó fatal sentencia:
Quiero saber si mañana,
Será mejor mi existencia.

Toma, gitana, y la tuya
Mi mano frigida anime;
El astro consulta, y dime

El pronóstico que arguya clara es.
Tu quiromancia sublime.
Ya la tocaste, mas... ¡cielos! ¡div!
Advierto mi mano helada
Y me da horror tu mirada;
¡Oh! ¡qué funestos recelos!
Detente, no digas nada.
Pues si mi ilusion es loca,
La suerte sufrir me toca.
Aunque el rigor me devore:
Gitana, sella tu boca,
Y al menos... que yo lo ignore.

—Ahi estuvo muy fatalista el señor poeta.
—Escucha otra que me gusta por su titulo, Matilde.

LA GOTA DE ROCIO

Deten, divino sol, tus rayos fúlgidos;
No hiera el mundo tu brillante luz;
Deja que deato con la luna pálida
Desaparezca el nocturnal capuz.

Yo en tanto velaré la gota diáfana
Que del rocío el matinal frescor,
Dulce vertiera en la corola cárdena
De esta marchita y angustiada flor.

Roto su cáliz, sin color sus pétalos
Ni sombra es ya de lo que un dia fue,
Mas esa gota de rocío, es bálsamo
A cuyo influjo revivir se ve.

La grata esencia penetrante y húmeda
Que entre las hojas destilando va,
Consuelo presta á la corola exánime
Y vida y alma á su hermosura da.

Dilata ; oh sol ! tu nacimiento súbito ;
No con tu lumbre á la animada flor
Sin duelo robes su color de púrpura ,
Su linda perla ni fragante olor.

Deja que goce su existencia rápida
Un hora al menos de halagüeño afán :
Deja que goce de su sueño plácido ;
No abrevies horas que volando van !

Quizás mañana codicioso y ávido
Vendré á buscar la rozagante flor ,
Y no hallaré ni su corola lívida ,
Ni aun esa perla , manantial de amor.

Porque los rayos de aquel sol flamígero
Que centelléan en Oriente ya ,
Devorando la flor , nada á sus pétalos
La gota de rocío hermosecará.

- Esta es muy bonita , ¿ no te parece , Matildé ?
—En lo general , sí , porque hay sentimiento en lo que
se dice como en todo lo de Ernesto.
—Mira , mira , qué verdad es el título de esta otra.

TODO ES FARSA EN ESTE MUNDO.

Si en la verdad del refrán
Se tuviera alguna duda ,

Vaya amigos en su ayuda
Lo que mis versos dirán.

Se oye con mucha frecuencia
A un eterno parlanchin,
Que parece no halla fin
El pozo de su elocuencia ;
Mas si estudiamos su ciencia
Y con asombro profundo
Vemos que el sabio fecundo
No sabe mas que charlar,
Vendremos á comprobar
Que todo es farsa en el mundo.

Hombres que orgullo sustentan
De conocer estoy harto,
Que no poseen un cuarto
Y ser Cresos aparentan.
Dirán que millones cuentan,
Que es su caudal sin segundo,
Mientras si no me confundo
Nuevos motivos me dan,
Para apoyar el refran
Todo es farsa en este mundo.

Gente veo tan estraña
Que si á su informe se atiende,
Hará creer que descende
De *Veremundo* de España.

Pero si yo tal patraña
En la realidad refundo,
En vez de ser *Veremundo*
Su ilustre predecesor,
Quizás sea un aguador,

Pues todo es farsa en el mundo.

Sé de mujer de cincuenta
Que por majear se espirita,
Y si bien años se quita,
Dientes y pelo se aumenta,
Fresca y lozana se ostenta
Con el bermellon inmundo,
Mas su rostro rubicundo,
Sus dengues y sus hechizos,
Me prueban con sus postizos
Que todo es farsa en el mundo.

Yo mismo, y conmigo ciento,
Mienten amor á las bellas,
Y si mucho mienten ellas,
Yo las gano cuando miento.
Sobre un sólido cimiento
Mi opinion creo que fundo
Cuando con odio profundo
Se engañan todos á todos,
Probándome de mil modos
Que todo es farsa en el mundo.

—¿Qué tal, Matilde? ¿no haces la critica de esta?

—No, porque en mi opinion no es el género que Ernesto debe cultivar. Sin embargo, el verso no deja de parecerme bien, y no puedo menos de aplaudir las tendencias de la composicion.—¿Qué sigue?

—*Lo que es la vida.*

—¡Ola! ahí tenemos filosofía, oigamos con atencion.

LO QUE ES LA VIDA.

Mustia y deshojada flor,
Que en el ameno pensil
Te has mecido;
Tus aromas y color
¿Dó se han ido?

¿Dónde el bello rosicler
Que en tu verdoroso abril
Descollaba,
Y dónde el tallo que ayer
Ondulaba?...

¡ Todo pasó! y tus despojos
Que esparrama el aquilon,
Lágrimas dan á mis ojos
Y luto á mi corazon.

¡Luto, si! que á semejanza
De tu infortunada suerte,
Sin recurso ni esperanza
Me aguarda triste la muerte.

¡ Condicion dura y terrible
que á los hombres desconuela!
¡ Condicion que el alma hiela
Con su rigor inflexible!

¿Por qué quisiste nacer
Tan pura, fresca y lozana
Siendo tan cerca el mañana
En que dejarás de ser?

¿Por qué, encendido capullo,
Vanidoso te mecías
Siendo tan leves los días
Que han de sustentar tu orgullo?

¿Cuando del bello jardín
La espesura amenizabas
Dime, flor, ¿no recordabas
Que llegaría tu fin?...

¡Ay! que todo es vanidad
En esta lijera vida
Que á los placeres convida
Con terrible falsedad.

Niño fuí como el capullo
A quien el céfiro mece,
O el ave que se adormece
Al dulce materno arrullo.

Cual tú, flor, también crecí,
Y embriagado en mis abriles,
De este mundo en los pensiles
Orgullosamente engreí.

Corrieron después los años,
Con los años mi existencia,
Y á ellos y á mi experiencia
Debo, flor, mis desengaños.

Volaba tras el placer
Como incauta criatura,
Sin mirar que en la dulzura,
La hiel se suele esconder.

Y con afán apurando
De su cáliz el dulzor,
De mi juventud la flor
Despacio se fue agostando.
Hasta que ya marchitadas
Secarse veo sus hojas;
Las veo tornarse rojas
Y las miro desgajadas.

Si alguna vez, triste flor,
Por el viento transportada
Reproduces tu morada
En otro jardín mejor,

No vivas inadvertida
Ni apartes del pensamiento
Que te está acechando el viento
Para robarte la vida.

Así el misero mortal
Que en el mundano placer
Se embriaga,
Recuerde el golpe fatal
Que le amaga,
Y al ver su ilusión perdida
Tal vez llegue á comprender
La verdad,
De que solo es nuestra vida

Vanidad.

—La composición, dijo Matilde con cierto aire de inteligencia, me parece buena, pero no creo que sea la más correcta de nuestro trovador....

—Es que estás hoy como nunca, Matilde. No hallas una sin que te se ocurra decir algo desfavorable.

—Eso es lo que tiene estar acostumbrada á leer cosas excelentes. Luego, para que guste una cosa, es preciso que no tenga la sombra de un defecto. No obstante, no niego yo que las poesías de Ernesto me gustan, y que me parecen tan dulces como las de un poeta de fama. Adelante, Isabel.

LETRILLA.

Que una muchacha bonita

Morenita,

Se muestre esquivá á las flores

De sus tiernos amadores

Solo por bien parecer,

Puede ser.

Pero que allá en su interior

Del favor,

Llegue ingrata á fastidiarse

Y de ellos quiera alejarse

Por no oír el galanteo,

No lo creo.

El que una necia coqueta

Ser discreta

Se proponga aparentar,

Y trate de alucinar

A un hombre con su saber,

Puede ser.

Pero que él sea tan *buche*

Que la escuche

Al ver que habla mas que siete,

Sin tomarlo por juguete

O por vía de recreo.

No lo creo.

Que á su hija, Clara exaspere

Porque quiere

Guarde amor á un viejo chocho

Teniendo Inés diez y ocho

Y un bonito parecer,

Puede ser.

Mas que Inés tambien prescinda

Siendo linda,

De dar la mano á un pedante

Que sea rico, elegante,

Jóven, gallardo y no feo,

No lo creo.

El que un ministro de Hacienda

(Que lo entienda)

No desperdicie ocasion

De mostrar á la nacion

Que cumple con su deber,

Puede ser.

Mas que sea en el servicio

Tan patricio,

Que no mire su bien propio

Ni para si haga acopio

De los gajes de su empleo,

No lo creo.

Que á un poetastro orgulloso

presuntuoso,

Le agrade y le congratule

Que un ignorante le adule

Porque elogia su saber,

Puede ser.

Pero que se haga mi amigo

Si le digo

Que son sus versos atroces,

Y que sufro un par de coces

En cada verso que leo,

No lo creo.

Y por fin, que aun haya gente

Tan prudente,

Que al esperar una herencia

Vele fiel por la existencia

Del que rica le ha de hacer,

Puede ser.

Pero que la haya tan buena

Que sin pena,

Quiera bajar á la tumba

Antes que el otro sucumba

Siendo verdad su deseo,

No lo creo.

—Esa es una sátira poco mordaz como producción de una pluma que no ha nacido para el caso. El corazón de Ernesto es demasiado bueno para poder destilar esa ponzoña; ese veneno penetrante que requieren tales composiciones.

—¡Qué fastidio! nada te gusta esta tarde. Sin duda es porque lo leo mal.

—Te engañas, Isabel. Ya sabes tú que los lees con mucha cadencia, y con mas dulzura.

—Veamos la que sigue.

PERCANCES DE LA VIDA.

De un alta sierra en la estendida falda,

Sobre la muelle alfombra de esmeralda:

Cuando ya tibio el sol va declinando,

Está en su puesto el cazador velando.

Y en la jaula pendiente,
Sus trinos la perdiz da blandamente
Al aura imperceptible y olorosa
Llamando al tierno amante cariñosa.

Deja el incauto su ignorado nido,
Y de las tiernas voces atraído;
Cruza veloz con rápida carrera
Y descubre á su dulce compañera.

Con cautelosa planta
Atrevido á la hembra se adelanta,
Y viéndose triunfante, ella engreida
A gozar sus halagos le convida.

El cazador entonces, inhumano
Asesta al infeliz el plomo insano,
Y se goza en mirar con fiera saña
La sangre en que la víctima se baña.

Así el mortal sediento
De amor y de placer, en su ardimiento
A la torpe ambicion abre los brazos,
Y encuentra á su pesar traidores lazos.

—¿Qué tienes que decir de esta?

—Que es una especie de fabulita que nada notable encierra á mi parecer. ¿La trato también con dureza?

—Sí, porque es notable siquiera la moralidad del pensamiento.

—¡Moralidad! Está una acostumbrada á verla *en teoría* tantas veces y bajo aspectos tan seductores, que ya no llama la atención. Mira, mira, ya casi estamos alumbrados por la luna. ¿Quieres que se suspenda la lectura?

—¡Ay! ¡no! ¿qué prisa tenemos? para las páginas que faltan, hay sobrado tiempo de acabar el álbum. Leamos esta otra que debe de ser muy bonita.

EL VIEJO Y EL NIÑO.

—Dime, anciano, ¿dónde van

Esas cristalinas fuentes

Cuyas veloces corrientes

Caminan con tanto afán?

—Todo, hijo mío, en el mundo

Va á su fin sin detenerse;

Las fuentes... van á perderse

Al seno del mar profundo.

—Y esos millares de flores;

Esos claveles y rosas,

¿Estan siempre tan hermosas

Con tan variados colores?

—¿Ves esa rosa lozana

Que retrata la alegría?...

Su verdor y lozania

Quizá no llegue á mañana.

—¿Y aquel árbol que indomable

Parece que al tiempo reta?

—Tampoco, hijo, le respeta

El destino inexorable.

—¿Cuanto á ver mi vista alcanza

Con los años se concluye?

—Todo el tiempo lo destruye,

No nos queda otra esperanza.

—¿Y á los hombres, el destino

Les guarda la misma suerte?

—Van siguiendo de la muerte

Sin voluntad el camino.

—Calla, anciano, tus palabras

Vierten la hiel en mi pecho

Y que te aborrezca has hecho

Pues que mi desdicha labras. —

—La verdad me has demandado.

Y yo te la he descubierto;

—Mas lo que dices no es cierto,

Tú de mi fe te has burlado.

Entonces, ¿á qué á la tierra

Dios quiso al hombre arrojar?

—«A sufrir y trabajar.»

Aquí su mision se encierra.

—Sella ya tu boca, anciano,

Que el oírte me atormenta,

Y el corazon desalienta

Al descubrir ese arcano.

El hombre angustiado llora

Del mundo la triste carga,

Mas tanta verdad amarga...

¡Gran Dios! que yo siempre ignore.

—Veamos, señora juez; ya espero el temible fallo. ¿Tienes por donde desechar esta composicion tan sentida, y sobre todo que envuelve una verdad tan grande cuanto funesta para los mortales?

—No me hagas tanto honor juzgándome capaz de señalar todos los defectos de las poesias de mi primo, Isabel. Yo he ido emitiendo mi parecer, porque así nos lo propusimos al principio de la tarde, pero regularmente habrá sido tan exacta mi crítica, y tan concienzuda, que pasando desapercibidos los mayores defectos, te habré llamado la atencion con los mas imperceptibles. ¡Calla! ya vienen á interrumpirnos. ¿No ves á la señora Gabriela?

—Sí, ¡y qué sofocada! Habrá dicho mi madrina que venga á buscarnos.

—¿No observas que nos hace señas?

—Sí, pero no la comprendo.

—Agita un papel en la mano y se sonrie. Corramos á encontrarla.

Las dos amigas asidas de la mano, volaron ligeras como el viento, en alas de su curiosidad, sin que apenas se estampasen sus huellas en la arena.

—Albricias, señoritas, albricias; hay carta de la quinta, dijo la señora Gabriela arrancando un grito de alegría á las dos jóvenes.

—Gracias, respondió Isabel apresurándose á cogerla. Gracias por ser portadora de tan feliz nueva.

—Yo no las merezco, señorita, sino el Rey de los cielos que lo ha querido así. Mi pobre señora en el momento que reconoció el sobre, me dijo: «Gabriela, corriendo á buscar á las señoritas, para darlas esta carta, que se alegrarán mucho de recibir.» Y yo.... ¡ay Jesus! he corrido como un gamo por todo el jardin, hasta que....

Isabel, que entre tanto habia empezado á leer la carta, la interrumpió con una exclamacion espantosa.

—¿Qué es eso, Isabel? preguntó Matilde con ansiedad.

Isabel regando de lágrimas la carta, continuaba leyendo, pintándose en sus ojos el horror que la causaba.

—¿No me oyes, Isabel? ¿hay alguna novedad en la quinta?... ¿está malo Carlos?... ¿ha sucedido alguna desgracia á tu padre?

—¡Ay, Matilde, Matilde de mi corazon!...

—Pero, ¿qué es eso? ¿qué es lo que encierra esa carta?

—Lee y horrorízate. ¡Dios mio! ¿qué crimen ha cometido esta familia desdichada, para despertar la cólera del cielo?

Matilde se retiró á un lado, y á presencia de la señora Gabriela leyó la carta, que decia de esta manera:

«Esto es morir, hija mia. Treinta dias hace que te separaste de mi lado, y otros tantos que llevo de una ansiedad mortal que debilita mi vida por instantes.—Solo el dulce bálsamo de tus cartas viene á reanimarla.—Desde que salisteis

»para el Bierzo, nada, absolutamente nada he sabido de tu
 »padre, sin que el llanto que abrasa mis mejillas ni mis conti-
 »nuas oraciones á Dios, puedan alcanzar un rayo de espe-
 »ranza que me responda de que existe. — Las palabras de ca-
 »riño de tu hermano Carlos, han desertado de sus labios, á
 »nadie quiere escuchar: le es enojoso todo lo que mas atrac-
 »tivo tenia para él, y solo desea que se le tenga en un com-
 »pleto olvido.—Jaime Lebron, ese hombre infernal que no se
 »cansa de ser nuestro verdugo, ha intentado penetrar muchas
 »veces en esta casa, y han tenido que rechazarle los criados
 »por la fuerza. No me atrevo á obrar por mí dando cuenta
 »á los tribunales de este malvado, porque ya sabes que no lo
 »ha hecho quien tenia mas motivos. Viendo lo infructuoso de
 »sus tentativas, ha logrado introducir en mi habitacion, ignoro
 »por qué medios, una carta cuyo contenido necesito no creer
 »para poder vivir hasta abrazarte. Dice que llena la copa del
 »sufrimiento hasta el borde, ha llegado el dia de descargar su
 »cólera sobre esta familia, y que temblemos al esperar un
 »golpe que nos destina para dentro de pocos dias.—¿No serán
 »suficientes estas desgracias para que exija de tí un sacrifi-
 »cio?... Ya que me aseguras que tu salud se ha restablecido,
 »vuelve á mis brazos, hija mia: ven á enjugar mis lágrimas;
 »ven como un ángel de paz á espantar el ceñudo semblante de
 »la muerte, que do quiera se dirija, vaga en derredor de tu
 »affligida é inconsolable madre.»

Matilde concluyó de leerla, y no supo cómo empezar á hablar á su amiga. Encontraba muy justo el llanto que vertia: era muy natural el profundo dolor que la embargaba.

—Vamos, señorita, dijo la señora Gabriela; no hay que afligirse. La bondad de Dios es inmensa, y no querrá que se realicen esas desgracias. Bien mirado, ¿qué es lo que dice la carta? ¿que el pobre ciego está triste? Ese es el estado habitual de todo el que es desgraciado en este mundo.—¿Que no ha habido noticia del señor Guzman? ¿y qué importa? graves

negocios le habrán detenido en el camino, y un extravío de correo, como puede suceder que sea la causa, no es justo que dé margen á pensamientos tan tristes. ¡ Siempre nos ponemos en lo peor! Vamos, señorita Isabel; enjague V. esas lágrimas, y retirémonos á casa. Señorita Matilde, ¿ es posible que se dejen Vds. dominar así? ¡ Válgame Dios Señor! ¡ también me hacen Vds. llorar á mi!....

Sollozando todas tres, se dirigieron á dar cuenta de todo á la señora de Sandoval.

Indefinible es la sorpresa que causó semejante nueva á la parálitica, porque estaba muy agena de sospechar que el contenido de la carta fuese tan doloroso, cuando á la señora Gabriela mandó que sin detencion la pusiera en manos de Isabel:

Los consuelos que se afanaban en prodigar á la desdichada jóven, eran enteramente inútiles. Ninguna mejor que ella comprendia el valor de las desgracias que amenazaban á su familia, porque nadie mejor podia persuadirse de la perversidad de Jaime, ni del grado de desesperacion que revelaba aquella calma y aislamiento del ciego.

Tratando estaban de disponer la partida para el dia siguiente, cuando Ernesto y Guillermo llegaron gozosos con ánimo de referir los triunfos de su venturosa cacería.

Quedáronse atónitos al hallarse con aquella escena de duelo en que cada una vertia un copioso raudal de lágrimas, hasta que informados de la causa, y viendo la firme resolucion de Isabel, pretendió Ernesto la honra de acompañarla hasta la quinta, donde debia entregarla la señora Gabriela, en nombre de la madre de Matilde.

CAPITULO XVI.

EL CIEGO Y EL DOCTOR.

Entretanto, un dia venturoso habia amanecido para la quinta de Guzman, y los rayos de su sol benéfico habian hecho desaparecer las negras sombras que entristecian el semblante de todos.

La desolada esposa, ha recobrado sus debilitadas fuerzas, cual si se hubiera desprendido de un año de padecimientos. Los pobres labriegos de la comarca, que lloraban desconsolados, olvidan sus planes de venganza contra el hombre á quien atribuian las desgracias de sus protectores, entonando en sus cantares alabanzas al Ser supremo por el bien que acaba de derramar sobre ellos; y los fieles domésticos, ébrios de placer, se entregan á las expansiones de la mas señalada alegría.

¡Dichosa aurora que ha difundido rayos tan vivificantes

para anunciar la mágica nueva que ha trastornado tantos seres, que ha dilatado tantos corazones y enjugado tantas lágrimas, porque sabido está: el tierno esposo, el cariñoso padre, el ídolo de la ribera en fin, vive!...

¿Qué importan los peligros que ha atravesado, si la Providencia que es su éjida, le ha llevado á puerto de salvacion en medio de las borrascas que hacian zozobrar su vida?..

—Animo, hijo mio, ánimo, decia la señora de Guzman llena de gozo. Un lago insondable le separa de nosotros, pero ya lo has oido; pronto iremos á abrazarle para no separarnos jamás, y nuestra felicidad será completa. Lejos de este país que tan ingrato nos ha sido, correremos por todo el mundo á buscar un *Albinus*, un Dios de los ciegos como tú dices para que rasgue el velo de esa horrible noche. ¿No sientes palpar gozoso al corazon con una esperanza tan risueña? ánimo, hijo mio, alégrate y participa de esta felicidad, porque tu padre vive.

El ciego permanecia impasible á las palabras y cariños de su madre.

—Repara: ¿no ves los arcanos que guarda la divina Providencia? pero.... tienes que callarlo para todos y para siempre, ¿oyes, hijo mio?... ¡quién diria que una ingratitud habia de ser castigada con una accion tan generosa!... Escucha.—«El capitan Federico, me ha salvado la vida. Pudo, y casi debió asesinarme, y no lo hizo: guardad su nombre en vuestro corazon, para bendecirle eternamente»—¡Ah! quién pudiera arrojarle á sus pies para mostrarle nuestra inmensa gratitud! pero es imposible, porque... atiende Carlos, mas adelante dice la carta.—«Asi que me dejó en salvo, se dió á la vela para América, con objeto de perecer defendiendo los derechos de su patria, lejos de un déspota que no sabe perdonar; porque has de saber, Maria, que Federico es español, honrado y pundonoroso, y ama la libertad como yo, y como yo aborrece la tiranía»—¿Comprendes, hijo mio, lo que quiere

decir?... Habla por compasion, y al menos que no dude yo que me quieres. ¡Ay, Carlos, Carlos! ¡qué ingrato eres para tu madre!

El ciego pareció despertar de un profundo letargo, se sonrió, y con una calma fria al principio, y despues con entereza, dijo:

—¡Ingrato!... ¡ingrato!... No, ¡vive Dios! lo que soy... es un cobarde!

—¡Cobarde! ¿y por qué, hijo mio?

—¿No comprende V. el valor de esa palabra?... Es cobarde un hombre, cuando se deja abofetear como un idiota. Es cobarde, cuando por el miedo de perder la vida calla y sufre aunque le afrenten, le hieran y le ahoguen.—¡Insulto sobre insulto!... ¡mancha sobre mancha! ¡oh baldon!... No sé cómo se consiente tanta deshonra para el nombre de Guzman ¿No hay hombres de corazon en esta casa? ¿No hay un criado agradecido que quiera volver por el honor de sus amos?... pues si le hay, que se acerque á mi; que me ponga frente á frente con ese malvado, y lo demás, yo lo haré aunque perezca en la demanda. ¿Nadie me responde? ¡cobardes! esos sí que son cobardes. ¿Quieren que un pobre ciego salga á buscarle, para que venga y le ahogue como intentaba hoy hace ocho dias?... No, porque seria llevarle una victima para que la sacrificase en aras de su venganza, y no es ese el triunfo que yo le preparo.

—Serénate, hijo mio. ¿No sabes ya que ese hombre hace cuatro dias marchó de casa de la tia Eduvigis, y no ha vuelto? ¿quién sabe si se habrá cansado de perseguirnos, y Dios le guiará por otro camino?

—¿Cansarse? ¡imposible! ese hombre es implacable, y es seguro que no cesará hasta que se cumpla aquel terrible juramento, «tu familia quedará perdida, sin pan que comer, ni casa donde dormir.»

Los sollozos de una afligida muger vinieron á llamarles

la atención y la madre de Carlos, mandó á preguntar la causa.

—Es la tia Eduvigis, respondió el mayordomo. La madre de Francisco, que se empeña en hablar á V.

—¿Y qué es lo que quiere, por qué llora así?

—Parece ser que un hombre la ha amenazado con matarla, si no confiesa el paradero del Sr. Jaime Lebron.

—¿Pero quién la amenaza?

—No sé, señora.

—Hazla entrar, Agustin.

La tia Eduvigis entró á los pocos instantes, conduciendo de la mano á su hijo el pequeño. Su primera diligencia fue arrojarle á los pies de la señora de Guzman, diciendo:

—¡Ah señora! tenga V. caridad por Dios de esta desdichada muger.

—Levántese V., tia Eduvigis, ¿qué es lo que sucedé?

—Una desgracia horrorosa de que solo V. puede salvarme, señora.—Sabe V. ya que hace cuatro dias que el Sr. Jaime Lebron se ha marchado de casa sin decirme á dónde ha ido como tiene de costumbre, pues bien. Hará cerca de dos horas, entró un hombre que tiene una señal en la cara, y á quien el Sr. Jaime llamaba cara cortada: se llega á mi y me dice.

—Buena vieja, ¿dónde está ese hombre?

—¿Quién, caballero? le pregunté.

—Jaime Lebron.

—No sé, señor: hace cuatro dias que no le veo.

—Eso es mentira, dijo él frunciendo las cejas.

—Se lo juro á V. en nombre del cielo.

—Tiene razon mi madre, añadió esta criatura. Desde el sábado, el señor Jaime Lebron no pone los pies en esta casa.

—A ti no te dan vela para este entierro, chiquillo, y dió una patada al hijo de mi alma, derribándolo al suelo.

—Caballero, que es mi hijo, le dije incomodada.

—Pues que no aprendá á mentir tan pronto. Jaime Lebron debe estar aquí escondido.

—Regístrelo V. todo si no le satisfacen mis palabras, repuse yo para convencerle de que no mentia, y él sin hacerse de rogar, cerró la puerta con llave, y nos hizo ir delante por todos los rincones de la casa. Persuadido por fin de que el señor Lebron no estaba escondido, me puso la mano en el hombro y me dijo:

—Vieja solapada; yo sé que V. es la que esconde á ese hombre; pero aunque esté en las entrañas de la tierra, juro á Dios que allí le he de buscar para matarle. Entretanto, acuérdesse V. del día que es hoy. Si pasado mañana no me dice V. su paradero, V. y su hijo arderán con esta casa.

—¡Qué horror! exclamó la señora de Guzman, mientras que Carlos se disgustaba porque se interrumpiera la relacion de la viuda.

—¡Silencio! ¿y qué mas, tia Eduvigis? preguntó el ciego con ansiedad.

—Diciendo esto, continuó la viuda, montó en un caballo que habia dejado atado á los hierros de la reja, y desapareció.

—¿Sin encontrarle?

—Si señor, felizmente sin haberle encontrado, porque de otro modo habria sucedido alguna desgracia. Llena de miedo, tomé á este niño de la mano; vine á buscar á mi Francisco: le conté lo que me habia pasado, y.... créame V., señora; una madre no debe nunca hablar mal de sus hijos, pero Francisco... no es buen hijo para su madre.

—¿Por qué, tia Eduvigis? preguntó la de Guzman.

—Porque... sí señora; porque en vez de ponerse furioso al saber lo que habia pasado á su madre, se echó á reir de mis lágrimas, y me dejó marchar de su lado sin decirme «haga V. esto ó lo otro; no me separaré de V. por si vuelve ese hombre á insultarla», ni una palabra siquiera de sentimiento ha pronunciado su boca. Yo viéndome en este conflicto y aban-

dono, esclamé — ¡Dios mio! ¿á dónde voy yo con esta criatura? ¿á dónde me refugiare para salvarme de ese bandido? «¡A la quinta!» parece que me dijo una voz del cielo. «Allí se compadece al desgraciado. La familia de Guzman es el paño de lágrimas de todos los pobres.»

La señora de Guzman, de cuyos ojos se habia desprendido alguna involuntaria, respondió con afectuoso acento:

—Pues prometo á V., tia Eduvigis, que no se arrepentirá de haber pensado así de nosotros.

En seguida dió sus órdenes para que se la destinase una habitación dentro de la misma quinta, mandando terminantemente que el único medio de continuar comiendo Francisco el pan de su casa, era reconciliándose con su madre, principiando por neutralizar las tentativas de Cara-cortada, á cuyo fin tenia que constituirse en guarda de la casa que acababa de abandonar la tia Eduvigis.

Tales eran los encontrados sucesos que acababan de ocurrir en la quinta de Guzman, el dia feliz en que llegaron los viajeros del Bierzo.

Esta inesperada ocurrencia, vino á completar la ventura de la madre de Isabel, que llena de asombro no cesaba de estrechar á su hija contra su corazon, haciendo una heróica violencia al ocultarla la generosa accion de Federico, cuyo nombre temia acercar á sus labios.

Sin duda que tanto ella como su esposo, han tenido ocasion de arrepentirse de una lijereza que ha marcado en el alma de su hija huellas que existirán eternamente; pero ya no tiene remedio, y es preciso dejar dormida esta memoria con el sueño de la eternidad.

Las cariñosas pruebas de afecto de la madre de Isabel, y el carácter franco y amigable que retrataba la belleza é ingenuidad de su corazon, cautivaron de tal manera á la señora Gabriela y Ernesto, que muy en breve se olvidaron de que

era el primer día que tenían la dicha de conocerla. Tal era la confianza que había logrado inspirarles.

El lastimoso estado de la madre de Matilde; los bellos encantos de la ribera del Bierzo; las noticias recibidas del señor Guzman; las impresiones de la carta recibida por Isabel; los sucesos del viaje; todo fue objeto de la animada conversacion de las mugeres, mientras que Carlos estrechaba cariñosamente la mano de su hermana, estampando en ella un ardiente beso, para recordarla que estaba á su lado, y conquistarse una caricia.

Ernesto sin participar tampoco de semejantes conversaciones, desde el primer momento habia fijado la vista en los apagados ojos de Carlos, como queriendo investigar la verdadera causa de su ceguera.

Nada mas natural si se atiende á que Ernesto es jóven entusiasta por su ciencia, y que habia de halagarle la idea de hacer feliz á un ser desgraciado, mucho mas recayendo en un hermano de Isabel.

Seramente ocupado con esta idea, habia hecho varias pruebas presentándole algunos objetos á los ojos, hasta que satisfecha ya esta parte de sus observaciones, y como si el ciego se hallase voluntariamente sometido al examen del doctor, le levantó uno de los párpados. Carlos retrocedió bruscamente, y luego asombrado y tembloroso se arrojó en los brazos de su hermana.

—¡Ah! perdone V., se apresuró á decir Ernesto.

—Tranquilizate, querido Carlos, añadió Isabel. Este caballero es Ernesto, el primo de Matilde.

El ciego reponiéndose de su sorpresa, parecia que intentaba coordinar alguna idea ó traer á la imaginacion algun recuerdo.

—¡Ernesto!... si; el médico, ¿no es verdad?

—Ciertamente, soy médico y estaba observando...

—¿Qué? ¿mis ojos? ¡ah! sí, sí, continúe V. por Dios, y

vea V. Ernesto si hay alguna esperanza para este desgraciado.

Las miradas de la madre, de la hija y de la señora Gabriela, se fijaron repentinamente en el rostro de Ernesto; pero nada pudieron deducir en aquél instante, porque el médico profundamente ocupado en sus observaciones facultativas, sin decir una palabra, le asió del brazo; y le condujo á la ventana.

A apoyando en las sienes del ciego, las yemas de algunos dedos, frotábale los párpados con ambos pulgares.

—¿Qué es lo que ve V., Ernesto? preguntó Carlos con indecible ansiedad; pero el doctor sin hacer aprecio de estas palabras, decia hablando consigo mismo.

—Existe... sí; una *amaurosis* doble; con dos *cataratas* no completamente formadas.

—Y eso es incurable, ¿no es verdad? dijo el ciego con dolorosa expresion.

Ernesto volvió á frotar de nuevo los párpados, y haciendo una señal afirmativa, continuó:

—Efectivamente: la pupila ha permanecido insensible á la impresion de la luz.—Diga V., Carlos, ¿V. ve alguna claridad durante el dia, asi... ¿como un resplandor que le hiera?...?

—¡Durante el dia!... ¡y cuando sé yo que es de dia si para mí siempre es de noche!

A Ernesto no debió parecerle mal esta respuesta, porque hizo otra señal afirmativa como si las palabras del ciego hubieran sido la confirmacion de su diagnóstico.

—V. padecerá frecuentemente dolores de cabeza, dijo Ernesto, causando una extraordinaria sorpresa al ciego.

—Si señor.

—Y ese intenso dolor recargará mas sobre la frente como si tuviera en ella un cerco de hierro.

—Sí señor.

—Principalmente aqui, junto á la ceja.

—Tambien es verdad.

Ernesto suspendió un momento sus preguntas mientras que el corazon de Carlos latia lleno de esperanza y de inquietud.

—¿El dolor es semejante á un latido acompasado, ó mejor dicho como si le estuvieran dando á V. con un martillo en la cabeza?

—¡Ah! sí, sí, V. me ha comprendido. Por compasion, dígame si debo abrigar la esperanza de ser feliz. ¿Qué es esta venda que cubre mis ojos? ¿cómo se llama?

—Ya lo he dicho, amigo mio. Son dos cataratas complicadas con una aniaurosis doblé.

—Bien, pero ¿se cura ó no se cura?

Ernesto volvió á examinarle los ojos rápidamente y con tono resuelto respondió:

—Si señor, esta ceguera es curable.

—¡Dios mio! ¡¡Dios mio!! ¡qué grande se me representa tu poder en este momento! ¡oh! ya se me figura que veo el mundo, el sol, las estrellas, todo se representa á mis ojos con esa magnificencia que creaba mi fantasia para hacerme mas desesperado. Y diga V. por supuesto que sus palabras llevarán el sello de la verdad, es decir que puedo consentir en lo que me dice.

—Casi me atreveria á responder con mi vida.

—Bien, eso es lo que se llama ser un médico.

—La operacion será penosa.

—¡Penosa! ¿y qué? ¿piensa V. que yo la temo? ¿cree V. que habia de temblar aunque fuera preciso vaciarme los ojos? No, y en prueba de ello, aqui me tiene V. con todo el valor necesario. Vamos.

—¿A dónde?

—¿No lo ha dicho V.? á darme la vista, ¿ó aun le parece demasiado pronto? ¡Ay! no sabe V. lo que me mata cada momento que vivo en esta oscuridad. Un sacrificio por este

desdichado, amigo mio. No hay que pensarlo mas. V. ha dicho que casi responde con su vida, pero yo no quiero garantía ninguna. Si vivo y tengo vista, adoraré á V. como á Dios, y si por el contrario, muero, con mi último suspiro recogerá V. mi bendición por el deseo que le ha guiado de hacerme feliz.

—Eso es muy generoso, pero impracticable.

—¿Cómo? exclamó el ciego asustado.

—Impracticable, sí, porque aun dado caso que yo tuviera resolución, las cataratas como he dicho no estan completamente formadas, y además de ser preciso que lo esten, no pueden operarse hasta Abril ó Mayo, que es la mejor época del año para evitar fatales consecuencias.

El ciego parecía haber perdido todas sus esperanzas segun el abatimiento que mostraba en su rostro.

—Por Dios, Ernesto, no le desespere V., le dijo Isabel en voz baja.

—No hay que abatirse por eso, amigo mio. La operación será de un éxito feliz, porque estoy designado para una plaza de médico en el primer hospital de España, y en este intermedio haré muchos experimentos con otros enfermos para prever cualquier resultado funesto. Resignación, pues, querido Carlos, y dentro de ocho meses...

—¡Ocho meses!... exclamó el ciego. Entonces... no necesitaré á V. para nada.

Y diciendo esto, se alejó de una manera brusca, sin atender á las instancias que su madre le hacia para que volviese, y sin tener en cuenta que era la primer vez que hablaba con Ernesto.

—¡Ah! perdónele V., amigo mio, dijo la señora de Guzman.

—Por Dios, señora, ¿habia de ofenderme por semejante pequeñez en boca de un enfermo desesperado? Yo... francamente, he sido demasiado seco en mis razones, pero si le hubiera hecho concebir otra esperanza, tendria derecho para

quejarse de mí. Ahora no se halla en estado de hacerle la operación; se desgraciaria indudablemente, pero yo prometo que en la próxima primavera...

—Mucho temo que se engañe V., apreciable Ernesto. La ceguera de mi hijo es de nacimiento, y á cuantos se les ha dicho, sin necesidad de verle, nos han asegurado que no tiene cura.

—Ese es un abuso que se hace de los juicios, señora. Ningun facultativo tiene razon ni derecho para decir que esa ceguera sea incurable. Podrá decir que es peligrosa, que no se atreve á operar, en buen hora; pero negar absolutamente la posibilidad de curarse, no solo es un error, es un delito de lesa medicina.

—Y sobre todo, añadió oficiosamente la señora Gabriela, si no se ponen los medios no se consiguen los fines, y una vez que el pobre está tan dispuesto á sufrir ese martirio, Dios le acogerá bajo su proteccion.

Las dos señoras continuaron ocupándose del infeliz ciego, mientras que Isabel y Ernesto se dirigian á la ventana.

—¿No le dije á V., Ernesto, que aqui no encontraria mas que lágrimas?

—Dichoso el mortal que pudiera enjugarlas para siempre, mi querida Isabel; pero nuestra obligacion es intentarlo al menos. ¿No sería un crimen que la amistad les abandonase en estas circunstancias?

—¡ Ah ! ¡ cuánto tengo que agradecer á Vds. !

—Eso nunca se toma en boca, amiga mia, porque sería hacer poco favor á los deberes de la amistad. Hablemos de otra cosa.

—Pues bien: repare V., Ernesto, qué diferencia hay de la casa de Matilde á la mia: allí todo es alegre y parece que participa de su envidiable felicidad. Aquel cielo jamás le vi encapotado: aquellos jardines siempre cubiertos de verdor, son un fiel trasunto del paraíso terrenal, y estos, ya los ve V., no

hay una flor siquiera : las ramas se han cansado de sostener las hojas, y todas estan desnudas, descarnadas como un esqueleto.

—Sin embargo, esto habrá tenido tambien su época de riqueza. Los meses de las flores ya pasaron, y no es extraño que haya padecido la amenidad de los frondosos jardines ; porque bien mirado, esta perspectiva es magnífica.

—Para V. sin duda que es la primer vez que lo ve.

—; Oh ! no. Esas calles de sauces y acacias, guarnecidos de bupleuros y ligustrós ; y aquellas otras de plátanos con sus cordones de lilas y rosales, forman un bello pavorama digno del pincel mas delicado. Aquella granja de enfrente por ejemplo...

—Vea V., Ernesto, la glorieta que se descubre allí, hácia la izquierda, dijo Isabel, para que apartara la vista de la granja de la condesa, es muy semejante á la de los jardines de Matilde en que soliamos leer el album de V. ¿no es verdad?

—En efecto, es muy parecida. Pues como decia, Isabel, aquella granja presenta una vista sorprendente.

—Si, es bastante pintoresca ; pero hay otros sitios que no lo son menos ; mire V. sino hácia aquel lado.

—No estamos conformes, Isabelita, continuó Ernesto sin conocer lo que con su empeño atormentaba á la jóven. No estamos conformes, repito, porque en mi sentir aquella granja es la situacion mas bonita que se descubre desde aquí. La cúpula de su modesto palacio, no solo domina una vega deliciosa bañada por ese rio caudaloso á cuyo lado no podria competir el Sil, sino una inmensa distancia que debe esconderse á la perspicacia de la vista. Diga V., Isabel, ¿de quién es aquella posesion tan linda?

Ernesto fijó la vista en Isabel, pero nada encontró en ella sino es un rosado color que la hacia parecer mas encantadora que nunca.

—Creo que es de un título : la casa de recreo de una condesa, respondió aparentando cierta indiferencia.

—Digna de un rey es sin duda ; pero observe V., Isabel : por entre aquellos plátanos ¿no descubre V. multitud de hombres que se estienden por los muros de la quinta ?

—En efecto , y á los rayos del sol parece que relumbran aceros.

—¿ Si será fascinacion de la vista ? Yo tengo para mí que es una partida de caballería, y si no me engañan los ojos, se acercan hácia esta casa.

—¡ Madre, madre ! gritó Isabel asustada. Acérquese V., estamos rodeados de tropa.

—¡ Cielos ! ¿ qué significa esto ? exclamó la señora de Guzman.

—¡ La Virgen de los Remedios nos valga ! ¿ qué nos querrán hacer ? repuso sobresaltada la señora Gabriela.

—No hay que asustarse , señoras : pronto sabremos el objeto que les guia. Yo saldré á su encuentro.

—Es inútil, Ernesto, dijo Isabel ; mire V., ya llegan.

Y efectivamente, avanzaba una partida de caballería á cuya cabeza marchaban media docena de hombres en traje de paisanos.

—Diga de un rey es sin duda; pero observe V. ¿habla por entre aquellos plácanos que descubre V. multitud de hom-
bres que se retienen por los muros de la ciudad?

—En efecto, y a los rayos del sol parece que relumbran
—Si será fascinación de la vista? Yo tengo para mí que
es una partida de caballería, y si no me engañan los ojos, se

—Márese, macho, grillo ¿habla sanabida. Acérrase V.
—Estamos rodeados de tropa.

—¿Dios! ¿qué significa esto? exclamó la señora de
Guzmán.

—La Virgen de los Remedios nos salva; y que nos por-
—No hay que asustarse, señoras; pronto saldremos al ob-
jeto que nos guía. Yo saldré en un momento.

—Es inútil, Ernesto; dijo Isabel; mire V. ya llegan.
Y efectivamente, avanzaba una partida de caballería a cuya
cabera marchaban media docena de hombres en traje de

—¿Qué es esto? exclamó la señora de Guzmán.
—Es una partida de caballería, señoras; pronto saldremos al ob-
jeto que nos guía. Yo saldré en un momento.

—Es inútil, Ernesto; dijo Isabel; mire V. ya llegan.
Y efectivamente, avanzaba una partida de caballería a cuya
cabera marchaban media docena de hombres en traje de

—¿Qué es esto? exclamó la señora de Guzmán.
—Es una partida de caballería, señoras; pronto saldremos al ob-
jeto que nos guía. Yo saldré en un momento.

—Es inútil, Ernesto; dijo Isabel; mire V. ya llegan.
Y efectivamente, avanzaba una partida de caballería a cuya
cabera marchaban media docena de hombres en traje de

—¿Qué es esto? exclamó la señora de Guzmán.
—Es una partida de caballería, señoras; pronto saldremos al ob-
jeto que nos guía. Yo saldré en un momento.

—Es inútil, Ernesto; dijo Isabel; mire V. ya llegan.
Y efectivamente, avanzaba una partida de caballería a cuya
cabera marchaban media docena de hombres en traje de

CAPITULO XVII.

EL SECUESTRO.

Precedido de algunos soldados y paisanos, penetró en la casa de Guzman un hombre de elevada estatura, de talante orgulloso, y de mirada severa.

Deduciase que estaba en su elemento al ostentar aquel lujo de fuerza que le presentaba con cierta superioridad imponente, y así es que sin atender al asombro de los pacíficos personajes que se encontrara al paso, les preguntó con aspereza:

—El jefe de esta casa ¿dónde está?

—Se halla ausente, caballero, respondió la madre de Isabel con voz temblorosa, aunque era la de mas espíritu.

—¿Negativas tenemos? vive Dios que se toman un trabajo bien inútil. A ver... es preciso que esta puerta y las de toda la casa se abran de par en par.

—Pero caballero, sepamos antes...

El desconocido sin aguardar á que Ernesto terminase su pregunta colocó el índice en sus labios para imponerle silencio.

Dice bien, continuó la de Guzman: antes es preciso que sepamos la causa de esta arbitrariedad. ¿Qué es lo que buscan Vds. en esta casa?

¿Quiere V. callar, señora?

—Perdone V., pero ese no es modo de tratar á una persona regular, añadió Ernesto en tono de reconvencion.

—¿Y quién es V. para imponerme leyes de ninguna especie? ¡Eh! soldados! tres de vosotros conducid á este caballero fuera de la quinta y que espere mis órdenes.

—¿A mi prisionero?

—¡Oh! eso ya es demasiado, caballero, dijo Isabel sobresaltada.

—Este jóven no pertenece á la familia, añadió su madre.

—Tiene razon esta señora, dijo apoyando la señora Gabriela. El y una servidora de Dios y de V., hemos llegado del Bierzo hoy mismo, y no alcanzo por qué motivo...

—Basta de charla, ¡voto al diablo! ¡Soldados! he dicho que lleveis á ese hombre fuera de la quinta.

—Esto es un atropello; ¿por qué razon se me prende? ¿quién es el que así lo dispone?

—El superintendente de vigilancia que viene á cumplir órdenes del rey.

—¿De S. M.? preguntaron todos aterrados.

—De S. M., sí, señores. ¿Qué? sorprende á Vds. que el rey mande perseguir al señor Guzman?... pues yo creo, añadió con marcada intencion, que deberia ser muy esperado.—Llevadle.

—¡Señor! tenga V. piedad de un inocente, dijo la señora Gabriela, viendo que los soldados se disponian á llevar á Ernesto.

—Caballero, ese jóven ya he dicho que no es de la familia, continuó la de Guzman.

—Y eso ¿qué importa?

—Es que comete V. un acto de injusticia.

—Bien, el tiempo lo aclarará.—Adelante, adelante con él.

—¡Oh! qué infamia, exclamó indignada Isabel... No sería Dios justo si dejara impune eso acto de barbarie.

El gefe de policia lanzó sobre ella una mirada feroz; pero luego apartó sus ojos para reparar que no se habian cumplido sus órdenes, y dijo con desesperado acento; ¡Ira de Dios! ¿todavía cerrada esta puerta?... Abajo, abajo con ella.

—¡Deteneos, deteneos! gritó la de Guzman; pero por mucho que se apresuró á interponerse, la puerta habia sido derribada, y tanto los soldados como los de policia, dieron principio por aquella habitacion al escrupuloso reconocimiento que debia practicarse en toda la casa.

Mientras que esto pasaba, la alarma habia cundido por toda la comarca, y los habitantes de la ribera corrian azorados de una parte á otra sin saber qué pensar de tan estraños sucesos.

En medio de esta agitacion no pasó desapercibida la misteriosa aparicion de un hombre que tan pronto se dejaba ver en lo alto de una pequeña colina, como se ocultaba detrás de ella, cual si temiera ser descubierto.

Inspirados sin duda por un raro presentimiento, sospecharon al principio, y mas tarde reconocieron en él de una manera positiva, á su enemigo capital Jaime Lebron, quien como ellos vaticinaban, tenia precisamente que ser el autor de todo lo malo que sucediera en la quinta de Guzman.

Corriendo de boca en boca este descubrimiento que tanto revelaba á los aldeanos, muy en breve se vió reunido gran número de ellos en el valle que mediaba entre la quinta y la casa de la tia Eduvigis, donde no podian ser descubiertos por la tropa.

Jóvenes y ancianos, poseidos de esa indignacion que infunde á las almas nobles el ver la virtud ultrajada, sentian

abrasarse en deseos de venganza. Les era vergonzoso que un hombre cuya perversidad sin límites habían llegado á conocer, se gozara en el triunfo de sus infames maquinaciones, y mucho mas cuando estaba palpitante el recuerdo de una escena en que los criados de la quinta le repelieron con la fuerza, al intentar penetrar en ella.

La terminante prohibicion del señor Guzman, era un precepto inviolable para sus domésticos, y reflejándose este respetuoso sentimiento en los habitantes de la ribera, Jaime Lebron se habia hecho el mortal mas odioso, el enemigo mas aborrecido de aquellos honrados labradores.

Azuzado el ánimo de unos y otros con semejantes reflexiones, tuvieron la audacia de concebir un pensamiento arriesgado. Pero necesitaban satisfacer su egoismo de hombres; un sentimiento de gratitud hácia sus protectores; su sed de venganza, en fin, contra el malvado á quien suponian el autor de tantos desmanes, y la ocasion era oportuna; el dia de la venganza habia llegado ya.

Por no apartarnos demasiado de los sucesos de la casa de Guzman, continuaremos su narracion, diciendo que el semblante del gefe de policia habia adquirido un aspecto tan sombrío y ceñudo, que al golpe de vista revelaba lo poco satisfecho que habia quedado del reconocimiento de la casa.

—Y bien, señora, la dijo con sequedad y cierto aire magistral. ¿En dónde se halla el gefe de esta casa?

—Lo ignoramos, caballero, respondió la de Guzman.

—¿Que lo ignoran Vds?., por Cristo que es ocurrencia peregrina. Temblad, miserables, si al hablar delante de mi no guardais el decoro que merece el augusto nombre del rey nuestro señor.

A estas palabras pronunciadas solemnemente, todos sus subordinados hicieron una respetuosa reverencia.

—¿En dónde está, repito?

—He dicho ya que lo ignoramos. Hace mas de un mes que se marchó de casa, y sin duda le ha ocurrido alguna desgracia, porque...

—¿Ustedes se empeñan tambien en negarlo? dijo el de policia, interrumpiéndole y dirigiéndose á la señora Gabriela é Isabel.

—Dice bien mi madre, respondió esta. Ella es incapaz de mentir, y además todos los honrados labradores de esta comarca y hasta nuestros criados pueden informar...

—¡Silencio! no estamos para escuchar vulgaridades, porque ya soy perro viejo en estos casos.—¿Hay alguna persona mas en esta casa?

—Nadie falta sino es mi hijo, que es un pobre ciego.

Carlos atraido por las voces que sentia en su casa, llegaba en este momento á la puerta de la habitacion.

—Pues un ciego, para nada le necesitamos. En fin, señora, aprovechemos el tiempo, y lo que ha de ser, sea pronto. Harto sensible me es; pero la voluntad del rey es sagrada, y yo no puedo menos...

—¡Gran Dios! dijo Isabel aterrada con semejantes palabras.

—¿De qué se trata? ¿qué mas se quiere de nosotros? preguntó su madre.

—Se van á secuestrar todos los bienes del señor Guzman. Madre é hija como heridas de un mismo rayo, lanzaron un grito de horror.

Al cabo de unos momentos, la señora de Guzman haciéndose superior á sus fuerzas, le dijo con entereza.

—Ese último golpe acaba de asesinar á esta desdichada familia si la crueldad de los hombres tiene valor para descargarle; pero sepamos, caballero. Sin resistencia ninguna se le ha abierto las puertas de esta casa; se ha dejado prender un inocente, se han tolerado insultos en fin, y aun no tendremos derecho para preguntar de qué se acusa á mi esposo?

—Eso es lo que menos importa. Sin duda que no será una pequeñez el motivo, ni él el mejor de los hombres en cuanto hace mucho tiempo que honra las páginas de nuestro *libro verde*, y en cuanto se nos dan órdenes tan estrechas para perseguirle.

—Alguna calumnia de sus enemigos sin duda.

—O no lo será, porque su esposo de V..... ya es pájaro de cuenta muy antiguo.

Caballero, mi esposo....

—Debiera haber corrido la suerte de otros enemigos del trono y del altar entregando su cabeza al verdugo.

—Basta de insultos, señor magistrado ó lo que sea V., dijo la inesperada voz del ciego llenando á todos de asombro.

—¡Hijo mio!

—¡Carlos! exclamaron las dos infelices conteniendo al pobre ciego que con paso firme se dirigia al centro de la sala.

—Basta de insultos, repito, porque su dignidad no debe degradarse hasta el punto de insultar á unas mujeres indefensas, y respetables siquiera por su desgracia.

—¿Y quién es el atrevido que tiene la audacia de hablar delante de mí con tan poco respeto?

—El que ha tenido la paciencia de oírle hablar con tan poco decoro. Un ser desgraciado que ni tiene por qué temer la justicia del cielo, ni le infunde pavor la venganza de los hombres. Un pobre ciego, que, como ha dicho V. muy bien, no se le necesita para nada, pero que cansado de observar el indigno comportamiento de una autoridad, levanta su voz para recordarle el camino de su deber.

—Por Dios, hijo mio, que estos hombres no guardan consideracion á nadie.

—¿Y qué me importa á mí su poder ni esas bravatas despóticas que prueban la ruindad de su alma?

—¡Caballerito! exclamó indignado el de policía. Yo repre-

sento aquí á S. M., y vive Dios, que no consentiré la impunidad del mas lijero desacato, sea quien fuese el imprudente...

—Lejos de faltar al respeto que se debe al representante del monarca, quiero que sin detencion cumpla lo que se le ha mandado. ¿Qué es lo que se intenta? ¿secuestrar todos nuestros bienes, privándonos de la subsistencia? Pues bien, cúmplase así, pero sin insultar á los que son demasiado desgraciados, y por muchos titulos dignos de compasion.

El superintendente y todo su acompañamiento, miraban con asombro al ciego que con tanto acierto les habia marcado la senda de su deber.

Carlos sin el auxilio de nadie se acercó á la puerta de la sala, y con voz robusta gritó:

—¡Agustin!

Al momento apareció el mayordomo de la quinta pálido y tembloroso.

—¿Qué manda V., señorito?

—Este es un fiel criado, continuó Carlos, que hace 17 años le tenemos á nuestro servicio. Nadie mejor que él puede suministrar cuantas noticias se necesiten. Sigante VV. á otra habitacion mas á propósito, y con su auxilio, cúmplase el mandato de S. M.

—¡Hijo mio! ¿qué es lo que has hecho? exclamó la señora de Guzman, viendo desaparecer al superintendente y su comitiva.

—Lo que era inevitable. ¿Hubiera V. preferido que además de perder nuestros bienes, nos insultára esa canalla? No será delante de mí, porque la sangre me hervia en las venas, y no podia resistir los impulsos que me daban de arrojarme sobre él.

—Así habrás despertado mas su cólera contra nosotros, añadió Isabel llena de miedo.

—Así verá que la calumnia no nos hiere, ni que su audacia nos acobarda. ¿Quiere V. creerme, madre mia? Déjelo V.

todo á mi cuidado, y retirese con la señora Gabriela donde no vuelva á ver esos hombres.

—¿Y qué has de hacer tú, hijo mio? —

—Háblarles con mesurada calma si estamos solos: perdonarles los insultos si solo se dirigen á mí; pero cometer cualquier desatino si vuelven á decir á V. una imprudencia, una sola palabra descomedida. Aquí se necesita un hombre; y ya que no hay otro, yo puedo reemplazar su falta á pesar de mi desgracia, ¿no és verdad, Isabel? Vamos: pronto, pronto; yo quiero estar solo: este asunto no es para que lo arreglen las mugeres: yo no tengo vista, pero para esto no se necesita mas que fuerza de razones; y buscando recursos en mi imaginacion, yo les convenceré de que esto es un atropello, y aun mas; les convenceré de que todos somos inocentes. ¿No me obedecen VV.?

—No, Carlos: en tan criticos momentos, no debemós separarnos unos de otros. Esos hombres no te escucharán, no harán caso de tí. —

—Bien; eso no importa, les suplicaré que me lleven á la presencia del Rey para pedirle justicia. ¿Qué? ¿No hay mas que decir, el Sr. Guzman es un criminal; persigase á su familia, y reduzcásela á la miseria porque es mi antojo que no tengan pan que comer ni casa donde dormir? —

El ciego al pronunciar estas palabras se estremeció y exclamó.

—¡Gran Dios!.... ¡qué idea! —

—¿Cuál, hijo mio? —

—¡Silencio! el cielo me ha inspirado. —

—¿Qué te sucede, Carlos? ¿qué idea es esa? —

—Nada; no me pregunten VV. nada, pero quiero estar solo para cuando vuelvan. —

—¿Con qué intencion? —

—¡Ah! ¡todo está descubierto! —

—¿Pero qué? —

—¿No he dicho que no me pregunten VV. nada? Este secreto, corresponde á mi solo por ahora.

—¿Y qué es lo que te propones?

—Ni lo sé, mi querida Isabel, porque tal vez sea una idea confusa, vaga, y de ningun valor, pero necesito estar solo, á todo trance.

—¿Y qué es lo que intentas con estar solo?

—Salvarnos tal vez.

—¿Cómo te engañas, hijo mio! todo será inútil!

—Pues si ha de ser inútil.... corriente; nos dejaremos asesinar si es preciso. Basta que yo lo quiera, para que se tenga por una locura, ó por una sandez. Ya hace tiempo; mucho tiempo, que me he convencido de que no soy nada en el mundo; que en todas partes estoy de sobra, y que para VV... sería un beneficio.....

Su madre viendo que las lágrimas se le saltaban de los ojos, se decidió al fin á darle gusto, y sin replicarle una palabra mas, se retiró con Isabel y la Sra. Gabriela que parecia asustada de cuanto presenciaban sus ojos.

No tardó en volver Isabel á buscar á su hermano suponiendo que delante de ella no se abstendria de hablar cuanto sintiese su corazon.

—¿Aquí estoy, hermano mio, ¿qué es lo que estás pensando?

—¡Ah! ¿eres tú, Isabel? Estoy pensando en descubrir un gran secreto.

—¿Cuál?

—La mano alevosa que nos ha tendido esta red.

—¿De veras? ¿Y quién ha de ser capaz?...

—De tanta infamia, ¿no es cierto? Un hombre solo. Un malvado, que... acuérdate de lo que te digo, Isabel, no cesará de perseguirnos hasta sepultarnos en la tumba.

—¡Dios mio, y ese hombre...

—¿Quién es el que ha sacrificado la fortuna de nuestro

padre? ¿quién el que ha estampado en mi rostro una afrenta que no se puede borrar jamás? ¿quién el que ha jurado dejarnos sin pan que comer ni casa donde dormir?

—¡Jaime Lebron!...

—¡Si! Esa furia del averno que implacable nos va siguiendo á todas partes para aniquilarnos, para confundirnos en la miseria y la deshonra, y gozarse despues en su triunfo.

—¿Será posible?

—Si, hermana mia. Mi corazon ya sabes que nunca me ha sido infiel, y que comprendo muy bien las pérfidas entrañas de ese malvado.

—¿Y qué haremos?

—No lo sé. Al principio, creí que con este descubrimiento podriamos vindicarnos á los ojos de la justicia, pero... ya se ve; no tenemos pruebas, y en estos tiempos es muy delicado....—Ese hombre habrá sabido acusarnos sin comprometerse, y si le delatamos nosotros, dirán que somos unos calumniadores.

—¡Es verdad!

—Nos formarán causa.

—¡Dices bien!

—Y ese monstruo..... será capaz de asesinaros en venganza—

—¡Dios mio! no; no digamos nada, Carlos. ¿Quién sabe si será una presuncion falsa y lo echaremos mas á perder?

—Tienes razon : de todos modos, estamos perdidos.

—¡Ay! ¿qué será de nosotros?

—Ten esperanza, Isabel. Nosotros somos inocentes, y á los inocentes los protege el cielo. Ya saldremos adelante.

—¿Y cómo, mi querido Carlos? Tenemos por enemigo al mismo rey : él manda que nos arrojen de nuestra casa, y sus delegados, ya has visto; ni aun perdonan á los buenos amigos que salen á nuestra defensa. ¡Oh! esto es insufrible: ni

aun amigos nos es permitido tener.... ¡Dios mio, Dios mio!... ¿qué podemos esperar de unos hombres que tienen valor para arrojarnos de nuestra propia casa?....

—Vaya, Isabel, no llores: ya ves que aquí no hay mas hombre que yo, y si tus lágrimas me desalientan.... Mira; acaso arrojándome á los pies de S. M., ¿no crees que se compadeciera de mi?... Escucha; presentándome al rey, le diria, señor... yo no quiero nada para mi, porque un pobre ciego como yo, solo en el sepulcro puede prometerse la felicidad; pero tengo una hermana jóven y hermosa, que es una flor de primavera abriantada con el rocío de la aurora. ¡Ah! Señor..... no la marchiteis con el ábrego feroz de la miseria.....

—Silencio, Carlos, ya vuelven.

—Pues resignacion y valor, Isabel: no hay que abatirse, ni acobardarse; sea lo que Dios quiera.

El gefe de policia llegó con su comitiva; y les manifestó que necesitaba ver á la Sra. de Guzman, para anunciarla que practicadas las diligencias del inventario, la justicia quedaba en plena posesion de todos los bienes, y aun de la misma casa que ellos habitaban.

—¿Es decir que se nos echa á la calle, Sr. Magistrado? dijo el ciego con indignacion.

El de policia se encogió de hombros, dando al mismo tiempo señales de impaciencia.

—Esa es una tiranía, añadió Isabel. Leyes tan bárbaras, no es posible que las dicte un monarca que tenga sentimientos humanos.

—El rey ignorará que tiene hijos.

—Y que tiene esposa.

—Y que la acusacion... quién sabe, señor magistrado, tal vez sea una calumnia de sus enemigos, porque ya se ve... todos los hombres podemos tener enemigos y...

—Es cierto, y si V. se lo dijera á S. M.

—¡Ah! sí, sí. Ya que nuestras lágrimas no pueden regar

las gradas del trono, sea V. generoso, caballero, diciendo al rey en nuestro nombre; Señor... la familia de Guzman, es imposible que haya cometido un crimen, porque es honrada, virtuosa, y ninguna mancha ha venido jamás á empañar el limpio espejo de su conciencia. Tal vez algun mal intencionado, algun enemigo... porque á nadie le faltan enemigos, ¿no es verdad, señor magistrado? y yo bien sé...

—Basta, basta, que esto es abusar de mi paciencia.

—¿Cómo, señor! Ninguna sensacion os han causado mis palabras, ni aun las lágrimas de mi hermana?

—Ninguna. Yo jamás me dejo seducir por ridiculas ficciones.

—¡Oh! Habia creido un momento que hablaba con un hombre de bien.

—¡Caballerito!

—Con un hombre de bien, si señor, porque aunque no tengo vista, me habia figurado que verterian sus ojos una lágrima de compasion.

—Yo no vengo aquí á llorar, sino á cumplir las órdenes del rey, y asi es preciso que al momento, sin la menor dilacion, quede la casa completamente desalojada.

—Caballero, eso ya es demasiado. ¿Quién es V. para arrojarnos de esta casa? La orden del rey, ¿dónde está escrita?.. A quien se persigue es al señor Guzman, no á la esposa ni á los hijos, y por consiguiente, no hallándose en su casa, nada tienen VV. que hacer en ella.

—¡Será preciso que me valga tambien de la fuerza para hacerla desocupar? Voto á brios que he sufrido muchos insultos y desvergüenzas para consentir...

Una fuerte detonacion que estremeció á todos interrumpió sus palabras por un momento.

—¡Calla! eso ha sido un tiro.

—¿Y en dónde? preguntó Isabel asustada dirigiéndose á la ventana, temiendo sin duda por la suerte de Ernesto.

—¡Oh! si estaria escondido y habrán logrado mis soldados... Quieto todo el mundo. Si alguno intenta escaparse, la vida de la señora de Guzman me responderá de ello, dijo el de la policia desapareciendo repentinamente.

La madre de Carlos y la señora Gabriela, sobresaltadas tambien por aquel tiro inesperado, corrieron á reunirse con los dos hermanos que sin respirar apenas, trataban de descubrir desde la ventana la causa de tan misterioso suceso.

Nada llegó á sus oidos sino un vago rumor que se perdía en la estension de la ribera.

De repente vieron saltar las tapias de la quinta á un hombre que azorado y con una pistola en la mano se dirigia hácia la casa, y luego viendo salir de ella al gefe de policia, y acercándose á él, entablaron una animada conversacion sin apartar la vista del camino por donde el incógnito habia venido huyendo.

Uno de los subordinados del superintendente, se llegó con pasos acelerados al sitio que ocupaba la tropa, y todos los demás personages se dirigieron á la casa de Guzman, guardando muchas consideraciones al desconocido. Pocos momentos antes de llegar á la puerta, Isabel que con ávidos ojos habia tratado de investigar cuanto pasaba en los jardines, lanzó un grito de espanto, y cayó acongojada en los brazos de su madre.

Sin sospechar siquiera la causa de semejante incidente, apresuráronse todos á prestarla sus auxilios, cuando les vino á llamar la atencion una acalorada disputa que ocurría á la puerta de la casa.

Carlos corrió impaciente á la ventana, y oyó decir al mayordomo.

—Primero tendrá V. que pasar por encima de mi cadáver.

—¿Qué vas á hacer, miserable? dijo el de policia con voz atronadora.

—Matarle con esta escopeta si tiene el atrevimiento de poner un solo pie en esta casa.

—Es que yo digo que entre y entrará, voto á mi nombre.

—Mire V. que aquí hay para dos muertes, señor juez.

—¡Villano! y te atreverías.....

—A todo.

—Aquí nadie manda mas que yo, y es fuerza obedecer.

—V. al rey, pero yo á mi amo.

—Dejémosle con su mania de siempre, señor superintendente: está loco, dijo el desconocido, cuya voz produjo un extraño efecto en el rostro del ciego, que continuaba á la ventana.

—¡Gran Dios! exclamó Carlos lleno de sorpresa. ¡Oh! eso es que la Providencia le trae á mis manos.

—Diciendo estas palabras se registró los vestidos apresuradamente, y como si entre ellos hubiese encontrado una cosa que calmara su ansiedad del momento, bajó remontado en cólera hácia la puerta, en ocasion que multitud de aldeanos eran conducidos por la tropa á presencia del superintendente.

—¿Quién está aquí? preguntó Carlos furioso.

—La justicia, señorito, respondió Agustin que acababa de ser sorprendido á traicion por un polizonte. La justicia que prende á los criados porque obedecen las órdenes de sus amos.

—Silencio, imprudente, dijo el de policia. Aquí lo que se quiere es el castigo de tantos delitos.

—Delitos, ¿señor magistrado? preguntó el ciego, y ¿quién es el que los ha come tido?

—V.

—¿Yo?

—Si señor, V., que ha empleado su oro en seducir á aquellos imbéciles aldeanos para que asesinaran á un hombre de bien; á un hombre que acaba de hacer un gran servicio al rey, á la nacion, á la humanidad entera, y que gracias á su heróico valor acaba de salvar su vida milagrosamente.

—Y ese hombre es.... dijo Carlos frotándose los puños de coraje. Ese hombre se llama Jaime Lebron, no es verdad?

—¡Ola! parece que me ha comprendido V., caballero.

—¡Vaya si lo he comprendido! y diga V. ¿en dónde está ese hombre tan servicial, y tan humanitario? añadió el ciego irónicamente tendiendo los brazos en busca de Jaime. ¿En dónde está? repitió desesperado, viendo que no le tropezaban sus manos.

—¡Atrás! ¿qué es lo que intenta V.?

—¿No lo ve V.? buscarle.

—¿Y para qué?

—¿Para qué? ¿para qué ha de ser? para... para pedirle perdón, señor magistrado, respondió Carlos reprimiendo su cólera.

—Lo que es preciso, indispensable, es que en este momento salgan VV. de esta casa.

—¡Cómo! ¿ahora mismo?

—Irremisiblemente. Esta es una horda de foragidos. Una serie continuada de escándalos y de crímenes, que es preciso cortar de raíz, y el mejor modo, es dejar desierta esta quinta, foco de tantas tramas infernales.

—Señor... que engañan á la justicia; señor... que nos calumnian cobarde y villanamente; pero dejándonos de esto, vea V., señor magistrado, que á mi pobre hermana acaba de darla un accidente, que su salud quedará afectada, y que al menos en unos días....

—Dice bien, siquiera una semana necesitan para buscar donde vivir, repuso Jaime demostrando una caridad inesperada que dejó atónito al ciego.

—¿Qué? ¿aun se interesa V. por ellos? dijo admirado el de policia.

—¡Pues no! ¿dónde quiere V. que vaya esta familia ahora que casi es de noche á buscar un albergue?

—Es que la órden está terminante, Sr. de Lebron.

—¡La órden, la órden! ¿y qué importa? Eso entra en las atribuciones de V.

—Yo no me atrevo á infringirla.

—Eso ya es un escrúpulo estremado. A V. le consta que á quien se persigue y desea castigar con la muerte, es al señor Guzman, ¿pero su pobre familia, qué culpa tiene de que él sea un bribon? Además, lo que V. les concede, es la prórroga de una semana.

—A pesar de eso.

—Vamos, vamos, un poco de tolerancia, Sr. superintendente; no todo ha de ser rigorismo. Si se le dirigiera á V. algun severo cargo por esta condescendencia, caiga sobre mí la responsabilidad.

—Aprendan VV. á ser generosos, á tener virtud, y á perdonar á los enemigos mas encarnizados, dijo el delegado del gobierno ensalzando la conducta de Jaime.

—Y bien, caballero, ¿que hacemos de estos aldeanos? ¿Los llevamos?

—¿Para qué? Como dijo Jesus de sus verdugos. Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen. El castigo le llevarán en los remordimientos de su conciencia.

—Eso ya es demasiado.

—Las buenas acciones, nunca son demasiadas, Sr. superintendente, y además, ¿qué, sacaré V. con llevarlos á los tribunales y acusarlos de un delito que no se ha consumado? Nada, sino perder á una docena de familias.—Lo mismo que tener ahí á ese pobre forastero. ¿De qué puede servir un hombre que ni siquiera conoce al Sr. Guzman?

Cada palabra que pronunciaba Jaime Lebron, era un nuevo asombro para el ciego, que llegó á dudar si estaba en su sano juicio.

Todas sus dudas vinieron á disiparse cuando al cabo de un largo rato, despidiéndose hasta dentro de ocho dias, sintió desaparecer á aquellos hombres, que habian soltado á los aldeanos, dejando en completa libertad á Ernesto, cuya presencia y socorros facultativos despertaron los sentidos de Isabel.

CAPITULO XVIII.

LA CITA.

Es llegado el caso de que digamos dos palabras de Jaime Lebron, ya que hasta ahora ocupa un lugar notable en el cuadro que vamos bosquejando.

Renunciemos á la reseña de los azarosos años de su juventud, porque sería una complicada serie de excesos inmorales, mas que suficientes á hacer esperar un hombre perverso tal como le hemos dado á conocer; pero como sucede que la calma viene en pos de la tormenta, así sucedió con Jaime Lebron, que cansado de una vida licenciosa y relajada, ó como él decia, desengañado del mundo, tuvo pensamientos de ser hombre de bien, y discurrió que el mejor medio de corregir sus vicios, era esclavizarse con la disciplina militar, y he aquí por qué se afilió en clase de soldado en el ejército de Fernando VII para luchar contra las huestes de Napoleon. No fue

desafortunado entre los alumnos de Marte cuando ya ostentaba en sus hombros el distintivo de oficial, así que alucinado con las perecederas glorias del ejército invasor, le costó poco trabajo desertar de sus banderas, para afiliarse como otros tantos traidores á su patria, en las filas del emperador.

Dueño entonces por esos azares que son tan frecuentes en las guerras, de grandes secretos políticos arrebatados á un oficial prisionero, vivió mucho tiempo con la penosa incertidumbre de no saber cómo explotar su valor de una manera ingeniosa; hasta que informado de que aquel oficial era el rico propietario de la ribera del Tajo, se presentó á él, no como el hombre generoso que despues de un año va á devolver la tranquilidad al que vive en continua agonía, acosado por crueles remordimientos y temiendo amanecer con la deshonra y el oprobio; sino como el formidable y poderoso enemigo que antes de sucumbir impone graves condiciones, diciendo:—Házme feliz con tus riquezas: aparenta ser mi amigo, y ábreme las puertas de tu casa, si no quieres ser deshonrado y subir á un patíbulo; pero no me mates, porque mi muerte será la señal para que una mano que velará sobre nosotros, y que siempre te será desconocida, delatará tus crímenes, y desde la tumba veré descargar sobre tu cabeza la cuchilla del verdugo.

No sabemos si ya entonces existía ó no esta precaucion del que imponía leyes tan severas, ó si sería solo para amedrentar; pero nuestros lectores recordarán, que cuando Jaime creyó al hijo mayor de la tia Eduvigis con la suficiente resistencia para guardar un secreto de tamaña importancia, se lo confió en efecto, halagando así el corazón del incauto jóven que seducido con grandes promesas y mas ilusiones, era completamente suyo.

No era posible que ejerciendo tal predominio sobre un hombre que podía prodigarle cuantas riquezas ambicionase su codicia, permaneciera dormida por mucho tiempo la memoria de su juventud, que se le representaba como un florido vergel

creado para los placeres, y esta ilusion que empezó á ser acariciada por el capricho, vino á terminar por una necesidad implacable: por una exigencia desenfrenada, que tan pronto le impulsaba á derramar el oro en los prostituidos círculos de la alta sociedad, como á aspirar el pestilente hábito de la clase mas inmunda y depravada del pueblo.

La estrecha amistad que le unia con Cara cortada, hombre de peores antecedentes que él, acabó de sepultarle en el fango de la prostitucion.

Entonces las necesidades crecieron; las exigencias para con Guzman se aumentaron tambien, y fue necesario prodigar las amenazas para lograr riquezas que Cara cortada y Jaime Lebron derrochaban sin caridad de su victima.

Pero estos favores en Jaime Lebron. Estos sacrificios en un hombre que no sabia vivir sin hacer daño, sin asolar cuanto le rodeaba, sin ensañarse con lo que mas grato parecia serle en el mundo, tenian con el tiempo que ser resarcidos con exceso, tenia que convertirse en hiel la dulzura que destilaban, y he aquí cómo se esplica la calumnia de Jaime para prender á Cara cortada: la seduccion de la muger á quien este rendia sus galanteos: la brusca exigencia de Lebron para con Carlos, cuando desesperado de su ingrata suerte, huia despavorido temiendo la venganza de su victima; y últimamente la aparicion de Cara cortada en casa de la tia Eduvigis en busca del amigo traidor.

Pasemos ahora á examinar lijeraente los sucesos de la quinta de Guzman, donde veremos reflejados iguales sentimientos.

Algun tanto seducido por la encantadora belleza de Isabel, tuvo el atrevimiento de confesarla su amor, pero la sencilla jóven presintiendo sin duda de cuanto era capaz, rechazó sus palabras con toda la entereza de la indignacion, y con el desprecio que la inspiraba el verse amada de un hombre á quien adora.

¿Cuál fue entonces el pensamiento culminante de Jaime Lebron?.. La venganza. ¿Y contra quién?.. contra todos los que se opusieran al logro de sus brutales deseos.

Conociendo demasiado el violento carácter de Guzman, estaba seguro de que una chispa sola, arrojada sobre el combustible de su honradez y delicadeza, bastaría á devorarlo todo; y en efecto, blandiendo su arma favorita, que era la calumnia, logró despertar las sospechas de Guzman contra Isabel y Federico, y mas tarde, que aquel amor tan tierno y cariñoso, fuese sacrificado á impulsos de una injusta lijereza.

Réstanos pues, y concluiremos por no pecar de difusos, inferir las causas de las nuevas desdichas que pesan sobre esta familia, cuya destruccion tiene jurada Jaime Lebron, á trueque de conseguir lo que mortificando su orgullo, tal vez le disputa el destino.

La resistencia que Guzman, ya cansado de tantos sacrificios, empezó á demostrar para prodigarle cuantos auxilios reclamaba, indicaba estar muy próximo el dia de una negativa absoluta, y Lebron colocándose en guardia, preparó la mano homicida que debía descargar el golpe de la venganza.

La oposicion tenaz é invencible que se le hacia al intentar penetrar en la quinta, era otra prueba de que se tenia en menos el secreto que guardaba como un tesoro, y esto iba insensiblemente inclinando la balanza en mal de la desdichada familia, hasta que acosado por el temible Cara cortada; insultado y perseguido por todos los habitantes de la ribera, y despreciado por el ciego, discurrió que solo le quedaba un medio para satisfacer la rabia que le desesperaba: medio terrible; pero que en su sentir debia producir una metamórfosis completa. —Su eterna felicidad, y la perdicion de un hombre cuyos vástagos se proponia aislar.

La azarosa época política en que fluctuaba la nacion, protegía sus designios, porque sabido es que entonces el mas leve motivo; una sospecha; una delacion falsa, ó cualquiera otra

circunstancia indiferente que no fuese del agrado del gobierno teocrático-absoluto, era lo suficiente para confiscar bienes, para encarcelar, deportar y asesinar á los liberales conocidos por los *títulos* de *negros*, *masones*, *comuneros*, *jacobinos*, etc. etc., para lo que se estableció un tribunal inquisitorial, revestido de las facultades mas amplias.

Estraño se hacia por lo tanto que Guzman, hombre de ideas tan liberales, ó mas bien republicanas, se hubiera salvado hasta entonces sin mas que aumentar el catálogo del *libro verde*, como nos ha revelado el jefe de policía. Pero era forzoso sin embargo que llegara el dia fatal de la expiacion de sus maquinaciones políticas, y este dia lúgubre, devastador, que debia desquiciar todos los dorados sueños de una familia que reposaba tranquila en su virtud, ya hemos visto que ha llegado silencioso como la muerte.

La desesperacion en que Jaime se vió al encontrarse sin recursos para atender á sus vicios: la desmedida ambicion que le dominaba: su orgullo ofendido: la esperanza de triunfar de la virtud de Isabel: un momento de decision en fin, bastó á romper la valla del sufrimiento, poniendo en evidencia un secreto que tanto habia costado, y á cuya revelacion debia estremerse el soberano de tantos pueblos.

¿Cuál sería el furor que se despertára entonces en los hombres del poder, al descubrir la existencia de una secta política que todo lo tenia invadido, y cuyos designios eran destruir hasta los cimientos de la tirania?—¿Qué indignacion no causaría este descubrimiento, en unos hombres acostumbrados á castigar con diez años de presidio, el leve delito de que un ciudadano tuviera en su casa el retrato de un liberal?... ¿Qué sed de sangre no sentirian con este motivo, unos verdugos implacables, que en el corto espacio de diez y ocho dias llevaron al cadahalso 112 inocentes?

En efecto; apenas fue escuchada la delacion de Jaime, azorados y confundidos desconfiaban hasta de la tierra en que po-

nian los pies. Con mas ó menos fundamento, prendieron centenares de personas, les sumieron en calabozos tan profundos que no se oían sus quejas, ni sus últimos suspiros; persiguieron á sus familias, secuestraron sus bienes, y así descargando todo el veneno de la desesperacion y la venganza, destruyeron de raiz la secta política que tanto habia logrado robustecerse en España.

Mas no se crea que fue solo la grave acusacion de conspirador, lo que despertando la cólera del gobierno, decretó el secuestro de los bienes de Guzman y la encarnizada persecucion de su persona. No la tentativa de regicidio dispuesta á estallar en las inmediaciones de Utrera, porque todavia es un secreto. Tampoco lo que se deducia de los papeles presentados por Lebron, relativo á que Guzman se dedicaba á adquirir prosélitos para la confederacion, segun lo denunciaban muchas cartas de compromisos suscritas por los mismos afiliados. Mas grande, mas horrorosa era la acusacion que se dirigia al honrado veterano, sobre cuya conciencia pesa un tremendo cargo; un espantoso delito, que estremecé el corazon. ¡La sangre de una victima sacrificada en aras de un terrible juramento!

Veamos el siguiente escrito:

Eibar 4 de mayo de 1814 á las once de la noche.

«Un juramento pesa sobre tu conciencia. Dentro de veinticuatro horas vence el plazo que la confederacion te fijó para matar al traidor. Ten en cuenta que entre nosotros lo mismo se castiga la traicion que la cobardia, y que el puñal de la venganza, está enarbolado siempre para los perjuros.»

Esta horrible carta que tanto revelaba, fue sorprendida á Guzman en los campos de Tolosa, cuando acababa de ser asesinado un valiente oficial del ejército de España, cuya muerte llenó de consternacion á toda la oficialidad que en vano se afanaba por descubrir al autor de tan horrendo crimen. El sobre estaba dirigido á Guzmán, y no cabia duda que él era el asesino de su compañero de armas.

No sin repugnancia empañamos con esta revelacion la honradez de tan distinguido patriota; pero tal es la verdad de nuestra historia, y tales las consecuencias que arrastran en pos de si las fracciones políticas, que asesinan la sociedad y tienen en continua pugna á los hombres. ¡Pluguiera al cielo que llegára un dia venturoso en que estinguido el foco de los partidos, viésemos á la humanidad entera unida y compacta, regida por leyes sábias que la encaminasen por la senda de la virtud, para arribar al pináculo de la felicidad!....

Desenvuelta ya suficientemente á nuestro parecer, la idea que nos propusimos al principio de este capítulo, y cuya difusa relacion hemos creído indispensable para justificar hechos pasados de nuestra historia; anudemos su ilacion colocándonos en la quinta de Guzman tres dias despues al del secuestro, en que Jaime, con una generosidad asombrosa, influyó para que el superintendente les concediera ocho dias de treguas.

Unos y otros tenian por un sueño cuanto habia ocurrido en aquella azarosa tarde. Los habitantes de la comarca, no podian persuadirse de que fueran una realidad las persecuciones que recaian en la honrada familia que solo sabia derramar bienes sobre ellos, y así es que nunca con mas ardor ni entusiasmo codiciaban la venganza, ya que no les cabia duda que Jaime era el autor de todo; siendo lo mas extraño, que hasta Francisco, el hijo de la tia Eduvigis, arrepentido de su mal proceder, y queriendo seguir las huellas de sus compañeros, habíase reconciliado con su madre, clamando mas que otro ninguno por la persecucion á muerte del enemigo de sus queridos amos.

Entretanto la señora Gabriela y Ernesto, profundamente dolidos de tantas calamidades, afanábanse por inclinar á la madre y á la hija á que aceptáran el pacífico asilo del Bierzo, abandonándolo todo á los atropellos del despótico gobierno, mientras que se presentaba el señor Guzman á justificar su inocencia, para vergüenza y oprobio de sus calumniadores enemigos.

A Carlos le embargaban muy distintos pensamientos. El mayor ultraje que podían hacerle en tan críticas circunstancias, era obligarle á desistir de las medidas reparadoras que proponía de la mejor buena fé, calificándole de descabellado cualquier recurso de alguna dificultad, y esta la razón por qué habiéndole disuadido de que se presentara al rey para pedir justicia, le tenemos aislado en sus meditaciones; esquivo para con todos; desesperado para consigo mismo; y mas que nunca aburrido de su existencia.

Por fortuna el diálogo de dos criados de la quinta que sorprendió una tarde en los jardines, difundió en su alma un rayo de tan dulce esperanza, que ya contaba realizados los sueños de sus ilusiones mas bellas: tocaba el momento de saciar su sed de venganza: veía la felicidad de su familia: veía en fin rasgado el velo de sus tinieblas, y esto le convertía en un ser privilegiado; superior á todos los demás; grande, poderoso, invencible.

—Eres un tonto, Zacarías, decía el hijo de la tía Eduvigis. ¡De todo te asustas! ¿qué tiene de particular que un ciego de nación llegue á conseguir la vista?

—Calla, calla, que lo va á oír el señorito Carlos ¿no le ves que está allí sentado junto al arroyo?

—¿Y qué importa que lo oiga, estoy diciendo alguna cosa mala?

—No, pero estás hablando unas cosas, que si te coge por la palabra, estás fresco.

—Pues como hay Dios, que se me daría mucho cuidado. Apuesto la vida á que yo encuentro quien le cure. Eso sí, costaría mucho dinero, pero á bien que él es rico, y...

—¿Y qué sabes tú de medicina, majadero?

—Zacarías.... cuando los mudos hablan, licencia tienen de Dios. Pregúntaselo, pregúntaselo sino á mi tío el de Aranjuez que es un viejo de 60 años, ciego toda su vida, y á quien acaba de dar vista un médico francés.

—¿De veras? Eso no puede ser, Francisco. Yo he oído que á los ciegos de nacimiento, solo un milagro de Dios puede darlos vista.

—Milagro ó no milagro, á mi tío se la dió ese médico francés. Lo mismo que tú, decían muchos señores en Aranjuez, pero se quedaron pasmados cuando el ciego se les presentó con una vista tan clara como el sol.

—Segun eso, tu tío debe ser muy rico.

—No por cierto.

—Pues ¿no dices que ese médico lleva mucho dinero por curar?

—Es que.... te diré, Zacarías. Cuando ese médico llegó á Aranjuez y empezó á decir que curaba á los ciegos de nacimiento, nadie le creía y faltó poco para que le llevasen á la cárcel por querer engañar á los españoles; pero él deseando quedar en buen lugar porque estaba seguro de salir con la suya, dijo: «Que pongan en mis manos el ciego que quieran, y me dejen matar siempre que yo no le dé vista.»

—¡Toma! es que sabía él que nadie se atrevería á espantar su vida.

—Al contrario, Zacarías; todos los ciegos jóvenes, y ancianos, se sujetaban á porfía á la operacion, y fue preciso escoger uno entre tantos. Este fue mi tío, porque creían que como mas viejo sería mas difícil curarle, pero nada; el médico le sentó en una silla; le ató la cabeza; le rasgó la telilla que tenia delante de los ojos. Despues le tuvo veinticuatro horas en un cuarto oscuro con una venda muy apretada; al segundo dia se la aflojó un poco, y al tercero, se concluyó, mi tío dejó de ser ciego, y...

Carlos que sin perder una sola palabra de este diálogo, se habia puesto en pie, no pudo resistir mas y empezó á dar desahorados gritos.

—¡Francisco! ¡Francisco! ven, acá ven, dame la mano.

El hijo de la tía Eduvigis abandonando á su compañero!

Zacarias, se apresuró á contener al ciego que tropezaba en todas partes.

—Aquí estoy, señorito.

—¡Ah! ¿eres tú? dame la mano, Francisco, y no me abandones un momento. ¡Estás temblando!.... ¿qué?... ¿te has asustado de mis gritos? ¿he sido un loco, no es verdad?... pero ya se ve... esa noticia.... ¿Dime, nos escucha alguno?

—Nadie. Estamos solos.

—¿Con que es un francés?

—Si señor.

—¿Un francés que viene á acreditar de ignorantes á los españoles? Tiene razon; los españoles son unos ignorantes. Unos cobardes que no tienen alma para nada.... ¿Y cuánto tarda en dar la vista á los ciegos ese médico?

—Dos ó tres dias.

—¡Tres dias!... si, tenemos tiempo de sobra. Pues bien, es preciso que partamos á Aranjuez.—Quiero, Francisco, que me presentes á ese hombre. ¿Estás decidido?

—¿Por qué no?

—¿Al instante?

—Mañana mismo si V. quiere.

—¡Mañana! ¿y para qué perder las horas de hoy? ¿por qué no ahora mismo?

—¿Tan pronto?

—¡Pronto! ¡pronto para quien está esperando hace diez y ocho años!...

—Tenga V. presente que no basta la voluntad para una cosa asi, señorito.

—¿Pues qué se necesita, valor?

—Algo mas que eso.

—¿Oro?

—Ciertamente.

—¿Y eso te arredra? Vive Dios que se derramará á manos llenas. Oye, Francisco, ¿tendrás resolución para lo que te diga?

- ¿Para qué?
—Para que marchemos esta misma noche.
—¿Sin decir nada á nadie?
—A nadie absolutamente.
—¿Y si nos echan de menos?
—¿Qué nos importa?
—Creerán que nos ha sucedido alguna desgracia.
—Que lo erean.
—Sospecharán de mí alguna accion mala.
—Despues te recompensarán por una accion buena. ¿En fin, te decides, ó no?
—Por mí.... corriente.
—A la media noche.
—Yo esperaré á la puerta de la quinta.
—Y yó saldré con el mayor sigilo.
—Sin olvidarse de....
—¿De llevar mucho oro, no es eso?
—Sí, porque el francés es tan interesado, que con nada se contenta cuando sale bien de una cura dificil.
—No te dé cuidado, pues si fuera preciso, venderia hasta la camisa para dejarle contento.
—Silencio, señorito, que viene gente.
—¿Quién es?
—Ese caballero que vino con la señorita.
—¡Ah! sí, Ernesto. Pues retírate, y aprovecha los instantes para no faltar á la hora.
—Cuidado con faltar V.
—Primero dejaria de existir.
—Yó voy á avisar al barquero para que esté alerta.
—¿Y si nos descubre el barquero?
—Tambien tiene V. razon. Le diré que se acueste y que me dé lá llave del candado.
—Perfectamente. Pues hasta luego, Francisco.
—Hasta las doce, señorito.

—¿Por qué no te quedas en casa esta noche?

—Sin decir nada a nadie.

—¿Y si no echamos cuenta de que estás aquí?

—Que nos importan los que están en casa?

—¿Crees que nos ha sucedido alguna desgracia?

—Que lo creas.

—¿Esperarás de mí alguna acción fea?

—Después te recompensaré por una acción buena. En esto he vivido yo toda mi vida.

—Por mí, ¿cómo?

—A la media noche me desperté con un sobresalto.

—¿Y esperas a la puerta de la quinta?

—Y yo saldré con el mayor sigilo.

—¿Sin avisar a nadie?

—No, llevar mucho cuidado en no ser visto.

—Si, porque al fin me voy a la cama, que con una de tantas cosas que me pasan me voy a dormir.

—No te des cuidado, pues si fuera preciso, vendría hasta la cama para darte cuenta.

—¿Y si me quedo?

—¿Qué quieres?

—Eso capitará que vino con la señorita.

—¿Y si no te quedas?

—Puedo quedarme en casa, y no salir a la hora.

—¿Quedado con la señorita?

—Primero dejara de existir.

—¿Y voy a avisar al padrastro que está ahí?

—Y si nos descubren el paradero?

—También tiene V. razón. Lo diré que se acierte y que me dé la llave del cambio.

—Perfectamente. Pues hasta luego, Francisco.

—Hasta las once, señorito.

CAPITULO XIX.

UN GOLPE MAESTRO.

No faltó un pretexto al ciego para rehusar la compañía del doctor, ni para proporcionarse ocasion de hablar á su hermana sin testigos.

—Isabel, la dijo conservando aun el entusiasmo del diálogo que acababa de tener con el hijo de la tia Eduvigis; necesito hablarte seriamente de una cosa perentoria y de grave importancia.

—Pues habla, hermano mio, ya te escucho.

—¿Tú deseas mi felicidad?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Respóndeme, ¿la deseas, si ó no?

—Aun mas que la mia propia.

—Bien. ¿Y serías capaz de prestarte á grandes sacrificios?

—¿Pero á qué viene eso? ¿qué es lo que te pasa?

—¿Quieres responderme?

—¿De qué no sería capaz siendo para hacerte feliz?

—Corriente. Pues necesito que me des...

—¿Qué?

—Mucho dinero.

—¿Mucho dinero? ¿y para qué, Carlos?

—Ese es uno de los sacrificios que te exijo. No preguntarme una palabra de cuanto me oigas ni veas.

—¿Y de dónde le he de sacar?

—¿De dónde? de las entrañas de la tierra. Dices á mi madre que lo necesitamos para... para cualquier cosa, yo no estoy ahora en disposicion de devanarme los sesos discurrendo esas pequeñeces.

—¿Es posible que obres conmigo con esa reserva?

—Si.

—¿Con tu hermana Isabel?

—Contigo, y con todo el mundo. ¿No te he dicho ya que se trata de mi felicidad? ¿qué mas quieres saber?

—¡Cómo! ¿de la tuya sola?

—¿Y eso qué? ¿mi felicidad no merece la pena de esos sacrificios?

—Si, pero no comprendo...

—Ni hace falta que comprendas nada, sinò que se trata de una felicidad segura, positiva, infalible, pero que es preciso comprarla á fuerza de oro.

—Ya sé, ya sé cuál es tu objeto, dijo Isabel gozosa de haber sorprendido el secreto de su hermano.

—¿De veras? preguntó Carlos lleno de zozobra.

—Si; tú tratas de sobornar al superintendente para que no nos arrojen de casa, ¿no es verdad?

El ciego se quedó un instante pensativo, y dijo apoyando la sospecha de su hermana.

—En efecto; lo has adivinado, Isabel. Ya ves que el objeto no puede ser mas digno. ¿Vacilarás todavia?

—¡Oh! no. Pero... ¿y si son infructuosos tus recursos?

—¡Qué concepto tan pobre formas de mí! Cuando yo lo hago...

—¿Está conforme en ello?

—Sí, ya estamos convenidos; pero silencio, que nadie lo sospeche.

—Bien, no diré esta boca es mía. Y ¿cuánto se necesita, Carlos?

—Mucho.

—¿Veinte onzas de oro?

—Eso es poco.

—¿Veinticinco?

—Lo menos.

—¿Y para cuándo?

—Para esta misma noche.

—¿Es decir, para mañana?

—No, no; esta noche antes de acostarte, es preciso que queden debajo de la almohada de mi cama. ¿Cuento con ello?

—Sí, pero calla que viene gente.

—¿Quién es?

—Ernesto.

—¡Oh! ¡qué importuno! Ese hombre parece que me sigue los pasos. ¿No faltarás á tu palabra?

—Te lo juro.

—Gracias, hermana mía: te deberé... mas que la vida, dijo estrechando con entusiasmo la mano de Isabel.

Mientras que esta conversacion pasaba entre los dos hermanos, era ya casi de noche.

Al través de los árboles que se estendian por la orilla del Tajo á distancia de un tiro de bala de la quinta, distinguíase un hombre que caminaba á pasos acelerados, parándose de cuando en cuando á mirar á su alrededor, receloso sin duda de ser descubierto. Colocado en medio del laberinto que for-

maba un bosque de árboles y arbustos, dió un silbido que parecía perderse en los abismos del caudaloso río.

A esta señal convenida, salió de una especie de cueva cubierta de malezas, otro personaje que le dijo.

—¿Qué hay? ¿Por fortuna ha caído en la red?

—Lo mismo que un gilguero.

—¿Sin sospechar nada?

—Absolutamente nada. Me ha creído como al Evangelio.

—¡Oh! si el medio era eficaz sin segundo. Los planes bien premeditados, rara vez se desgracian. ¿Y para cuándo?

—Para esta noche á las doce.

—¡Magnífico! ¿Le encargastes mucho dinero?

—No que me olvidaria de lo principal. Le he dicho que el médico cura bien, pero que lleva muy caro.

—Para una cosa así, ya sé yo que todo le parecerá poco. Eres un héroe, Francisco. Con ese dinero taparemos la boca al maldito Cara cortada, y nos dejará en paz, pues las promesas del ingrato gobierno se cumplirán, como dijo el otro, tarde, mal y nunca. ¿Estás corriente con el mozo de barca?

—Voy ahora á pedirle la llave del candado. Le diré que voy de pesca.

—No me parece mal la disculpa. ¿Y qué mas nos hace falta? La noche está muy oscura. No sería malo que llevases un farol.

—Corriente, le llevaré.

—¡Oh! esta va á ser la mejor página de nuestra vida. Esto es lo que se llama *un golpe maestro*. Despues... Dios dirá. Malo ha de ser que la madre no se muera de pesadumbre, y entonces... ¿quién me la disputa? Vaya Francisco, no perdamos tiempo. Vete á buscar la llave de la barca, y vuelve.

—¿V. no se mueve de aquí?

—No. Allí estoy en la madriguera sin respirar.

—Pues hasta luego, señor Jaime.

—Adios, Francisco, no tardes.

CAPITULO XX.

LA PENITENCIA EN EL PECADO.

La noche estaba oscura como un abismo sin fondo: sin formas ni colores en la tierra, ni estrellas en el cielo. Las columnas de viento que se desprendían de la inmensidad, parecía que arrancaban de raíz los vacilantes árboles, y el murmurio de las aguas del Tajo, asemejábase á las ensoberbecidas olas del Océano en un día borrascoso.

Lentas como los siglos habían pasado las cinco horas de aquella noche de tormentosa inquietud para el ciego; pero por fin sonó la ansiada hora: el corazón le dió un salto de alegría, y como si temiese llegar tarde, se apresuró á guardar el tesoro que el celo de Isabel le había destinado para comprar su felicidad.

Una cosa encontró entre sus vestidos que le hizo anublar

la jovialidad y alegría de su animado semblante. Las importunas tijeras que con tanto afán guardára en días menos felices, y que venían á recordarle repugnantes escenas, que era preciso sepultar en el olvido. Arrojárás de sí con rabia y avergonzábese de haber confiado alguna vez su venganza á un arma tan débil, tan inofensiva, tan inútil.

Pero.... ¡qué inconstancia la del corazón humano! Apenas había levantado el pestillo de la puerta de su cuarto, cuando pensó que había obrado muy de lijero al desprenderse de ellas, y he aquí que con la mayor ansia que la vez primera, las ocultó en su seno como si estuvieran llamadas á prestarle grandes servicios.

Nada le faltaba ya para emprender la marcha. Aunque era indispensable causar algun ruido al descorrer las llaves y cerrojos, felizmente todos los de la quinta estaban entregados á un profundo sueño, y el rebramar del viento que sacudía los árboles y azotaba furioso las paredes del edificio, era causa mas que suficiente para hacerle imperceptible.

Hallóse sin dificultad en el umbral de la puerta sin saber al pronto hácia dónde dirigirse, cuando una columna de aire le llevó revolando el leve sombrerito de paja. Lanzó un grito de terror; la frente se le bañó de un sudor frío, y empezó á temblar como un azogado, porque aquella sencilla y natural ocurrencia le infundió el horrible presentimiento de que la noche iba á ser aciaga.

—¡Dios mio! decía el desdichado. ¡Temblar así cuando voy á ser tan feliz! y avanzando unos pasos, exclamó á media voz: ¡Francisco!... ¡Francisco!!...

El hijo de la tía Eduvigis, que de entre unas ramas salía con un farol en la mano, le respondió:

—Aquí estoy, señorito.

—¡Ah! ¿estas ahí? ¡cuánto me alegró! Acércate y dame la mano. Dime, ¿hace una luna muy clara?

—No señor; está la noche como boca de lobo.

—¿Con que no podremos buscar el sombrero que me ha llevado el aire?

—Mala comision es, aunque en la mano tengo una luz.

—¿Si? pues mira, búscale, Francisco, porque estoy sudando: no sabré decir de qué, pero estoy sudando y quisiera abrigarme la cabeza.

—¡Pues! ahora nos estaremos aquí una hora para que nos descubra ese viejo Agustin, que nunca duerme por estar rezando.

—Dices bien, respondió el ciego con dolorosa resignacion; pues vamos, vámonos pronto.

—Tenga V. el mio que le hará el mismo oficio.

—¿Y tú?

—Yo soy fuerte como un roble, y no tengo miedo á la intemperie.

—Sea como tú quieras; pero dame la mano y caminemos de prisa, muy de prisa.

Ambos emprendieron la vereda que conducia al Tajo con pasos muy acelerados, sin hablar una palabra hasta que Francisco rompió el silencio.

—¡Vaya un modo de andar! parece que nos vienen dando de palos.

—Asi asi, no te pares, Francisco; sigue.... sigue...

—¿Y para qué?

—Sigue.

—¿No hemos de llegar antes de amenecer?

—No importa. El esperar á la puerta del médico, debe ser muy consolador, debe de ser delicioso.

—¿Traerá V. mucho dinero, eh?

—Si, mucho. Anda, anda mas de prisa.

—¿Cómo cuánto, señorito?

—¡Qué afan! ¿no te he dicho que quedará bien pagado el médico?

—¿Vendrá todo en oro?

- Sí, en oro.
—Apuesto á que vienen... ¿cuántas onzas, señorito?
—Treinta.
—¡Treinta onzas! y ¿cuántos reales son, seis mil?
—Mas.
—¿Ocho mil?
—Mas todavía.
—¡Caramba! esa si que va á ser una cura decente.
—Mas de prisa, mas de prisa, Francisco. ¿Llegamos ya al rio?

- Aun nos faltan cien pasos lo menos.
—Me pareció oír muy cerca su corriente.
—Es que esta noche tose muy recio el señor. Está algo alborotado.

Francisco dió un silbido tan penetrante, que estremeció al ciego.

- ¿Qué significa eso ¿Francisco? ¿á quién llamas?
—¿Al mozo de barca, á quién he de llamar?
—¿Cómo al mozo de barca? ¿no decias que nadie nos veria?

—Es que..... no me ha querido entregar la llave del candado, y le he tenido que confesar....

- ¿Que venia yo?
—Sí Señor.

—Muy mal hecho, Francisco. Eso no es lo que hemos tratado. ¿Y le has dicho á dónde y á qué vamos?

—¡Cá! eso no : pues no faltaba mas. Le dije que veníamos de pesca para aprovecharnos de esta noche que está alborotado, pues á rio revuelto....

- ¿Y cómo ha de creer que yo vengo á pescar?
—Por supuesto que no.
—Pues entonces...

—Es que yo le he dicho que V. tiene la humorada de acompañarme por dar un paseo en el rio. ¡Calla! ya tenemos

aquí el barquero. Ola, buen amigo! ¿Somos hombres de palabra? preguntó Francisco viendo acercarse á un hombre envuelto en un gaban de paño pardo.

—Si, respondió este con sequedad.

—¿Llegamos á buena hora?

—Si.

—¿Y podremos pescar sin peligro?

—¡Vaya!

—¿Estan corrientes los remos? ¿está abierto el candado?

—No.

—¡Pues me gusta la calma! ¿no se dijo que á media noche estariamos aquí? vamos, abre pronto y recoge esa cadena.

Pasaron solo dos minutos mientras se practicó esta manobra, y el barquero dijo:

—¡Está!

—¡Bien! Esa actividad me gusta, y merece una buena paga, respondió Francisco; y luego acercándose al oido de Carlos que no se habia soltado de su brazo, añadió:

—Creo, señorito, que debemos darle alguna gratificacion, para que guarde mejor el secreto, ¿no le parece á V.?

—Si, pero yo no tengo mas de las treinta onzas.

—¿Y qué importa?

—¿Qué, le hemos de dar una onza, Francisco?

—¿Y el secreto que va á guardar no lo merece? Vaya, señorito, no sea V. miserable. El que algo quiere algo le cuesta, y por una mas ó menos no ha de quedar descontento el francés. Venga, venga el paquete y yo la sacaré.

Carlos sin mas resistencia le entregó todo el oro, y Francisco lo pasó á manos del barquero, diciendo.

—Toma esta propina que te da el señorito para que no digas nada de esta humorada, ¿oyes?

—Bien. Muchas gracias.

Estas palabras del hasta entonces monosilabo barquero, causaron una impresion tan desagradable al ciego, que por

un movimiento involuntario se asió con mas fuerza al brazo de Francisco.

—¿Está bien arrimada á la orilla?

—Sí.

—Pues vamos, señorito.

—Cuando quieras, Francisco, respondió Carlos con voz balbuciente al penetrar en la barca. Pero no me dejes un instante : acércate á mí , y no me abandones , porque tengo un miedo....

—¿De qué?

—No sé. El ruido del agua..... ese viento tan fuerte..... ¡qué noche debe hacer tan horrorosa!.... ¿Si nos caeremos al agua?

—¡Qué locura! pero suélteme V., señorito.

—¿A dónde quieres ir?

—A coger los remos.

Francisco se desprendió de los brazos del ciego , y saltó á tierra al mismo tiempo que el barquero se colocó en su lugar.

—Carlos sobresaltado por las violentas y repetidas oscilaciones de la barca , dió un grito ; se abalanzó á coger á Francisco , y como si al estrecharle en sus brazos se repusiera de una gran sorpresa , exclamó :

—¡Ay!.... ¡qué susto me has hecho llevar!... creí que me habias abandonado , Francisco ; pero.... ¿qué es esto? ¿te has mudado de ropa? Tú no estas vestido como antes.

—¡Ahora! dijo el barquero á la vez que recibiendo la barca un fuerte empuje desde la orilla , empezó á deslizarse por las agitadas aguas del Tajo.

—¡Gran Dios! aquí no viene Francisco. Esa voz no es suya. Este traje tampoco. ¡Francisco! ¡Francisco!!... ¿dónde estas? ¿quién es el que viene conmigo?

—¡Silencio! exclamó el desconocido llenando de terror al infeliz ciego.

—¡Oh! esa voz...

—¿La conoces, no es verdad?

—¡Traicion infernal! ¡mi verdugo!!....

—Me conocistes, miserable ciego.

—¿Y qué quiere V. de mí? ¿dónde me lleva V.?

—¡A la muerte!

—¡Cielos!

—Ese es tu destino, desdichado. ¿Creías que tus engaños habian de quedar sin castigo? Es mucho el daño que me has hecho para que se quedára sin una venganza horrible... ¡espantosa!!

—Por compasión, señor Jaime. Ya que me arranque V. la esperanza de ser feliz, al menos no me mate V.

—Eso es imposible.

—¡Socorro! ¡socorro! ¡Francisco! gritaba Carlos desesperado hasta que Jaime le puso la mano en la boca.

—Calla, y no grites. Francisco ya no nos oye.

—¡Como! ¿no está en la barca?

—No.

—¿Qué? ¿no está remando? ¿pues quién guía la barca?

—La corriente del río.

—¿Y á dónde vamos?

—A sepultarte donde el silencio de la tumba encierre el secreto de cuanto has presenciado esta noche.

—¿Con que no hay esperanza para mí?

—Ninguna.

—¡Oh! no será, traidor asesino, sin que tú perezcas entre mis manos.

—¿Qué buscas entre tus vestidos? ¿qué es lo que intentas, desdichado?

—Defenderme!

—¿Y contra quién si eres ciego?

—¿Contra quién? contra el ladrón que me roba y contra el bandido que me asesina.

—¡Ira de Dios! tu arrogancia abrevia los instantes de tu vida.

Jaime Lebron se arrojó furioso sobre el ciego, encontrando dudosa rivalidad en los heróicos esfuerzos que este hacia para desasirse.

Al cabo de unos instantes de tan horrible lucha, Lebron iba ganando terreno hasta colocarse en un extremo de la barca que ya zozobraba de una manera imponente.

Los momentos eran decisivos, y el mas leve empuje de uno de los dos, debía sepultar al otro en las aguas del Tajo.

En esto se oyeron muchos gritos acompasados que se perdían en el viento.

Carlos con las tijeras, acribilló de heridas la frente, las mejillas y los ojos de su adversario.

Despertada hasta el último extremo la ferocidad de Lebron, al encontrarse ciego tan repentinamente, levantó un puñal y hundiéndole hasta el pomo en el corazon de Carlos, ambos abrazados se sepultaron en la corriente del rio.

El hijo de la tia Eduvigis, aguardaba con penosa inquietud el regreso de Jaime segun tenian convenido; pero altamente sobresaltado por los gritos que percibiera, y que interpretó por la agonía del ciego, corrió presuroso por la orilla del rio, esperando ver triunfante á su digno maestro.

Cerca de un cuarto de hora hacia que volaba desalentado de una parte á otra sin que el mas pequeño rastro le indicara lo que sucedia; sin que una palabra ni un solo gemido le respondiese de la existencia de Jaime Lebron.

El pavor que le infundia aquella soledad y aquel silencio interrumpido solo por el rebramar del viento, era propio de un alma que se ve amenazada por crueles remordimientos; de un corazon cobarde que no tiene audacia mas que para ser cómplice en horriblos delitos como el que acabamos de presentar.

De repente llegaron á sus oidos las confusas palabras de Jaime Lebron, que decia:

—¡Francisco! ¡Francisco! ¡qué me ahogo!...

Guiado por estas voces que cada instante se repetían con acento mas doloroso, encontró á Jaime que asido á unas espaldas fluctuaba sobre las aguas sin poder ganar la orilla.

Tendiéndole una mano logró verle en tierra firme, pero Francisco retrocedió espantado cuando Jaime se le presentó con el rostro lleno de heridas, y derramando sangre por las órbitas de sus ojos.

—¿Qué veo, señor Jaime? Está V. lleno de heridas y... ¡¡gran Dios!!... ¿hasta por los ojos echa V. sangre?

—¡Si, Francisco! ¡Tambien! ¡¡tambien estoy ciego!!... exclamó con una desesperacion feroz imposible de describir. Pero... acércate.. no temas. Aunque tengo mucha, mucha sed de sangre, no es de la tuya.

—¿Y cómo ha sido? ¿quién le ha puesto á V. así de una manera tan horrorosa?

—¿Quién ha de ser?... el que desgraciadamente no tiene mas vidas para arrancárselas yo!!... Oyeme, Francisco. ¿Traes el farol?

—Si señor.

—¿Quieres servirme de guia?

—¿Y á dónde hemos de ir?

—¿A dónde? ¡¡á vengarme!!...

—Pero de esa manera; con los vestidos empapados en agua, derramando sangre...

—¡Ira de Dios! ¿Cuento contigo, sí ó no?

—Si señor.

—¿Tendrás valor para todo?

—Para todo.

—¿Me serás fiel?

—Hasta la muerte.

—Pues adelante!

Y colocando la mano derecha sobre el hombro izquierdo de Francisco, emprendieron con paso firme la senda que conducía á la quinta de Guzman.

— Cuando por estas voces que cada instante se repetían con acento mas doloroso, encontré á Jaime que saído á unas espaldas facturas sobre las aguas sin poder pasar la orilla.
— También de un mano logré verle en tierra firme, pero Francisco retrocedió espantado cuando Jaime se le presentó con el rostro lleno de heridas, y barriéndome sangre por las

— Que veo, señor Jaime, está V. lleno de heridas y...
— ¡Gran Dios!... hasta por los ojos está V. sangrando.

— ¡Si, Francisco! ¡También! ¡También estoy sangrando... es-
cuerdo con una desesperacion terror imposible de describir.
Pero... acércate... no temas. Aunque tengo muchas, muchas sed
de sangre, no es de la tuya, que cuando la necesito me la

— ¿Y cómo ha sido? ¿Quién le ha puesto á V. así de una
manera tan horrible?
— ¿Quién ha de ser? ¿de que desgraciadamente no tiene mas

vidas para arrancárselas yo!... Oyeme, Francisco. ¿Tiene el

— Si señor.
— ¿Quieres servirme de guía?

— ¿Y á dónde hemos de ir?
— ¿A dónde? ¡A vengarme!...

— Pero de esa manera; con los venenos empapados en agua,
barriéndome sangre...

— ¡In de Dios! Cuenta conmigo, si ó no?
— Si señor.

— Tendrás valor para todo?
— ¡In a todo.

— ¡In señas más!
— Hasta la muerte.

— ¡Pues adelante!
Y colocando la mano derecha sobre el hombro izquierdo

de Francisco, emprendieron con paso firme la senda que con-
ducía á la punta de Guzman.

CAPITULO XXI.

VENGANZA DE LEBRON.

Ya los primeros rayos de la aurora empezaban á despuntar entre celajes de púrpura, y las perlas del rocío veíanse diseminadas como otros tantos diamantes sobre un campo de esmeralda, cuando el vivo resplandor de una vacilante llama que tan pronto se elevaba á las nubes como se estendia hasta tocar las copas de los árboles, iluminó de un color rojizo las cercanías de la quinta de Guzman.

Sin embargo, sus habitantes continuaron por espacio de una hora entregados al mas profundo sueño, hasta que sorprendidos por el crujir de las maderas que devoraba un incendio horroroso impulsado por el viento, se lanzaron aturdidos fuera de la casa, dando los alarmantes gritos de ¡fuego! ¡fuego! que al resonar por toda la ribera atraian multitud de personas.

Jóvenes y ancianos, niños y mugeres, aparecianse por do

quiera con la resolucion de los héroes ansiosos de llegar los primeros á la quinta y arrojarle si era preciso sobre las hogueras, para socorrer á la desdichada familia cuyo destino debia estar escrito con caracteres de sangre.

Mas tarde de lo que á su anhelo cumplia, viéronse al frente de aquel cuadro asolador contra el cual parece que hasta los elementos se habian conjurado, para inutilizar los servicios de los fieles domésticos dirigidos por Ernesto, que estaba mas tembloroso y cadavérico que las mismas victimas próximas á sepultarse entre escombros y ruinas.

Efectivamente; tal incremento y direccion habia tomado el fuego, que partiendo desde la escalera, se habia internado por las habitaciones, prendiendo el costado izquierdo de las que ocupaban la madre, la hija, y la señora Gabriela, aislándolas en el mas apurado conflicto.

La confusion era cada vez mas espantosa. En la planta baja, los gritos de las mugeres, los descompasados golpes de cien obreros armados de azadones y piquetas que derribaban tabiques y rompian paredes para encontrarse con una columna de fuego que les hacia retroceder, formaba un caos incomprendible y aterrador. En la de arriba, corriendo los tres infelices sin concierto de un extremo á otro de sus habitaciones, ya se encontraban á sus pies un abismo encendido que no las dejaba pasar adelante, ya caia sobre ellas una lluvia de fuego desprendida del techo que amenazaba desplomarse sobre sus cabezas. Ora daban desaforados gritos que la multitud contestaba con voces ininteligibles, ora puestas de hinojos y con la vista elevada al cielo imploraban la misericordia de Dios; pero era lo cierto que una nube de humo las ahogaba la voz en la garganta; que las sofocantes hogueras las producia un vértigo de muerte, y que solo podian prometerse de vida el tiempo que tardasen en consumir un pequeño gabinete á que se vieron reducidas.

Por fortuna el tabique de aquella habitacion daba al portal; y habiendo acertado las infelices á dar muchos golpes que muy

luego comprendieron los de fuera, Ernesto en menos de un minuto trepó por una escalera de mano, y empezó á romper con una piqueta la parte superior del lienzo de pared donde interiormente se redoblaban los golpes y estas voces:

—¡Por aquí, por aquí! ¡socorro! ¡que se ahoga mi hija!

Quiso Dios que la pared cediera, siendo una gran bocanada de humo lo que anunció el triunfo de Ernesto, á quien victoreó la gente con gozo y entusiasmo, luego que se dejaron ver las tres infelices por la brecha, que se asemejaba á un horno encendido. Isabel que se encontraba en primer término, dió un grito de alegría, y se arrojó á los brazos de su salvador que se apresuró á descender con ella.

La señora Gabriela que no queria ser la última en salvarse, abrióse paso por delante de la señora de Guzman y se colocó en los primeros traveseros de la escalera; pero tan precipitadamente quiso bajar, que viendo que Ernesto interrumpia su lijereza, se asió á uno de los listones de los costados, y cayó al suelo derribando con la escalera á Isabel y á Ernesto que felizmente no se hicieron daño.

Esta desgraciada ocurrencia, vino á complicar la triste situacion de la señora de Guzman, que con los ojos centellantes, el cabello desordenado, y la frente tostada, representaba fielmente la imágen de la desesperacion.

Todos á un tiempo la animaron á que se arrojara, y tendieron sus brazos para recibirla, pero ella miraba con espanto su inmensa altura, y á falta de voz que espresase su pensamiento, esforzábese con ademanes á mandar, que se la pusiera la escalera de mano, cuando una horrible esplosion, estremeció la tierra: la multitud huyó despavorida, y poco despues, vió desplomarse la techumbre, y convertirse en un monton de ruinas el ala izquierda del edificio, donde la infeliz quedó sepultada.

Isabel hizo una exclamacion terrible, y cayó desmayada en los brazos de la tia Eduvigis.

Los criados de la condesa del Ormazal, que no fueron los últimos en acudir al incendio, el mas horroroso que se ha conocido en la ribera del Tajo, se apresuraron á abrir las puertas de la granja para recibir á la hija de Guzman, habiendo aceptado la señora Gabriela y Ernesto la generosa hospitalidad que se les ofreció despues de haber consentido en que el pobre ciego, de quien no se encontró el mas pequeño rastro, habia sido como su madre sepultado entre las ruinas, ó devorado por las llamas.

En aquel mismo dia, como si aun no bastasen estas desgracias para acibarar la existencia de Isabel, que sin duda necesitaba vivir mas para ser mas desdichada, insultante como en el dia del secuestro; sobervio como un emisario que retrataba á lo vivo la tiránica opresion de un gobierno célebre en los fastos del despotismo, se presentó el superintendente en la granja de la condesa, á emplazar á la señora de Guzman ante los tribunales, para que respondiese con su cabeza del crimen de incendio voluntario: crimen que por delacion de Jaime se la atribuia, cometido para que la justicia no se aprovechase de los bienes del fujitivo Guzman; pero Ernesto que desde aquel dia consagró su existencia á la desventurada huérfana, no consintió por mucho tiempo que se insultase la memoria de la que ya no existia.

Le condujo á una habitacion donde se elevaba un pequeño túmulo vestido de funerales crespones, y le dijo:

—Eh aquí la víctima que se destinaba para el cadahalso. La Providencia ha querido mas bien arrebatarla para siempre de los brazos de su hija, que entregarla en manos del verdugo.

El superintendente retrocedió espantado, cuando al través de los crespones reconoció el mutilado cadáver de la señora de Guzman.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.


SEGUNDA PARTE.

La revolución de Fernando VII nos condujo a una época, quizás la más férvida en acontecimientos de nuestra historia contemporánea.

Nació este movimiento (a quien con justicia cabría más gloria por haberlo iniciado) el día 25 de setiembre de 1808, después de haber conseguido que por capitulaciones políticas, subieran al poder los franceses, que al pie de doscientos cincuenta mil portugueses en el campo de batalla; que en 1814, se redujeron a quince mil los proscritos; y que en 1823 rayaba en silencio con los españoles.

Véase aquí en compendio la summa con que recompensó los sacrificios de sus vasallos, y aprueba los pueblos a conocer si querían ser víctimas prediligidas a torcedores en sangre, en utilidad del que no sabe apreciar en su justo valor.

Los criados de la casa de don Juan de Ovando, que se fueron a
Atlixco, en el mes de mayo, al tiempo que el mar se levantó, se
dieron a la vela en el puerto de San Juan de los Rios, en el mes de
julio, y llegaron a la villa de Guadalupe, habiendo
aceptado la señora Gabriela y los señores de la casa hospitalidad
que se les ofreció después de haber conseguido en el
puerto de San Juan de los Rios, de donde se les dio el
puerto de San Juan de los Rios, de donde se les dio el
puerto de San Juan de los Rios, de donde se les dio el

En aquel mismo día, como se vio en el capítulo anterior,
se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,

SEGUNDA PARTE

En el mes de agosto, como se vio en el capítulo anterior,
se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,

La obra de la casa de San Juan de los Rios, como se vio en el capítulo anterior,
se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,

El que se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,

En el mes de agosto, como se vio en el capítulo anterior,
se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,
y se dio principio a la obra de la casa de San Juan de los Rios,

CAPITULO I.

DIEZ AÑOS DESPUES.

La muerte de Fernando VII nos condujo á una época, quizá la mas fecunda en acontecimientos de nuestra historia contemporánea.

Murió este monarca (á quien con justicia debiéramos siempre apellidar el ingrato) el dia 29 de setiembre de 1833, despues de haber consentido que por opiniones politicas, subieran al cadahalso seis mil españoles; que al pie de doscientos cincuenta mil perecieran en el campo de batalla: que en 1814, ascendiesen á quince mil los proscriptos; y que en 1823 rayasen en veinte mil los espatriados.

Véase aqui en compendio la manera con que recompensó los sacrificios de sus vasallos, y aprendan los pueblos á conocer de qué les sirve prodigar á torrentes su sangre, en utilidad del que no sabe apreciarla en su justo valor.

Apresurémonos á tender un tupido velo sobre la memoria de este monarca, y para colocarnos en el terreno que á nuestro objeto cumple, apuntemos rápidamente los sucesos que inauguraron la nueva era, no menos embarazosa para el pueblo español, que parece destinado á sufrir mas, cuanto mas grandes son sus virtudes.

Al dia siguiente que murió el rey, se procedió á la lectura de su testamento fechado en Aranjuez el 12 de junio de 1830, y por él debia de heredar la corona de España su hija primogénita, y durante su menor edad regir la reina viuda el gobierno de la nacion.

Muy luego, como era natural, dió aquella un manifiesto anunciando el sistema político que formaria en lo sucesivo la base de su gobierno, pero al mismo tiempo los partidarios de D. Carlos, hermano del difunto rey, trataron de oponerse á las últimas disposiciones de Fernando, y asi es que el grito de insurreccion que se dió en Talavera de la Reina, muy en breve cundió en las provincias septentrionales, y se dió principio á la lucha prolongada y feroz, que al par de la mortífera peste del cólera, se propagó por los demás puntos, causando en todos desolacion y muerte.

Rara será la familia que no cuente algun descalabro en esta época de luto. Por una parte el amago de una guerra civil devastadora, cuyos efectos ya se empezaban á experimentar por toda la península, y por otra el cólera que se estendia por todo el reino, llenando de terror á sus habitantes, que espiraban apenas eran acometidos; presentaba á los ojos del mundo un cuadro negrísimo que no podia ser mirado sin horrorizarse. Huyendo de la terrible plaga, diseminábanse las gentes por los campos, caminando de este modo á una muerte cierta, porque se alejaban de auxilios y medicinas. Verdad es que estas eran inútiles las mas veces, y que al principio todos abandonaban á los enfermos recelosos del contagio que no existia, porque el daño venia de la atmósfera.

La guerra recibia á cada momento nuevo impulso. Afiliados al partido carlista muchos guerrilleros entendidos, lograron formar un cuerpo respetable que fue preciso combatir sin tregua, á pesar de que los adictos á la contrariada reina, nunca desconfiaron de la justicia de su causa, ni de la superioridad de sus correligionarios, elementos poderosos, con que no podian rivalizar los insurgentes.

Nadie mas segura y confiada debiera estar en la impotencia de los esfuerzos carlistas, que la reina viuda, regente del reino, porque en todas ocasiones veia con orgullo el heroico entusiasmo de los súbditos de su hija, cuya adhesion rayaba en idolatria.

Virgen aun la corte de los azares de la guerra que se entendia por todas las provincias, permanecia como simple espectadora de tan sanguinarias escenas, hasta que el cólera-morbo que en diversas poblaciones habia dejado señales de su espantosa desolacion, se desarrolló en Madrid con grande incremento, y llenó de consternacion á sus habitantes.

Presenciando cada uno la repentina muerte del padre, del hermano ó del amigo, costó poco trabajo dar pávulo á la especie vertida por los discursos de que los frailes habian envenenado las aguas de las fuentes públicas.

Circulando de boca en boca, alborotaba como era natural á los mas pacíficos, y trasluciendo los que eran guiados por la esperanza de medrar á la sombra de los disturbios que se preparaban, un recurso á propósito para conseguir sus fines, bajo el pretexto, ya de una revolucion social, ya política, cometieron aquellos actos de barbarie que escarnecieron la moral, la religion y la humanidad, y á cuyo análisis renunciamos, tanto por no contribuir á perpetuar su recuerdo, como por no despertar el horror de nuestros lectores. ¡Ojalá nos fuera posible arrancar de la historia esta página afrentosa que mal comprendida puede ser tan funesta al buen nombre de los españoles!

Pero ya que esto no sea, quede al menos consignado en nuestro libro, en desagravio de lo que con semejantes desmanes se ha calumniado á un partido, que segun lo que se desprende de los hechos históricos á que nos referimos, es un error atribuir al pueblo español tales excesos de irreligion y de inmoralidad. El que un centenar de hombres perdidos, sedientos de oro y de sangre, cometan los mayores atropellos, no es un principio para reconocer que en las masas populares resida ni la tendencia siquiera á cometerlos. Una fraccion tan pequeña y despreciable, no es suficiente á retratar el carácter ni las costumbres de un pueblo, ni representa las masas populares, ni tampoco ningun partido, por mas que algunos hayan querido interpretarlo en provecho del suyo.

Lo que si daña al espíritu de patriotismo; lo que mas vergonzoso y criminal parece á los ojos del pensador, es la inaccion, la frialdad con que el gobierno de entonces presenciaba estos horrorosos acontecimientos, capaces de conmover al mas indiferente y menos interesado en la sangre de sus compatriotas.

Un gobierno que lejos de castigar con mano fuerte á los promovedores de la insurreccion, toleró sus excesos con una apatía tan vergonzosa como inhumana, merece que la historia conserve su recuerdo, pero solo para que la posteridad le maldiga.

En medio del dolor que nos causa el recuerdo de tan lamentables escenas (que como dejamos dicho quisiéramos sepultar en olvido eterno), no podemos prescindir de ser fieles narradores de lo que llenos de espanto presenciábamos.

Acabábamos de apartarnos de un grupo de cadáveres de religiosos asesinados al frente de la iglesia de san Millan, cuando los dolorosos alaridos de nuevas víctimas, nos hicieron detener maquinalmente. Era un religioso, que á pesar de haber logrado disfrazarse, tuvo la fatalidad en medio de su azoramiento de descubrir la corona, y algunos de los se-

dientos tigres que anhelaban mas y mas victimas, lanzáronse á perseguirle, descargando sobre él palos y pedradas. Llegaban ya al grupo de cadáveres, cuando nuevos protectores de los que le seguian, cortaron la carrera al acosado sacerdote, y le hicieron parar al pie de los mutilados restos de sus semejantes, como si aquel fuera el suplicio de los inocentes.

—¡Muera el envenenador! gritaba uno.

—¡Mueran todos los de corona! exclamaba un cojo, pegándole en la cabeza con su muleta.

—¡Mueran!! respondia la muchedumbre, que se disputaba el paso para teñir las manos en la sangre de su presa.

—¡Que beba la sangre de los otros picaros! repuso el cojo, que parecia el mas resuelto.

—¡Que la beba! ¡sí! ¡sí! ¡que la beba! Y á estas blasfemias acompañaban grandes risotadas, celebrando la ocurrencia.

—¡Ese lleva un vaso de plata debajo de la chaqueta, que nos le preste!

Y el que efectivamente se habia dejado ver un vaso de plata medio oculto, emprendió á correr.

—¡Al ladron! ¡al ladron! gritó la turba, apresurándose á alcanzarle y abandonando por un momento al maltratado sacerdote.

Aprovechándose de estos instantes un personaje, que indignado habia presenciado tambien este acto de inhumanidad, se acercó al sacerdote, y le dijo:

—Buen religioso; yo le puedo salvar. Sígame V., si no quiere morir en manos de esos asesinos.

—¡Ah! sí, por caridad, hermano mio, sálveme V. antes que vuelvan, contestó el religioso con apagada voz.

—Caballero, añadió una jóven morena de ojos negros llenos de expresion, que llevaba una cesta colgada del brazo. Caballero, condúzcale V. á donde yo vaya: allí está mi casa, al número 9: vamos antes de que vuelvan.

—¡Ah! gracias, generosa niña, respondió gozoso el bienhechor, sosteniendo en su brazo al religioso, que apenas podia dar un paso.

—Mire V., caballero, repuso la jóven de los ojos negros: mi habitacion es tan reducida, que apenas caben mis hermanitos, pero aquella señora que está en el entresuelo con papalina blanca de lazos amarillos, nos permitirá...

—¡Maldicion! ¡ya nos han visto!

—¡Socorro! ¡favor! señora Bonnavet, gritaba la azorada jóven, corriendo hácia el portal de su casa, mientras que en efecto, sin que pudiéramos inferir quién quedara por último dueño del vaso de plata, vimos que los amotinados, advirtiendo la desaparicion del fraile, emprendieron de nuevo tras de él, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Que se nos escapa el envenenador! ¡A él! ¡á él!

—Ese picaro que le acompaña será otro tal. ¡Mueran los dos!

—¡Mueran!

—¡Y la franchuta madama Aurora Bonnavet! gritó el cojo, disparando una piedra que tenia en la mano, á la muger de la papalina, que en aquel momento cerraba las vidrieras del balcon.

—¡Deteneos, canalla! dijo el hombre generoso que habia logrado llegar cerca del umbral de la puerta. ¿Qué triunfo vais á conseguir con quitar la vida á un religioso indefenso y anciano?

—Vengar el crimen que habrá cometido como todos los demás.

—Dice bien el cojo, por los frailes estamos envenenados.

—Esa es una calumnia, os han engañado. Si algun crimen han cometido, á la justicia corresponde castigarlos.

—¡Compañeros! este tambien es conspirador.

—Sí, porque le lleva á casa de la franchuta.

—Es verdad, de madama Aurora, que tiene un hijo preso

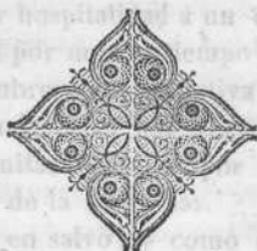
por ladrón y por quererme matar de un martillazo. ¡Arriba todos!

—¡Arriba!

—¡Atrás! ó el que dé un paso adelante le atravieso el corazón, dijo con arrogancia, el desconocido personaje, que al sacar una pistola, dejó ver los entorchados de un brigadier de ejército.

Por un instante quedaron petrificados los del motin, á vista del resuelto aspecto del desconocido.

—Este, aprovechándose de los primeros momentos de sorpresa, se guareció en la casa en ocasion que la jóven á fuerza de súplicas, acababa de vencer la repugnancia de la francesa para que admitiese en su habitacion al religioso, mientras tanto que nueva griteria de otras turbas, dispersaba el grupo que á duras penas se logró contener.



por habrán y por que me mal de un marillazo. ¡Atrás!

—¡Atrás! ¿cómo se le ocurre decir eso?

—¡Atrás! ¿el que de un paso adelante le atraviesó el co-

razón, diga con arrogancia, el desconocido personaje, que al sacar una pistola, dejó ver los entorchados de un brigadier de ejército.

Por un instante quedaron petrificados los del moño. ¡Válala del resaca! aspecto del desconocido.

—Este, aprovechándose de los primeros momentos de sorpresa, se guareció en la casa en ocasión que la joven a fuerza de súplicas, acabada de vencer la repugnancia de la francesa para que admitiese en su habitación al religioso, mientras tanto que nueve gritos de otras turpas, dispersaba el grupo que a duras penas se logró contener.

—¡Válala del resaca! aspecto del desconocido.



CAPITULO II.

MADAMA AURORA BONNIVET.

No era posible que la resistencia de madama Aurora Bonnivet para conceder hospitalidad á un desgraciado, fuese tan tenaz que desairára por mucho tiempo los ruegos de la compasiva Teresa, nombre de la caritativa jóven que se aventuró á hacer esta solicitud, tanto por seguir los impulsos de sus sentimientos humanitarios, como por creerse con algun derecho á los favores de la francesa.

Viéronse todos en salvo; y como si la mision de Teresa hubiese terminado allí, dejó la cesta en que acababa de llevar á la cárcel la comida para el hijo de madama Aurora, y despidiéndose muy satisfecha de su buena accion, desapareció como el relámpago.

Estimulada la caridad de la señora Bonnivet, con tan buenos ejemplos, arrepintióse muy en breve de no haberse apre-

surado á contribuir á una obra tan benéfica; pero juzgando que aun estaba á tiempo de reparar su falta, no quedó contenta mientras el religioso no fue colocado en el lecho que pocos dias antes ocupára su hijo, y en el cual siempre desplegaba todas las galas de la pulcritud mas esquisita.

El generoso incógnito, se afanaba por atajar con un vendaje la sangre que brotaba de la cabeza del herido, entretanto que la señora Bonnivet, mas celosa de su honra que de la salud del fraile, decia profundamente afligida:

—¿Con que tambien lo ha oido V., caballero? ¡Ay! por Dios, no forme V. mal juicio de mí por lo que ha dicho ese bribon. Es enemigo mortal de mi Genaro, y entre él y la señora Serafina, que es el ama del maestro de mi hijo, de ese diamantista que vive en la calle Mayor, le han levantado una calumnia espantosa, una calumnia que clama al cielo, porque mi hijo es incapaz de robar ni lo que importa un alfiler. ¡Ladron mi Genaro! ¡el hijo de Rosendo Bonnivet, oficial de la guardia imperial de Napoleon! ¡oh! ¡qué infamia! si tal supiera, me moriria de pesadumbre; pero eso es imposible, tan imposible como que Dios deje desamparada su inocencia. ¿No es verdad, caballero, que V. no ha creido la calumnia de Santiago el cojo, que es el mas bribon entre los pillos de Madrid? ¡Ah! por compasion no vaya V. á pensar...

—¿Quiere V. dejarme en paz, señora? ¿no ve V. que este infeliz se ha desmayado?

—Si señor, ya lo veo y lo siento mucho, pero.....

—¡Eh! ¡silencio! Venga un vaso de agua, un paño mojado en vinagre, cualquier cosa, pronto, pronto.

—Voy, voy corriendo; ¡Jesus! ¡qué genio tan súpito!

Algun tanto amostazada por el imperio con que el desconocido habia cortado la relacion de sus cuitas, preparó una escudilla con vinagre, y volvió á la alcoba.

—Tenga V., caballero: este vinagre es tan fuerte que puede resucitar á un muerto. Pues como iba diciendo, y ha de sa-

ber V. que á mi no me gusta pasar por habladora, en ninguna parte, no señor: el hablar mucho es falta de crianza, y yo he tenido buenos principios, si señor, lo que se llama buenos principios; pero ya se ve, si yo guardase silencio despues de lo que ha dicho ese cojo maldito, se creeria que era porque tengo que callar, y no es así: puedo levantar la frente y descubrir la cara delante de todo el mundo. Nosotras las viudas pobres, no tenemos mas patrimonio que la honradez que nos dejan los maridos, y estamos en la obligacion de mantenerla, pura, intacta para que la hereden nuestros hijos.

—Bien, bien; estamos conformes en un todo, pero calle V. por los clavos de Cristo, señora. ¡Ola, amigo mio! añadió el desconocido viendo que el religioso abria los ojos. ¿Qué es eso? ¿le duele á V. la cabeza?

—Sí... pero.... ¿en dónde estoy?

—En los brazos de un amigo.

—¡Ah! ¡de mi salvador! ya lo recuerdo todo. V. me ha salvado la vida. V. ha contenido á mis asesinos ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡con qué pagaré tanta generosidad!

—Quieto, quieto, no hay que exaltarse, ni se levante V. de la cama. El estado de V. es demasiado débil.

—¿Y eso qué importa? Peor sería que Dios me hubiese privado de la existencia antes de regar con lágrimas los pies de mi salvador. Déjeme V., déjeme V.

—De ninguna manera, otra cosa es la que corresponde hacer sin perder momento. La herida pudiera agravarse si no se pusiera en cura, porque con este vendaje solo, pudiera suceder que se cerrara en falso. Amiga mia, continuó dirigiéndose á la señora Bonnivet. Es preciso que se tome V. la molestia de avisar á un facultativo: á cualquiera, el que esté mas próximo.

—¿Un facultativo? Lo que es en esa parte, somos felices, caballero. En el cuarto principal de esta misma casa, vive uno muy afamado, que le llaman.... ¿cómo le llaman?... en fin no

me acuerdo de su nombre, pero es médico del hospital General, y hace curas maravillosas segun dicen. El por el dia casi nunca está en casa porque tiene tantas visitas como todos los demás médicos de Madrid, pero dejaré el recado á su muger, que es una excelente señora, y en cuanto llegue su marido, lo primero que haga, será bajar aqui, ¡vaya si bajará!; y su muger tambien, porque ha de saber V....

—Nada quiero saber mas que si está en casa ó no.

—Pues de eso, al momento estoy de vuelta. Apuradamente, tengo unos pies que son dos alas cuando llega la ocasion. Así; sin mantilla ni nada; como de vecindad, ¿no le parece á V.?

Un gesto de impaciencia del bienhechor del religioso, la decidió á subir mas que de prisa al cuarto principal, de donde bajó al cabo de un cuarto de hora, durante el cual habia el enfermo quedado un poco traspuesto, mas sin embargo, no cesaba de llevarse la mano á la herida, como si una fuerza sobrenatural le impulsase este ejercicio.

—¡Ola, amiguito! ¿está V. aqui? dijo madama Aurora encontrando en la sala al hombre benéfico.

—¡Silencio! hable V. bajo, porque le tenemos algo adormitado.

—Bien recelaba yo que no habia de encontrar al doctor; pero es el caso que tampoco he podido ver mas que á la doncella, porque su ama está ocupada: y debe de ser en negocios de importancia, porque de otro modo, no hubiera dejado de dar órden para que yo entrase. Me he detenido algo por contarla lo de Santiago el cojo: ese que á pesar de tener 20 años está de aprendiz en la tienda de mi hijo. Ya se ve, como ha dado tantas voces el tunante, y podian haber estado las vecinas á los balcones....

—Dice V. bien, pero vamos á lo que mas interesa. El doctor es preciso que no falte: que no deje de venir esta misma tarde, porque al pobre le debe doler mucho la herida, segun la frecuencia con que se lleva la mano al vendaje.

—Pierda V. cuidado.

—Sobre todo, guardar mucho silencio, y si es posible, no interrumpirle ese sueño hasta que trascurra un buen rato.

—Callaré como una muerta.

—Ese es el sacrificio que mas agradeceré á V. en nombre del desdichado religioso, á quien es mi deseo que no le falte nada, ya que he tenido la suerte de salvarle la vida. Tome V., añadió el desconocido brindándola con unas monedas.

—¿Qué es eso, caballero? ¿Para qué es ese oro?

—Para que atienda V. á la curacion del enfermo.

—Caballerito.... respondió la viuda locuaz como si acabara de ver ultrajado su amor propio. Aunque mi marido al morir no me dejó gran fortuna para sostener el rango que me corresponde, tengo mas delicadeza de lo que V. se ha figurado sin duda. Guárdese V. pronto ese oro si no quiere perder el concepto que me ha merecido, y no olvide que está al cuidado de la viuda de Rosendo Bonnivet. Ahora está bajo mi salvaguardia, y nada le faltará mientras que Dios quiera tenerle así. Vivirá como el pez en el agua. Le haré compañía, le consolaré, le pondré los vendajes que me ordene el doctor, porque yo tambien entiendo de eso, amigo mio. ¡Ay!... como dicen los españoles, la esperiencia es madre de la ciencia; vaya, sentémonos un rato mientras que descansa, y hablemos en paz y en gracia de Dios.

—V. me dispense, señora, mas no me es posible....

—Vamos, sea V. complaciente por dos minutos siquiera. Pues como iba diciendo.... de eso, de los vendajes: cuando me casé con mi difunto, que sea dicho de paso, fue escogido de entre los valientes granaderos de Oudinot para la guardia imperial, me encontré cerca de algunas batallas, y no tenia mas gusto que socorrer á los heridos. Me acuerdo que en el paso del Danubio....

—Otro dia, otro dia seguirá V. esa historia, dijo levantán-

dose el atormentado interlocutor; pero madama Aurora embobada en sus recuerdos históricos, le obligó á caer de nuevo en la silla, y continuó:

—No; pues no fue cuando el paso del Danubio lo que iba á contar, sino cuando la batalla de Frieland. ¿se acuerda V. de la batalla de Frieland?

—No; digo.... si señora, si me acuerdo.

—¿En que murieron sesenta mil rusos, se acuerda V.?

—Sí señora.

—¡Ay qué mortandad aquella segun me dijo mi marido! Buen aniversario de Marengo tuvimos, porque cabalmente se dió aquella batalla como la de Maréngo el dia 13 de julio; pero ahora que lo pienso bien, ¿cómo se ha de acordar V. siendo tan jóven, de una cosa que pasó el año 1806?

—En efecto, era yo entonces muy niño; pero lo he oido contar tantas veces y con tantos detalles, que no hay necesidad de que V. se moleste...

—¿Le contarian á V. que se cogieron al enemigo ciento veinte piezas de artilleria?

—Sí señora.

—¿Y veinticinco banderas?

—Tambien, tambien.

—Pues una de esas banderas, ¿sabe V. quién se la arrebató al enemigo?... Mi esposo Rosendo Bonnivet, que tuvo la honra de presentarla al emperador diciendo: «*Le dernier de vos braves a l'honneur de vous présenter un des drapeaux que flottaient avec orgueil dans le camp ennemi*» (1) y el gran Napoleon le respondió: «*Les braves mé-*

(1) El último de vuestros valientes, tiene el honor de presentaros una de las banderas que ondeaban orgullosas en el campo enemigo.

ritent toujours bien de leur empereur.—J'ai vu ton héroïsme, et pour te récompenser je te nomme officier de ma garde impériale» (1).

—Perfectamente. No puedo detenerme mas, y con permiso de V. me retiro, dijo el desconocido, levantándose resueltamente.

—Como V. guste, amigo mio: no quiero ser importuna.

—Graves ocupaciones me llaman con urgencia á otra parte, aunque siento abandonar tan pronto al enfermo, pero yo confio....

—Y puede hacerlo, caballero. Será tratado como un príncipe, y no le dejaré marchar hasta que esté bueno enteramente, ó hasta que los frailes vuelvan á sus conventos; porque ellos volverán, ¿no es verdad? Cómo ha de consentir el gobierno....

—Por supuesto; ¿cómo ha de consentir otra cosa? Vaya, adios, amiga mia; hasta mañana, que si me es posible, volveré á saber de su salud.

—Corriente, hasta mañana. No se olvide V. de esta su casa, ni de su humilde servidora, calle de las Maldonadas, número 9, cuarto entresuelo de la derecha, Aurora Bonnivet, por otro nombre la francesa, ¡oh! diciendo la francesa por este barrio, no haya miedo que V. se pierda, porque de los diez y seis años que hace que estamos en España....

—Bien, bien, no me olvidaré. Si algo ocurriese entretanto, he aquí tambien las señas de mi casa en esta tarjeta.

(1) Los valientes, siempre merecen bien de su emperador. He visto tu heroicidad, y en premio de ella, te nombro oficial de mi guardia imperial.

—Gracias: mil gracias: la conservaré para eterna memoria.

Madama Bonivet en el momento que se vió sola, descorrió las cortinas de la alcoba donde descansaba el religioso, y observando que continuaba tranquilamente en su quietud, se decidió á subir al cuarto principal para contar á la vecina cuanto habia ocurrido, si bien con el pretexto de buscar al doctor para que reconociese al herido.



(1) Los valientes, siempre merecen bien de su emperador. He visto la heroldica, y en premio de ella, se nombró duque de mi guardia imperial.

CAPITULO III.

LA TARJETA.

Penetremos con madama Aurora Bonniwet en la habitacion del médico, cuyos modestos y elegantes adornos parecen dirigidos por un gusto especial y delicado.

No nos detendremos en un minucioso análisis de sus lindos pabellones de damasco carmesi, ni de los bellos cuadros que adornan sus azuladas paredes, en que el pincel ha querido eternizar con mágicos coloridos los personajes mas célebres en las artes y en las ciencias. Esto, sobre ser superfluo en la narracion de una historia, sería tambien enojoso á los lectores, si como nos atrevemos á esperar, desean encontrar las huellas de nuestros héroes despues de diez años.

Bástenos por lo tanto advertir para preliminar que un momento antes de ser recibida madama Aurora, inmóvil como

una estatua de mármol, veíase recostada en un confidente, una muger vestida de luto, pálida, desencajada, y cuyas brillantes pupilas no se apartaban de la alfombra, mientras que la cálida frente descansaba sobre su descarnada mano.

—Santas y buenas noches, vecinita, dijo la afluente viuda con una confianza que parecia en ella muy familiar.

—Bien venida, señora Bonnivet, respondió la muger del médico con afectuoso cariño.

—No está en casa el esposo, ya lo sé, amiga mia, pero han ocurrido tantas cosas desde esta mañana, que ya tenia deseos de que nos viéramos. Como estoy sola; enteramente sola, no despliego los labios en todo el dia: ya se ve, desde que falta mi hijo...

—¿Y qué es del pobre Genaro?, ¿está ya en comunicacion?

—¡Ay! ojalá, mi querida vecina. Si me le dejaran ver siquiera, no estaria yo vertiendo lágrimas de noche y de dia por el hijo de mis entrañas. ¡Tan jóven! ¡tan honrado! tan amigo de trabajar y ganar mucho para que á su pobre madre no la falte nada. ¡Oh! esto es inaudito, insufrible, y capaz de....

—Vamos, señora Bonnivet. No hay que afligirse; el tiempo aclarará su inocencia, y todo se remediará.

—Si; se remediará. ¿Y quién me quita los disgustos que entre tanto estoy pasando? quién le priva á nadie de decir mañana ú otro dia «Genaro Bonnivet, intentó asesinar á un compañero suyo; Genaro Bonnivet, estuvo preso por quimerista, por ladrón, y por...» en fin señora, dejémonos de estas cosas que me sacan de mi centro, y que concluirán por quitarme la vida si pienso mucho en ellas. Otro asunto de grave importancia tambien y de mucha urgencia, me ha obligado á subir en busca de su esposo de V., y en verdad que siento en el alma no encontrarle, porque se le necesita indispensablemente al instante, al instante.

—¿Qué? ¿tiene V. algun enfermo de cuidado?

—Si señora; un enfermo que he recogido por caridad, por un exceso de caridad; mas ahora ya está empeñado mi honor en que nada le falte, y que le asista un médico de fama é inteligencia como su marido de V.

—¿Y quién es el enfermo?

—Primero conviene, amiga mia, que esté V. en antecedentes, y una vez que segun me ha dicho la doncella han presenciado VV. desde los balcones parte de ello, diré nada mas que viniendo Teresita, la costurera que vive arriba, de llevar la comida á mi Genaro, porque yo no me he atrevido á salir con estas bullangas, vió una turba de hombres que perseguian á otro pobre religioso á quien intentaban asesinar en el mismo sitio á fuerza de golpes. En esto se apareció un caballero alto, buen mozo, pero de mal genio al parecer, eso si, aunque se conoce que tiene buenas entrañas. Aprovechándose de un momento en que se alejaron los amotinados, se acercó el desconocido, segun me ha contado Teresita, y le dijo. « Buen anciano, sígame V. si quiere salvar la vida » observando Teresa, que este miraba al rededor sin saber dónde dirigirse, creo, que añadió « caballero, yo sé de una señora que tiene muy buenos sentimientos, y que su mayor gusto es socorrer á los desgraciados. » En efecto, se llegaron á mí, y sin la mas pequeña resistencia, por supuesto, les abri las puertas de mi casa, y abajo le tenemos despues de haberle arreglado un vendaje á nuestro modo, ó por mejor decir, al del desconocido, que se pinta solo para poner vendajes.

—Magnífico, señora Bonnivet. Esas acciones, hacen mucho honor á esa interesante jóven y á V. ¡Ah! es seguro que el pobre religioso, no sabrá cómo agradecerlo.

—Figúrese V., mi querida vecina, pero estoy con el alma en un hilo mientras no le reconozca el médico, porque el pobrecito no cesa de llevarse la mano á la herida, lo cual prueba que le duele muchísimo.

—Pierda V. cuidado, amiga mía; bajará al instante para contribuir á una obra de caridad que con tan felices auspicios ha comenzado.

—Sí; es preciso seguirla hasta llegar al fin dichoso, para que ese caballero se convenza de que no era necesario su dinero.

—¿Cómo? ¿queria dar á V. dinero?

—Y no poco, en gracia de Dios.

—¿Qué singular! V. por supuesto lo rechazaria....

—Con indignacion, si señora. Por lo mismo, quiero emplear todos los recursos que me sean posibles, para socorrer al religioso, y de este modo, ni él ni nadie tendrán que poner faltas á mi celo ni á mi desprendimiento.

—¿Tanto interés le inspira el religioso, ó es conocido suyo tal vez?

—Lo mismo le conoce que yo; pero le indignó tanto la audacia de los amotinados, que arrojando el peligro de ser asesinado tambien, se colocó delante del religioso.

—¿Y entonces....

—Los amotinados quisieron arrojarle sobre los dos, mas sacando el desconocido una pistola, amenazó con la muerte al que diera un paso adelante, y no hubo uno que se atreviese.

—Esa es una heroicidad.

—Una heroicidad asombrosa; así es que le tengo un respeto y un miedo.... pero á pesar de todo, se me figura que si para algo le necesitase, no habia de tener inconveniente en pedirle cualquier favor.

—¿Y cómo, si no le conoce V.?

Es que ha prometido volver mañana á saber de la salud del religioso, y aunque eso no fuera, me ha dejado una tarjeta con las señas de donde vive. A propósito de la tarjeta; aqui la guardé en el pecho, y aun no la he leído: ¡luego dirán que las mugeres somos curiosas! Mire V. qué elegante es, vecina.

La muger del médico tomó la tarjeta en su mano, y ape-

nas fijó los ojos en ella, cuando un rápido estremecimiento, fue precursor de un ligero vahido que instantáneamente la trastornó los sentidos.

—¡Cielos! ¿qué la ha dado á V.? ¡socorro! ¡socorro!! exclamó madama Auróra, profundamente afectada; pero la esposa del médico, luchando heroicamente con su sorpresa y mil ideas que se la agolparon á la imaginacion, aparentó estar serena, y así es que cuando acudieron á las voces de la francesa, la hallaron con la sonrisa en los labios, como si celebrára una chanza pueril.

Muy en breve tranquilizó á los criados, haciéndoles una seña para que se alejáran, mientras que recibiendo en sus brazos á una niña como de siete años, peregrina como una virgen de Rafael, y cándida como la inocencia misma, decia con loco entusiasmo colmándola de besos:

—¡Hija mia, mi querida Genoveva! ¿tambien tú te habias asustado?

—¡Ay, mamá! parecias una muerta; estabas tan pálida, tan temblorosa!

—No ha sido nada, hija mia: un ligero vahido de debilidad que se me ha pasado al instante. ¡Tarda tanto tu papá en venir á comer!

—Ya se ve que tarda. Pues déjale, que en cuanto venga, yo le he de decir...

—No, no le digas nada, Genoveva. El no lo puede remediar, porque tiene muchas visitas que hacer, y sentiria mucho que nos quejáramos de su tardanza. ¿No le digas nada, no?

—Bueno, si tú lo mandas, callaré, mamá.

—Eso es lo que se llama una niña bien criadita, añadió la señora Bonnivet, imprimiendo un beso en la frente de Genoveva, quien como si comprendiese que su presencia era importuna, se alejó con una humildad que hacia mas interesante su rostro de ángel, graciosamente embellecido por las rubias trenzas de sus cabellos, que remataban en dos lazos celestes.

—Y bien, continuó madama Aurora, dirigiéndose á la esposa del médico. ¿No podré saber la causa de esa sorpresa?

—No lo estrañe V., señora Bonnivet. Es un amigo de la infancia, y....

—¿Quién? ¿mi desconocido? ¡ay Jesus! ¡cuánto lo celebro, mi querida vecina! cómo se va á alegrar cuando sepa...

—Nada menos que eso, señora. Tal hombre, no debe saber que vivo en esta casa, ni aun que existió siquiera.

—Perdone V., amiga mia. Yo creí que tendria gusto en verle.

—¡Jamás!

—Por eso no hay que incomodarse. Crea V. que al pensarlo así, me guiaba la mejor intencion. ¿Qué cosa mas natural que dos amigos de la infancia deseáran verse para recordar los dias de su niñez? Como soy Aurora que no comprendo...

—Es que nuestra amistad de la infancia, vino á convertirse despues en un odio mortal, por discordias de familia que no debo revelar en este momento.

—Eso es otra cosa; ni yo lo exijo tampoco. ¿Siempre serian rencillas políticas, eh?

—En efecto, rencillas políticas.

—¿No lo dije yo? Si esta España es un infierno. Cada español representa un partido. Este quiere rey, aquel reina: el uno es cristino moderado, el otro cristino exaltado: aquí se quiere Constitucion del año 12, allá el Estatuto, mas allá.... ¡Jesus qué maremagnum! ¿Cómo es posible que haya paz con una multitud así de opiniones? ¿Cómo ha de haber un gobierno estable y duradero, si...

La llegada de un nuevo personaje, interrumpió la conversacion de la señora Bonnivet, que habia tomado un giro interminable. Este era el médico, que despues de saludar cortesmente á la vecina, se llegó á dar la mano á su esposa, diciéndola:

—¿Qué hay, querida mía, te sientes mala?

—No por cierto; ¿por qué lo dices Ernesto?

—Porque tu mano está temblorosa; tu vista vacilante: ¿has llevado algún susto, Isabel?

—¡Qué locura! siempre te está dando cuidado mi salud. Siempre estás haciendo conjeturas de la cosa mas pequeña, mas insignificante. Lo tengo dicho muchas veces; es una fatalidad ser médico, porque al momento...

—No, pues esta vez no creo que sea aprension, respondió el doctor, que la habia estado observando detenidamente. Estas pulsaciones son demasiado aceleradas... ¿Qué quieres que te diga? yo... te aconsejo que te acuestes; te lo ruego, mi querida Isabel.

—¡Qué capricho! ¿No basta que yo te responda de mi buena salud, ó querrás que me haga la enferma de aprension? vaya, déjame á mí, y ocúpate de quien necesita mas de tu ciencia. Esta señora, nuestra vecina la señora Bonnavet...

—Servidora de Vds.

—Tiene en su casa un enfermo de cuidado.

—¿Cómo, de cuidado? pues yo ignoraba...

—Es una historia larga y curiosa, que por cierto hace mucho honor á los bellos sentimientos de la vecina. Un religioso á quien milagrosamente se ha libertado de una muerte casi cierta....

—¡Ola! ¿con que V. ha contribuido á esa generosa accion?

—Sí, mi querido vecino, y quiero continuar mi obra hasta el fin, para lo cual necesito principalmente los auxilios de V.

—Siendo asi, estoy á sus órdenes, señora Bonnavet, contestó el médico siguiendo los pasos de la viuda.

Isabel de Guzman, nuestra desdichada heroina, á quien sin duda habrán reconocido nuestros lectores antes de ahora, volvió á adquirir su postura habitual, haciendo descansar sobre la mano derecha el enorme peso de sus abrumadas sienes.

Triste, melancólica y abatida, no parece sentir en el corazon

lo que á su mente agobia, ni se esfuerza por disipar la confu-
sion de ideas agolpadas en su imaginacion. Todos sus recuerdos
felices y desventurados, hace tiempo que reposan inertes bajo
el peso de una sensibilidad glacial que se los representa en un
cuadro débilmente trazado con líneas imperceptibles, ó como
un sueño lúgubre, cuya ilusion deja estampadas las huellas de
un dolor ó pesar que no se cree.

¿Y cómo no olvidarse en parte de que fué desdichada, cuando
el compañero de su vida, tierno, cariñoso, idólatra hasta el
delirio, la ofrece una felicidad tan completa? ¿Qué hacer, sino
bendecir al hombre generoso que esperó á verla aislada en el
mundo para revelarla su entrañable amor y consagrar su vida
para hacerla feliz? Hace diez años, era una pobre huérfana es-
puesta á las miserias que el mundo ofrece, como la débil hoja
arrancada del árbol se vé espuesta á los caprichos del viento. En-
tonces la paz del sepulcro hubiera sido preferible al porvenir
triste y sombrío que se la presentaba ante sus ojos. Los brazos
de la muerte debian causarla menos horror que el agitado mar
de desventuras en que zozobraría su existencia; pero hoy lejos
de Isabel tan fúnebres ideas, vive tranquila y dichosa, puede
decirse, porque tiene un esposo que se afana por adivinar sus
pensamientos, por prever sus deseos, por satisfacer sus antojos,
y viniendo á colmar tan envidiable felicidad las tiernas caricias de
una hija hermosa, angelical, que como si fuera emanacion del
cielo, cautiva con su mirar, enamora con su candor, y seduce
con sus palabras.

Esto no obstante, parece que la desventurada Isabel murió
para el mundo aquel dia aciago en que vió desaparecer las joyas
mas preciadas de su corazón: una madre cariñosa que era el
ídolo de su vida, y un hermano digno de mejor suerte que era
mitad de su existencia. Por eso el intenso pesar de su alma se
refleja fielmente en el abatimiento de su rostro: por eso se ase-
meja á la pálida y marchita azucena olvidada por la furia de los
vendabales, la que antes ostentára en el jardin del mundo las

vistas galas de una flor llena de vida: por eso, en fin, va envuelta siempre entre enlutados crespones, como si ya no perteneciese á la tierra, y esperára á cada instante ser arrebatada de un mundo que la arroja de sí con penosa lentitud, por mas insensible que quiera hacerse á los tristes recuerdos de su azarosa existencia.

Verémosla á pesar de todo, afable y tierna con el apasionado Ernesto; tranquila y resignada para consigo misma, y hé aqui como hace ocho años que viven en una venturosa paz nunca perturbada por la discordia mas insignificante. En ellos todo parece atractivo, ternura, cariño y entusiasmo: hasta en la misma melancólica tristeza de Isabel, cree ver reflejado el enamorado Ernesto un sentimiento heroico que le retrata un corazón lleno de bellezas y encantos, purificado en los crisoles de la mas implacable desgracia y la virtud mas experimentada.

Descritos estos antecedentes con toda la rapidez que nos ha sido posible, continuaremos la narracion de nuestra historia.

Volvió Ernesto de reconocer al religioso, y dirigiéndose á Isabel con la ternura de siempre, la preguntó:

—¿Cómo estamos, señorita?

—Menos impaciente que hace un momento, porque se me figuraba que tardabas demasiado.

—En efecto, añadió el doctor tomándola el pulso maquinalmente: (¡oh! esto ya es otra cosa; aqui hay mas regularidad). En efecto, mi querida Isabel, he tardado mas de lo que debiera, porque habian tenido la imprevision de poner á ese pobre hombre un vendaje sobre la herida, sin tener en cuenta que se pegaría la sangre.

—¿Y qué es lo que tiene?

—Nada para el caso. Lo que mas daño le ha hecho, es el susto que se ha llevado, y así es que no me estraña que se quedara privado de sentido como dice la vecina. Entre paréntesis, ¡qué charlatana es la vecina, mi querida Isabel; hoy me ha parecido mas que nunca: me ha atronado la cabeza! Lo que es

el enfermo, no tiene sino una herida en la piel del cráneo, de media pulgada de longitud y tres líneas de profundidad. Le he mandado sangrar al momento, y con un parche de aglutinante que se le pondrá despues quedará corriente en dos dias.

—¡Ay, qué fatigado estás! ¿vienes muy cansado?

—Sí, mucho. Hoy la tarea ha sido muy larga, y es probable que en adelante lo sea mas.

—¿Tienes muchos enfermos?

—Muchísimos. Jamás he tenido tantos, ni nunca he temido la ciencia tanto como ahora.

—Y ¿cómo así?

—La peste se ha desarrollado de una manera espantosa.

—¡Dios mio!

—Sí, espantosa. Ha habido casos en que han muerto las personas en la calle atacadas por el cólera.

—¡Qué horror!

—Está probado que las muertes que se suponian por el envenenamiento de las fuentes, son casos del cólera-morbo. Por el barrio de San Anton particularmente, hay una mortandad continua.

—¡Cielos! ¿en dónde vive Matilde?

—Allí mismo. A tres coléricos he asistido. Dos han muerto delante de mí, y otro espiraría á los pocos minutos de salir yo, porque á los ruegos de una hija fui á asistir á su padre, y cuando llegué, ya estaba yerto.

—Ernesto, ¿y si en el foco de la epidemia corriese algun riesgo tu vida?

—No es contagiosa, mi querida Isabel; pero aunque lo fuera, nunca menos que ahora faltaría á mi deber. Mi obligacion es asistir á los enfermos, y abandonarlos menos cuanto mayor sea el peligro de su vida. Es tarde, Isabel, y dentro de una hora tengo que asistir á la visita del hospital: comamos si te parece.

—Cuando gustes.

Levantáronse ambos del confidente , y Ernesto viendo en la alfombra una tarjeta que habia permanecido oculta entre la falda de Isabel , se apresuró á recogerla sin ser notado. La leyó con avidez ; reflexionó unos instantes , y se estremeció al recuerdo de una historia que jamás hasta entonces habia venido á perturbar su felicidad conyugal. Frotábase los ojos y volvía á leer por si afortunadamente se habia equivocado ; pero un temblor se apoderaba de todo su cuerpo ; la frente se le bañaba en sudor , y yertas las palabras en sus labios , apenas podia responder á su esposa , que viéndole inmóvil y taciturno , le preguntó:

—¿ En qué piensas , Ernesto , te sientes mal ?

—No , no es nada , absolutamente nada. Dime , Isabel , ¿ has tenido alguna visita esta mañana ?

—No.

—¿ Ni esta tarde ?

—Tampoco.

—¿ Estás segura ?

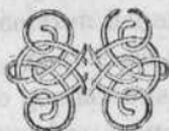
—Segurísima.

—¿ Ni han dejado ningun recado ?

—No por cierto. ¿ Qué ? ¿ le esperabas ?

—Si ; esperaba que me dijese... En fin , se habrán olvidado.

Tal vez se acuerden de hacerlo mañana. Vamos , vamos á la mesa.



CAPITULO IV.

Un secreto inviolable.

Grande fué la satisfaccion que al dia siguiente causó al salvador del religioso el encontrarse á su protegido notablemente mejorado ; pero aun fué mayor la sorpresa de madama Aurora al ver honrada su casa con la presencia de un jóven y elegante brigadier.

Apenas habia este penetrado en la habitacion , cuando el convaleciente religioso se arrojó á sus pies deshaciéndose en tan vivas espresiones de gratitud , que no pudieron menos de conmover el generoso corazon del militar.

La señora Bonnivet , recreábase en contemplar la donosura y elegancia del incógnito que tanto la habia cautivado , y como si buscára ansiosa una palabra ó una mirada de reconocimiento por los elogios que de su caridad hacia el enfermo , colocábase frente á frente del brigadier , quien mas pronto de lo que fuera

de desear anunció su ausencia, sin comprender la ansiedad de la viuda.

Entonces la impaciencia de madama Aurora llegó al extremo, y no pudiendo contener mas el torrente de sus palabras, dijo en tono de queja:

—¡Cómo, señor brigadier! ¿Tiene V. valor para dejarnos con esa indiferencia, como si jamás nos hubiéramos visto? Pues estamos gratos si por ser pobres no merecemos la atención de los ricos. Es preciso que para que una persona no haga caer en descrédito sus buenas cualidades, no se desdeñe de guardar á todo el mundo las consideraciones que son merecidas. Además de esto, no creo que se haya V. olvidado de que yo soy...

—Lo sé, lo sé.

—La viuda de un oficial...

—Repito que lo sé, y es V. digna efectivamente de mi consideración y respeto.

—Mil gracias.

—Mas en honor de la verdad, no encuentro que tenga V. motivo de queja, y mucho menos cuando llevo grabado en el fondo de mi alma el buen recuerdo de su munificencia.

—Gracias.

—De su amabilidad.

—Gracias, gracias; mas no es eso lo que yo mas deseo, mi querido brigadier; sino que ya que hemos tenido el gusto de conocernos, sentiría que fuese esta la última vez...

—¿Que nos veamos? No por cierto; si V. me contempla útil en alguna cosa, pues yo supongo que no habrá V. extraviado mi targeta.

—¿Extraviado? ¡Ay, ojalá se me hubiera perdido mil veces antes que...

—¿Cómo?

—¡Oh, maldita lengua! exclamó la señora Bonnavet reprimiéndose los labios.

—¿Qué es eso, amiga mia?

—Nada, nada, brigadier; no he querido decir nada, una equivocacion, un lapsus....

—¿A qué viene ese arrepentimiento?

—Si he dicho que no es nada.

—Eso envuelve algun misterio.

—¿Qué apurar! que no, ninguno.

—Vaya que sí: V. algo tiene que decirme.

—Pues ahora digo que no quiero decir nada.

—¿Y por qué motivo?

—¿Por qué! por qué! porque es un secreto! dijo madama Aurora aproximando sus labios al oido del brigadier.

—¿Un secreto?

—¿Y cómo! *un secreto... inviolable!*

—V. me confunde, amiga mia: ¿V. secretos mios? y ¿qué secreto es?

—Me gusta la franqueza, brigadier. Los secretos no se revelan á nadie; pues bonitas son las mujeres para...

El brigadier hizo una rara gesticulacion, y dando otro giro al dialogo, y otro aspecto á su fisionomia, dijo aparentando indiferencia.

—Efectivamente, seria desacreditar al bello sexo en estas materias: los secretos no deben confiarse á nadie, y mucho menos cuando pueden ser de la trascendencia que este.

—Ya se vé que sí.

—No hay duda que V. poseerá grandes secretos mios, repuso el brigadier asomando á sus labios una sonrisa burlona.

—De V., de V., si señor, y haga V. favor de no hablar con ese tono, porque cuando yo lo digo, señal de que tengo datos, y cuando aseguro que tengo secretos de V...

—Convengo; es porque posee V. secretos mios que no me quiere confiar; mil gracias. Afortunadamente no soy hombre á quien mortifica la curiosidad, y asi pues, me despido, amable viuda.

—¿Cómo! se marcha V. sin saber...

—¡Pues luego! la veo á V. tan ingrata, tan cruel...

—¡Ay, qué calma, Virgen del Carmen!

—Créame V., amiga mia: se me hace tan imposible que tenga V. secretos míos... V... por fuerza, me confunde con otro: ¿no es así? piénselo V. bien.

—Eso no es cierto, eso no es cierto, porque cuando ella vió la targeta...

—¿Quién?

—¡Ay, otro disparate! no vuelvo á hablar una palabra aunque me...

—¿Ha dicho V. ella, y quién es ella, cómo se llama, dónde vive?

—¡Ola, amiguito! ¿parece que la curiosidad se ha picado; se ha despertado el interés, eh?

—Perdone V., me habia imaginado una locura.

—La verdad, si yo supiera que V. no la guardaba rencor...

—¿Pero á quién?

—¡Haber sido tan amigos en la infancia!

—¿Quiere V. concluir, señora?

—¿Y todo por qué? por la maldita política que parece la manzana de la discordia de toda la humanidad.

—Acabemos señora. Esto ya pasa de chanza. ¿Se está V. burlando de mí?

—No por cierto.

—Pues en ese caso...

—Venga V. acá, brigadier: no sea V. tan vivo de génio y tenga un poco de paciencia, que todo se arreglará. Me dá V. palabra...

—De cuanto V. quiera.

—¿De no enfadarse ni de hacer mal uso de mi confianza?

—Bajo palabra de honor.

—Es que V. tiene trazas de muy emprendedor, y sentiría...

—Nada, nada tema V. Sepamos.

—Conoce V... cuidado, brigadier; no vaya V. por Dios á

comprometerme, porque no soy amiga de andar en chismes ni menos ser causa de...

—Bien, bien.

—¿Se acuerda V. de haber sido algun tiempo amigo de una jóven que se llama... se llama... Isabel de Guzman?

Tanto el brigadier como el religioso hicieron un movimiento de sorpresa. El religioso guardó silencio, disponiéndose á escuchar desde su asiento, de modo que no perdiese una palabra, y el brigadier preguntó con ansiedad:

—¿Isabel de Guzman ha dicho V? ¡Gran Dios! ¿y cómo sabe V. que yo la conozco? ¿quién ha dicho que soy su enemigo? Esa es una infame calumnia.

—¡Caballero!

—No es decir que sea V. la calumniadora: estoy muy lejos de suponerlo; pero acaso mis enemigos...

—Es que lo ha dicho ella misma.

—¿Ella misma? es posible? y en dónde?

—Eso ya es mucho exigir, brigadier, y es hacerme poco favor. Nunca me ha gustado ser charlatana, y menos cuando mis confianzas pueden dar margen á despertar el ódio que tiene V. á esa familia.

—¿Yo ódio?

—Sí señor, lo sé todo; no se haga V. de nuevas. Primero fueron Vds. amigos, muy amigos, y despues...

—Despues he salvado la vida de su padre, aun á riesgo de perder la mia, ¿prueba esto rencor ú ódio?

Las lágrimas que en este momento derramaba el religioso pasaron desapercibidas.

—En efecto que no, respondió la francesa. Pues cómo ha podido decirme la vecina...

—¿La vecina dice V? ¿Luego vive en esta casa?

—¿Qué? ¿no lo habia dicho? En el cuarto principal. Si es la mujer del médico que ha asistido al religioso.

Pronunciar estas palabras la francesa, levantarse el convale-

iente enfermo, y desaparecer éste de la habitacion, todo fué obra de un momento, mientras que el brigadier inmóvil y atónito por lo que acababa de oír y de ver, no acertaba á pronunciar una palabra.

Madama Aurora, sin reparar en semejante sorpresa, siguió, aunque demasiado tarde, las huellas del religioso, gritando con todas sus fuerzas desde la escalera:

—¡Fr. Agustin! Fr. Agustin!.. sí... buen paso lleva... ya le han abierto la puerta... No, pues yo he de saber...

Y empezó á subir precipitadamente hácia el cuarto principal dando muestras de su agilidad; mas detúvose á las voces de la fatigada Teresa, que en aquel momento llegaba diciendo llena de regocijo:

—¡Albricias, señora Bonnavet, albricias! somos felices.

—Pues ¿qué hay Teresita?

—Dispóngase V. á recibir una buena noticia.

—¿De quién, de mi Genaro?

—Sí señora, de Genaro.

—Entre V., éntre V., mi querida Teresa.

—No, señora Bonnavet; me es imposible, absolutamente imposible, porque necesito acabar hoy una obra, y ademas deseo tambien dar la noticia á mi pobre madre, que se alegrará tanto como nosotras.

—¿Y qué es lo que hay, qué la han dicho á V? sepamos.

—Pues señor, he visto al juez, al alcaide, á los alguaciles, al escribano; eso sí, sobre todo, al escribano.

—Y ¿qué?

—He llorado como una Magdalena; pero al fin me han dado palabra de ponerle en comunicacion.

—¿En comunicacion? ¡Dios mio, qué felicidad! y ¿cuándo, mi querida Teresa?

—¿Cuándo? mañana mismo.

—¡Mañana mismo! oh qué dicha! ¿con que le veremos mañana?

—Si Dios quiere, y el señor juez, que, sea dicho con perdon suyo, siempre me ha parecido adusto y de muy mal génio menos hoy; se conoce que el escribano tiene vara alta con él. ¿Qué es eso, ahora llora V?

—Si, Teresita, lloro de placer, de regocijo, al pensar que mañana vamos á verle despues de tanto tiempo.

—Despues de quince, dias por lo que es cuenta.

—Con que hasta luego, señora Bonnivet.

—¿No entra V. á descansar, Teresita?

—De ninguna manera, me es imposible.

—Es que está aquí aquel caballero.

—¿Qué caballero?

—El que salvó ayer la vida al religioso.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo; escelente sugeto! le quiero mucho porque tiene buen corazon; pero déle V. espresiones y digale V. que otro dia le verá. Hasta luego, hasta luego.

Teresa, que no desconocia el valor del tiempo, desapareció sin querer escitar la locuacidad de la viuda; y volviendo ésta á su habitacion sin acordarse mas del religioso, encontró al brigadier profundamente pensativo, cruzando la sala de un extremo á otro.

—Ay, qué buena noticia, brigadier de mi alma, decia llena de júbilo. Estoy loca, loca, al pensar que mañana le voy á ver y á abrazar despues de quince dias que han sido para mí quince siglos. Los jueces, sin duda, se han convencido de su inocencia, y le ponen en comunicacion mañana, y á las veinticuatro horas le soltarán y volverá á su casa, y Santiago el cojo quedará por un infame calumniador, y... ¿mas por qué me mira V. así, mi querido brigadier? ¿por qué está V. tan pensativo y fija V. en mí los ojos de una manera tan singular?

El brigadier, en efecto, sin prestar la mas pequeña atencion al regocijo ni á las palabras de madama Aurora, se paró unos instantes y fijó los ojos en ella como si batallase con alguna indecision. Por último la dijo resueltamente:

—Oiga V. Es preciso que yo vea á esa mujer.

—¿A quién?

—A la del cuarto principal.

—¡Jesus María y José! Pues buena la íbamos á hacer. No permita Dios semejante cosa. Lo que es yo, lavo mis manos, mi querido brigadier, y allá se las compongan Vds. No faltaba mas que habiéndome encargado el secreto fuera á decir... vaya, vaya, no pretenda V. eso de mí, porque perderemos las amistades, brigadier.

—Yo no lo espero así, amable viudita.

—Si V. dá en pretender eso, de seguro.

—¿Y por qué motivo?

—Porque he dado mi palabra, y...

—El talento de las personas sirve, no solo para conocer los errores, sino para repararlos.

—Es que á mí no me toca...

—¿Conocer la razon? Bueno seria que quisiera V. estraviar su buen juicio hasta ese punto. Yo la tengo á V. por una mujer de buen criterio, y un talento poco comun.

—Eso es lisonja, caballero, porque si bien he estudiado allá en mis tiempos, cuando pensaba casarme con un profesor de idiomas, gramática, álgebra, geografía, historia, principios de latin, de lógica, de...

—Basta, basta; en ese caso tratemos la cuestion lógicamente, y no podrá V. menos de...

—Negarme abiertamente.

—Eso no es posible.

—Le digo á V que sí.

—Probémoslo. Su marido de V. era lo que se llama un valiente, ¿no es verdad?

—Sí señor, de los valientes granaderos de Oudinot.

—Militar pandonoroso.

—Sí señor, tambien.

—¿Muy querido del Emperador?

—Muy querido, si señor, principalmente desde aquella batalla en que...

—Silencio, no hay que interrumpirme. Supongamos que ese mismo Emperador que tanto aprecio dispensaba á su marido de V., que de tantos honores le colmaba en justa recompensa de sus méritos y servicios, tal vez...

—Es que no hay tal vez que valga, señor brigadier, porque si mi marido...

—Permitame V. continuar. Supongamos, repito, que ese mismo Emperador, de la noche á la mañana, sin dar satisfacciones de ninguna especie, y sin que su esposo de V. hubiera dado el motivo mas mínimo de queja, le escribiese diciendo: «Me pesa haberos elevado hasta la clase que os distingue. Los honores que os he concedido, son otros tantos insultos al mérito y al valor, porque no los habeis ganado. Ha sido una obcecacion mia el distinguiros con mi aprecio singular. Os segrego, pues, del número de mis favorecidos, y os arrojo ignominiosamente de las filas de mis valientes guardias.»

—Es que eso hubiera sido imposible, mi querido brigadier, porque los méritos de mi esposo fueron reales y efectivos, y el Emperador no se hubiera atrevido nunca á despreciar los servicios de un fiel vasallo como Rosendo Bonnivet, que en la batalla de Frieland...

—Concedo, amiga mia. Tampoco me atrevería á dudar nunca semejante cosa; pero supongámoslo por un instante para fundar la base del argumento. Doy por hecho que si el Emperador hubiera obrado asi, habria sido á impulsos de alguna calumnia.

—Por supuesto que de alguna calumnia.

—¿Qué hubiera hecho entonces su esposo de V?

—¿Qué hubiera hecho? No pensar mal del Emperador.

—Pero si llegarse á él, y suplicarle la revelacion del nombre del calumniador para vindicarse á los ojos de la Francia, en desagravio de su honor ofendido. ¿No es esto lo que habria

hecho su esposo de V., y como él cualquier hombre que apreciase en algo la estimacion de los demas?

—Sí señor : eso es precisamente lo que hubiera hecho mi difunto esposo.

—Ahora bien : y si al intentar acercarse al Emperador encontrára cerradas las puertas del palacio , y solo una persona, exclusivamente una , pudiera abrirselas , ¿qué partido debería tomar.

—Naturalmente, valerse de esa misma persona.

—¿Y si ésta se negára á ello?

—Por Dios , brigadier , ¿quién se habia de negar á una cosa así? Eso seria una ridiculez, una infamia , mejor dicho.

—Perfectamente : ahora reflexione V. sobre nuestra cuestion. La vecina es el Emperador , yo el vasallo ofendido , y V....

—¡Ah! qué torpe soy , y con qué sutileza me ha tendido V. la red ! nécia de mí ! ¿Con que tanto le han calumniado á V?

—Cómo V. no puede figurarse.

—¿Y para con la vecina?

—Exactamente. ¿Será V. capaz todavía de hacer traicion á los gritos de la conciencia, amable viuda?

—Ha colocado V. la cuestion de una manera tan peligrosamente resbaladiza, que la verdad...

—¿Se vé V. inclinada á protegerme, no es así!

—No tanto , brigadier , no tanto , porque la terminante prohibicion de la vecina...

—Eso es un pequeño escrúpulo conyugal que se disipará luego que se persuada del objeto que me guia.

—Sin embargo , pudiera ocurrir algun disgusto , y en ese caso...

—¿No aprecia V. en nada la palabra de honor de un brigadier? He dicho que no deseo mas que desvanecer el efecto de una calumnia.

—¿Me responde V. de que no habrá fatales consecuencias?

—Con mi vida si es preciso.

—Por Dios, brigadier, no me engañe V.; no tengamos que sentir, y luego...

—Esa desconfianza me ofende. ¿Quiére V. hablarla? acabemos de una vez.

—Bien, la hablaré, aunque no consiento en lograr nada; sea lo que Dios quiera. Solo por V. seria capaz de hacer este sacrificio; solo por V., porque, la verdad, me ha llegado V. á interesar tanto...

—Gracias, amiga mia, gracias. Mi gratitud será eterna.

—¿Vendrá V. mañana?

—Aunque sea esta misma noche.

—Pues hasta la noche. Estoy impaciente por saber qué es del religioso, y al mismo tiempo quiero preparar el terreno.

—Perfectamente. Sutileza y eficacia, mi querida viuda.

—Pues confianza, y sobre todo prudencia, brigadier.

Tal era la conversacion que pasaba en el cuarto de la francesa, cuando como hemos dicho, subió el religioso al principal, tan fuera de sí, que ni las desaforadas voces de madama Aurora bastaron á contenerle.

Abrióronle la puerta sin dificultad, y penetrando en las habitaciones con la misma agitacion que sabiera, llenó de confusion á todos los de la casa del médico, quienes al principio le creyeron un hombre falto de juicio.

Su único afan era arrojarse á las pies de Isabel, y en efecto, luego que lo consiguió, les inundó de lágrimas, balbuceando mil palabras incoherentes, que por último vinieron á revelarla que aquel pobre religioso protegido por la caridad de Teresa y de madama Aurora, era el fiel mayordomo de la quinta de Guzman, que tanto habia participado de los infortunios de la desdichada familia. Isabel entonces le recibió en sus brazos con estremadas muestras de alegría, siquiera por ser el único vástago que la quedára de aquellos recuerdos.

No es para describir la tierna entrevista de estos dos personajes que se creian resucitados despues de diez años: un centenar

de preguntas no bastaban á satisfacer la insaciable curiosidad de Fr. Agustin, á quien al cabo de una hora correspondió hacer un ligero relato de su vida.

—Yo, señorita, dijo, respondiendo á una pregunta de Isabel, me vi aislado en el mundo; completamente aislado, desde aquel incendio horroroso de la quinta, que nos arrebató á mi pobre señora y á mi infeliz señorito. En los ocho dias que estuvo V. en la granja de la condesa, es seguro que mas de veinte veces intenté presentarme á V., no para ofrecerle los pequeños servicios de que era capaz, sino mi sangre, mi existencia, porque tal era el deber que me imponian los terribles sucesos acaecidos en la desdichada familia de mis queridos amos; pero siempre me decian que no estaba V. en disposicion de ver á nadie; que los médicos tenian prohibido hablar á V.; y en fin, que podia contarse á V. por muerta, segun informes de los dos facultativos que no se apartaban de la cabecera, observando síntomas infalibles de una muerte cierta. En esto me vine á Madrid, sin recursos, sin encontrar parientes ni amigos, y sin mas elementos que una firme vocacion para entrar en el claustro, y efectivamente, me recibieron en el convento de San Francisco, de donde no hubiera salido jamás á no ocurrir la catástrofe de antes de ayer. Me salvó, como V. sabe, un hombre generoso y una mujer caritativa: Dios les recompensará tan buena accion. Ese hombre generoso, señorita, como ya he dicho está abajo.

—Si, sí, ya lo he oido, respondió Isabel esforzándose por no escucharlo.

—En el cuarto entresuelo donde vive la señora Bonnivet. Es un militar de clase muy elevada. Bello como su corazon, y tan simpático como generoso. Yo por mas que he intentado cavilar sobre una idea...

—Adelante, adelante, Agustin, eso no nos importa.

—En fin, lo cierto es que habló de mi amo.

—¿De mi padre?

—Si, dijo que le habia visto, ó que sabia de él; pero yo

tenia fija la imaginacion en otra cosa, y no comprendí...

—Siga V., siga V., ¿y en estos diez años, nada ha sabido V. de nosotros, Agustin?

—Nada. ¡Ah! He dicho mal. Hará cuatro ó cinco años, poco mas ó menos, me encontré no sé en qué funcion religiosa con una hermana de la Caridad, y me dijo acercándose á mí: «Mala memoria tiene el hermano Agustin cuando no se acuerda de esta humilde sierva de Jesucristo.» La miré, ¿y sabe V. quién era, señorita?

—¿Quién?

—Aquella buena señora que llegó á la quinta con V. el dia del secuestro, y que milagrosamente salvó la vida en el incendio.

—Ah! sí, la señora Gabriela.

—Esa, esa, la señora Gabriela. Ya se vé, como era natural, la pregunté por Vds., y me contó cómo habia V. residido en el Bierzo al lado de una familia amiga del amo; me contó la muerte de... de una paralitica.

—De la señora de Sandoval.

—Pues, de la señora de Sandoval. El casamiento de la hija de esta señora con un mayorazgo muy rico que se trasladó á Madrid para disfrutar de su inmensa fortuna, y por último, la boda de V. con aquel jóven que tan heroicamente se portó el dia del incendio.

—Exactamente, Agustin; lo conserva V. todo en la memoria, tal como ha pasado. Aquel jóven médico es mi esposo, quien tendrá el mayor placer al recibir á V. en su casa, porque yo supongo que ya no pensará V. en dejarnos.

—Señorita, no merezco la honra que V. quiere hacerme, y que yo agradezco con todas las veras de mi alma. Mas tenga V. en cuenta que ya soy un pobre anciano, y que aunque mis descos conserven la energia de hace diez años, mi edad no me ayuda á ser útil para nada.

—Es que yo no recibo á V. para que coma el pan de la ser-

vidumbre, no por cierto. Admito en mi casa al fiel amigo que ha participado de nuestras desdichas; al honrado Agustín que merecía la ciega fé y confianza de mis padres; al desamparado religioso que necesita hospitalidad.

—Y si acaso su esposo de V...

—¿Mi esposo? ¡qué locura! Mi esposo es el mejor de los hombres. No quiere sino lo que yo deseo, y es seguro que tendrá un día de gloria cuando sepa la inefable satisfacción que he tenido.

—¿Luego es V. muy feliz con él?

—Vaya si soy feliz! ¿y cómo no, cuando el pobre Ernesto se afana tanto por satisfacer mi voluntad, y adivinarla si es posible? V. no le conoce, Agustín, y no es extraño que no sepa juzgarle.

—¡Oh! ¡cuánto me alegró de saber que es V. dichosa, señorita! Bien sabe Dios...

—¡Calla! ¿Qué traerá por aquí madama Aurora? dijo Isabel viendo entrar á la francesa.

—Alabado sea Dios, vecinita. Ola, prófugo Fr. Agustín. Bónito modo tiene V. de insinuarse; echar á correr como un loco por la escalera arriba sin decir oste ni moste, como dicen en España.

—Perdone V., mi querida bienhechora; en aquel instante no sabia lo que pasaba por mí, ni en dónde estaba.

—En efecto, señora Bonnivet, Fr. Agustín es un amigo de muchos años á quien aprecio muy singularmente.

—¡Cómo! ¿tambien Fr. Agustín es conocido de V? Pues hija mia, ¿cuántos conocidos tiene V? ¡vaya una cosa singular! Cualquiera diria que esto es una novela; y cuidado si es curiosa! Yo he hecho mal en revelar un secreto, que como he dicho antes, era inviolable, lo conozco, y Dios me perdone; pero á fé que no habiendo sucedido así, no ocurriría, como yo espero que ocurrirá, la reconciliacion de dos personas que yo bien sé, que callo ahora porque soy prudente y enemiga de hablar mas

de lo que permite la buena educacion, ni hubiera llegado á noticia de Fr. Agustin el nombre de Isabel de Guzman. ¡Qué cosas tan particulares suceden en el mundo! ¡Qué casualidades! ¡Válgame Dios! Quién diria... vecinita, añadió madama Aurora con mucho secreto: tengo que hablar á V. á solas, si V. me hace esa gracia, de una cosa interesante, importantísima y urgente.

Isabel pocos momentos despues dió sus disposiciones para que Agustin fuese atendido con el mayor esmero, y se preparó á escuchar el asunto importantísimo que conducía á su presencia á la señora Bonnivet.

Los amigos y los amantes.



Ahora de que pudiese...
de honor, conduzo...
de la variedad...
con escasa o muchos interesantes á nuestra historia.

Hablamos de Guilleran y de Matilde...
de Isabel, cuyo carácter franco, franco y cariñoso, no puede
menos de hacer feliz al espectador de su vida.

Dueños de una fortuna independiente, jamás sus esperanzas
fueron dirigidas á las vanas aspiraciones de la ambición. Se contentaron con la posesión de sus
bienes, como si fueran el fin mismo de su vida. De las cosas bellas
que los rodeaban, el amor era su único objeto. No se ocuparon
más del cultivo y cuidado de su familia, y esto, porque re-
gularon sus hábitos con sus obligaciones antiguas, han
estado unidos desde los primeros años de su juventud, y

CAPITULO V.

Dos amigos y dos amantes.

Antes de que presenciemos las escenas que pasan en la prision de Genaro, conduzcamos al lector á la casa de un matrimonio, tipo de la verdadera felicidad conyugal, y en donde ocurre otra escena no menos interesante á nuestra historia.

Hablamos de Guillermo y de Matilde: aquella buena amiga de Isabel, cuyo carácter franco, tierno y cariñoso, no puede menos de hacer feliz al compañero de su vida.

Dueños de una fortuna independiente, jamás han experimentado ningun género de ambicion. Se aman con la pureza de dos niños; como nacidos el uno para el otro. Ni hay entre ellos celos que los inquieten, ni amanece un dia nebuloso que oscurezca el sol claro y radiante de su felicidad; y esto, porque siguiendo los impulsos de sus simpáticos sentimientos, han vivido amándose desde los primeros años de su juventud, y

porque felizmente, no encontraron en la florida carrera de sus amores padres esclusivistas que violentáran sus inclinaciones.

Pasó aquella época en que los labios de Matilde solo se desplegaban para lamentarse de la pérdida que mas ha lacerado su corazon: aquellos dias en que á semejanza de Isabel, se vió completamente aislada en el mundo, cuando cumpliéndose el pronóstico de la señora de Sandoval, sucumbió ésta, en una de las enfermedades que mas ingratas se muestran á las investigaciones de la medicina.

Consagrada ahora á hacer feliz al hombre que tan digno es de poseer su corazon, ha hecho firme propósito de no recordar este fúnebre período de su vida; y en efecto, conserva la vivacidad de imaginacion, la franqueza de carácter, el atractivo seductor que arrastró las simpatias de Guillermo el primer dia de sus amores.

Estaban cierta mañana en uno de sus frecuentes y dulces coloquios, quizá tratando del porvenir de su querido Arturo, fruto de su venturosa union, cuando un nuevo personaje llegó á interrumpirlos con su presencia.

—¿Qué novedad ha ocurrido Ernesto? se apresuró á preguntar Matilde viendo entrar al esposo de Isabel, pálido y descajado.

—Ninguna, Matilde.

—No, pues á ti algo te pasa. Francamente, ¿está mala Isabel?

—No.

—¿Genoveba tampoco?

—Tampoco.

—Pues yo tambien, añadió Guillermo, juraría que estabas malo ó que eras portador de alguna mala nueva.

—¿Estaré descolorido, no es verdad?

—Mucho, sí.

—No os asombréis. Llevo tan malas noches, que no es extraño que me salgan á la cara.

—¿Y qué tal, va cediendo la peste?

—Sí, Guillermo, es preciso no desanimarse; la aprension ejerce mucha influencia sobre los individuos, y yo os aconsejo que no la tengais, porque bastaria para que nos dieseis que sentir. Las autoridades han desplegado su actividad para contrarestar los efectos de la mejor manera posible, y no hay duda que cederá dentro de poco tiempo: sí, cederá indudablemente.

Ernesto á los pocos minutos de haber llegado, manifestó á Guillermo vivos deseos de hablar á solas con él, y efectivamente se trasladaron á una habitacion donde podian hacerlo en completa libertad.

Guillermo hacia unos momentos que esperaba con ánsia ver el fin que se proponia su amigo con semejantes precauciones; pero su sorpresa llegó al mayor extremo cuando mal disimulado el esposo de Isabel, se dejó sorprender una lágrima involuntaria que se deslizó por su mejilla.

—¿Qué tienes Ernesto? ¿qué es lo que te sucede? ¿por qué no hablas? ¿no ves que ya estamos solos?

—¿Guillermo, Guillermo... compadéceme!

—¿Y por qué Ernesto? ¿por qué he de compadecerte? ¿No eres completamente feliz?

—No.

La sequedad y resolucion con que respondió Ernesto, aumentó la confusion del sorprendido Guillermo.

—Pues habla: ¿qué es lo que necesitas? ¿qué es lo que quieres? Una sola palabra tuya, ya sabes que basta para poner á tu disposicion cuanto hay en mi casa.

—No, no es eso, Guillermo.

—¿Acaso está mala Isabel y has querido ocultárselo á Matilde?

—Tampoco es eso.

—¿Tu hija tal vez?

—Tampoco, Guillermo, tampoco.

—Pues en ese caso...

—Oyeme con atencion. No me reprendas si crees que soy demasiado pueril en lo que voy á decirte. Pero yo no puedo menos: necesito desahogar mi corazon, necesito revelar mis penas, y á nadie mejor que á tí, porque tú me comprendes y tú sabes lo mucho que adoro á mi Isabel.

—Y bien; ¿qué quieres decir con eso?

—Escúchame, mi querido Guillermo. Ocho años hace que Isabel es mi esposa, y durante estos ocho años, tú mismo has visto que ni la mas pequeña accion, ni la mas insignificante palabra ha venido á turbar la deliciosa paz de nuestro matrimonio. La he visto triste, cavilosa, afligida, efectivamente: la he sorprendido suspirando y vertiendo copiosas lágrimas, tambien es verdad: mas esto, lejos de reprenderlo, yo mismo lo he disculpado reflexionando que Isabel ha sido muy desdichada, y que la hiel de las penas suele disolverse entre el llanto que se vierte. En cambio, sus tiernas palabras, sus voluptuosas caricias, han servido de lenitivo á mis pesares, de descanso á mis fatigas, de recompensa á mis afanosos desvelos para hacerla feliz. Ahora bien, mi querido Guillermo: ¿un hombre que tan generoso se muestra, que con tanta fé descansa en la virtud de su esposa, que es mitad de su vida: un hombre que la adora con entusiasmo, que no codicia mas ventura ni porvenir que la felicidad de ella, que en sus ojos intenta adivinar lo que sospecha querer; ¿merece que se le agravie con una ingratitud vergonzosa y humillante; que se le ofenda con el pensamiento siquiera?

—Sin duda que no; ¿pero á qué conduce esa pregunta? ¿acaso Isabel....

—Si, Guillermo. Isabel... digo mal: una casualidad funesta ha venido á inspirarme unas sospechas punzantes, devoradoras, que en vano intento alejar de mí en los dos dias que llevo de tormento.

—¿Y en qué se fundan esas sospechas? Vámos, serénate, Ernesto. Veo que esta cuestion te afecta demasiado, y es preciso tomarlo con alguna calma. ¿Qué adelantas con sofocarte? Nada

mas que acalorar la imaginacion, confundir las ideas y aglomerar maliciosas inducciones. Vamos, serénate repito, y continúa.

—Te acuerdas, prosiguió Ernesto despues de unos instantes de pausa. ¿Te acuerdas de Federico, aquel jóven militar de quien tanto nos solia hablar Matilde en otro tiempo?

—Sí, en efecto, recuerdo que en muchas conversaciones que tuvimos en el Bierzo... ; pero calla! sino me equivoco, ese mismo se embarcó para América, ó no sé para dónde. ¿Está aqui tal vez?

—No sé qué responderte, Guillermo.

—En ese caso no comprendo lo que quieres decirme.

—Permíteme que concluya, y despues á tú discrecion queda juzgar de la importancia de mis inquietudes ó de mis temores por la pérdida de mi felicidad. Hace dos días llegué á casa, y como de costumbre me dirigí á saludar á Isabel cariñosamente, porque estos rápidos momentos que cojo tan á deseo, es la única tregua que doy á mis afanes, y lo que me dá aliento para continuar mis fatigas. Pues bien; llegué como te digo, me dió la mano, y observé que estaba yerta y temblorosa; la miro á los ojos, y los tenia turbios de llorar; su rostro estaba pálido como el de un cadáver, tanto, que llegué á temer por su vida, porque mi cavilosidad me hizo creer instantaneamente que se declaraban en su semblante síntomas del cólera. La aconsejé repetidas veces que se acostára; pero fácilmente me tranquilizó con esa seduccion que se desprende de sus lábios, y no insistí mas, porque mejor reflexionado, conocí la inexactitud de mis juicios. Por último, llegó el momento de disponernos á comer, se levanta, y apenas habia dado un paso, cuando, escucha Guillermo, observé que sus vestidos habian estado ocultando una targeta que recogí de la alfombra. ¿Una targeta, me has oido?

—¿Una targeta? ¿y qué tiene de particular?

—Oyeme: la leí, y lo que entonces pasó por mi imaginacion, no te lo puedo referir, Guillermo, porque ni yo mismo lo sé. Mil ideas á cual mas tormentosas se me agolparon en la mente;

se apoderó de mí un temblor que no podía resistir, y créeme, me asaltó un pensamiento funesto que en vano trato de desechár, porque de día, de noche, en mi casa, fuera de ella, en todas partes me acosa y me abruma. Cada palabra de cariño de Isabel se me representa ya como un sarcasmo, cada caricia como una burla, cada mirada como un insulto.

—Pero ¿por qué es todo eso? espícate.

—Hay veces que lloro como un niño; veces que lucho conmigo mismo desesperado, y veces que me avergüenzo de haber pensado mal de mi Isabel; pues por mas que este acontecimiento me hace una guerra cruel, yo no quiero ni puedo menos de creerla pura como un ángel y virtuosa como la virtud misma. Mas es lo cierto que esta inquietud me atormenta, que este pensamiento inherente á mi cariño, destila un veneno que me mortifica, me hiere y me asesina. Estoy al lado de Isabel, y vivo avergonzado temiendo hacer un papel ridículo. Voy á visitar á mis enfermos, y víctimas de mis errores, créelo Guillermo, víctimas de mis errores, se me figurá que perecen todos cuando el recurso de la ciencia bien administrada debia salvarlos. En fin, Guillermo, yo no puedo vivir así: necesito retirarme de la sociedad, de mi casa, del mundo si es preciso, si mi existencia no es compatible con la felicidad de Isabel.

Guillermo, procurando disimular la impresion que le causaban las sentidas palabras de su amigo, aparentó cuanta serenidad le fué posible.

—¿Tú estás loco, Ernesto? ¿En qué te fundas para creer que Isabel no es feliz contigo? ¿qué has visto en ella para sospechar que no te quiere como el primer día de vuestro matrimonio? ¿Por ventura esa tristeza que dices, y esa palidez cadavérica, no es habitual en ella, y como has asegurado muchas veces, incorregible?

—Sí, ¿pero y la targeta que ha tratado de ocultar á mis ojos?

—¿Mas de quién es esa targeta? acabemos.

—¿De quién? ¿aun no me has entendido? de Federico.

—¡Cómo! ¿de ese militar de quien acabamos de hablar?

—¡Sí! de ese amante oculto de Isabel que sin duda se está mofando de mi estúpida ignorancia, haciendo alarde tal vez de sus triunfos amorosos!

—¡Alto, caballero! Esos pensamientos son indignos de un hombre que se tiene por honrado y de buen corazón. Es una bajeza sospechar tan pobremente de una mujer tan virtuosa y ejemplar como es la tuya, y cuyo tesoro voy conociendo que posees indignamente. Pues hombre!... estamos frescos si al cabo de ocho años de esa gloria tan decantada por tus labios, das en la manía de ser celoso, y cómo! como pudiera hacerlo un hombre que clara y terminantemente viese motivos indudables de infidelidad conyugal. Y vamos á ver: ¿en qué se fundan esos celos tan justificados á tu modo de entender? Respóndeme. En haber visto estampado un nombre en un papel; nada más absolutamente. Vaya unas razones sólidas para un científico literato!

—Te engañas, Guillermo: si se examina bien, hay muchos motivos para sospechar...

—¡Eh! eso nunca se dice ni se piensa.

—¿Pero y la targeta?

—¡La targeta! la targeta no pasa de tener escrito un nombre.

—Y ese nombre...

—Sea de quien quiera, nada significa.

—¿Mas quién la ha llevado allí?

—¿Quién? ¿y á tí qué te importa? ¿por fuerza ha de ser del modo ó con el objeto que á tí te se antoja?

—Es que yo necesito saberlo. Isabel estaba en la obligación de decirlo, lo ha ocultado, prueba de que aquí se encierra un misterio.

—Déjame, déjame en paz, y no me mortifiques con tus locuras. Dijo bien aquel poeta: «Amantes y celosos, todos son locos.» Tú has soñado que necesitas tener un rival porque te

cansa la monotonía de tu matrimonio, y no hay mas, te saldrás con la tuya de escitar una discordia, cuyos resultados...

En la situacion en que Ernesto se encontraba, no podia menos de disgustarle el aire de frivolidad que habia tomado la conversacion de Guillermo. Tomó el sombrero en la mano, y disponíase á partir, cuando le contuvo su amigo, diciéndole :

—¡Eh! ¿á dónde vas, mal génio, con ese ceño tan adusto? ¿Te has picado por lo que he dicho?

—No; pero veo, Guillermo, que eres demasiado feliz para que puedas comprender á los desgraciados.

—Nada de eso; lo que debes tener presente, es que yo lo miro con mas sangre fria que tú, y doy campo á la reflexion que en tí no encuentra espacio. Vamos á ver, siéntate; te lo suplico, mi querido Ernesto. ¿Has tenido algun motivo de desconfianza de Isabel, antes de ahora? repasa tu memoria.

—No; porque desde aquel mismo instante hubiera empezado á ser el hombre mas desdichado de la tierra.

—Pues bien, Ernesto. Si Isabel ha sido siempre un modelo de virtudes; si estás seguro de su amor, ¿es posible que una cosa tan sencilla, tan incalificable, destruya la ciega fé y confianza que han constituido tantos años de matrimonio? ¿Cómo querrás defender la causa de tus imprudentes sospechas? ¿Diciendo que la targeta estaba allí, y que esto indica que Federico no andaría muy lejos? La fuerza de semejantes razonamientos es tan débil, que no basta á decidir la cuestion, y no puedo creer que te alucines hasta el estremo de cometer una ligereza impulsada por un exceso de cavilosidad maliciosa digna de la reprehension mas ágría. Esa targeta... pensémoslo con calma, mi querido Ernesto, ¿no podría suceder que Isabel la conservára desde tiempo inmemorial, por ejemplo, desde antes de conocerte?

—No puede ser, y si es así en efecto, probaría que la reservaba en prenda de un excesivo cariño hácia ese hombre.

—Cabalmente. Semejante modo de discurrir te hace un honor

muy distinguido, y sobre todo, está basado en unos cimientos muy sólidos.

—Y ¿por qué no creer lo que se hace mas verosímil? por qué no suponer que antes de ayer mismo...

—Sea como tú quieras, lo admito, porque una casualidad venturosa puede haberle obligado á ello.

—¿Casualidad venturosa dices?

—Mucho que sí. ¿No debemos creer que Federico, caso de hallarse en Madrid, debe haber venido de tierras muy lejanas?

—Corriente.

—¿La existencia del padre de Isabel, no es un misterio desde que aquel compañero suyo de emigracion que vino de Lóndres, nos dió noticia de que se embarcó para la India?

—Sí.

—Pues bien; ¿qué dificultad hay en suponer que allá se hayan visto, y que por encargo del mismo Guzman...

—Tampoco es posible, Guillermo. Isabel me lo hubiera dicho al instante.

—Lo habria hecho á no dudar; pero Isabel tiene mas talento que todo eso, y si, como no puedo menos de creer, ha conocido tu carácter suspicaz, egoista y lo que es peor, celoso como acabo de ver, ha hecho bien por mas que tú lo creas un error; ha hecho bien, repito, ocultar una entrevista que ella no habrá podido evitar, y que sabida por tí, sabe Dios á donde la llevaría tu malicia.

—¿Y si te engañáras, Guillermo? ¿Y si Federico residiera aquí y la visitára, y despertándose entre los dos el recuerdo de hace diez años...

—¡Eh! silencio! ya te he dicho que no quiero oír esas locuras. Semejantes pensamientos es preciso que desaparezcan para siempre de tu imaginacion, ¿lo oyes? De lo contrario... puedes contar con que dejamos de ser amigos.

—De todas maneras, esto no puede quedar así.

—Pues quedará, ó tendremos que reñir los dos, y muy de veras.

—Yo he de buscar á ese hombre.

—¡Ernesto! esa es la mayor locura que puedes hacer. Sería el colmo de la estupidez: te pondrias en ridiculo, y lo que es peor, darias márgen á que el mundo pusiera en duda la virtud de Isabel.

—Entonces, que me explique ella...

—Eso... te lo aconsejaría cuando yo estuviera seguro de que ibas á obrar con prudencia.

—Es que obraré con prudencia, Guillermo.

—Muy desatinado estás para hacérmelo creer; pero en fin, ¿lo harás sin mentar para nada á Federico?

—¿Cómo no, si es de él de quien intentamos averiguar...

—Eh ahí como ibas á cometer un error funesto. No, de ninguna manera: obrando así, la obligarias á mentir, caso de que tus sospechas tengan algun fondo de verdad. Debes empezar á hablarla con dulzura y con vaguedad para que no comprenda la tendencia de tu objeto. La preguntas que si es completamente feliz contigo. Que si tiene alguna queja de tu conducta. Te lamentas de no saber de su padre; de verla triste y llorosa; en fin, esas cosas en que puede con sus confianzas dejar entrever los sentimientos de su corazon. La recuerdas los años de su juventud; aquellas deliciosas tardes que pasábamos en el Bierzo, y si se quiere, y tienes habilidad para hacerlo con jovialidad y ternura, te muestras celoso de aquellos amores que tan misteriosamente existieron y se desbarataron. Estas armas, manejadas con franqueza, con cariño y sobre todo con muchísima prudencia, son mas que suficientes para declararte la verdad de cuanto exista, si al analizar sus palabras comprendes la esencia, y no te ofuscas con esa diversidad de ideas que exaltan tu imaginacion. Créeme, Ernesto, las ligerezas en estos casos pueden dar márgen á disgustos irreparables. Si lo mas probable es que Isabel sea inocente, ¿qué necesidad tienes de revelarla que has tenido la audacia de pensar mal de ella? ¿Te se figura que una vez persuadida de esta idea habrá de ser feliz contigo? Al con-

irario: creará que admities con repugnancia sus caricias, y te las negará para siempre: sospechará que sus palabras son escuchadas con desconfianza y prevención, y el silencio de sus labios; las lágrimas de sus ojos, serán para tí un eterno remordimiento, y para ella un martirio lento que acabará con su vida. Prudencia, pues, mi querido Ernesto. Un matrimonio pacífico que se ama como vosotros os amais, es lo que constituye la felicidad mas completa; pero una vez sembrada la discordia, ahuyentaríais para siempre la tranquilidad, y una continua lucha seria vuestro eterno dogal. Prudencia, repito, y suspendamos los juicios hasta tanto que el tiempo venga felizmente á disipar esas visiones que te ofuscan la razon.

Tanta fué la influencia que ejercieron en el ánimo de Ernesto las palabras de Guillermo, que no se atrevió á contradecirle, y poco despues se despidió resuelto á poner en práctica los prudentes consejos de su buen amigo.

Ahora veamos lo que al mismo tiempo ocurre en la prision de Genaro Bonnavet.

Segun Teresa pronosticó, ha sido puesto en comunicacion, y como es consiguiente, tiernamente saludado con lágrimas y abrazos de madama Aurora, abrumándole con tantas preguntas y ternezas, que seria empalagoso referir. Inútil es tambien que nos ocupemos de la incoherencia y filateria de sus históricas revelaciones, que el pobre Genaro escuchaba con virtuosa resignacion. Baste advertir que no pasó desapercibido lo ocurrido con el religioso, apropiandese una virtud que realmente no la pertenecía: la casualidad de conocer el brigadier á la vecina del cuarto principal; la sorpresa de esta; el interés de aquel por lograr una entrevista á costa de cualquier sacrificio; lo mucho que podian prometerse con la protección de tan distinguido personage; los medios que habia ya empleado para lograr de la esposa del médico una condescendencia que tan difícil veia; hizo, en fin, la historia analitica de quince dias de extraordinaria

rios sucesos con la exactitud y precision que pudiera hacerlo el mas escrupuloso historiografo.

Al cabo de una hora , con ánimo de continuar su oficiosa mediacion para lograr el objeto de Federico , cuya apremiante exigencia se redoblaba cuantas mas eran las dificultades que se le oponian , despidióse de Genaro por algunos momentos que fueron oportunamente aprovechados por la buena Teresa , que en acecho de la ausencia de madama Aurora , esperaba con penosa ansiedad la ocasion de abrazar á solas á su interesante encarcelado.

Efectivamente ; apenas se vieron , uno y otro volaron á abrazarse llenos de regocijo , como si ambos acabáran de recobrar una felicidad perdida. Largo rato permanecieron silenciosos ; se enjugaron algunas lágrimas , y por último , Genaro rompió el silencio , diciendo :

—¡Oh! gracias á Dios, mi querida Teresa , que se han compadecido de nosotros. ¡Si viéras cuán horroroso es vivir entre cuatro paredes ! ¡ si supieras cuánto he sufrido por no verte ni saber de tí ! Unas veces se me figuraba que ya te habrias olvidado del pobre Genaro. Otras que me creerias un criminal porque me han tenido tanto tiempo en la cárcel , y otras... no sabia qué pensar ni de tí ni de mi suerte ni de nada. ¿Por qué lloras , Teresa ? por qué no me hablas ? ¡ Ah ! lo comprendo ! razon tenia yo para decir que me creías un criminal , y que te avergüenzas...

—Calla , Genaro. Merece esos pensamientos tan bajos la que dia y noche ha estado llorando por tí , sacrificándose...

—Tienes razon , Teresa ; vaya , no llores ; me arrepiento de lo que he dicho. Soy un ingrato , lo conozco ; un desagradecido.

—Eso es , un desagradecido. A fé que si yo hubiera atinado hace quince dias á hacer lo que ahora , no habrias estado encarcelado tanto tiempo ; pero ya se vé , yo ignoraba...

—¿Qué quierés decir con eso ?

—¡Qué justicia , Dios mio ! ¡ qué justicia ! al pensar que...

—¿Quieres explicarte?

—No, Genaro; éste es un secreto que no puedo revelar á nadie, aunque debia hacerlo ahora en castigo de haber pensado tan mal de mí. Mudemos de conversacion. ¿Has hablado con el escribano?

—Sí; él es el que ha venido á ponerme en comunicacion.

—¿Bien! ha cumplido su palabra: ¿y no te ha dado esperanza de que se verá pronto la causa?

—Me ha dicho que dentro de muy pocos dias. ¿Has visto á Santiago el Cojo? ¿Está bueno de la herida?

—Ni le he visto ni deseo verle. Le aborrezco porque él tiene la culpa de que te veas así; y á propósito, Genaro, ya no me acordaba; tengo que reñirte muy de veras. A nadie he querido preguntar la causa de vuestra disputa, por lo mismo que he oido que fué por una jóven linda á quien queriais no sé quien de los dos. No debería haber hecho nada por tí hasta salir de la duda; pero he querido ver si esa jóven tan linda como la pintan, dá mejores pruebas de amistad que yo. ¿Se ha portado bien esa señorita, caballero?

—Eres muy maliciosa, y á mi vez debería reñirte tambien. Esa señorita se ha portado tan generosamente conmigo, como pudiera hacerlo una hermana.

—¿Luego ha hecho sacrificios por tí? ¿Eres tú el que la defendias de los insultos de Santiago el Cojo?

—Yo mismo.

—Muy bien caballero. Pero aunque es un deber de los hombres el defender á las mujeres cuando las calumnian, ese interés tan grande indica algo mas; significa mucho, y no es por cierto la conducta de la linda jóven lo que me admira, ni el que tú salieras á su defensa, sino...

—Mi descaro de este momento, ¿no es verdad? Te he dicho ya que debia reñirte, y se me figura que voy á hacerlo de veras sino eres menos maliciosa.

—Déjate de chanzas, Genaro. ¿Es cierto que se interesa mucho por ti esa jóven?

—Nada mas cierto, mi querida Teresa.

Las megillas de Teresa adquirieron un sonrosado color que hacia resaltar mas la brillantez de sus negros ojos.

—May bien. Muy bien. ¿Con que es... tan linda?

—Como tú.

—¿Y ha hecho, dice V., muchos sacrificios?

—Como tú, y siempre como tú, respondió Genaro sonriéndose. ¿No conoces que en todo solo hay una jóven y que esta eres tú, pobre Teresa?

—¿Con que era á mí á quien insultaba ese infame?

—Sí, Teresa, y eso fué lo que me exasperó; lo que me llenó de ira, y por lo que le hubiera matado en el acto.

—¡Dios mio! ¿con que yo he sido la causa?

—No; fué la imprudencia de Santiago el Cojo, quien ya sabes que es mi enemigo mortal, porque conozco sus picardias. Escúchame y lo sabrás todo. No ignoras que Santiago el Cojo hace poco mas de medio año era un pordiosero, y que mas bien por compasion que por otra cosa le admitió el maestro para que aprendiese el oficio. Los cuatro primeros meses me ocupé esclusivamente en enseñarle, porque como al maestro le entró por el ojo derecho, como suele decirse, este era el mayor gusto que yo le podia dar. La esperiencia no tardó en darme á conocer las malas inclinaciones de Santiago, porque cometió la ligereza de revelarme sus vicios y de pretender de mí que admitiese el trato de sus amigos y compañeros de francachelas, cosa que jamás imaginé, porque el de mejor cara, parece un salteador de caminos. Esta aversion mia á todo lo suyo, ya se vé, me acarreó su ojeriza y mala voluntad, y por consecuencia la del maestro y la señora Serafina, que no saben donde poner á ese envidioso adulador. Abreviando palabras, Teresa, cierta mañana llegó á la tienda una señorona, parroquiana de mucho tiempo, y á quien siempre debí una especial atencion; la condesa del Ormazal, se

llama. Estábamos solos Santiago y yo, y me dice con la amabilidad de siempre: — «Adios, Genaro, me dirijo á ti desde luego, porque quiero que echés el resto de tu habilidad en lo que te voy á encargar. Dentro de un mes el dia 2 de agosto, ya sabes que son mis dias. Tengo reunion en mi casa, y quiero presentarme con un magnifico aderezo de brillantes, obra de tus manos, que deslumbre á la concurrencia. Esta es la ocasion de adquirir nombre de artista, señor don Genaro, me dijo, con que aplicarse y trabajar. Yo sé que auxiliado con oficiales de tu confianza puedes hacerme en este tiempo una cosa notable, porque sin tener yo este empeño, me hicistes el año pasado una magnifica pulsera que ha sido la admiracion de las elegantes de la corte.» Figúrate, mi querida Teresa, con qué entusiasmo oiria yo este elogio de una parroquiana imparcial que así sabe apreciar el fruto de mi aplicacion y de mis desvelos.

—Sigue, sigue, Genaro.

—«Quiero, continuaba la señora condesa, que me hagas una diadema, que presente en primer término una alegoría de mis armas; un alfiler que en campo de brillantes, resalte un gran zafiro, el mayor que se encuentre; una pulsera en que se colocará un retrato guarnecido tambien de brillantes; y por último, que el collar y los pendientes sean de tu ingeniosa invencion.» Yo acepté el encargo con entusiasmo, la ofrecí no descansar ni de dia ni de noche hasta ver concluida mi obra, y ella, tan previsora fué, que por si el maestro ponía algun reparo al encargarse de una obra de tanto valor, me entregó un bolsillo con mil duros en oro, para empezar á pagar la pedrería. Apenas la condesa salió de la tienda, cuando el cojo, siempre envidioso y siempre insultante, empezó á dirigirme pullas y mas pullas que yo no podia resistir.—Calla, Santiago, le decía sin dejar de trabajar. Calla, que ya sabes que la paciencia se me acaba pronto; pero él nada, siguiendo con sus insultos, me dijo:—¿Y qué me importa á mi que te se acabe la paciencia? ¿me amenazarás con tus amigas las señoronas de la aristocracia?

Sigue, sigue haciendo tu negocio con ellas, que no hay duda que el maestro se hará rico con los encargos que á tí te dan. ¿Quién te tose á tí con el puñado de oro que tienes en los bolsillos? Eso es lo que se llama ganar el dinero á manos llenas.—Santiago, este dinero es para el maestro, le respondí, y por última vez te ruego que me dejes trabajar sin insultarme.—Pues amigo, el que se pica, ajos come, con que así, tén paciencia, y aguántate.—Santiago, por Dios te ruego que calles, le repetí ya encolerizado.—Seamos claros, señor don Genaro, repuso él en tono burlesco; de esos encargos algo se pega, y luego, si como es de esperar se pasa á mejor estado y se establece el hombre, ya tiene su parroquia segura; á propósito, me dijo con perversa intencion, he visto á tu novia, elegante como nunca. Tú siempre dices que es tan pobre como virtuosa; pero francamente, Genaro, yo creo que te engaña como á un chino.

—¿Eso dijo el malvado?

—Escucha, Teresa.—Yo creo que te engaña como á un chiao, y que ni una cosa ni otra le cuadra bien.

—¡Infame!

—Una mujer bonita en el dia nunca es pobre. La hermosura es un tesoro como otro cualquiera, y sabiendo comerciar con él, como yo supongo que... No le dejé acabar; la sangre se me subió á la cabeza, me encendí en ira, y con la rabia del hombre que acaba de ser herido en lo mas íntimo de su corazon, le arrojé á la cabeza el martillo con que estaba trabajando. Desgraciadamente le herí de gravedad, junto á la sien. A sus gritos bajó el maestro; llamaron á la justicia, y despues de recogerme de los bolsillos los mil duros en oro que por una inadvertencia no me apresuré á entregar al maestro, me trageron aquí, donde tú sabes que me han tenido quince dias eternos.

—¡Dios mio! y ser yo la culpa de todo!

—No, Teresa, ya te lo he dicho.

—¡Ahora es cuando conozco de dónde nace esa horrible calumnia!

—¿Una calumnia? y cuál es? pronto, Teresa, dímelo todo, porque en ese villano ninguna maldad me parece increíble. Déjate de llorar y responde. ¿No me oyes, Teresa?

—Te han acusado de... de... yo no me atrevo, Genaro.

—Teresa... Yo te lo mando, te lo exijo.

—Pues bien, ya que tú lo quieres... pero antes de todo, dame palabra de no incomodarte. Yo jamás he puesto en duda tu honradez ni la pondré, así Dios te haga feliz; pero el otro día, preguntando al escribano por qué te tenían tanto tiempo incomunicado, me dijo: ¿qué no lo sabe V? al principio solo se le encausó por la herida que hizo en la cabeza á uno de sus compañeros, mas ahora la causa es distinta porque se le atribuye...

Teresa no se atrevió á continuar; pero á una mirada imperiosa de Genaro, se decidió á balbucear estas palabras.

—Se le atribuye... un robo!

Teresa ocultó el rostro con el pañuelo, y Genaro exclamó lleno de rubor y de vergüenza:

—¿Un robo? ¡Ah! lo comprendo todo, Teresa, y esa nueva infamia me confirma mas y mas la perversidad de mi calumniador. Por eso el juez al interrogarme hablaba tanto de que me habian sacado de los bolsillos veinte mil reales en oro! ¡Dios mio! este es el colmo de la desesperacion porque yo no lo he podido negar, y mi contestacion creerán que es una disculpa; pero no, mi querida Teresa; no te aflijas ni dés lugar con tus lágrimas á hacerme creer que dudas de mi honradez. Mi conciencia está tan tranquila como la del mas inocente de la tierra. Soy victima ahora de la saña de un malvado; pero Dios no permitirá que la honradez se vea avasallada por la calumnia mucho tiempo, y un dia llegará, sí, pronto llegará, en que mi frente tranquila y orgullosa confunda en el oprobio á ese miserable hipócrita. Pongamos, pues, los medios, mi querida Teresa. ¿Dudas aun de mi inocencia?

—Jamás, Genaro, jamás.

—¿Puedo contar como siempre con tu cariño?
—Hasta con mi vida si te es necesaria.
—Pues bien, es preciso que te presentes de mi parte á la señora condesa del Ormazal.

—¿A una condesa, Genaro? Mas... ¿qué importa? haré todo lo que quieras, si es por tu bien.

—Gracias, Teresa, no perdamos tiempo. Sin perjuicio de que verbalmente la enteres de todo lo ocurrido, la escribiré una carta.

—Sí, sí, mejor es que en una carta la enteres de todo por si se me olvida alguna cosa.

Genaro trazó rápidamente unos renglones en un papel, y poniéndole en manos de su amiga, la dijo:

—Eh aquí, Teresa; no tengas inconveniente en hablarla con franqueza, por que es una señora muy natural y muy amable, á pesar de ser de muchas campanillas. Ya he puesto en el sobre las señas de la casa, ¿las ves?

—Sí, sí, estoy enterada.

—No olvides que te espero con impaciencia, porque de los informes de la condesa, á quien pertenecen los veinte mil reales, depende mi salvacion.

—Quisiera poder volar para darte gusto.

—Adios, buena Teresa.

—Adios, mi querido Genaro.

CAPITULO VI.

Recuerdos.

Dois dias han trascurrido desde que por su desmensurada facundia hemos visto cuan fácilmente profanó madama Aurora Bonnavet la inviolabilidad del secreto, asi como los sucesos que de ello se han desprendido.

No podia menos de suceder que en Federico, libertador de la vida del señor Guzman en los campos de Utrera, y despreciado amante de Isabel el mismo dia que mas tierna y apasionada le habia hecho mayores protestas de fidelidad, no solo se despertára el vivo deseo de aclarar el misterio de este singular acontecimiento que hace diez años le enloquece, sino el de averiguar la suerte del conjurado que le debe mas que la vida.

Fué su primer impulso, presentarse á la esposa del médico; pero como dedujese de las palabras de la francesa que semejante resolución habia de ser rechazada, adoptó el medio que le pareció mas prudente: valerse de la intervencion de su protectora madama Bonnavet.

No por esto consiguió mejores resultados el plan de Federico. Isabel reprendió ágríamente á la francesa por haber faltado á su confianza, y la oficiosa viuda tornó confundida y avergonzada á poner en noticia del brigadier la resuelta negativa de la vecina.

Sériamente ofendido entonces el orgullo del brigadier, formó un empeño decidido en conseguir la entrevista, aunque le fuera preciso arrostrar medios violentos, supuesto que al creerse con derecho á la gratitud de aquella familia, se encontraba con un desaire que no podia menos de afectar su delicadeza y amor propio.

¡ Pero cuán distante estaba Federico de penetrar la verdad del misterio! Por qué ¿ se habrá creído que una fuerza de voluntad propia ha impulsado la resistencia de Isabel? ¿ Se habrá creído que tan poca confianza tiene en su virtud que tiembla al presentarse ante el hombre á quien amó en sus primeros años? ¿ Se habrá creído, en fin, que su corazon no se estremeció lleno de avidez y esperanza cuando en boca de madama Aurora oyó entre mal perjeñados detalles, que Federico habia sido el salvador de su padre? No seguramente. Isabel tiene demasiada confianza en sí misma, y sintió despertarse en ella vivos deseos de penetrar aquel secreto que felizmente ignora y que hasta su propia madre la ocultó; pero esta confianza y este deseo, se ven cruelmente combatidos por otra fuerza superior, que la violenta y martiriza en silencio, sin consuelo y sin esperanza.

Isabel no puede apartar de su memoria que el nombre de Federico es odiado por Ernesto: tiene muy grabado en su mente que antes de pertenecerla pronosticaba que un encuentro así podria envenenar los dias de su felicidad, y la virtuosa Isabel se creia en la precisa obligacion, no solo de evitar el peligro de que semejante pronóstico llegara á realizarse, sino de ocultar todo lo que pudiera conducir al recuerdo de aquellos amores.

Federico ya sabemos que se halla muy distante de disculpar

la negativa de Isabel y muy dispuesto á llevar á cabo su propósito á despecho de las dificultades que se le presentan.

Reflexionó, sin embargo, detenidamente sobre los medios y las consecuencias, y por último se resolvió creyendo obrar así con la necesaria mesura, á apelar de nuevo á la señora Bonnavet, quien mal parada de su primera tentativa, se santiguó mil veces llena de asombro al oír la descabellada pretension de su querido brigadier.

Mas como Federico habia comprendido perfectamente el carácter de la viuda, tardó muy poco en reducirla á su voluntad, no sin haberla prometido en galardón de sus relevantes servicios lo que en efecto no podia estar mejor ideado; la libertad de su hijo, en cuya causa podia el brigadier influir muy directamente como nos descubrirá mas adelante el curso de nuestra historia.

Preparado, pues, el ánimo de la francesa, é iniciada por Federico del modo como habia de dirigir sus razonamientos, se vió por fin frente á frente con Isabel, mientras que en su habitacion contaba el brigadier los instantes de su penosa inquietud.

—Mi querida vecina... dijo madama Aurora llena de desconfianza. Temería presentarme de nuevo á los ojos de V., si una voz consoladora que resuena en mi corazón, no me infundiera la esperanza de que se compadecerá V. de mí.

—Pues qué es lo que ocurre, señora Bonnavet?

—Vecina... por el amor de Dios no se incomode V. ni desoiga los lamentos de una madre aflijida. Yo soy imprudente, lo conozco: merezco que V. se enfade conmigo y que no vuelva á consentir en que atravesese los umbrales de esta casa. Pero V. que tiene tan buenos sentimientos: V. que es madre y que sabe que rer tanto á la señorita Genoveba...

—Que quiere V. decir con eso, señora Bonnavet?

—Quiero decir, mi querida vecina... quiero decir... que no tiene V. corazón si me niega lo que vengo á pedirla.

—Pero sepamos: ¿qué es lo que V. desea?

—Ay vecina de mis entrañas ! Si V. supiera con cuánta pena, con cuanto temor he subido después de lo que ocurrió el otro día !.

—Bien bien , adelante.

—Oh ! sabe Dios que si no fuera por lo que es , no habria fuerza humana que me hiciese pasar la vergüenza que estoy pasando , prescindiendo del sentimiento que me causa el molestar á una señora tan amable , tan bondadosa...

—Quiere V. concluir , señora Bonnivet ?

—Sí , sí , mi querida vecina , á eso voy , pero antes de todo es preciso que sepa yo si se interesa V. por la suerte de mi Genaro.

—Eso quién lo duda ?

—Y sería V. capaz de hacer todo lo posible por conseguir su libertad ?

—Yo de poco valgo ; pero si en mi mano estuviera...

—Lo haría V. , no es así ?

—Seguramente.

—Oh ! pues entonces mi hijo será dichoso y yo la mas feliz de las madres porque en V. consiste todo.

—En mí ?

—Sí , mi querida vecina ; en V. que ya no se puede arrepentir porque me ha prometido hacer cualquier sacrificio. En V. que no podrá menos de compadecerse de mis ayés , de mis lágrimas , de mi desconsuelo.

—Pero cómo ? esplíquese V.

—Cómo ? Ah ! prométame V. antes no incomodarse aunque diga lo que quiera.

—Corriente : prometido.

—Ese brigadier...

Una mirada llena de severidad , de la esposa del médico , manifestó bien á las claras que este asunto no quedaba comprendido en su indulgencia.

—Se enfada V. , no es verdad ? Oh ! nada me importa ; es decir , me importa mucho ; pero todo lo sufro y sufriré porque

no he de alejarme de aquí sin que V. se apiade de mis lágrimas. Ah! señora! No me niegue V. esa gracia, porque en recompensa de conseguirla se me ofrece la libertad de mi hijo: de mi hijo á quien han calumniado villanamente: de mi Genaro, que es la única esperanza de mi felicidad: mi único consuelo de este mundo y por el que yo ruego á V. de rodillas en nombre de lo que mas ama V. en la tierra, un momento de generosidad; un rasgo de misericordia. Yo respeto mucho los poderosos motivos que tenga V. para negarse á una entrevista con el brigadier, si señora; los respeto mucho, pero ya que todo el sacrificio se reduce á violentarse por un instante, ¿es posible que dude V. en hacer feliz á una familia desgraciada? El brigadier debe de ser un hombre honrado: un caballero pundonoroso, y quizá un asunto de suma delicadeza, una cuestion de honor le haga pretender esta entrevista, para lo cual me temo que cometa cualquier desatino. Sea V. pues, condescendiente, mi querida vecina, y por Jesus crucificado...

—Silencio! V. ignora señora Bonnivet que lejos de inclinar mi voluntad, con esas palabras, mas se acrecienta mi indignacion.

—Pero será posible?...

—Ni una palabra mas.

—Señora! tenga V. en consideracion que es un amigo de muchos años; que ha salvado de un eminente peligro la vida de su padre de V. como lo dije el otro dia; pero ahora ya estoy mas informada y lo sé todo. El fué quien descubrió una conspiracion á cuya cabeza estaba su padre de V. Siendo el brigadier capitan de caballería, le hizo prisionero y...

—Prisionero? exclamó Isabel vivamente escitada su curiosidad. ¿Y en dónde? ¿Luego el brigadier sabe de mi padre?

—Creo que si señora; es decir, creo que no... en fin, yo no sé, porque aun cuando le hizo prisionero en una noche muy oscura en las inmediaciones de Utrera, en ocasion que el rey se dirigia á Cádiz...

- Qué? que es lo que sucedió?
- Le mataron el caballo.
- A quién? á mi padre?
- Sí, señora.
- Y luego?
- El brigadier le obligó á montar en el suyo para salvarle.
- Siga V.
- Se fueron los dos á un pueblo inmediato.
- Y qué mas? qué mas, señora Bonivet?
- El brigadier tuvo que desertarse, y se embarcó para América.
- Pero bien, y mi padre, mi padre ¿no ha dicho qué es de él?
- No, mi querida vecina; nada mas me ha confiado el brigadier.

Nunca mas que en estos momentos peligró la resistencia de la hija de Guzman, porque el deseo de penetrar el arcano de la suerte de su padre dominó todas las consideraciones que avasallaba su voluntad, prescindiendo de que ella ignoraba que el capitán Federico habia sido el salvador de su padre, circunstancia, repetimos, que cuidadosamente la ocultó su madre por no renovar la herida de los contrariados amores, cuando el fujitivo conjurado decia en una carta que llegó á manos de su esposa: «El capitán Federico me ha salvado la vida. Pudo y casi debió asesinarme y no lo hizo; guardad su nombre en vuestro corazón para bendecirle eternamente.»

Es muy disculpable por lo tanto que Isabel vacilára momentáneamente de su propósito y que se viera inclinada á declararlo á Ernesto; pero estremeciéndose á la idea de ocuparse de un hombre que estaba segura habia de escitar la inquietud y los celos de su esposo, aunque la sirviera de égida el noble objeto de indagar la suerte del autor de sus dias, se reprendió por su flaqueza resignándose á apurar la hiel del sufrimiento, y á luchar heroicamente con la fuerza de su destino implacable.

—Y bien, mi querida vecina; dijo la francesa despues de observar la impresion que sus palabras habian causado á Isabel. ¿Es posible que ni aun el deseo de saber lo que ocurri6 entonces con su padre de V...

—Lo he dicho ya, señora Bonnivet. Es absolutamente imposible lo que V. pretende.

—¿Y si yo me atreviera á decírselo á su esposo de V.?

—¡Señora! Ese es el mayor crimen que podria V. cometer.

—Es que el brigadier no halla inconveniente en eso.

—Pues yo se lo prohibo á V. de una manera terminante, asi como la prohibo que hable una palabra mas de este asunto. Señora Bounivet... tenga V. la bondad de retirarse si es que desea complacerme, dijo con precipitacion, viendo que la francesa era mas peligrosa de lo que habia creído.

—Señora, por el amor de Dios: por esta madre desdichada...

—Tenga V. la bondad de retirarse, repito: no quiero escucharla mas.

Vista la gravedad con que Isabel pronunció estas palabras, la francesa se retiró triste, llorosa y confundida, con ánimo de hacer perder á Federico toda esperanza.

¡Y qué satisfecha quedó entonces de su heroicidad la desdichada Isabel! ¡Luchar contra los sentimientos de su corazon! ¡Luchar frente á frente con el apasionado amante de su juventud, con el salvador de su padre, con el que podria iniciarle acaso en la suerte del llorado proscrito! ¡De cuánta gratitud se creyó merecedora! ¡cuánto le debe el compañero de su vida! ¿Pero son acaso palabras de agradecimiento las que busca Isabel? ¿Intenta, por ventura, obligar por este medio el amor del fiel esposo, del generoso amigo, que compadecido acaso de su horfandad, la eligió por compañera?... No. Mas grande es la recompensa que se reserva: mas inmarcesibles los lauros que han de premiar tan her6ica virtud. La tranquilidad de su conciencia: la satisfaccion de haber salvado á Ernesto de un enemigo de su felicidad conyugal.

Mas ¡ qué rapidos fueron los instantes de este noble orgullo! ¡ cuán pronto se persuadió de que el genio del mal continuaba trazándola el incierto rumbo de su azarosa vida!

—¡ Señora! ¡ señora! exclamó llena de agitación una de sus criadas. Un caballero alto, moreno, buen mozo y desea ver á V. con mucho empeño.

—¿ A mí?

—Sí, señora, á V. Es un militar con un uniforme tan elegante que parece un general.

—¿ Un militar has dicho?... Pues dile que me es imposible recibir, que estoy indispuesta; que no estoy en casa, cualquiera cosa; pero que no entre, que no entre de ningun modo.

—Ya es inútil señora; dijo Federico apareciéndose en el dintel de la puerta, dejando sorprendidas á Isabel y á la mensajera, que se retiró á pocos instantes, temiendo una repulsa de su señora.

—¿ Caballero! exclamó Isabel mas indignada por su audacia que sorprendida por su aparicion.

—Perdone V., señora: sé que he obrado mal, lo conozco: pero vista la tenaz resistencia con que se han rechazado mis súplicas, me he resuelto á arrostrarlo todo: ¡ todo! hasta la indignacion de V., que es hasta donde podia osar mi atrevimiento.

Isabel hizo un esfuerzo para retirarse, pero Federico la interrumpió diciéndola:

—Solo un momento, Isabel: no trato de comprometer la delicadeza de V. ni desconozco las consideraciones que debo guardar á la que ya pertenece á otro hombre; pero séame permitido al menos...

—Nada, caballero, respondió Isabel disimulando mal su confusion. Podria hacérseme algun cargo por la presencia de V. en esta casa. Mi esposo ha salido, y mi salud... en fin, caballero, me retiro, me retiro.

—Seré breve, muy breve si V. me escucha un instante. Además, no creo que se tuviera por crimen el que un amigo de hace tanto tiempo...

—No importa ; deseo retirarme.

—Sea como V. guste, Isabel. Mas séame permitido siquiera saber el paradero del señor Guzman, quien seguramente no mandaria cerrar las puertas de su casa al que supo tenderle una mano generosa cuando...

—Sí, ya sé... me han dicho que á V. le debe...

—La vida, si señora. Le salvé de una muerte afrentosa hace diez años ; la noche del 12 de junio.

—¡ Oh ! esa buena accion, no puede menos de obligar nuestra gratitud.

—No : no vengo en busca de gratitud, señora. No á que se me agradezcan servicios que requeria el deber de la amistad, sino á probar cuan injustamente se han calificado mis designios cuando han sido rechazados con una resolucion que no era de esperar.

—Es que hay circunstancias, caballero...

—Haya las que quiera ; mi delicadeza ha sido ofendida, y mi nombre maltratado sin piedad, ¡ y por quién ! por la mujer que tanto le acariciaba en otro tiempo. Creeria V., señora, que despues de lo ocurrido habia de tener valor para presentarme delante de V. con objeto de echarla en cara...

—¡ Caballero !

—Tiene V. razon, no es esto lo que debe ocuparnos.

—Ni esto ni ninguna cosa : yo suplico á V...

—Lo comprendo, Isabel : lo comprendo y me retiraré luego que V. me haga la gracia de participarme cual es el paradero del señor Guzman.

—Me es imposible, porque hace ya muchos años que no sabemos de su existencia, por consiguiente es inútil...

—¿ Pero cómo muchos años ? preguntó admirado Federico.

—Sí señor ; desde el año 23.

—¿ Y qué ? ¿ No ha vuelto desde aquella época ?

—No señor.

—¡ Gran Dios ! ¿ y no han tenido Vds. noticias de él ? ¿ no ha eserito á ninguno de su familia ?

—Absolutamente nada.

—Mas Vds. recibirían una carta que escribió desde el puerto de Santa María, ¿no es así?

—¿Una carta?

—Sí, señora. Una carta de sumo interés que me exigió fuese entregada por mí precisamente á su esposa.

—¿Entregada por V.?

—Exactamente; por mí mismo.

Isabel en medio de su estado intranquilo y violento, no podía menos de prestar atención á estas singulares noticias, tan contradictorias con el proceder de su padre.

—Y V. en ese caso... dijo Isabel codiciando mas pormenores, pero sin atreverse á mirar al brigadier.

—Yo acepté el encargo, tanto porque el infeliz me lo rogó bañado en llanto al darnos nuestro abrazo de despedida, cuanto por no iniciarle en un secreto que pertenecía...

—Bien; eso no es del caso. ¿Entregó V. la carta por fin?

—¿Qué si la entregué? preguntó asombrado el brigadier. No señora, pero hice que por otros medios llegara á manos de la esposa del señor Guzmán. Tenia necesidad de fugarme tambien para salvar mi vida, y ademas... se me habia prohibido poner los pies en la quinta.

Isabel abocada al tránsito mas penoso de su entrevista con el brigadier, ocultó su rostro con el pañuelo, y hubiera preferido confundirse bajo la tierra, antes que permanecer un instante mas delante de Federico.

—Sí, señora, continuó este con acento doloroso. Se me habia prohibido poner los pies en la quinta. ¿Lo ha olvidado V. acaso porque ha trascurrido tanto tiempo?

—¡Caballero! exclamó Isabel temiendo entrar en esta polémica.

—No: no será larga mi digresion porque pensaba dejar intacto este particular para que no se creyera que es mi ánimo vindicarme á los ojos de nadie, ni menos pedir satisfacciones

de actos que estoy muy lejos de calificar. Siento que hayamos recaído en esta conversacion, mas ya que sin intencion ha sido provocada, sepa V. que no me presenté á entregar el sagrado depósito que se me confiara por el señor Guzman, porque pocos dias antes me habia dicho su hija.

«No intente V. hablarme, porque no le escucharé: no espere V. verme, porque no saldre de mi casa mientras permanezca V. en este pais; en fin, no intente V. penetrar en la quinta, porque le arrojarán desde sus muros.»

La alteracion que se notaba en el rostro de Isabel, indicaba el daño que la hacian tales recuerdos.

—Porque le arrojarán desde sus muros, sí, señora. Estas fueron poco mas ó menos las palabras que arrancaron la venda á mi necia credulidad. Estos los desengaños que se siguieron á aquellas mentidas palabras cuya memoria no puedo menos de maldecir. ¿Las ha olvidado V. tambien, Isabel? Se ha olvidado V. cuando con un acento lleno de finjida dulzura al pié de aquel sauce, cuna que llamábamos de nuestra felicidad, decia V. ¿por qué buscas el peligro de la muerte si yo no podria vivir sin tí? ¿por qué espones tu vida sin acordarte de que debes guardarla para que yo sea feliz?

—¡Caballero!

—¡Falsa amiga! ¡Destilar aquella miel de los labios, cuando el corazon encerraba tanto veneno! ¡Prestar alas á un amor lleno de vida y entusiasmo para que despues de remontado á una region de seductoras ilusiones, se sepultara en un abismo sin esperanza!

—¡Caballero! esos recuerdos...

—Son los que me han estado martirizando diez años. Justo es por lo tanto que V. participe del daño causado por su veleidad, por su falsia, por...

—¡Oh! eso ya es demasiado, caballero.

—Está V. en su lugar al reprenderme, porque he estado bastante descomedido en mis palabras; lo conozco: tal era, señora,

la copia de mis resentimientos: tal la indignacion que me inspira el recuerdo de aquella carta funesta, principio de mis infortunios, y naufragio de mis esperanzas. Séame permitido este pequeño desahogo en gracia siquiera de mis tormentos pasados... y adios para siempre, Isabel.

Federico profundamente afectado se enjugó las lágrimas involuntarias que se desprendian de sus ojos, y dió algunos pasos para retirarse.

Isabel dominada por la prolongada lucha de estos sucesos, y como si la faltasen fuerzas para sostenerse, se recostó en el confidente vertiendo tambien copiosas lágrimas que no podia contener.

—Una palabra, Isabel; añadió Federico alentado sin duda por una vaga ilusion; una sola palabra, y concluyo. Aquella carta... por compasion, confiéselo V. ingénuamente ya que la suerte ha querido que nos encontremos. ¿Estaba escrita por V. misma, no es cierto?

Isabel ocultando la violencia que la costaba resolver esta pregunta, respondió con firmeza:

—Si señor.

—¿Y obró V. entonces por voluntad propia, ¿no es así?

—He dicho que estaba escrita por mi mano, contestó Isabel con gravedad.

—Pero bien; eso no basta, porque pudiera V. haberse visto obligada á ello.

—Esa presuncion...

—¿Es muy gratuita, no es verdad? Sea concedida al amor en que confié. Pero yo recuerdo que un hombre frecuentaba la quinta, y que á cada paso temia V. ser víctima de sus maldades. Esta idea fué la que me asaltó cuando recibí la carta, y así es que no dando crédito á lo que leian mis ojos, repetidas veces intenté penetrar en casa de V.; pero mis sospechas desaparecieron cuando ví que en efecto se me prohibia la entrada por los criados. Francamente, Isabel, ¿fué aquella la voluntad de V.?

Isabel vaciló un momento ; pero por último dijo con resolución.

—Sí.

—¿ Con qué nadie la hizo á V. violencia para escribirla ?

—¡ Nadie ! ¡ nadie ! ! respondió la infeliz agotando todas las fuerzas del sufrimiento , no atreviéndose ni aun con la imaginacion á ofender la memoria de sus padres.

—¡ Oh ! esas palabras , dijo Federico sumamente afectado : esas lágrimas , me revelan otra cosa Isabel . Y si diez años de penoso martirio ; si el haber salvado la vida á su padre de V. merece algun premio , sea la revelacion de ese secreto , que juro sobre la cruz de mi espada respetar eternamente.

—Ya le he dicho á V. que no , caballero . Cése , pues , una cuestion tan enojosa , y recuerde V. lo que le he dicho en un principio , que existen circunstancias que me imponen el deber de no escucharle .

—Comprendo . Mi presencia es á V. enojosa .

—No ; no es precisamente eso , pero...

—Sea como quiera , V. me arroja de su casa . En buen hora , Isabel . Me retiro solo con un sentimiento ; con el de no saber de la suerte del señor Guzman , cuya hija ya veo que no puede tolerar la presencia del que , prescindiendo de otros títulos , era en otro tiempo su esperanza , su felicidad , su ídolo . Crédulos hombres ! aprended á conocer el corazon de las mujeres ! Ayer cariño , amor , entusiasmo ; hoy... indiferencia , desprecio , astio . Señora... repuso Federico disponiéndose á partir . Ruego á V. por última gracia que en la balanza de su conciencia pese con el daño que me ha hecho , el poco ó mucho valor de mis acciones para con V. y su familia , y en ese caso aun me quedará la esperanza de que algun dia hará V. mas justicia al que hoy condena tan despiadadamente .

Federico desapareció , y la hija de Guzman sin querer comprender el sentido de sus últimas palabras , se felicitó á sí misma por el valor con que habia arrostrado tan peligrosa entrevista , que estaba temiendo comprometiese la tranquilidad de su matrimonio .

Y en efecto, ¿á qué otras pruebas podia haberse sometido su virtud? ¿qué mas respeto podia tributar al compañero de su vida que no dar oídos al hombre que sospecha puede causarle alguna inquietud? Ninguno; y tanto mayor es la satisfaccion de su triunfo, cuanto mas en pugna ha obrado de sus verdaderos sentimientos.

Disponiase á descansar, digámoslo así, en los laureles de su victoria; en la satisfaccion de su conciencia por el bien que habia conseguido, ó mejor diremos por el mal de que se habia librado, cuando otro incidente vino á llenarla de sobresalto y de penosa inquietud.

Apenas Federico habia tenido tiempo de atravesar el dintel de la puerta, cuando Ernesto, completamente inmutado, y mirando á todas partes con desconfianza, se presentó á los ojos de Isabel.

¿Si una funesta casualidad habrá hecho que viese salir á Federico de su propia casa? ¿Si juzgará criminal á la esposa que tan heroicamente ha combatido por respetar hasta los recelos quizá olvidados del esposo?

Estos pensamientos se agolparon á la imaginacion de Isabel entre tanto que una tierna salutación de Ernesto mitigaba tan terribles ideas, atribuidas poco despues á una cavilosidad demasiado fatalista. Un médico en aquella época, debia estar esclusivamente ocupado de sus numerosos enfermos, y no era fácil, segun pensaba Isabel, que se ocupára de una historia tan remota. Ernesto no ha visto jamás á Federico, y es imposible, añadia Isabel, que el encuentro de un hombre, le inspirára la idea de que pudiera ser Federico.

Mas si esto no fuese cierto; si existiese efectivamente alguna ráfaga de sospechas en el corazon de Ernesto, un momento de apatía, un solo instante de silencio, podria fomentirlas; y para evitarlo, Isabel se dispuso á hablar á su esposo con la espresion y cariño de siempre, revistiéndose de ese rostro halagüeño y aparente serenidad, don privilegiado concedido á las mujeres en momentos tan críticos.

CAPITULO VII.

Otra prueba mas.

Bien venido, mi querido Ernesto, dijo Isabel estrechando la mano de su esposo. ¿Qué es eso? ¿Traes mal humor?

—No por cierto; y aunque le trajera, con tu presencia, seguramente que desaparecería, mi querida Isabel.

—¡Oh! siempre tan galante, tan cariñoso.

Isabel esperando á que su esposo suscitára conversacion, guardó un momento de silencio; pero Ernesto esperando lo mismo, la miró con tanta fijeza como si intentase leer en el rostro lo que pasaba en el corazon. Isabel bajó los ojos, y para disimular su confusion, empezó á hojear un elegante libro que tenia á la mano.

—Y bien, mi querida Isabel, dijo el médico sin apartar de ella los ojos. ¿En qué has ocupado la mañana? ¿te olvidas hoy de rendirme cuentas?

Isabel se vió perpleja para resolverse á contestar la acostum-

brada y cariñosa pregunta; pero sin abandonar el libro, respondió con una indiferencia afectada.

—¿ En qué?... ah, si, ya me acuerdo. En acariciar por tí y por mi á nuestra hija.

—Muy bien hecho: algo debería yo reclamar de ese egoismo, pero adelante.

—La pobre Genoveba, continuó Isabel, está loca de gozo y de orgullo al mismo tiempo, porque la han traído hoy el regalo que la prometí el día de su cumple años.

—¿ Un regalo?

—Si; ¿ no te acuerdas, Ernesto? La pulsera de oro.

— ¡ Ah! sí; la tenias prometida una pulsera de oro: ya, ya recuerdo.

—Con este motivo, proyecta grandes planes. En primer lugar, me está catequizando para que la lleve á casa de Matilde, para enseñársela á su queridito Arturo, que es con quien ella tiene sus confianzas: y en segundo, quiere en recompensa de mi regalo, hacerme un obsequio con una obra de sus manos.

—Muy bien. Eso prueba que tu hija sabe administrar recta justicia. ¿ Y qué mas has hecho, Isabel? preguntó Ernesto como si codiciara y esperase una revelacion mas interesante.

—Qué mas hé hecho?... Hablar por espacio de dos horas con el buen Agustin de nuestros recuerdos de la quinta, en especial de aquel bendito Lebron, á quien suponemos que Dios le haya hecho pagar lo mucho que debía. Y á propósito de Agustin: añadí, Isabel abandonando el libro sobre una silla como si ya no necesitara de semejante recurso.

—¿ Sabes lo que pretendé de tí?

—¿ Qué?

—Dice que le dá cargo de conciencia comer nuestro pan tan inmerecidamente: que qué dirás tú.

— ¡ Eh! eso es un disparate: no le hagas caso.

—Tiene un empeño decidido de mudar de vida para ser útil á sus semejantes.

—¿Y de qué modo?

—¡Pobre Agustín! Con bien poco se contenta. Así que oyó que tú eras médico del hospital, dijo que el mayor bien que podías hacerle, era conseguirle en él una plaza de enfermero.

—¿En el hospital?

—Si: figúrate, que canonjía tan apetecible: pero ya se vé: él dice que no puede prescindir de sus inclinaciones, y que de ese modo, comprende que sirve á Dios, y es útil á la humanidad.

—Corriente. Si tal és su deseo, se le conseguirá.

Breves instantes permaneció silencioso Ernesto esperando sin duda á que su esposa continuára dándole cuenta de sus acciones. pero tuvo necesidad de preguntarla:

—¿Y qué mas tienes que contarme Isabel?

—¡Jesus! ¡qué curioso vienes hoy, Ernesto! ¡Ah! se me olvidaba lo mejor, dijo volviendo á tomar el libro. Hé estado leyendo casi todo este álbum de feliz recordacion, que és digámoslo así tu vida escrita por tí mismo, por órden de periodos. Las lindas letrillas de tus diez y ocho años; las composiciones serias de tu edad formal; y por último las del padre de familia, que és adonde llegaba precisamente cuando tú venias. Esta en especial, que és la última que me dedicaste, és un modelo de verdadero sentimiento para mi gusto. No puedo recordarla, sin que cubra de besos á mi Genoveba. ¿Quiéres que te la lea?

—Como gustes, Isabel: respondió Ernesto indiferentemente.

—Pues escucha por si nó la recuerdas yá.

CARICIAS MATEANALES.

Ven, hija del corazon,
y entre mis brazos reposa,
que al mirarte tan hermosa
es delirio mi pasion.

Ven y endulza mi existencia

que el tiempo osó acibarar,
ven y déjame probar
de esos tus labios la esencia.

Un beso dame, hija mia,
y muchos besos despues;

no ceses nunca, ya ves
cual despiertan mi alegría.

Tú eres mitad de mi alma:
luz que dá vista á mis ojos:

ángel que vé mis enojos,
y cuidadoso los calma.

Ora agitada respire
velada por blando sueño;

ora con gozoso empeño
ó con esquivéz me mires,

Siempre el alma que te adora,
codiciosa de tu amor,

se eléva con tu candor
y tu esquivéz la enamora.

Porque tu vida es mi vida
y sin tu amor nada fuera:

porque sin tí yo viviéra
como una oveja perdida.

; Si llegára el hado impio
á arrancarte de mi seno !..!

antes con voraz veneno
se consuma el pecho mio.

Antes se agite la tierra
y la luz del sol se apague,

ó furioso el mar se trague
los pueblos que el mundo encierran

Dáme un beso, hija del alma,
y otro, y otro sin cesar:

ven de nuevo á deleitar

la paz de mi dulce calma.
Mientras que yo fervorosa
mi buena suerte bendigo,
porque en el mundo contigo,
soy la mujer mas dichosa.

—¡Oh! está escrito con mucha verdad, dijo Isabel entusiasmada. Ni una madre podría espresar con tanta exactitud el frenético amor que sentimos por nuestras hijas, ni los temores que nos asaltan por ellas. ¿Quiéres que lea la que sigue?

—No, Isabel, te apreciaría mas que lo dejases.

Isabel arrojó el álbum lejos de sí, sin poder disimular su disgusto, ya por perder un medio de esquivar otras conversaciones, ya porque la afectasen las palabras de su esposo.

—Pero no te enojas por eso, mi querida Isabel. Sigue, sigue si és ese tu gusto.

—No, de ninguna manera. Lejos de mí la idea de disgustarte, Ernesto, dijo Isabel dándose por ofendida de las palabras de su esposo, y colocándose involuntariamente en la situacion que con tanto afan trataba de rehuir.

—Si no es eso, Isabel, repuso Ernesto pesaroso de su lenguaje. Tú interpretas mal mis palabras. ¿Cómo puedes dudar que no tengo un placer en oír esas composiciones que embellece la dulzura de tu acento?

—Tales lisonjas son tardías, Ernesto. Dí que en mis labios nada te parece bien, y me probarás que hablas con franqueza.

—Vaya, dejémonos de contestaciones, Isabel. ¿Quieres darme gusto? Pues sigue leyendo en el álbum.

—Es inútil que te molestes, porque no leo mas.

—¿Y por qué es ese empeño, vamos á ver?... ¿No me respondes?

—¡Oh! yo no sé como no lo he conocido antes de ahora, dijo Isabel enjugándose una lágrima.

—¿Pero qué significan esas palabras?

—Es decir, demasiado lo he conocido; pero ya se vé, no siempre se debe decir lo que se siente, aunque se sufra mas con el silencio.

—¡Qué lenguaje tan singular! ¿Y por qué sufres en silencio? que és lo que has conocido, Isabel?

—¿Qué?... que no me quieres; eso es lo que he conocido hace algun tiempo, dijo Isabel, rompiendo á llorar amargamente.

Ernesto quedó asombrado al ver el sentimiento que demostraba su esposa.

—Y no es eso solo, continuó Isabel, sino que nunca me has querido.

—Pero Isabel ¿es posible...

—Nunca, Ernesto, y éste, éste es el secreto que me atormenta.

—Pero Isabel, ¿en qué te fundas? ¿qué razones tienes para pensar así?

—Tus misteriosas palabras de ayer tarde: tu empeño tenaz en preguntarme si era feliz: tu antipatía á todo lo que yo hago ó digo...

—¿Quiéres no atormentarme?

—Mi presencia... continuó Isabel enjugándose las lágrimas, hasta mi presencia es una carga pesada que no puedes soportar. Lo conozco, y lo sufro con resignacion, porque no puedo menos, porque no se me alcanza sacrificio alguno que lo remedie, y eso que seria capaz de todo con tal de que tu fueras feliz, Ernesto; te lo juro. Eres mi esposo, y tienes obligacion de quererme: obligacion, sí, porque has consagrado tu existencia á esta huérfana de quien te compadeciste, acogiéndola bajo tu amparo cuando se vió sola en el mundo. ¡Pero es tan triste querer por obligacion!..

—¡Isabel! ¡Isabel! ¡por Dios no me martirices!

—Esta es la verdad, mi querido Ernesto. Tu no quieres confesarla, mas yo la conozco, y pobre de mí si á esa virtud que

tanto enaltece tu corazón, no supiera corresponder con mi gratitud eterna. Tú eres rico; tienes talento; una bondad de alma que te singulariza sobre los demás hombres, y no era yo, verdaderamente, joya de tanto precio que debiera aspirar á tu amor. Vistes mis lágrimas y las enjugastes. Viéndome débil barquilla vogar errante por el proceloso mar del mundo, me salvastes de un naufragio seguro: ¿qué mas puedo apetecer, Ernesto? Consuelos, protección, cariño...

—¿Y nada mas, Isabel? nada mas que protección y cariño? ¿Qué! ¿si no te amara con toda la verdad de mi alma: si en tí no viera la única felicidad de este mundo, viviría atormentado por una idea funesta y devoradora que concluirá por volverme loco si tú no la destierras de mi mente? No, mi querida Isabel. Por lo mismo que te adoro con todo mi corazón; por lo mismo que te amo mas que á mi hija... mas que á mi hija, ¿lo has oido? por eso temo disipar la densa bruma que esconde un tenebroso misterio, porque has de saber, Isabel, ¡que si fuera una realidad!.. Oh! mi venganza seria superior á todo, te lo juro por el nombre de mi hija. Pero no; yo no quiero pensar en ello, porque solo la idea de que pudiera suceder, me atormenta, me confunde y me desespera.

—Y bien, ¿cuál es esa idea? preguntó Isabel, aparentando estar muy tranquila.

—¿Cuál? ¿quieres saberla, Isabel?

—Sí.

—¿Y si te pesara despues?

—No lo espero, mas no importa.

—¿Prometes responderme categóricamente?

—Sí.

—Pues bien; préstame atención, y escucha ya que la ocasión nos favorece y estamos solos los dos.

—¡Alto allá! que estoy aquí yo y compongo el número tres, dijo la sorprendente voz de Guillermo presentándose alegre y jovial como tenia de costumbre. ¿Mano á mano los dos

esposos? ¡magnífico! prueba infalible de estado excepcional: O
riña tenemos, ó una deliciosa paz que son los encantadores
estremos de la vida conyugal.

—Adios, querido Guillermo, dijo Isabel afectuosamente,
quizá bendiciendo en su interior la llegada de semejante visita.
¿Luego V. no está por medianías?

—No; soy partidario de los extremos en esta cuestion, y
caso de decidirme con preferencia á uno, creo no quedaria
desairado el primero; es decir, el belicoso, el tonante, como
tal vez nos diria el hijo de Apolo, que nos escucha.

—¿Es posible? preguntó Isabel sonriéndose.

—Seguramente que sí. Dónde hay cosa mas monótona é in-
sulsula que decir:—¿Te gusta esto?—Sí.—¿Vamos á tal parte?—
Bien.—¿Quieres lo otro?—Como te parezca. Nada, nada, no
gusto de gente mogigata. ¿Deseas esto? pues yo lo otro. ¿No te
convienes? pues guerra. ¿Me gritas? te grito. Y, oh! las mujeres
ya saben dominarse cuando las conviene. ¿No es verdad, Er-
nesto? ¿no estás conforme con mi teoria? ¿Qué diablos tienes,
hombre?

—Nada de particular: menos humor de divertirme que tú,
por lo que se infiere.

—Y mas esplin, ¿no es así? A la verdad no lo extraño,
porque estos dias en que los médicos vais de una casa mortuoria
á la de uno que está agonizando, siendo de los principales
actores en esas escenas lúgubres, no podeis menos de volver á
vuestros lares domésticos, poseidos de espectros y mil ideas
románticas que os confunden en un mundo de horrores, y que
os aplanan con una tristeza.

—No, no es eso, Guillermo.

—¿No? pues entonces... ah! lo adivino, mi presencia ha
venido á interrumpir el dulce coloquio... lo siento en el alma.

—No lo crea V., Guillermo; respondió Isabel: no hablabamos
de cosas interesantes.

—Tanto no me atreveria á preguntar, Isabelita. Yo he venido

esclusivamente á dar un beso á mi ahijada ; á mi Genoveba , que hace algunos dias que la ingrata no se acuerda de sus padrinos. ¿ En dónde está ? ¡ Genoveba ! ¡ Genoveba !

Rápida como una exalacion apareció la hermosa niña , y se arrojó en los brazos de Guillermo para colmarle de caricias : mas deduciendo éste que su presencia pudiera disgustar á los taciturnos esposos , se despidió á pocos instantes , no sin preguntar antes á su amigo luego que se vieron solos :

—¿Qué es lo que tienes , Ernesto ? ¿ por qué te veo tan displicente ?

—Guillermo , no me lo preguntes : ¡ cálla ! te lo ruego .

—Eso es otra cosa : si yo no lo debo saber , me arrepiento de la pregunta .

—Si lo sabrás ; pero no en este momento , porque hoy mismo se va á descubrir todo el misterio .

—¿Cómo todo el misterio ? ¿ y qué misterio es ese ?

—El de la tarjeta .

—¡Qué ! ¿ se lo has dicho á Isabel ?

—No ; mas en este instante voy á salir de la duda , exigiendo que me lo revele todo .

Guillermo lanzó sobre él una mirada de desprecio , y le dijo :

—Ernesto... eres un imbécil . Adios . Y dió bruscamente una media vuelta disponiéndose á partir .

—¡Guillermo ! ¡ Guillermo ! gritó Ernesto conteniéndole .

—Lo dicho . Eres un imbécil , y te ruego que en tu vida vuelvas á hablarme una palabra .

—Es que ya no es solo la tarjeta .

—Pues ¿ qué otra niñería ha ocurrido ?

—¡Oh ! esto no es niñería ni aprension : pes exacto , indudable .

—¿Y qué es ello ? veamos .

—Guillermo... ¡ ya tengo otra prueba mas ! dijo Ernesto pronunciando estas palabras como si temiera que fuesen sorprendidas por una tercera persona .

- ¡ Otra prueba mas! ¿ y de qué?
- ¿ De qué?... de que Isabel tiene un amante.
- Vamos, vamos: ya veo que tu locura camina á pasos gigantescos.
- No Guillermo, no, porque lo han visto mis ojos.
- ¿ Y en dónde?
- Cerca del dintel de mi habitacion. Pero es lo cierto que le he visto salir á él, á él mismo con uniforme de brigadier: que casi me ha abierto paso para entrar... y que no he tenido valor para matarle!
- ¿ Con uniforme de brigadier dices?
- Sí, con el mismo que lleva constantemente, pues guiado por las señas de la tarjeta, he sabido que Federico está en Madrid; que habita en el palacio de una condesa que es tia suya, y que viste uniforme de brigadier. ¿ Quiéres mas pruebas, Guillermo? ¿ quiéres mas pruebas todavía?
- Poco á poco Ernesto: no hay que acalorarse. La verdad; le has encontrado en tu habitacion?
- No; pero sí en mi escalera que es lo mismo.
- ¡ Ola! eso es diferente. Ya sabia yo que á los celosos se los antojan los dedos huéspedes, y que creen ver por cuatro, cuando todos ellos son miopes. Adelante. ¿ Realmente le has visto salir?
- Realmente no, pero he sentido cerrar la puerta.
- Otra debilidad de los celosos: oir las campanas cuando no las tocan. Nada Ernesto. Nos hallamos en igual caso que la vez pasada. Te prohibo que hables á Isabel de semejante cosa, si es que me concedes alguna autoridad sobre ti.
- ¿ Todavía quieres que guarde silencio?
- ¿ Y qué es lo que la has de decir?
- ¿ Qué? que me está engañando miserablemente, y que ó me confiesa la verdad, ó...
- ¡ Ignorante! ¿ Y con qué fundamento vas á luchar? ¿ Sobre qué has de cimentar tu acusacion? ¿ Cómo ni cuando podrias recuperar el terreno que intentas perder por tus extravíos al

confesarla la avilantez de tus pensamientos? Calla, calla, profano, y respeta el sagrado templo de su inocencia. ¿De qué te sirve estudiar la naturaleza del hombre si no te conoces á tí mismo para refrenar con esa cabeza los violentos arranques del corazón?.. ¿Tienes motivos de sospechar alguna imprudencia? Pues calla y observa como un hombre de razon. ¿Lo ves terminante y claro como la luz del día? Pues rompe por cualquier parte: atropella y mata al osado que se atreva á mancillar tu honor: no haya miedo que entonces te reprenda cualquier desatino. Pero entretanto no cometas bajezas ni intentes hacer un papel denigrante á los ojos de tu esposa. Nosotros para conquistar el aprecio de nuestros semejantes y de las mujeres en especial, necesitamos que presida cierta dignidad en todos nuestros actos. Ellas detestarán segaramente al flaco de espíritu que se anonada por cualquier frivolidad; pero admirarán á un hombre cuya firmeza de carácter haga valer su superioridad en los casos que lo requieran, sin doblegar su orgullo á consideraciones de ninguna especie. Desiste, pues, te lo ruego encarecidamente, de esos locos desvarios, porque te desacreditarias sin adelantar absolutamente nada.

—Ahora ya es demasiado tarde, Guillermo. He anunciado á Isabel que tengo que hacerla una confianza muy importante.

—Pues hijo mio, allá te las avengas. Yo te he aconsejado lo que me parece: me canso ya de predicarte: eres dueño de tu alvedrio. Mas despues, no me vengas con pesares ni remordimientos, porque ni te escucharé ni te compadeceré. Adios.

Guillermo desapareció, y Ernesto decidió adoptar por segunda vez los consejos de su amigo, resignándose á sufrir y callar; pero resolviéndose al mismo tiempo á espíar constantemente las acciones de su esposa.

confesarla la avilantez de tus pensamientos? Calla, calla profano, y respeta el sagrado templo de su inocencia; De qué te sirve estudiar la patarata del hombre si no te conoces á tí mismo para reflexar con esa cabeza los violentos arranques del corazón?... ¿Tienes motivos de sospechar alguna imprudencia? Pues calla y observa como un hombre de razón; ¿lo ves terminante y elare como la luz del día? Pues rompe por cualquier parte; atropella y mata al ocaso que se atreve á mancillar tu honor; no haya ruido que entonces te rependa cualquier desatino. Pero entretanto no cometas pajas ni intentes hacer un papel digno á los ojos de tu esposa. Nosotros para conquistar el aprecio de nuestras semejantes y de las mujeres en especial, necesitamos que presida cierta dignidad en todos nuestros actos. Ellas detestarán seguramente al loco de espíritu que se arroja por cualquier trivialidad; pero admirarán á un hombre cuya firmeza de carácter haga valer su superioridad en los casos que lo requieren, sin doblegar su orgullo á consideraciones de ninguna especie. Persiste, pues, te louego encarecidamente, de esos locos devarios, porque te desacerdotarías sin adelantar absolutamente nada.

—Ahora ya es demasiado tarde, Guillermo. He anunciado á Isabel que tengo que hacerla una confianza muy importante.

—Pues hijo mio, allá te las avergüen. Yo te he aconsejado lo que me parece; me caso ya de predicarte; eres dueño de tu albedrío. Mas despues, no me venga con pesares ni remordimientos, porque ni te escuchare ni te compareceré. Adios.

Guillermo despareció, y Ernesto decidió adoptar por segunda vez los consejos de su amigo, resignándose á sufrir y callar; pero resolviéndose al mismo tiempo á esperar constantemente las acciones de su esposa.

rodeado de alcastreros y glandaños. Platano y lila, que alternan con caprichosos dibujos de conchas y minutas, circundados de mirros y amarillos.

Hay muchas balconadas, véase seductoras, y otras obras de la más bella estatuaría, que aparecen entre el espeso ramaje como otras tantas ninfas en los jardines de Pomona, y la multitud de arbores que protegen pedras aplacadas al rigor del viento, embalsamando el ambiente con sus aromas.

CAPITULO VIII.

Timida y asombrada contemplaba Teresa esta encantadora composición de la naturaleza, que le parecía un mundo de maravillas, pero impulsada por la dulce esperanza de volver al su Genaro, cual si fuera á arrostrar una heroica, se revistió de toda la valentía que le fué posible, y empezó á subir la escalera régia que se elevaba al fin de la galería.

Del palacio y de la tienda.

Cada paso que daba parecía que iba á dar en un mundo nuevo; un sudor frío corría por su frente, y hasta las estatuas de mármol que encontraba al paso, le parecían tener vida, como si le reprocharan su atrevimiento.

Largo rato permaneció inmóvil sin determinarse á adoptar

COOVIOE, para ilustrar los sucesos que acabamos de referir, y los que nos van á ocupar, no pasar desapercibida la escena que, antes de lo ocurrido en la casa del médico, pasaba en el palacio de la condesa del Ormazal, á donde recordarán nuestros lectores que se dirigió Teresa con una carta de Genaro Bonivet.

Llevada en alas de su buen deseo, no tardó la linda mensajera en penetrar los umbrales del suntuoso palacio, cuya respetable magnificencia la dejó absorta.

Veíase un estenso patio digno de un real alcázar circunvalado de una hermosa galería construida al gusto de la edad media: de esa bella arquitectura mista, que ni olvida los caprichos de la gótica, ni carece de la solidez de la griega, y á la cual oímos llamar actualmente *arquitectura de renacimiento*.

En el centro del patio alzábase un lindo kiosko á la oriental

rodeado de silicuastrós y gleditsias, plátanos y lilas, que alternaban con caprichosos dibujos de convaliarias y minutas, circuidos de mirtos y amarantos.

Risueñas bacanales, vénus seductoras, y otras obras de la más bella estatuaria, aparecianse entre el espeso ramaje como otras tantas ninfas en los jardines de Pomona, y la multitud de surtidores que brotaban líquidas perlas, aplacaban el rigor del estío, embalsamando el espacio de una frescura consoladora y vivificante.

Timida y asombrada contemplaba Teresa esta encantadora combinación de la naturaleza y el arte sin resolverse á retroceder ni á continuar; pero impulsada por la dulce esperanza de salvar á su Genaro, cual si fuera á arrostrar una heroicidad, se revistió de toda la valentía que la fué posible, y empezó á subir la escalera régia que se elevaba al fin de la galería.

Cada paso que daba hacía adelante, sentía desfallecer su ánimo; un sudor frío corría por su frente, y hasta las estatuas de mármol que encontraba al paso, la parecía verlas animarse para reprenderla su atrevimiento.

Largo rato permaneció inmóvil sin determinarse á adoptar una resolución luego que acabó de subir la escalera, hasta que habiendo sido notada por una hermosa jóven, se acercó á ella, y poniendo en sus manos la carta de Genaro, suplicó que la hiciesen llegar á las de la condesa.

Pocos momentos de impaciencia tuvo que sufrir esta vez. La linda jóven volvió á buscar á Teresa, y con una amabilidad seductora, la condujo por estensas galerías y sorprendentes habitaciones á un elegante salon, maravilla del arte, que la hizo creer en la existencia de aquellos palacios encantados de que oía hablar en las veladas de su niñez.

Marmóreas estípites coronadas de graciosas cariátides de bronce, sostenían la bóveda que terminaba en forma de greca, en cuyos arcos de encendidos colores, venían á perderse las ráfagas de un vivo resplandor que partía desde el centro de la bó-

veda, y ricas telas de seda y tapicería, con recamados divanes, completaban el espléndido salón oriental, voluptuoso estilo que por do quiera descollaba en el palacio, como el más favorito de la elegante condesa.

Como una rozagante flor confundida entre el espeso ramaje que la sirve de alfombra, así ostentaba su hermosura la reina de aquellos sitios, muellemente recostada en un diván cuando llegó Teresa.

Su flexible y venustísimo talle, que á pesar de los siete lustros, conservaba la esbelteza de los veinte años, solía revelar sus lindas formas á despecho de la leve túnica de gasa blanca que sobre viso de rosa la caía desdeñosamente desde los desnudos hombros, dejando percibirse las ondulaciones de su nevado seno: y su rostro blanco y majestuoso, á que daban seductorá expresión los negros ojos y dilatados párpados, divinizábase con el prendido de raso celeste, que guarnecido de perlas, rodeaba la negra trenza de sus cabellos.

Absorta Teresa con esta realidad que se figuraba un sueño fantástico, apenas osaba levantar los ojos de la alfombra, cuando su linda introductora, que no era sino una doncella de la servidumbre del palacio, la dejó con su confusión al frente de la condesa.

—Acércate, bella niña, la dijo esta con afectuosa franqueza.

Teresa obedeció dando unos pasos hácia adelante, y modificando la opinión que por un momento habia formado de aquella gran señora rodeada de tanta magnificencia.

—¿Con qué eres tú, continuó la condesa, la que se toma un interés tan decidido por el pobre Genaro?

—¡Oh! sí señora; me intereso por él como por una hermana, y por eso me he atrevido á presentar.....

—Perfectamente; mas no creas que me sorprende lo que se dice en esta carta, porque ya tenia noticias de todo.

—¿Cómo! ¿lo sabía V. ya, señora? Sabía V. ya que le acusaban.....

—De un robo, sí. La justicia, á consecuencia de la declara-

cion de Genaro, ha acudido á mí, y no he vacilado un momento en declarar la verdad; es decir, en confesar injenuamente que los veinte mil reales que se le atribuyen robados me pertenecen, y que es mi espresa voluntad que se los devuelvan á Genaro, á fin de que se cumpla el objeto para que fueron destinados.

—¡Ah! ¡señora! Genaro y yo la deberemos á V., mas que la vida.

Una lijera sonrisa de la condesa la hizo reparar en el entusiasmo con que espresó estas palabras, y se ruborizó por haber dejado hablar un momento á su corazón.

—Muy bien; muy bien: no dirá Genaro que le faltan amigas verdaderas que se interesen por su suerte; pero no eres tú sola, querida mía. Yo tambien me he indignado al saber esa trampa infernal, y estoy decidida á tomarlo por mi cuenta, en prueba de lo cual he empleado mi influencia para que se le pusiera en comunicacion por de pronto, y con satisfaccion veo que no han sido vanos mis esfuerzos.

Teresa quedó sorprendida al oír que la condesa se apropiaba unos méritos á que ella sola se creía con derecho.

—¿Sus esfuerzos de V., señora condesa?

—Sí; mis esfuerzos, y si no lo quieres así, mis ruegos para con el juez á quien presté mi declaracion.

—Dispense V., señora, dijo Teresa, cuyo amor propio llegó á picarse con estas palabras. Quien se lo ha rogado he sido yo, y á quien el escribano prometió esa gracia fue á mí.

—Sea en buen hora; no regañemos por eso; lo cierto es que felizmente Genaro está puesto en comunicacion.

—Sí; pero gracias principalmente á mis sacrificios.

—¿A tus sacrificios?

—Nada mas cierto, señora condesa: pues aunque tan pobre que con dificultad puedo ganar el alimento de mi anciana madre y mis hermanitos, por mas que esté velando noche y dia, tengo crédito y honradez, y por este medio he conseguido reunir lo que me han dicho que se necesitaba para que el escribano de la causa le pusiera en libertad.

La condesa comprendió al momento que los curiales habían abusado de la inocencia de Teresa, circunstancia que acrecentó mas y mas el interés que hacía ella sentía.

—Pero por Dios, señora condesa, continuó la candorosa jóven: por Dios, no diga V. nada de esto á nadie, porque me han advertido que si llega á saberse por casualidad, buscarán todos los medios posibles para perder á Genaro, y en vez de ponerle pronto en libertad, harán que vaya á presidio por toda su vida.

—Pierde cuidado, querida mia, respondió graciosamente la condesa. Has depositado en mí una confianza, y yo no abusaré de ella á fuer de agradecida. Pero ya que hasta ahora todo te lo debe á ti Genaro, quiero yo probarle tambien mi singular cariño, adoptando..... A propósito, dijo la condesa viendo llegar á Federico en este momento. Tengo que encomendarte un asunto de suma importancia, que tu buen corazon no podrá menos de acojer con entusiasmo.

Teresa se estremeció de regocijo al reconocer en el brigadier el salvador del religioso.

—Estoy siempre á las órdenes de V., mi querida tia, respondió Federico respetuosamente.

—Esta linda jóven está interesada, muy interesada (repitió la condesa con marcada intencion haciéndose comprender de su sobrino), en la suerte de ese jóven preso de quien hemos hablado esta mañana.

—Ah! sí; del oficial de diamantista.

—Cabalmente, y es mi deseo el que á todo trance se justifique su inocencia, y que arrostrando cualquier sacrificio, se le ponga en libertad.

—En cuanto esté de mi parte, no dude V. que desplegaré toda mi eficacia para complacer tanto á V. como á esta jóven, cuya belleza no puede menos de infundir... pero calla! Esta cara la conozco yo, dijo Federico reparando en Teresa. V. es aquella jóven que me guió á casa de la francesa cuando.....

—Cuando se salvó un pobre religioso, sí señor, contestó

Teresa con una alegría que hasta entonces procuró contener.

—¡Oh! venga esa mano, amiga mia, dijo el brigadier con cariñosa franqueza. V. tiene buen corazón, y merece muy dignamente la protección de las personas honradas.

—Magnífico! exclamó entusiasmada la condesa al presenciar tan inesperado reconocimiento.

—Si, mi querida tia, continuó el brigadier. Esta niña es un tesoro que, de no encontrar para asegurarla mi afecto y mi gratitud, me iba impacientando. Ya se ve; ha sido V. tan ingrata, que desde que me dejó V. en casa de la francesa....

—¿Y quién es esa francesa, Federico? preguntó la condesa, cuya curiosidad se habia escitado extraordinariamente.

—¿Quién? la que....

—La madre de Genaro, señora condesa, respondió la joven interrumpiendo á Federico, que sorprendido de tan singular coincidencia se detuvo á reflexionar, diciendo al cabo de unos instantes.

—¿Cómo ha dicho V? ¿La francesa es la madre del preso?

—Sí, señor, la madre de Genaro.

—Esto es maravilloso, mi querida tia, dijo estupefacto el brigadier. Ahora ya tengo mas interés que V. en la causa de ese joven.

—No me pesa de ello, Federico, respondió su tia, participando de la confusion del brigadier. Mas siquiera que sepa algo yo de lo que se trata: por ejemplo el motivo de ese interés....

—¡Oh! no: pertenece á una aventura singular que graves y delicadas circunstancias me imponen el deber de guardar un profundo secreto. Baste á V. saber que estoy en muy íntimas relaciones con la madre de ese muchacho, y que la soy deudor de algunos buenos servicios, que ahora espero recompensar; estoy, pues, á las órdenes de esta bella niña, y desplegaré en este asunto toda la energía é interés que es posible conseguir del protector mas decidido.

Viendo Teresa tan señaladas muestras de protección, no en-

contraba palabras con que expresar su inmensa gratitud, y á poco rato desapareció loca de alegría, con ánimo de participar á su amante el feliz encuentro del brigadier, la bondadosa acogida de la condesa, y las felices esperanzas que podían prometerse con tan formidables defensores de su inocencia.

Federico en efecto, dió principio al cumplimiento de su promesa; y hé aquí, como viéndolo fácil de conseguir, se aventuró á ofrecer á madama Bonnivet la libertad de su hijo.

Ahora, supuesto que los sucesos están intimamente ligados, examinemos lo que ocurre en la casa del diamantista de la calle Mayor, donde reside Santiago el cojo, enemigo capital de Genaro, y cuya hipocresía y carácter adulator (dotes que generalmente esconden un corazón siniestro lleno de ponzoña servil) le ha captado la estimación y confianza de sus superiores.

Ya hemos oído en la prisión de Genaro ciertos apuntes históricos de su vida y costumbres; pero si retrocedemos algunas páginas de nuestro libro, los hallaríamos también cuando empezaba á educarse en la *partida del tambor*, entre aquellos hombres de tan licenciosa y relajada vida.

Alumno de semejante escuela, ha correspondido dignamente á las esperanzas de sus maestros, distinguiéndose entre algunos de ellos por su audacia; entre muchos, por la perseverancia en sus designios, y entre todos por la hipocresía. ¿Qué otras prendas pudiera apetecer para conquistarse triunfos en la carrera que se ha trazado?... Ningunos seguramente, y mal que nos pese, tendremos que ver los tristes efectos de armas tan perniciosas, en manos de esta especie de valido del honrado diamantista, hombre que como otros muchos, se deja alucinar por el vano incienso de la adulación.

Santiago el cojo, egoísta por excelencia, vió que Genaro Bonnivet, de indisputable mérito artístico, le hacía sombra, y concibió la idea, que tardó algún tiempo en realizar, de arrojarle lejos de su lado. Observador por naturaleza, comprendió el recurso de halagar la vanidad de su maestro, y flexible de carácter

por necesidad, doblegábase tanto como á su interés; convenia á la mística señora Serafina, mujer sexagenaria, á quien (yaliéndonos de una frase vulgar) tenia sorbido el seso.

Oigamos, en confirmacion de estos precedentes, el siguiente diálogo que pasa en la tienda del diamantista entre Santiago el cojo y la sexagenaria dueña.

—Y sabe V., señora Serafina, decia Santiago con aire de candidez, suspendiendo por un instante el trabajo. ¿sabe V. por qué Genaro me tenia tanta rabia?... Porque V., y el maestro me distinguian y me apreciaban mas que á él.

—Envidioso! exclamó la dueña acriminando de buena fé la conducta de Genaro.

—Como si yo tuviera la culpa, continuaba Santiago el cojo, de que me quiera el maestro y la buena Serafina. Yo... es verdad que no soy tan entendido en el oficio como Genaro; pero aunque lo fuese, ¿cómo habia de tener valor para hacer los enjuagues que él ha hecho, quitando de ganar al maestro lo que de ley le pertenece? Porque ha de saber V., señora Serafina, mil veces lo he visto y hé callado por prudencia; viene una parroquiana á la tienda, le encarga una obra, y si ve que tiene grande utilidad, no haya miedo que sea en beneficio del maestro. Lo lleva á su casa y ayudado allí de dos ó tres amigos suyos lo hace, y maldito si dá parte á nadie.

—Eso es lo mismo que robar, dijo la dueña creyendo verdades evangélicas las palabras de Santiago.

—Pues V. lo ha entendido, señora Serafina. Eso es lo que se llama robar; y por fin, si fuera para emplearlo bien, vaya con Dios, pero vergüenza dá el pensar la vida que...

—¿De verás Santiago?

—Oh! ¡si! Todavía no saben Vds. la alhaja que es el tal Genaro.

—Cuenta, cuenta, mi querido Santiaguito: cuenta los lances de ese bribon que tantos años nos ha tenido engañados.

—No, señora Serafina, nunca me gusta hablar mal de nadie

—¿Y por qué no has de decir la verdad, y mas ahora que estamos solitos? Vaya, cuenta, cuéntame mientras que viene el amo, que ya no tardará en dar la vuelta de costumbre.

—Pues bien, dijo Santiago misteriosamente para que tuviera mas apariencia de verdad. Ha de saber V. que Genaro es un hijo muy perverso, porque á pesar del dinero que tiene bien ó mal adquirido, en eso yo no me meto, tiene á su madre muerta de hambre y tan derrotada algunas veces, que me ha movido á compasion.

—¿Eso mas? ¡Jesus! ¡Jesus mil veces!

—Para él no hay vicios desconocidos; pero sobre todo, con esa tunantuela de Teresa, que engaña á cualquiera con su cara de inocente, ha gastado un potosí.

—¿Con esa que se dice su novia?

—Con esa misma que se dice su novia, y que no pasa de ser una mujer de mal vivir, á quien no guia mas interés que el del dinero como sucede con todas las bribonas de su clase. Me alegrára saber cómo se porta ahora que su amante está preso y que se les ha cerrado la mina. ¡Tunantes! ¡oh! si no es por la ocurrencia de hace tres semanas, señora Serafina, estoy seguro que el maestro dentro de poco tiempo se queda con los escaparates vacíos.

—¡Bribonazo! déjate Santiago, que ahora las pagará todas juntas.

—A presidio le debían echar por toda su vida para escarmiento de tanto pícaro como hay en el mundo.

—Y así sucederá, no lo dudes. El amo será capaz de gastarse los mil duros que recobró milagrosamente, con tal de verle ahorcado si es posible.

—¡Ojalá, señora Serafina!

—Si, ahorcado; porque un hombre á quien se llegó á confiar todos los intereses de la casa como si fuera el amo, y comete una villanía así, no merece menos.

—Pues todavía no sabe V. lo mejor, señora Serafina,

—¿Cuál, Santiago?

—Una cosa que yo he reflexionado mucho, y que me está dando guerra aquí, dijo el cojo llevando el índice a la frente.

—¿Y que es ello?

—Que nadie me quita de la cabeza que Genaro proyectaba una cosa en grande.

—¿Cómo una cosa en grande?

—Sí, señora; no solo se ocupaba de estraer al maestro las alhajas y el dinero poco á poco para que no lo conociese, como en efecto no lo ha conocido ni echado de menos, sino que se ocupaba tambien de un gran proyecto; de un robo de consideracion.

—No te comprendo, dijo la sexagenaria dueña mas confundida que nunca.

—Me explicaré, señora Serafina. ¿Se acuerda V. de esa arca de hierro que está ahí clavada en un rincon de la trastienda?

—¡Ah! sí; el arca del tesoro, como dice el amo: obra de gran mérito, que tiene en mucha estima porque cuentan que perteneció á un lord de Inglaterra.

—Pues bien, continuó Santiago. Un dia le sorprendí rejistrándola por todas partes, sin duda para acertar el secreto que me ha dicho V. que tiene el arca.

—¡Ah tunante!

—Yo al principio, ¿cómo me habia de figurar que Genaro era capaz de cometer un robo? Imposible; pero ahora que el maestro dice que echa de menos algunas alhajas, ya que no los mil duros, porque Genaro ha tenido buen cuidado de sacarlos poco á poco, he pensado mucho en la ocurrencia de aquel dia, y no puedo apartarme la idea de que su intencion...

—Era falsificar la llave, eso no tiene duda, dijo afirmativamente la señora Serafina. Pero á fé, continuó esta, que su atrevimiento hubiera sido burlado.

—¿Cómo burlado?

—Sí, porque esa arca, con el secreto que te he dicho, es

imposible que la abra nadie mas que el que lo sabe, y así es que el amo guarda en ella todo el dinero y la pedrería de mas valor.

—Sin embargo, señora Serafina, el ingenio de los malhechores como Genaro, todo lo alcanza, y pudiera suceder...

—Imposible, Santiago; lo que es el secreto del arca de hierro, se estrella contra toda su agudeza.

—Ba, ba; V. se chancea, dijo Santiago el cojo asombrado de la seguridad de la dueña. ¿Pues en qué consiste ese secreto? ¿le sabe V., señora Serafina? interrogó el cojo despues de bien pensada la pregunta.

—Sí, respondió la dueña con frialdad.

—¿Y en qué consiste el ser tan inviolable? sepamos por curiosidad.

—¡Oh! esa revelacion es imposible, Santiago. Es obligacion que se me impuso hace muchos años cuando se me hizo la confianza, y para lo que me resta de vida no quiero faltar á ella.

—¿Consiste en que tiene cerraduras ocultas?

—No. Cabalmente se abre con una sola llave.

—¡Ah! es que esa llave será muy difícil de falsificar.

—Al contrario. La mas sencilla de mi llavero, es mas dificultosa que la del arca de hierro.

—Es singular el tal secreto. Acaso leyantando la tapa...

—Tal vez... respondió la señora Serafina con indiferencia, ya por darse importancia, ya porque la molestase la estraña curiosidad de Santiago.

—O tocando algun resorte... continuó Santiago.

—No será estraño, respondió la dueña con la misma frialdad.

Temiendo Santiago el cojo que sus causadas preguntas infundieran alguna sospecha á la señora Serafina, volvió á continuar su trabajo en el mostrador, sin que desplegara los labios hasta que llegó el diamantista diciendo:

—Malas noticias traigo de la causa, Santiago.

—¿Pues qué hay maestro? preguntó el cojo lleno de sorpresa, y suspendiendo el trabajo.

—¿Qué hay? que la justicia parece que ha dado en proteger á ese ladronzuelo. Ya le han puesto en comunicacion, y quizá muy pronto le pongan en libertad.

La señora Serafina oyó con mucho disgusto estas palabras, y las mejillas de Santiago se encendieron de rubor.

—¿En libertad dice V., maestro?

—Ni mas ni menos; así me lo acaban de asegurar.

—¿Y quién? preguntó el cojo sobresaltado.

—Dos jueces á cual mas competentes. La madre de Genaro...

—Es que la franchuta es una embustera; maestro, dijo Santiago interrumpiéndole groseramente.

—Despacio, Santiago, despacio. Me lo han dicho la madre de Genaro, repito, y el escribano de la causa.

—Pues á pesar de eso, no lo crea V., maestro. Le podrán perdonar por el golpe que me dió en la cabeza el día de la disputa, pero lo que es por el robo...

—Tiene razon Santiago, repuso la señora Serafina. Un robo doméstico, ya se sabe que por lo menos es delito para echar á un hombre á presidio.

—Y él no puede negar que robó los veinte mil reales, añadió Santiago.

—Es claro, porque se le sacaron de los bolsillos, continuó la dueña.

—Poco á poco, señores, que no me han dejado Vds. explicar-lo todo, dijo impaciente el diamantista, sin atreverse en su interior á negar absolutamente la inocencia de Genaro. Segun he dicho al principio, la justicia trata de enmarañar el negocio, y como ha oido que hay dinero de por medio...

—Por supuesto dijo Santiago el cojo interrumpiéndole otra vez. Habrán conocido que quien hace un cesto hará ciento, y que por consiguiente, Genaro debe tener...

—Tampoco es eso, replicó el diamantista algun tanto amostazado por la charlatanería del cojo. A quien se trata de sacar el dinero es á mi.

—¿A V. ? preguntaron sorprendidos la señora Serafina y Santiago.

—Pues ; á mí ; y quieren desfigurar tanto las cosas , que tratan de sostener que los veinte mil reales en oro son en efecto , como dice Genaro , de la condesa del Ormazal.

—¡Qué infames ! exclamó Santiago tan escesivamente indignado que aumentó la confusion del indeciso diamantista.

—¿ Y para qué no toman informes de ella ? preguntó la señora Serafina.

—A eso voy Serafina ; ya han tomado informes.

—¿ Y qué ? preguntaron la dueña con ansiedad y el cojo con temor.

—La condesa sostiene que son suyos y muy suyos ; que vino á la tienda una mañana , á principios de este mes , y que le encargó un aderezo de brillantes. Que á cuenta de la pedrería le dió mil duros en oro , y que segun las fechas , la confesion con cargos tomada á Genaro , y la declaracion de la condesa , los mil duros que se le encontraron , son los mismos que esta dió á cuenta de la pedrería.

Como Santiago el cojo escuchaba una série de verdades incontestables , su rostro sufría una alteracion á cada palabra del diamantista. Este á la vez quería con los ojos penetrar el arcano de la conciencia de su favorito Santiago , y tuvo momentos en que se atrevió á creer la inocencia de Genaro , porque él no apartaba de la imaginacion la idea de que no habia notado la falta de cantidad alguna en su capital , y que real y verdaderamente el robo que se atribuía á Genaro , no tenia mas fundamento que el dicho de Santiago el cojo.

Sin embargo , como los que poseen alguna pequeña fortuna asi como los poderosos , se dejan dominar generalmente por dos enemigos capitales de su felicidad ; la desconfianza que es el hierro de su esclavitud , y la adulacion , que es incienso que les fascina , ¡el diamantista se inclinaba mas bien á interpretarlo en provecho suyo , dando mayor crédito á las pa-

labras del cojo por lo mismo que halagaban su vanidad, que á la voz de su conciencia.

Santiago el cojo por sustraerse á las miradas de los dos personajes que tenia á su frente, dedicóse con solícito afán á su trabajo, sin saber que partido tomar en la violenta situación en que se veía colocado, tanto mas embarazosa, cuanto que se acercaba el instante de que su ardid quedára descubierto, inutilizándole para siempre.

Mas siéndole de suma importancia prolongar la época del favoritismo, aunque no fuese mas que por el corto espacio de veinticuatro horas, apeló á toda la sagacidad de su ingenio, y creyendo haber encontrado un recurso salvador, dejó percibir en sus labios una sonrisa maliciosa que escitó á la señora Serafina á preguntar.

—¿De qué te ries, Santiago?

—¿Con que de la condesa eh? preguntó el cojo haciendo un ademán burlesco.

—Si, de la condesa del Ormazal, respondió el diamantista con extrañeza.

—¿Pues qué sabes tú de la condesa, Santiago? preguntó cariñosamente la señora Serafina.

—¡Oh! ya me extrañaba yo que le dejase tan desamparado su amigota.

—¿Su amiga la condesa?

—Si, señores; su amiga; y no así como se quiera, sino su amiga íntima con quien es público y notorio que le unen ciertas relaciones que hace muy poco favor á una señora de tan alto copete.

—Tú estás delirando, Santiago, dijo el diamantista lleno de asombro. Toda una condesa ha de tener relaciones de esa especie con un oficial de diamantista?

—Ni mas ni menos. Tales son los caprichos de esas señoras que viven en el mayor libertinaje haciendo gala de tener amigos que las enamoren en todas las clases de la sociedad.

—Eso no puede ser, Santiago. Una condesa no se rebaja nunca hasta ese extremo.

—¡Qué poco las conoce V., maestro! Señoras conozco yo de elevado rango, que los favores que niegan á un almibarado elegante, se los conceden al mas rústico de sus lacayos. Y además, ¿qué otras pruebas quieren Vds. en apoyo de lo que dejo dicho, que la embajada con que sale la condesa de que los mil duros son suyos?

Tanto el diamantista como la señora Serafina, se miraron de hito en hito, seducidos, como de costumbre, por el aire de injenuidad y buena fé que presidia en las palabras de Santiago.

—Parece imposible, dijo el diamantista paseando de un extremo á otro de la tienda. Parece imposible que la sociedad haya llegado á ese extremo de corrupcion. ¡Infames! ¡quererse burlar de la honradez de un artista por esos medios tan bajos y rateros! ¡oh! yo les aseguro que no ha de ser solo el bribon de Genaro el que pague toda la culpa, porque hasta los desvarios de esa señora, á pesar de sus títulos y de sus riquezas, han de llegar á noticias del tribunal, para que la castigue como cómplice en un robo, y como mujer de conducta inmoral. Mañana mismo voy á presentar una acusación contra ella.

—Bien hecho, maestro. Guerra á muerte á los dos, porque tanta culpa tiene el que comete un crimen como el que le autoriza. ¿Quiere V. que vaya ahora mismo, sobre la marcha, á hacérselo presente al abogado? Si estas diligencias no se hacen con actividad, es fácil que la condesa intrigue, porque eso sí, es la mujer mas intrigante que hay en la tierra, y no seria extraño...

—Dice bien Santiago, repuso la señora Serafina. Cuanto mas pronto se haga, tanto mejor.

—Pues corriente, dijo el diamantista con resolucion. Sepa el abogado este descubrimiento, y que le haga valer en un escrito fuerte y terminante que presentará mañana á primera hora, antes de que los jueces sean sorprendidos por la condesa. Cierra, pues, la tienda que ya es hora de recoger, y no te detengas, Santiago.

Santiago el cojo vió el cielo abierto con esta ocasión de salir de casa, que era cuanta dicha apetecía en aquel momento.

Cerró la tienda con mas lijereza que nunca, y sin cuidarse de cumplir el encargo que su maestro le confiara, se dirigió precipitadamente á una estraviada calle de los barrios mas inmundos de Madrid, y penetrando en el mezquino patio de una casa miserable, dió tres golpecitos, que oportunamente fueron correspondidos por la estertórea voz de una vieja octogenaria que preguntó:

—¿Quién llama?

—Un camarada, tia Corva, respondió Santiago aproximando sus labios al escudo de la cerradura.

A esta frase convenida, se abrió la puerta por la vieja octogenaria, ambulante y encorvado esqueleto, tristemente agoviado con el peso de los años.



CAPITULO IX.

—Como lo oyes, P. XI OLIVERA a punto de descubrir lo de los mil duros que te dije, porque esa maldita condesa se ha presentado a reclamarnos como antes, y me he visto y me he despedido para irme a casa.

—En ese caso es preciso...

—Si es preciso decidirse a ello, y no temerme comprometerlo de esa manera. Hace un mes que dije a la compañía que por mi parte estaba arreglado el asunto, y no temerme comprometerlo.

El arca de hierro. —Hace un mes que dije a la compañía que por mi parte estaba arreglado el asunto, y no temerme comprometerlo. Que estamos libres de género, se pierde la ocasión, y me dejan en las astas del toro, no hay duda que habrá ganado el pan para este invierno.

—Las averiguaciones de la arca...

PRECEDIDO de la vieja, penetró Santiago el cojo en una lóbrega y hedionda habitación, débilmente iluminada por la luz de un candil pendiente de la pared, que apenas dejaba descubrir los mugrientos muebles ni los miserables harapos que por doquiera estaban esparcidos.

Sin hacer mas que cruzar rápidamente por esta repugnante habitación que, entre otros usos, servia de cocina, Santiago el cojo, al parecer muy impuesto en los pormenores de la morada, penetró en un cuarto interior donde permanecian dos hombres, uno de ellos tendido sobre un jergon de paja entregado al mas profundo sueño, y otro que, sin descanso, procuraba dar pábulo al fuego de un hornillo, á semejanza de un afanoso alquimista.

Luego que vió á Santiago el cojo, el artista laborioso estrajo del encendido elemento un hierro candente, y poniéndose en pie tendió la mano al nuevo personaje diciéndole con estrañeza.

—¿A estas horas por aqui, mi querido Santiago?

—Adios camaradas, dijo á su vez el cojo limpiándose el sudor de la frente.

—¿Que te sucede, que vienes tan sofocado?

—Lo que sucede es, que si nos dormimos un dia mas, todo se lo lleva la trampa.

—¿De veras?

—Como lo oyes, Pedro. El maestro está á punto de descubrir lo de los mil duros que te dije, porque esa maldita condesa se ha presentado á reclamarlos como suyos, y me he visto y me he deseado para tranquilizarle.

—En ese caso es preciso...

—Si; es preciso decidirse á ello, y no tenerme comprometido de esa manera. Hace un mes que dije á la compañía que por mi parte estaba arreglado todo, y no se me ha hecho caso. Si ahora que estamos libres de Genaro, se pierde la ocasion, y me dejan en las astas del toro, no hay duda que habré ganado el pan para este invierno.

—¿Has averiguado lo del arca?

—Imposible. Esa vieja ochentona no se *berrea* ni por un Cristo, y yo cada vez me convengo mas de que en esa arca hay *mucho trigo*.

—¿Dinero?

—Y alhajas de gran precio que nos harán un agosto decente.

—Quiere decir que de una vez saldremos de miserias, ¿eh?

—Eso de seguro, aunque no sea mas que repartiéndonos lo que se recoja de los escaparates. Toda la dificultad está en el arca.

—No lo creas, Santiago, esa dificultad se vencerá tambien, con tiempo, inteligencia y fuerza, elementos con que contamos á no dudar. Si por casualidad no cede con la llave, entre Francisco y yo, buscaremos un medio de hacer saltar la tapa, y luego que nos venga el maestro con sus secretos invencibles.

—¿A propósito de la llave, ¿la has concluido ya?

—Aqui la tienes, respondió Pedro tomando con una tenaza el

hierro informe que habia sacado del hornillo. La tija, continuó Pedro analizándole, creo que sea lo suficiente larga así. El anillo poco importa que sea grande ó pequeño. Las guardas serán exactas á la estampa de cera ; y el taladro es cosa que no ofrece dificultad para el que entiende algo del oficio.

—¿Y podrias concluir la esta noche si fuese preciso?

—Ya lo creo, y muy á gusto.

Santiago quedó pensativo unos momentos, fijando sus ojos en los de su camarada.

—¿En qué piensas Santiago? le preguntó Pedro viéndole inmóvil y silencioso.

—Pienso en que dentro de dos dias saldrá Genaro de la cárcel.

—¿Sí?

—Pienso que la condesa me va á desacreditar para con el maestro.

—¿Y eso quién lo sabe?

—Y pienso en que el maestro me va á poner en la calle, y que al cabo de tantos meses como se piensa en esto, nos vamos á quedar á la luna de Valencia.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que el único medio de salir del paso con lucimiento, es no pensarlo mas, y dar el golpe sobre la marcha.

—¿Cuándo Santiago?

—Mañana mismo.

—¿Mañana?

—Sí; mañana, ó nunca. ¿Qué? ¿no tienes resolucion?

—¡Qué disparate! ¿puedes creer eso de mí?

—Pues por mí, manos á la obra, y digan lo que quieran los otros camaradas. Todo es sacudir la pereza, puesto que nada se arriesga en la jornada, ¿no es verdad, Pedro? Las puertas estarán sin cerrojos, llaves ni picaportes á las nueve de la noche, hora en que no está el maestro. Yo en la habitacion de arriba trabajando para que con el ruido no se aperciba la vieja, y...

—Y Lázaro el ciego, continuó Pedro, según tenemos convenido, pedirá limosna á la puerta envuelto en una capa, para recibir las menudencias y traerlas aquí.

—Perfectamente, porque de un ciego que pide limosna, nadie sospecha mal. Despues que os hayais marchado con el botin, y llegue el maestro, yo gritaré ¡ladrones! ¡ladrones! y malo ha de ser que oyendo mis gritos y viendo mi resolucion, sospechen de mí. ¡Oh! todo está combinado á las mil maravillas, exclamó el cojo lleno de júbilo. Y al fin sin necesitar el ausilio de esos diestros que hablan mucho y no hacen nada cuando llegan los momentos criticos.

—Dices bien, Santiago. Esto es lo que se llama trabajar en regla, y no esas raterías que hacen ellos de quitar un duro al que le necesita para comer.

—¿Pues no era una mala vergüenza, dijo Santiago, que teniendo en nuestra mano la ocasion de hacernos ricos y de poder ir al fin del mundo á disfrutarlo con tranquilidad la dejáramos escapar?

—Cierto que sí. ¿Pero has visto este zángano como duerme? preguntó Pedro, dando con el pié á Francisco que roncaba cada vez con mas fuerza.

—¿Qué? ¿no ha dormido esta noche pasada?

—No. La ha pasado en vela explorando la casa de una vieja millonaria á quien parece que buscan las vueltas él y otros camaradas. Anoche debieron dar el avance; pero se desgració no sé por qué. ¡Eh! ¡Francisco!

—¿Qué se ofrece? preguntó este abriendo los ojos con dificultad.

—Que dejes de dormir, respondió Pedro, porque hay mucho que hacer: levántate, y vete á dar un paseo hasta la calle de Segovia, *casa del Sagrario*.

—¿Y á que he de ir á la calle de Segovia, casa del Sagrario? preguntó Francisco soñoliento y balbuciente.

—A buscar á Lázaro el ciego para que venga está misma noche.

—Ba, ba, ba, déjame en paz tú y Lázaro, dijo Francisco dando media vuelta.

—Anda hombre, que es para una cosa de mucho interés y que corre prisa.

Francisco se volvió á quedar dormido, y no despertó hasta que Pedro le dió una sacudida con el pié.

—¡Dále ! ¿quéreis dejarme dormir? preguntó sumante incomodado.

—No, no; levántate.

Francisco despues de una breve pausa, volvió el rostro hácia sus interlocutores y les preguntó.

—¿A cuántos estamos hoy?

—¡Vaya una embajada! dijo Pedro riéndose al par que Santiago. ¿Y á tí que te importa?

—¡Toma! si no me importára, no lo preguntaria.

—Pues estamos á veinte y cuatro.

—A veinte y cuatro... bien decia yo.... luna nueva... Lázaro el ciego, no... puede... venir.

—¡Eh! ¡Francisco! repitió Pedro alzando la voz viendo que no triunfaba de su sueño.

—¿Qué hay hombre?

—¿Estás soñando?

—No; no estoy soñando, y demasiado sé lo que me digo.

Lázaro no puede venir, porque siempre que hay luna nueva está con el delirio, y no se le puede hablar de nada. Se pone fuera de sí, y se tira contra las paredes como un perro rabioso. ¿Estáis enterados ya? ¿veis cómo no estoy soñando?... Pues ea; dejadme dormir, y mañana... mañana será otro dia.

Francisco quedó dormido otra vez, y juzgando Pedro y Santiago el cojo que su relacion no pasaba de ser un desvario producido por el sueño profundo, resolvieron no inquietarle mas, y ambos á dos salieron de la casa tomando despues distintas direcciones. Pedro á acordar con Lázaro el modo y hora de llevar á cabo la jornada de la casa del diamantista, y Santiago á en-

cargar al abogado que presentase una acusacion contra la condesa, con objeto de sostener el engaño un dia por lo menos.

La perseverancia de Santiago el cojo llegó á proporcionarles los mas felices resultados en sus proyectos hasta los acontecimientos que hemos descrito.

Su palabra de honor (si es que esta palabra se nos tolera aludiendo á Santiago el cojo) estaba empeñada para con sus dignos camaradas, notables en el arte de adquirir lo ajeno contra la voluntad de su dueño: de esa industria que hasta el presente vemos que camina como todas las demas, con los adelantos de siglo, para facilitar un robo en el que, sin arriesgarse á perder, aseguraba una parte superior á todos, con la cual creia saciada su ambicion, y conseguido un medio de vida que le apartase de la que llena de escollos ha atravesado desde su tierna edad, gracias á la educacion que recibiera. Pero mas abandonada la compañía secreta de lo que á su deseo cumplía, y amenazado por otra parte con unos sucesos que tenian precisamente que arrancar su máscara hipócrita, decidió dar el golpe proyectado con los tres camaradas de su mayor confianza que ya conocemos, haciéndose el prudente cargo de que serian menos y tocarian á mas.

Libre el lunático ciego en esta ocasion, del rápto de locura que periódicamente solia atacarle, y á que aludia Francisco en sus palabras soñolientas, vió el cielo abierto al encontrar una tan propicia coyuntura de utilizar su compadecida desgracia.

Nada faltaba, pues, al plan combinado. Pedro pasó en vela toda la noche, modificando, arreglando y puliendo la llave del arca, objeto de las mas bellas ilusiones de todos, y Francisco y Lá-

zaro el ciego, después de enterados del magnífico proyecto, soñaban con un mundo de felicidades.

Llegada que fué la hora convenida, pusieron en marcha los tres para la casa del diamantista, situada como hemos dicho en la calle Mayor, inmediata á la Puerta del Sol, paraje como saben todos el más concurrido de la capital de España, si bien en aquellos días de desolacion y luto, reinaba como por todas partes un silencio sepulcral.

El corazón les dió un brinco de alegría, cuando al verse en las gradas de San Felipe el Real, convento que daba en frente de la tienda del diamantista, oyeron el acompañado martilleo de un artista que velaba. Era Santiago el cojo que entretenía los oídos de la señora Serafina.

Destacado uno de ellos, se acercó á la puerta de la tienda, y lleno de júbilo volvió á anunciar á sus compañeros la feliz nueva de que la entrada estaba franca.

El ciego se colocó en la puerta, y Pedro y Francisco penetraron sin la menor dificultad, provéyéndose de una luz, que colocada en una linterna de forma cilíndrica, no despedía mas rayos que los que indispensablemente se necesitaban para distinguir los objetos.

—¡Oh! cuanta riqueza, Francisco! exclamaba Pedro estasiado con el brillo de los diamantes encerrados entre cristales. Alumbra, alumbra, Francisco, continuaba Pedro fuera de sí. Aquí hay una caja: ¿la ves?... sortijas, alfileres, piedras preciosas... á Lázaro con ella, y que la guarde debajo de la capa.

Francisco recibió la caja en sus manos, y se dispuso á marchar hacia la puerta; pero quedó inmóvil sin atreverse á respirar, diciendo á poco rato.

—¿No has oído Pedro?

—¿Qué?

—Me pareció oír.....

—Es Lázaro que pide limosna, dijo Pedro tranquilizándole. Será que pasa alguno por la calle. Anda, anda, y llévasela.

Francisco abrió la puerta como una pulgada y preguntó al ciego.

—¿Pasa alguno, Lázaro?

—Ahora no; respondió el ciego á media voz.

—Pues toma!

—¿Me marcho ya? preguntó el ciego.

—No; espera, porque hay género largo.

—Por caridad, hermanos míos, dijo Lázaro con un tono plañidero y lastimoso. Una limosna por el amor de Dios á este pobre ciego que no lo puede ganar.

Pedro entretanto habia pasado una lijera revista á la tienda y visto muchos objetos que acrecentaron su codicia.

—Toma, toma Francisco, este escaparate está abierto. ¡Gran negocio vamos á hacer! Cadenas de oro... un aderezo... dos pulseras... A Lázaro, que se las guarde, y vuelve por esta otra caja, que segun lo que pesa no está vacía.

Francisco corrió muy diligente hácia la puerta, pero detúvose un momento al oír pisadas en la calle, y que continuaban los plañidos del ciego, que decia.

—¿Cuándo vendrá un alma piadosa que se compadezca de este pobre ciego? Santa Lucía bendita les conserve la vista, hermanos, para que no se vean en los trabajos y miserias de este infeliz ciego que no lo puede ganar.

El ciego calló; las pisadas del transeunte no se oyeron mas, y Francisco dió á guardar á Lázaro las alhajas mandándole que se esperase todavía.

—¡Oh! ¡quién se pudiera llevar todo lo que hay aqui! exclamó Pedro atestándose los bolsillos de cuanto encontraba á las manos con una avaricia desenfrenada.

—Pero atiende, Pedro, le dijo Francisco con cierta importancia. Estamos perdiendo el tiempo en esto, cuando nos espera lo mejor.

—¿Cuál?

—El arca de hierro.

—Dices bien, y esa operacion quizá nos lleve mucho tiempo, y entre tanto puede venir el maestro, ó Santiago cansarse de

dar martillazos. ¡Diablo! ¡y cómo aprieta el maldito! ¿Le oyes?

—Sí.

—Dejemos esto, pues, y Lázaro que se vaya si te parece llevando esta caja de buen peso. ¿Y qué tal Francisco, será de confianza el ciego?

—¡Vaya una pregunta!

—Lo llevará todo á casa, para repartirlo allí, ¿no es verdad?

—Respondo de él como de mí mismo.

—Pues ya está andando el ciego: dile que se marche, y que nos espere en mi casa.

—Lázaro, le dijo Francisco al ciego; registrar bien las cajas, y lo que contengan, que se quede en la casa del Sagrario: lo demas á casa de la tia Corva, que allí iremos nosotros.

El ciego comprendiendo exactamente el fin que Francisco se proponia, que era no dar participacion á Pedro de lo que contenian las cajas, se dirijió en efecto á la casa del Sagrario.

Cuando Francisco volvió de despedir al ciego, ya Pedro habia penetrado en la trastienda, y contemplaba con los ojos fijos el arca misteriosa.

—¡Ah! ya tenemos aquí el arca encantada, exclamó Francisco con satisfactoria sonrisa. Exactas fueron las señas de Santiago el cojo. Ea, Francisco; no perdamos tiempo, y alumbramos bien.

Pedro y Francisco sospechando que no toda la dificultad estaba en la llave segun los precedentes, fueron recorriendo minuciosamente el arca, y en especial Pedro, que se preciaba de inteligente, admirábase de su solidez y esmerada conclusion.

—¿Qué te parece, Pedro? preguntó Francisco impaciente.

—Que la tal arca es una obra maestra como nunca he visto, y lo mismo nos va á servir la llave que traemos, que un alfiler. ¿No ves la chapa que tiene media pulgada de grueso?

—En efecto, pero con el cortafrio quizás se logre.....

Pedro adoptó el consejo de su camarada, y fué probando introducir la acerada herramienta por las juntas del arca.

—Imposible, dijo completamente desengañado. Ni una línea siquiera, puede entrar.

—Venga la llave, exclamó Francisco, por ver si le cabia la gloria de vencer la gran dificultad. Dió una vuelta en efecto, y al ver que el pestillo corrió sin entorpecimiento, exclamó lleno de alegría.

—¡Ah! ¡magnífico! el arca es nuestra.

Pedro no dejó de sorprenderse al ver conseguido esta pequeña parte de triunfo. Procuró levantar la tapa; pero hallándola tan inmóvil como la vez primera, dijo á su compañero con alguna esperanza.

—Otra, Francisco, dá otra vuelta á la llave.

Francisco se apresuró á hacerlo así, mas al propio tiempo se oyo un extraño ruido como el que forma la piedra de un arma de fuego al caer sobre el rastrillo; y Francisco como si hubiese recibido un golpe mortal exclamó desesperado.

—¡Maldicion!... ¡Soy perdido!

—Qué es eso Francisco? ¿qué te sucede? preguntó Pedro sumamente asustado.

—¡Oh!... ¡maldita suerte la mia! ¡Estoy cojido por la mano! ¡Pedro! ¡Pedro! por Dios rompe este lazo infernal que me está cortando los huesos.

Pedro ya con el cortafrio, ya con sus propias manos, intentó salvarle; pero sus esfuerzos eran enteramente inútiles, y solo conseguía hacer mas profundas las heridas de la mano presa, que ya empezaba á brotar sangre.

Tal era el gran secreto del arca de hierro, cuyo mecanismo consistía en que al dar la segunda vuelta á la llave, sin salvar antes el efecto de un resorte que contenia dos visagras, se disparaban á derecha y izquierda del escudo, y á distancia de dos pulgadas de la entrada de este, dos abrazaderas de hierro en forma de media luna cubiertas de aguzadas puntas de acero que sujetaban de una manera horrorosa la mano del incauto que intentaba abrirla. Estas abrazaderas, que recibian el impulso de

las dos visagras con nudos interiores en forma de tambor y un muelle circular en su centro, permanecían tan hábilmente embutidas á la superficie del arca, que era imposible apercibirse de ellas.

La situación de los ladrones después de un largo rato de cruel é infructuosa lucha, no podía ser mas angustiosa ni comprometida: sus fuerzas se debilitaban; su valor habia desmayado: los golpes del cojo ya no se oían, y el instante de ser descubiertos debia estar muy próximo.

Pedro, tan azorado estaba, que no sabia que partido tomar, y Francisco martirizado por el intenso dolor de sus heridas, rogaba á su compañero que le cortase la mano antes que abandonarle en tan terrible situación.

En esto se oyó en la tienda una voz temblorosa que preguntó:

—¿Quién está aquí?

Los ladrones no solo guardaron silencio, sino que contuvieron la respiración para no ser sentidos.

—¡Santiago! Serafina! Luces! exclamó la misma voz, que no era otra que la del diamantista.

Pedro temblaba como un azogado, y Francisco le sujetaba fuertemente con la mano izquierda.

—Suelta, Francisco, suéltame, decía Pedro lleno de pavor.

—¡Ah! mal amigo, ¿con qué me quieres dejar ahora que me ves perdido?

—¿Y qué adelantas con que yo me quede aquí? Nos llevarán á los dos.

—No importa.

—Quedará perdida mi familia.

—Mejor.

—¡Ira de Dios! suéltame!

—¡No! no! dijo Francisco en voz tan alta, que oída por el diamantista, gritó con todas sus fuerzas.

—¡Ladrones! ladrones! vecinos! socorro! guardia!

Pedro , contemplándose perdido si dilataba la fuga un momento mas , hizo un esfuerzo para desprenderse de Francisco , y desapareció atropellando al paso al diamantista , que continuaba dando desaforados gritos.

La señora Serafina sin atreverse á bajar á la tienda , empezó á gritar tambien pidiendo auxilio desde los balcones , y Santiago el cojo , armado de una gran escopeta , que quizá tenia prevenida , bajó precipitadamente con ánimo de representar la farsa que tenia meditada ; mas todos sus planes naufragaron con su valor , cuando se presentó á sus ojos el desesperado Francisco con la vista ensangrentada y bramando de corage.

Momentos despues la tienda del diamantista estaba invadida por los vecinos , los curiosos y los soldados que acudieron á las alarmantes voces , y Santiago el cojo , reflexionando sobre su situacion , creyó que el único medio de salvarse era asesinar al ladron. Con esta intencion puso al pecho del indefenso Francisco el arma homicida , y sin duda que le hubiera atravesado el corazon á no arrebatarle el maestro la escopeta , diciendo:

—Detente , Santiago. Esa seria una muerte demasiado buena para un malvado así. ¡Soldados ! bien lo veis. Este hombre intentaba robarme , y el secreto de mi arca le ha salido al paso. La justicia cumpla con su deber castigando á él y á sus cómplices con todo el rigor de las leyes.

El diamantista , con una facilidad asombrosa , tornó las abrazaderas de hierro á su primitivo lugar , y todos los circunstantes sintieron un rayo de compasion al ver el lastimoso estado que presentaba la magullada mano del reo infraganti. Contuviéronle la sangre con un pañuelo ; lanzó una mirada de desprecio sobre Santiago el cojo , y desplegando los labios por primera vez , dijo con indignacion:

—¡Infame ! ¿Y eres tú el que intentabas asesinarme ?

—Llevadle , soldados , llevad á este ladron , decia Santiago el cojo.

—¡Alto allá ! exclamó Francisco con arrogancia.

—Os digo que le lleveis , soldados.

—Y á tí conmigo, traidor, ya que tanto hablas. Soldados, este hombre tiene que sufrir mi suerte porque es tan culpable como yo.

Tanto el diamantista como todos los circunstantes miraban con asombro á Francisco y á Santiago el cojo.

—Maestro, no le crea V., dijo Santiago. Como él se ve perdido, tambien quiere perder á los demas.

—Calla, infame, calla, le replicó Francisco. Lo que eres tú es un cobarde y un pillito que no sabe mas que cometer rate-rías. ¿Quién si no tú ha abierto las puertas de esta casa? ¿Quién sino tú nos ha comprometido á venir esta noche por miedo de que Genaro saliera de la cárcel? ¿Quererme asesinar despues de venderse por amigo! ¡oh! ¡vive Dios que si estuviéramos solos!...

Santiago el cojo, aturdido por los remordimientos de su conciencia trató de huir; pero frustrada su tentativa por los soldados que le pusieron las bayonetas al pecho, solo sirvió para patentizar su crimen y despertar la justa indignacion del honrado artista, que le arrojó de su casa dirigiéndole los mas vergonzosos insultos, abandonándole á la execracion pública y al rigor de los tribunales.

Ambos cómplices fueron conducidos entre bayonetas á la cárcel de Côte, y encerrados cada uno en un calabozo.

El de Santiago hacia solo cuatro horas que habia sido desocupado por un preso á quien por garantía de una respetable persona se puso en libertad.

Este preso era Genaro Bonnivet, protegido por la condesa.



—Os digo que le lavaré, soldados.—
 —Y á ti comino, traidor, ya que tanto hablas. Soldados, este hombre tiene que sufrir mi suerte porque es tan culpable como yo.

Tanto el dimantista como todos los circunstantes miraban con asombro á Francisco y á Santiago el cojo.
 —¡Mecete, no te crea V., hijo Santiago! Como él se ve

perdido, también quiere perder á las demás.
 —Calle, infame, calle, le repugno Francisco. Lo que eres tú es un cobarde y un pillo que no sabe más que cometer traiciones. ¿Quién si no te ha abierto las puertas de esta casa? ¿Quién sino tú nos ha comprometido á venir esta noche por miedo de que Genaro saliera de la cárcel? ¿Queremos asesinar después de vendernos por amigos? ¡Vive Dios que si convenceramos á los

Santiago el cojo, aturdimos por los remordimientos de su conciencia trató de huir; pero trasládase en tentativas por las soladas que le pasaron las bayonetas al pecho, solo sirvió para patentar su crimen y despertar la justa indignación del honorable artista, que le arrojó de su casa dirigiéndole los mas vergonzosos insultos, esparciéndole á la execración pública y al rigor de los tribunales.

Ambos cómplices fueron condenados entre bayonetas á la cárcel de Còte, y encarados cada uno en un calabozo.

El de Santiago hacía solo cuatro horas que había sido descubierto por un preso á quien por garantía de una resaca se le pasó en libertad.

Esto preso era Genaro Bonivet, protegido por la condensa...



—

CAPITULO X.

El aderezo de brillantes.

Digno tributo rendido por los arcanos de Dios á la inocencia de Genaro fué el descubrimiento de los crímenes de Santiago el cojo.

Restituido aquel á los brazos de la angustiada madre, renació la felicidad en su desolada casa; y tanto la condesa como el brigadier diéronse por muy recompensados de sus servicios al ver las señaladas muestras de gratitud que se apresuró á rendirles el jóven artista.

Utilizando los tribunales el valor de tan estraños incidentes, declararon nula la acusacion formada contra la condesa por el diamantista, y este, convencido de que todos habian sido victimas de la perversidad de su hipócrita favorito, no mostró la mas pequeña resistencia al desprenderse de los mil duros que se le reclamaban como pertenecientes á la condesa del Ormazal.

Gravemente afectada la salud del diamantista, luego que se persuadió del destrozo causado en su tienda, por los cómplices

de Santiago, cayó postrado en cama, con tal abatimiento, que llegó á temerse por su vida; dolorosa y apremiante circunstancia que venció la resistencia de Genaro, para presentarse á los ojos del que tan ligeramente se habia dejado arrastrar por una calumnia.

Sus ruegos para que el hijo de madama Aurora aceptase de nuevo su confianza, fueron inútiles sin embargo. Mas no se crea que esta resistencia era producida por los ultrajes causados al jóven artista: no por el orgullo que le inspirára el triunfo de su inocencia sobre las infames acusaciones de su encarnizado enemigo. Genaro tenia un alma demasiado generosa para no perdonarle, y era imposible además que dejára de compadecerse de un enfermo que le imploraba el perdon casi á las puertas del sepulcro.

Pero restábale que cumplir un deber de gratitud. En medio del orgulloso placer que le embargaba aquellos dias de satisfaccion y de triunfo, su corazon sentia un vacío, y para llenarle era preciso destilar incesantemente gotas de sudor, si sus sentimientos de gratitud habian de quedar saciados; si su vanidad de artista habia de quedar completamente satisfecha.

Como desde el momento en que dejó de aspirar el pestilente hálito de los calabozos, no daba treguas á su afan ni descanso á sus fatigas, los dias volaban rápidos como los instantes, las horas pasaban sin sentir; mas en cambio, cada nueva aurora le encontraba con un nuevo triunfo, con una hoja mas en la corona que habia de eternizar su gratitud y gloria de artista el magnifico aderezo de brillantes, que con noble ambicion y loco entusiasmo espera la condesa como una maravilla del arte.

Por estos mismos dias en que el laborioso Genaro, auxiliado de inteligentes artistas, llevaba muy adelantados sus trabajos, conviene recordar que las noticias recibidas en la córte anunciaban que la guerra civil iba tomando grande incremento en las provincias del Norte, y que el general Rodil, gefe en aquella época de las tropas de la reina, dispuso llamar cerca de sí á los ofi-

ciales del ejército mas distinguidos por su valor y adhesion á las instituciones liberales , á fin de sofocar la insurreccion carlista.

Honrado Federico con tan recomendables circunstancias , no fué postergado en la disposicion del general en jefe. Recibió en efecto la órden de partir en el término de cuarenta y ocho horas para las provincias ; pero su ardor pátrio y ambicion de gloria quedó entiviada al reflexionar que iba á alejarse de Isabel quizá para siempre , y que el secreto de su carta y de sus lágrimas sería el roedor continuo de toda su vida, como lo ha sido en los diez años que lleva de penosa incertidumbre.

Resolvióse , pues , á poner en planta la última tentativa, y acudiendo en consulta á madama Aurora, oyó con agradable sorpresa que esta le preguntó:

—Con que es decir , mi querido brigadier , que la mas grata recompensa que puedo tributar á los generosos sentimientos de V. y de mi señora la condesa , es proporcionarle una ligera entrevista con la vecina, ¿no es esto?

—Lo ha comprendido V. perfectamente, amiga mia, respondió el brigadier dejando á la francesa gozarse en toda la plenitud de su elemento.

—Y que esa entrevista sea á una hora en que no haya peligro de ser sorprendidos por una tercera persona , que interrumpa la conversacion , ó que pueda coartar á la vecina la libertad de hablar, ¿no es asi?

—En efecto.

—Una observacion se me ocurre , brigadier, dijo la francesa como si interiormente estuviera coordinando algun plan.

—Diga V. lo que guste.

—¿No seria mejor, mil veces mejor , que esa entrevista tuviera lugar fuera de la habitacion de la vecina?

—¿Cómo? ¿fuera de su casa? ¿y en dónde?

—En la mia, por ejemplo.

—Sin duda que si; ¿pero cómo quiere V. que ella se atreva?...

—De modo, que si la digo: «vecina baje V., que la está esperando el brigadier» seguramente que no lo haría, pero si valiéndome de una estratagema pudieramos conseguir...

—Eso es imposible, madama Aurora; de todo punto imposible, respondió el brigadier, teniendo por un desatino la proposición de la francesa.

—Ea, brigadier; ¿á qué no es empresa tan difícil como á V. se le figura? ¿á qué yo encuentro un medio de hacerla bajar á mi habitación á una hora convenida?

Federico, que en esta ocasión creía ver mas despejado el ingenio de la francesa que el suyo propio, dispuso entregarse en brazos de la suerte, dejándose guiar por los consejos de la eficaz mediadora.

—Tales pueden ser los medios de que V. se valga, que no podrán menos de conseguir el triunfo que se apetece, señora Bonnavet.

—Yo sé que me voy á malquistar con ella, repuso la francesa encogiéndose de hombros, porque al bajar aquí y encontrarse con V. de manos á boca, deducirá que es una red tendida por mí, y de consiguiente...

—Escrúpulos vanos, señora Bonnavet, la delicadeza de V. quedará en salvo, porque el encuentro será atribuido á una casualidad, y despues, nadie mas interesada que ella en ocultarlo á todo el mundo.

—Tiene V. razon, brigadier; no habia yo caido en ello. Será atribuido á una casualidad, y malo ha de ser que entre los dos no podamos reducirla á que lo crea así. Resta solo que convengamos la hora.

—Todo lo dejo á la discrecion de mi buena amiga.

—En ese caso, esta misma tarde á las cuatro, hora en que mi hijo habrá salido de casa. ¿Le parece á V. bien?

—Magníficamente. Dentro de dos horas volveré á ponerme á las órdenes de V.

—No, brigadier, á las de la vecina, á las de la vecina, repli-

có la francesa, aceptando la mano que la ofreció Federico en señal de despedida.

Mas audaz que nunca, se resolvió madama Aurora á hacer ver á Federico de cuánto era capaz su inmensa gratitud, arrojando todos los sacrificios y dificultades que precisamente debian oponerse á su proyecto; pero mucha confianza debia tener en si misma, cuando apenas salió de su habitacion el brigadier, subió á la del médico, tan animada y resuelta, como si tal cosa ocupara su imaginacion.

Condenado al olvido el resentimiento que pudiera guardarla Isabel desde la entrevista con Federico, madama Aurora penetraba esta vez en la habitacion con la acostumbrada franqueza; mas detúvose antes de presentarse á la hija de Guzman, oyendo los lamentos y sollozos de una pobre anciana de cabellos blancos, que en vano Isabel trataba de sofocar con afectuosas palabras.

—¿Se puede entrar, mi querida vecina? preguntó la francesa enseñando por entre la vidriera los lazos amarillos de su papalina.

— Es V. muy dueña, señora Bonnivet, respondió Isabel disimulando prudentemente el enojo que tal vez la causaria esta visita.

La francesa pasó adelante, y la desolada anciana, que no cesaba de llorar, suplicó á la esposa del médico la permitiese retirar á condicion de volver aquella misma tarde.

—Aflijida va la buena muger, vecina, dijo madama Aurora, luego que Isabel regresó de acompañar hasta la puerta á la anciana de los cabellos blancos.

—¡Pobre tía Eduvijis! respondió Isabel enjugándose una lágrima de compasion. Es una pobre madre que pasa los últimos años de su vida en un completo martirio por la perversidad de un hijo.

—¿Qué es ingrato con ella tal vez?

—Peor que eso, madama Aurora. Es un criminal: un ladron-

zuelo, á quien, segun dicen, acaban de coger infraganti, y la pobre madre, á pesar de sus años, viene desde muy lejos á interceder por él con sus lágrimas.

—¡Ay qué diferencia de hijos, mi querida vecina! Vea V., esa pobre mujer, si despliega los lábios, será, no hay remedio, para echar pestes contra su hijo, y yo...

—No, señora Bonnivet; una buena madre no tiene valor para hablar mal de sus hijos: nunca olvida que son fruto de sus entrañas, y asi sucede con esa infeliz. Conoce que su hijo es criminal; pero lejos de acusarle, va implorando compasion para él, confiando en que Dios le guiará por el camino de la salvacion. ¡Oh! yo aseguro que seria capaz de dar la mitad de su sangre por restituir la libertad á su hijo, y eso que es un perverso.

—Ciertamente que todo eso es lo que debe hacer una madre; mas yo queria comparar la desgracia de esa anciana con mi felicidad. Ella padece y llora por los extravíos de su hijo; yo gozo y nado en placer viendo al mio tan afanoso, tan honrado, tan querido de todos, que me enloquece el oír hablar de su juicio, de su buen corazon, de su mérito de artista; porque eso, si, mi querida vecina; lo que es en el oficio, no hay en Madrid, ¿qué vale Madrid? no hay en Europa entera quien á su edad haya hecho mas adelantos. ¿Qué limpieza en los trabajos! ¿qué ingeniosa invencion en todas las piezas! Dígalo sino el aderezo de brillantes que está concluyendo para la condesa de... pues, una condesa, no hay necesidad de recordar su título: lo cierto es que mi Genaro se ha esmerado mas que nunca, porque el tal aderezo de brillantes es para una gran señora, que no ha escatimado los miles de duros para la pedrería, y á quien somos deudores de unos servicios inolvidables. Es muy fácil que mañana ó pasado mañana se lo lleve mi hijo al palacio, y juro á V. que sentiria en el alma que se pasára el dia sin que V. se tomára la molestia de honrar mi casa. La diadema especialmente, es lindísima: forma una corona condal, digna de ceñir las sienes de una reina. ¿Qué brillantes, mi querida vecina! ¡ay, qué brillantes!... vamos, es

preciso verlo para juzgar de su inmenso valor, y si V. no tuviese inconveniente.....

—Nada de eso, señora Bonnivet, V. me favorece demasiado con esa atencion.

—¿Con qué es decir que bajará V.?

—Sin duda que sí. Yo la primera en reconocer el mérito de Genaro, porque he visto obras admirables de sus manos, y una vez que es tan precioso ese aderezo, bien merece la pena.

—¡Oh! sí, es magnifico. Yo bien quisiera evitar á V. esa molestia subiéndolo aqui; pero mi hijo se opondria sin duda, como se opone á que lo vea todo el mundo. Con V. quiero usar de esta distincion, y á fin de no esponernos á que mi hijo se lo lleve antes de verlo, soy de parecer que esta tarde á las cuatro....

—Perfectamente; quedamos en eso.

—Sí, porque á las cuatro tiene mi hijo con precision que ir á ver á la condesa y luego á casa de su maestro, de modo que con toda libertad y despacio podemos verlo.

—Está divinamente dispuesto: es una conspiracion contra la modestia de Genaro, que nuestra famosa curiosidad disculpa perfectamente.

—Tiene V. razon, y la doy gracias por su amable condescendencia. No esperaba menos de la bondad de la vecina, cuando me ocurrió darla esta pequeña prueba de mi estimacion. Dejo á V., pues, ya que he cumplido el objeto que me guiaba, y hasta las cuatro; no olvidarse de la hora.

—Descuide V., amiga mia; no faltaré.

Madama Aurora se retiró muy contenta y satisfecha de su triunfo á esperar con ansia el arriesgado suceso preparado por su ingenio, y del cual estaba muy ajena de esperar las fatales consecuencias que reservaba la estrella infausta que preside al destino de la hija de Guzman.

Isabel, como habia accedido á la invitacion de la francesa, mas bien por un rasgo de bondadosa condescendencia que por un exceso de curiosidad, se lo participó así á Ernesto, quien no

encontrando nada de estraño en ello, aprobó la atencion de su esposa, animándola él mismo á que bajase á la hora convenida á admirar el magnifico aderezo.

Llegado el momento crítico Isabel se dispuso á bajar á la habitacion de la francesa, mas antes de partir tuvo la fatal inadvertencia de decir á su esposo.

—Las cuatro, ¿has oido? Esta es la hora de la cita. No quiero hacerme esperar, Ernesto, y una vez que no quieres acompañarme, adios.

Sin duda que estas sencillas y joviales palabras de Isabel no envolvian el mas pequeño misterio, como precisamente deducirán nuestros lectores; pero un hombre celoso, y que vive sobre aviso como Ernesto, todo lo convierte en sustancia, y he aqui como se disculpa la impresion que le causó el oir á su esposa: «Esta es la hora de la cita; no quiero hacerme esperar, Ernesto.»

En el corto espacio de cinco minutos, luego que desapareció Isabel, infinidad de ideas se agolparon á la mente del caviloso médico, hasta que viendo que ni sus esfuerzos por alejar de sí toda sospecha, ni las caricias de su hija bastaban á calmar su angustiosa inquietud, se resolvió á bajar tambien á la habitacion de la francesa, sópretesto de admirar, igualmente que su esposa, el ponderado aderezo de brillantes.

Antes de llamar en el entresuelo paróse en uno de los tramos de la escalera á reflexionar sobre lo que iba á hacer, y allí se reprendió á sí mismo, como otras muchas veces, de abrigar unos pensamientos tan mezquinos hácia su esposa. Hizo un esfuerzo mas para olvidarse de todo, pero en el mismo momento se oyeron unos golpes en la puerta de donde habitaba madama Aurora. Alzó los ojos, y un estremecimiento de horror se apoderó de todo su cuerpo al reconocer en la persona del que llamaba el mismo brigadier que pocos dias antes encontrára cerca de su habitacion.

La señora Bonnivet abrió la puerta sin vacilar, y el brigadier

penetró, sin hacer alto en el personaje que silencioso y mudo le habia estado contemplando.

De repente Ernesto, como si despertara de un profundo sueño, lanzó una mirada á su alrededor para cerciorarse sin duda de que no era ilusion de su fantasia cuanto acababa de presenciar, y subiendo con la mayor rapidez los peldaños que faltaban hasta su habitacion, llamó con tanta furia que dejó absortos á sus domésticos.

Quizá no habrian trascurrido dos minutos, cuando desatentado como un loco, bajaba por la escalera con dos pistolas en la mano, resuelto á cometer cualquier desatino con el primero que se le opusiera al paso.

Llamó en casa de madama Aurora, y reconociéndole esta por el ventanillo, no pudo refrenar un grito de sorpresa. En vez de abrir cerró la puerta con llave, y corrió presurosa á participar á Federico el grave peligro que les amenazaba.

Isabel, que al ver á Federico, habia comprendido que era victima de un lazo infernal, juzgó mucho mas comprometida su situacion al saber que los desaforados golpes que se oian eran de Ernesto, de quien estaba plenamente convencida que jamás la creeria inocente una vez que la encontrase con Federico.

Reflexionó, sin embargo, que Ernesto no debia conocerle, y que por último, mas fácil era justificarse presentándose á su esposo á declarar la verdad del hecho. Pero tanto madama Aurora como el brigadier no creyendo este medio el mas á propósito, supuesto que por los golpes multiplicados del médico se inferia su impaciencia y su furor, se la oponian fuertemente.

—¡Dejarme! ¡dejarme salir! gritaba desesperada desasiéndose de los brazos de madama Aurora que respondia:

—Por Dios, señorita; que va á suceder una desgracia; que yo le he visto con dos pistolas, y tan furioso que echa fuego por los ojos. Sin duda ha descubierto que están VV. aqui, y creerá... cualquier cosa.

—No importa, dejarme; yo quiero decir la verdad á mi esposo.

—Por la Virgen del Cármen, señorita, no salga V.

—Es que yo voy inocente.

—Bien, pero ya no tiene remedio.

—VV. me han engañado y mi esposo me creerá.

—¿Y si comete un imprudente desatino antes de escuchar á V.? preguntó Federico, que pesaroso de cuanto habia hecho temblaba de pavor, no por él, sino por la mujer que por su causa iba á perder sin duda su felicidad.

—No importa, lo sufriré con resignacion... y le perdonaré.

—Por Dios, señorita, que un hombre ciego de ira es peor que una fiera, y yo que le he visto, estoy segura que va á cometer un disparate. Mejor es que V. se esconda en ese gabinete, si quiera para evitar el primer encuentro.

—Dice bien madama Aurora, apoyó Federico. Al menos el primer impetu es preciso evitarle. V. se guarecerá en ese gabinete; madama Aurora le dirá que ha salido V.; y si es tan osado que intenta penetrar en el gabinete... se lo juro á V., Isabel, no será sin dejarme matar por su mano. ¿Quiere V. mas sacrificio de mí?

—¿Dios mio! la vecina se pone mala, brigadier, dijo madama Aurora, viendo que Isabel ya no pugnaba por desasirse de sus brazos, y que la cabeza se la inclinaba sobre los hombros.

—Al gabinete, al gabinete, madama Aurora, exclamó el brigadier pálido como un cadáver.

La francesa la colocó en un confidente, y en seguida preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos, brigadier de mi vida?

—Abrir la puerta.

—¿Y si sucede alguna desgracia?

—Pronto, pronto, abra V. la puerta.

Madama Aurora la abrió en efecto, y luego que vió entrar al médico, desapareció con ánimo de pedir auxilio á la autoridad.

—¡Caballero... atrás! dijo el brigadier viendo que Ernesto se dirigia arrogante hácia el gabinete , cuya entrada estaba resuelto á disputar con su vida.

Ernesto sin embargo dió dos pasos mas adelante , y el brigadier llevando la mano derecha á la guarnicion de su espada, dijo con amenazadora resolucion:

—Atrás, repito, caballero.

—¡Adelante! replicó Ernesto avanzando y amartillando una de las pistolas.

—¡Desgraciado! ¿qué va V. á hacer? exclamó Federico poniendo la punta de la espada al pecho del médico.

—Asesinar al imprudente que se atreva á disputarme el paso.

—Es que será preciso abrir dos tumbas, caballero , porque yo no me dejo asesinar impunemente.

—Por Dios que no daré lugar á que eso suceda. Paso , caballero.

—Jamás!

Federico , que se habia colocado en guardia , viendo que el médico iba á dispararle á boca de jarro , dió un golpe á la pistola con la espada , y merced á esta oportunidad , la bala quedó embutida en la pared.

A la violenta esplosion del tiro , Isabel despertó de su letargo , y dando desaforados gritos , corrió presurosa á arrojarle á los piés de su esposo. Ernesto la rechazó con indignacion , y mas encolerizado que nunca , creyendo patente el crimen de su esposa , y frustrada la primera tentativa de su venganza , preparó la otra pistola , al propio tiempo que Federico adivinando la intencion , se arrojó sobre él , y logró por fortuna arrebatarle de las manos el arma homicida.

—Caballero... dijo Ernesto despues de tranquilizarse un momento , por algo ha querido la Providencia salvarle la vida. Me pesa haber intentado un crimen , cuando entre caballeros hay medios decorosos de recobrar el honor perdido. Creo que me comprenderá V. lo suficiente.

Federico le miró impasible , y luego bajó los ojos sin pronunciar una palabra.

—Supongo, caballero, que el hombre que viste tan honroso uniforme, no sea tan cobarde que dé lugar á que se lo repita dos veces. Si me ha comprendido V., salgamos.

—¡Ernesto! ¡esposo mio! exclamó Isabel puesta de hinojos y medio ahogada por el llanto.

—¡Silencio , señora!

—Por compasion , Ernesto ; yo soy inocente , yo quiero que me escuches ; he bajado, como tú sabes , por ver un aderezo : yo no sabia que estaba aquí este hombre ; yo....

—Silencio repito , señora. Yo hablo con V., caballero, añadió Ernesto dirijiéndose al brigadier.

—Sea como V. quiere, pero luego que se me escuche , y principalmente á esta señora , cuya inocencia garantizo con mi vida.

—Dará V. márgen , caballero á que esas disculpas sean calificadas de cobardes evasivas , si tarda un momento en seguirme para lavar con sangre esta afrenta.

—Reflexione V....

—Nada reflexiono.

—Ernesto , por compasion , por la memoria de mi madre , por la vida de nuestra hija....

Ernesto , sin querer darla oídos, se desprendió tan brusca- mente de los brazos de Isabel , que la infeliz quedó tendida en el suelo , sin tener una sola persona que la amparase.

El brigadier indignado por la crueldad de su retador se resolvió á seguirle con la firme resolucion de aceptar el duelo, pero despues de declarar solemnemente la inocencia de Isabel.

Dirigiánse á cual mas animado, cuando al llegar á la puerta de la escalera , un hombre de aspecto severo , que empuñaba con marcado estudio un baston de autoridad , les detuvo diciendo:

—¡Alto, señores! Nadie puede salir de esta casa mas que para ponerse á las órdenes de la autoridad competente.

Tanto uno como otro , fijaron por un momento la vista en el inesperado y grave interlocutor , y sin responderle una palabra continuaron su camino.

Herido el amor propio del comisario por el desprecio con que habian escuchado sus palabras , exclamó vivamente exaltado:

—En nombre de S. M. la reina , repito que nadie se mueva , ó vive Dios que me haré respetar de una manera mas eficaz. Adentro , caballeros , á esperar mis órdenes.

—¿Y qué es lo que pretende de nosotros la autoridad? preguntó Ernesto con arrogancia. Si algun cargo tiene que dirigirme , no soy ningun hombre perdido. Vivo en esta casa , soy médico del hospital general , y la autoridad me hallará siempre dispuesto á responder á cuanto se la ofrezca.

—Es que eso no basta , caballero , porque aquí debe haber sucedido alguna desgracia.

—Se equivoca la autoridad. Ninguna desgracia ha ocurrido , y nosotros somos dos amigos que.....

—¿Y el tiro que acaba de oirse?

—Una casualidad imprevista.

—Bien , eso se verá despues ; tanto mejor para Vds. ; pero mi obligacion del momento es conducirlos á la presencia del juez.

—Supongo , caballero , dijo Federico , que esa medida no se entenderá conmigo.

—La justicia , señor brigadier , en estos casos , no admite distinciones , y en último resultado , V. , por su propio honor , no debe negarse á dar sus descargos.

—¿Pero de qué , sino ha habido nada?

—Tanto mejor para Vds. porque menos se les molestará ; mas yo no puedo prescindir de conducirlos á la presencia del juez ó á la cárcel en calidad de detenidos , y asi lo verificaré luego que la habitacion sea reconocida.

Fiel observador el comisario de sus atribuciones , reconoció

escrupulosamente la habitacion de la francesa , auxiliado con algunos de sus satélites , y no encontrando mas persona en ella que Isabel , tomó una ligera declaracion de las palabras que maquinalmente se desprendian de los labios de la acongojada esposa, y acto continuo recogió las dos pistolas de Ernesto , como si ellas fueran el cuerpo del delito que se suponía cometido.

○ Pocos momentos despues invitó á los dos detenidos á que le siguieran , lo cual tuvo efecto despues de conceder al médico la gracia singular de que adoptase algunas disposiciones en su casa.

Una de ellas fué la de que su hija fuese trasladada en aquel mismo instante á casa de Guillermo , á quien escribió todo lo ocurrido , prohibiéndole terminantemente dispensar la mas pequeña proteccion á su esposa , de cuya infidelidad no le quedaba la menor duda , asi como no dudaba tampoco de la entereza de su carácter para no perdonarla jamás.



CAPITULO XI.

La madre y la hija.

FUE tan rápida la actividad que el tribunal de justicia desplegó en la instruccion de las diligencias, y tan favorable para los arrestados, que desde luego declaró no haber lugar á la formacion de causa, y tanto el brigadier como Ernesto quedaron absueltos y en libertad al siguiente dia, viniendo á resultar, que á este no se le ocasionáran graves perjuicios con el arresto, que aquel no demorára un solo instante la salida para las provincias Vascongadas, y que á los dos se les impidiera llevar adelante un duelo, en el que, si el uno luchaba con la ventaja del valor y la destreza, llevaba el otro la del insaciable deseo de la venganza.

Entre tanto se dió lugar á que Ernesto reflexionase con serenidad, y á que con la persuasiva elocuencia de la verdad, que presidia en la declaracion del brigadier, reconociese la ligereza con que habia obrado y de lo cruel que habia sido con su esposa.

Estos pesares se robustecieron, y el nombre de Isabel recuperó para con Ernesto todo lo que habia perdido, luego que Federico bajo su palabra de honor, le refirió la historia de cuanto habia ocurrido, en justa vindicacion de la esposa ultrajada.

Loco entonces de alegría, voló á su casa con ánimo de implorar el perdon de su ligereza; pero cuál seria su confusion al saber que Isabel no habia vuelto á ella desde la tarde anterior en que ocurrió la terrible escena en la habitacion de madama Aurora?

Su exaltacion al encontrarse con semejante acontecimiento rayaba en frenesí. Sus ojos parecia que brotaban sangre: mesábase los cabellos de rabia, y corria desalentado de una en otra habitacion, no queriendo dar crédito á los informes de sus domésticos, cuando le decian que Isabel habia desaparecido, prometiendo no poner los piés en su casa mientras no la volviesen la hija que la habian robado.

Un rayo de esperanza vino despues de algunos momentos á iluminar la razon del desesperado esposo. Olvidándose por un instante de la órden terminante que habia dado por escrito á su amigo Guillermo, de que no admitiese en su casa á la que creía infiel, ni menos la consintiese ver á su hija, corrió presuroso á la en que se suponía se hubiese refugiado como seno de la amistad; pero Isabel tampoco estaba allí. Guillermo una vez persuadido del crimen de Isabel, á quien tanto habia defendido mientras que su infidelidad no pasaba de una sospecha, se creyó en el deber de sancionar la determinacion del ofendido esposo, y en efecto, la desdichada Isabel encontró cerradas las puertas del único asilo que creía reservado á su desgracia.

Congojosa y estenuada de tantos sufrimientos, la tarde en que esto sucedia, se guareció en un portal frente á la casa de Guillermo, desde donde esperaba con ansia la aparicion de Geneveva, único sér que podia reanimar su espíritu, para soportar la miseria y el abandono á que tan impiamente se la condenaba.

Ya la noche empezaba á ejercer su imperio sobre la tierra, y

sin embargo Genoveva no parecia. Un momento mas seria demasiado tarde para encontrar un refugio donde guarecerse aquella noche fatal, y la pobre Isabel, pensando en su triste situacion, con temblorosa planta y los ojos anegados en llanto, comenzó á andar sin saber á dónde dirigirse.

Mas de dos horas empleó en recorrer las calles sin resolverse á tomar una determinacion. Llegó á la puerta de su casa: empezó á subir las escaleras; pero asaltándola de repente un sentimiento de orgullo; temiendo la befa, no ya de su marido, sino de sus criados, tornó á colocarse en la calle, sin hallar tampoco á quien volver los ojos para implorar un asilo en donde pasar la noche.

¡Oh! ¡qué inconstancia de las cosas humanas! ¡Tener que mendigar un rincon donde dormir la hija del potentado Guzman! Verse deshonrada á los ojos del mundo la heroica mujer que tan virtuosamente ha vivido; la que ha sacrificado su felicidad á un sentimiento de gratitud; la que ha abatido la voluntad por acatar el deber; la que habiendo consagrado su existencia á un hombre que no ama, ha sido un tipo de fiel amiga, un modelo de tierna esposa, un raro ejemplo de virtudes en fin. Y sin embargo, ¡cuántas desdichas han caido sobre la infeliz en el trascurso de su vida! ¡cuánta hiel ha destilado sobre su corazon la fuente inagotable de la desgracia!...

¿Y sobre quién, preguntaremos ahora, debe recaer la responsabilidad de estos desmanes? ¿quién colocó la primera piedra de este edificio, que ha sepultado entre sus ruinas tantos seres dignos de mejor suerte?

La violencia de los padres para con los hijos, dijimos al principio de nuestra historia, es un puñal de tantos filos que puede herir á muchas personas. Véase, como la escuela infalible de la esperiencia nos acaba de probar con lamentables sucesos, la triste realidad de nuestras aserciones, tanto mas justificadas cuanto mayor ha sido la virtud de Isabel y cuanto mas ha esquivado la entrevista con Federico.

Vago, remoto, imperceptible, parecerá tal vez el origen que suponemos; pero ¿quién, sino Guzman, alejó al amante del lado de la amada, cerrándole, no solo las puertas de la quinta, sino todos los medios que pudieran aclararle el singular misterio de aquella carta, tan en oposicion con las amorosas protestas de Isabel? A no existir este fenómeno inesplicable para Federico, ¿habia de haber formado un empeño tan decidido y tenaz en pretender una esplicacion de ella? No seguramente; y siendo esto cierto, comprobaremos que la inmeditada crueldad de Guzman ha dado margen á todo, adhiriéndose por desgracia, al propio tiempo, el fatalismo que constantemente va abriendo el paso á nuestra desdichada heroina, cuyo corazon rara vez se equivoca en sus tristes augurios, como nos lo recuerda aquella profecia:

—Mi padre será la causa de mi desdicha eterna!

Y en efecto, la prediccion se ha cumplido. Isabel ha sido un ejemplo de virtud, y su esposo la ha rechazado como la mas criminal de las mujeres. En medio del dolor de su desgracia fué á buscar auxilio en el seno de la amistad, y esta le cerró sus puertas. Buscó á su hija, y no la encontró; se la habian robado por temor de que la infestase con el hálito de un crimen que no existia. Tendió la vista en derredor de sí, y no halló mas consuelo que sus lágrimas ni mas amparo que la clemencia del cielo. ¿Qué mas infortunios pueden sobrevenir á una mujer virtuosa, sin mas delito que haber nacido para vivir mártir de su implacable destino? ¿Por qué prueba mas dolorosa puede pasar una mujer, que habiendo nacido en la opulencia, se ve precisada á mendigar un albergue donde dormir?...

En vano trataba de consultar con su imaginacion á quién de sus conocimientos preferiria para guarecerse aquella noche. Ya desistia de acudir á una familia por creerla de poca confianza para encarecerla un favor tan inmenso; ya de otra por parecerla demasiado preocupada y escrupulosa para recibirla en ocasion en que la acompañaban todas las apariencias de criminal, y ya de otra, en fin, por suponerla mas afecta á Ernesto que á ella misma,

y no querer implorar favor de nadie que tuviese relacion con un hombre que acababa de labrar su perdicion.

En esta penosa alternativa la pareció menos ridiculo y mas acertado recurrir á la caridad de una respetable señora, viuda de un compañero de armas del padre de Matilde, en cuya prudencia y generosidad confiaba mucho, á pesar de las relaciones de amistad que la unian con la esposa de Guillermo.

Sin reflexionarlo un instante mas se presentó en su casa. Se arrojó en los brazos de la compasiva viuda, y con las lágrimas en los ojos y el lábio trémulo de ruber y de vergüenza, imploró que la recogiese por aquella noche siquiera, á condicion de no preguntarla una palabra del motivo que la habia reducido á esta imperiosa necesidad.

Blasonaba de muy compasiva y generosa la viuda del veterano para que no se apiadase de las lágrimas de la afligida Isabel, y aunque la condicion del silencio la parecia estremadamente dura, como lo seria para todas las mujeres, sin escepcion, refrenó por entonces su curiosidad, con ánimo de informarse al siguiente dia de las ocurrencias que habian dado márgen á sucesos de tal especie.

Mas lenta de lo que la triste Isabel codiciára, pasó aquella eterna noche sin poder cortar el hilo de sus lágrimas. Amaneció por fin, y sin saludar siquiera á la hospitalaria viuda, y como si temiera llegar tarde para abrazar á su Genoveva, voló en alas de su deseo á colocarse, como el dia anterior, en el portal que caia enfrente de la casa de Guillermo.

¡Inútil esperanza! Pasó la mañana; la tarde pasaba tambien, y no llegaba el suspirado instante de que apareciese Genoveva. ¿Quién sabe, decia Isabel derramando multitud de lágrimas, quién sabe si esos verdugos de mi existencia la estarán enseñando á aborrecer á su madre? ¿Quién sabe si la cólera del cielo se habrá despertado tanto contra mí, que hasta el placer de ver á mi hija se me niegue antes de bajar al sepulcro? Por compasion, rey de los cielos, madre de los afligidos, amparo del desdichado,

concededme que un instante ilumine la razon de mi Genoyeva, para que no me maldiga, y tranquila y resignada me vereis esperar la muerte.

Efecto de su debilidad, quedó Isabel medio congojosa recostada en la pared del portal, hasta que el relente de la noche que se acercaba la hizo estremecer de frio y volver de su ligero vértigo. Al abrir los ojos el corazon le dió un fuerte latido, porque en dos personajes que caminando á paso lento entraron en la casa de Matilde, reconoció á Ernesto, que pálido y cadavérico se apoyaba en el brazo de su amigo Guillermo.

—¡Gran Dios! ¡tambien él sufre! exclamó la infeliz con una especie de satisfaccion. ¡Oh! ese es el único consuelo que me queda en este mundo: mi única venganza. Moriré, sí; pero la justicia del cielo no alejará el día en que brille radiante mi inocencia, y el pesar, los remordimientos, les llevará á las puertas de mi sepulcro para con sus lágrimas lavar mi afrenta.

Cerrada completamente la noche, fué forzoso acudir de nuevo á la caridad de la viuda del veterano; mas cuando llena de confianza se presentó por segunda vez á los ojos de su bienhechora: cuando esperaba hallar generosa acogida en sus brazos y consoladoras palabras en sus labios, como la noche anterior, no halló mas que una indiferencia fria; una marcada esquivéz y un silencio que la desgarraba el alma, porque comprendió que su bienhechora, juzgándola tambien criminal, estaba pesarosa de haberla recojido en su casa.

No quedó otro recurso á la pobre Isabel que retirarse á una habitacion y resignarse á sufrir aquella noche este nuevo golpe que la asestaba la desgracia mas implacable.

Los tormentos que padeció hasta que los rayos de la aurora vinieron á reflejarse en los cristales de su cuarto, son indescriptibles. Violentas convulsiones de sus nervios dejaron su cuerpo débil y estenuado como si hubiese sufrido largos meses de enfermedad. Los continuos vértigos que la acometian la tuvieron casi toda la noche privada de sentido, y era muy de temer, cuando

nó seguro, que si no se verificaba en ella una feliz reaccion moral, sucumbiera en medio de una congestion cerebral ó un accidente epiléptico.

Algun tanto despejada su imaginacion al dia siguiente, por una vaga esperanza que ella misma no acertaba á explicarse, se dispuso á partir hácia la morada de su Genoveva; pero creyendo prudente dar antes cumplida satisfacci6n de todo á su bienhecho-
ra, suplicó por medio de una criada que la admitiese en su presencia para confesarla la verdad.

La viuda, que el dia anterior, dos horas antes de levantado el arresto al médico y á Federico, habia sido informada por Matilde y Guillermo de todo lo ocurrido, segun ellos lo comprendian, se negó abiertamente á semejante peticion, creyendo haber hecho demasiado con ocultar que la tenia en su casa, y la pobre Isabel, convencida de que por delicadeza no debia volver á poner los pies allí, se alejó con propósito firme de no esponerse á pasar por tan vergonzosas humillaciones, aunque pereciese de hambre y de miseria.

Olvidada por el momento de sus infinitas desgracias, volvió con su esperanza á situarse al frente de la casa en que debia habitar su idolatrada hija. ¿Si verá tambien frustrada su esperanza en este dia, que por un raro presentimiento la cree más realizable? ¿Si habrán sido suficientes las lágrimas que ha vertido para aplacar el rigor de su fatal estrella? ¡Oh! el corazón suele ser el amigo mas leal, el consejero mas prudente, el profeta por excelencia, y muchas veces la realidad que se representa en un sueño fantástico, la vemos reproducida en el mundo positivo. A suceder así ahora, Isabel tendrá que estrechar hoy á su hija, y si el sueño delicioso que en medio de sus tormentos la ha reanimado, llega á realizarse en todas sus partes, ya nó solo abrazará á su Genoveva, sino que Ernesto se habrá persuadido de su inocencia, y volando á su encuentro la conducirá en triunfo por todas partes publicando al mundo entero:—«He aquí la mujer que he sacrificado en un momento de ceguedad. Mundo penga-

ñado, cesa en tus calumnias, y póstrate á sus plantas para adorar la corona del martirio y de la virtud que su pura frente ciñe.»

Con el corazon suspendido de esta ilusion seductora; sin respirar apenas por miedo de disiparla, y con los ojos fijos é inmóviles, haria dos horas que miraba con ávidez la puerta de la casa de Matilde, cuando aparecieron en el umbral dos niños hermosos como dos ángeles del cielo, y cuya presencia la arrancaron un profundo grito de alegría. Eran Genoveva y Arturo, el hijo de Matilde, que acompañados de una fiel servidora, por primera vez salian de su casa despues de las desgracias ocurridas.

Las tímidas criaturas, que caminaban asidas de la mano, viendo que se las acercaba una mujer con los brazos abiertos, empezaron á correr desalentados en diferentes direcciones, dando muchos gritos de terror, hasta que reconociendo Genoveva en aquella mujer estenuada el rostro de su pobre madre, la abrazó cariñosamente, imprimiendo muchos besos en sus lábios y llorando de alegría.

Entonces Isabel recelando que fueran descubiertos ó llamasen la atencion de los transeuntes, se retiró con los niños y la criada al portal que tanto habia regado con sus lágrimas, y allí con mas libertad pudo estrechar contra el corazon á su hija, y hacerla tal sin número de preguntas, que es imposible retener en la memoria. Ayudado el discarso de la niña con muchas noticias de la jóven encargada de su custodia y de la de Arturo, que por fortuna se mostró muy interesada en la suerte de la aflijida madre, supo Isabel que Ernesto no desplegabá los lábios sino para compádecerla: que á todas horas estaba recordando su nombre: que muchas veces le habian sorprendido llorando; y por último, que aquella misma mañana, despues de regresar de hacer la primera visita del hospital, su amigo Guillermo le habia sorprendido con una pistola en la mano, con intencion (segun dijo la criada, sin que lo oyese la niña), de suicidarse de desesperacion. Ancho campo daban estos pormenores á la reflexion de Isabel, quien estuvo á punto de consentir en la segunda parte de su

sueño, es decir, en la justificación de su inocencia para con su esposo; mas esto sin embargo no pasaba de una ilusión. La pobre Genoveva y la criada pudieran muy bien tergiversar las ideas del médico, y la desdichada Isabel no quiso dar pábulo por entonces á estas ilusiones seductoras, para que al evaporarse al rudo soplo del desengaño no fuese tan sentido el dolor de verlas perdidas.

Luego que pasaron dos horas, la encargada de los niños creyó llegado el momento de restituirse con ellos á casa de sus amos. La madre y la hija redoblaron entonces sus abrazos y sus lágrimas, y Genoveva preguntó con candorosa inocencia.

—¿Y dónde vas ahora, mamá? ¿dónde está tu casa? ¿dónde duermes?

Isabel se vió perpleja para responder á esta sencilla pregunta, y al cabo de un instante dijo:

—Duelmo en casa de una buena amiga, Genoveva.

—Ya lo créo que será buena; y ¿cómo se llama?

—No la conoces tú, hija mia.

—Pues bien; yo quiero conocerla; yo quiero dormir contigo: ya que papá me ha estado engañando con que ibas á venir por la mañana, por la tarde y por la noche, ahora que te tengo aquí, no he de dejarte aunque se empeñe quien quiera.

—No, no, Genoveva, calla: no lo imagines: ¡oh! no me lo digas, hija mia.

—¿Y por qué no, mamá?

Isabel luchaba entre dos afectos á cual mas formidables. La idea de vivir con su hija la hacia ver el porvenir mas risueño y venturoso; pero al imaginarse que su hija tendría que pasar un dia, una sola hora de hambre y de miseria, quedó aterrada, y acudiendo á todo el heroismo de que era capaz, la dijo cariñosamente:

—¿No conoces, hija mia, que eso seria una ingratitud imperdonable? tu papá te regañaria mucho.

—No importa.

—Importa, sí, porque te perdería el cariño.

—Queriéndome mi mamá, nada me importa tampoco.

—¡Oh! no; eso no está bien, Genoveva. A tu papá le tienes que guardar mucho respeto. De tu papá lo tienes que esperar todo. Si eres buena hija, nada te faltará. Te querrá mucho todo el mundo. Todas las niñas serán amigas tuyas, y en fin, si eres buena hija, tu pobre madre, aunque esté lejos de tí, rezará mucho para que Dios te haga feliz.

—¿Con que es preciso que nos apartemos?

—Sí, hija mia.

—¿Y cuándo nos volveremos á ver?

—Mañana mismo : ¿te parece?

—¡Oh! cuánto me alegro ; y despues todos los dias, ¿no es verdad?

—Sí, sí, todos los dias.

—¿Y á qué hora, mamá?

—Cuando tú quieras. Yo te esperaré todo el dia desde muy temprano.

—¿Y quieres que se lo diga?

—A nadie, hija mia, á nadie.

—¿Ni á mi madrina tampoco?

—Tampoco, porque en ese caso quizá no te dejaria salir de casa.

—¡Oh! ¡qué crueldad! Pues yo creo que mi madrina bajaria conmigo á buscarte, porque tambien llora mucho por tí.

—No lo creas, Genoveva.

—¿Y por qué no?

—Porque todos ellos creen que tu madre es una mujer mala, hija mia.

Segun el profundo dolor que al oír estas sentidas palabras demostró la niña, parecia comprender todo lo terrible que era la situación de su madre.

Recordada nuevamente la necesidad de separarse, Isabel pretendió de su hija una prenda de su amor que dulcificase las

amarguras de su soledad, y la generosa niña, no encontrando otra mas á propósito, la obligó á fuerza de muchas instancias á aceptar la pulsera de oro que poco tiempo antes la regalára.

Isabel llena de entusiasmo con esta adquisicion, que habia de ser una sagrada reliquia de su bien perdido, la colmó de besos, y con una espression de noble orgullo, exclamó:

—¡Oh! ¡esta prenda del amor de mi hija, será la que reciba mi postrer aliento!...

Capítulo III
En casa del Sagrado.



amargas de su soledad, y la generosa niña, no encontrando
 otra mas á propósito, se obligó á llevarle de muchas instancias á
 aceptar la pulsera de oro que poco tiempo antes le regalara.
 Isabel llena de entusiasmo con esta adquisición, que había de
 ser una sagrada reliquia de su bien perdido, la colmó de besos
 y con una expresión de noble orgullo, exclamó:
 — ¡Oh! ¡esta prenda del amor de mi hija, será la que reciba
 mi poster atento!...

— ¿cuánta sea que se le va a perder?
 — Y...
 — ¿y a conservarlas sus abuelas?
 — ¿cómo mismo? ¿cómo mismo?
 — ¡Oh! cuánto me alegro y después de esto, ¿qué más?
 — ¡Sí, sí, todos los días.
 — ¿Y a qué hora, mamá?
 — Cuando tú quieras. Ya te esperaré todo el día en mi
 despacho.

— ¿cuánta sea que se le va a perder?
 — Y...
 — ¿y a conservarlas sus abuelas?
 — ¿cómo mismo? ¿cómo mismo?
 — ¡Oh! cuánto me alegro y después de esto, ¿qué más?
 — ¡Sí, sí, todos los días.
 — ¿Y a qué hora, mamá?
 — Cuando tú quieras. Ya te esperaré todo el día en mi
 despacho.



— ¡Oh! ¡qué cruel! ¡Pues yo creo que mi...
 — ¿cómo mismo? ¿cómo mismo?
 — ¡Oh! cuánto me alegro y después de esto, ¿qué más?
 — ¡Sí, sí, todos los días.
 — ¿Y a qué hora, mamá?
 — Cuando tú quieras. Ya te esperaré todo el día en mi
 despacho.

Seguimos entre tanto los pasos de la infeliz hija de Esteban. Ser por el desahogo que alcanzaron sus penas en la entrevista con su hija, sea porque la lax de la miseria y el abandono no se la presentase ya tan aguda y espantosa como en los primeros momentos de su desgracia, es lo cierto que luego que se apartó de Geneveva se detuvo en reflexionar sobre su situación, con una madurez y tranquilidad impropia en una mujer tan desdichada, que no cuenta.

CAPITULO XII.

Deja, pues, que sin recursos para proporcionarse el preciso alimento y un cuarto donde dormir, no podía dar un paso, y poniendo en práctica una feliz idea que se le ocurrió, decidió se a entrar en una casa de la calle de San Francisco por cualquier precio de sus pendientes de oro.

Cumplido así llegó á la tienda en ocasión que una mujer como de cincuenta años, para quien desde luego fué objeto de sus miradas escudriñadoras, se ocupaba de vender al plato

Pocos instantes despues del esta escena, Isabel recorria incierta las calles de Madrid algun tanto mas contenta de su suerte, y sumamente satisfecha de haber tenido valor para separarse de su hija, sin haber consentido en que participara de su desgracia.

Geneveva luego que se vió en presencia de Matilde, creyéndose delatada por sus recientes lágrimas, no pudo callarla el secreto de cuanto habia ocurrido, y tal fué la alegría que causó á Matilde la narracion de la inocente niña, que sin aguardar á pensarlo un instante, ni decir una palabra á su esposo ni á su primo, con el fin de que la sorpresa fuese mayor, tomando de la mano á Geneveva salió á la calle, creyendo encontrar todavía á la justificada esposa. Pero Isabel entre tanto habia desaparecido, y Matilde despues de recorrer inútilmente las calles inmediatas, se vió precisada á retirarse y esperar al dia siguiente, para restituirla en triunfo á los brazos de su inconsolable esposo.

Sigamos entre tanto los pasos de la infeliz hija de Guzman.

Sea por el desahogo que alcanzaron sus penas en la entrevista con su hija, sea porque la faz de la miseria y el abandono no se la presentase ya tan adusta y espantosa como en los primeros momentos de su desgracia, es lo cierto que luego que se apartó de Genoveva se detuvo en reflexionar sobre su situación, con una madurez y tranquilidad impropia en una mujer tan desdichada, que no cuenta con mas amparo ni porvenir que la esperanza de llorar mañana en los brazos de su hija, único sér que reanima su existencia.

Dedujo, pues, que sin recursos para proporcionarse el preciso alimento y un cuarto donde dormir, no podia dar un paso, y poniendo en práctica una feliz idea que se le ocurrió, decidióse á entrar en una platería inmediata y deshacerse por cualquiera precio de sus pendientes de oro.

Cumpléndolo así llegó á la tienda en ocasion que una mujer como de cincuenta años, para quien desde luego fué objeto de sus miradas escudriñadoras, se ocupaba de vender al platero un magnífico anillo de brillantes. El artista después de enterarse bien de la alhaja, y de tomar algunas precauciones que pasaron desapercibidas de la vendedora, la entregó una suma, que si bien no cubria el valor del anillo, no por eso dejó de contentarla.

So préfesto de presenciár la venta de los zarcillos de Isabel, la vendedora del anillo no salió de la tienda hasta que aquella lo verificó, y así que ambas á dos se vieron en la calle, comenzó la del anillo á lamentarse del poco aprecio que de las alhajas hacian los plateros cuando iban á vendérselos: de lo sensible que la habia sido deshacerse de un anillo tan precioso como el que acababa de vender, y por último, que solo una absoluta necesidad la habia obligado á pasar por semejante sacrificio. Desde aquí pasó á deducir que Isabel, al deshacerse de los zarcillos, tambien se habria visto en una necesidad apremiante, y con esto logró su objeto de entrar en conversacion con Isabel, vivo deseo que se

la habia despertado, desde que observó que á la vendedora de los zarcillos aun la quedaban algunas sortijas en las manos y un magnífico collar de oro en el cuello.

Isabel, que no estaba en el caso de despreciar la ocasion de asociarse á alguna persona que compadecida de su suerte quisiera servirla de guia, á muy poca costa reveló á la astuta mujer que tan desamparada estaba en el mundo, que ni aun tenia un rincon donde dormir.

Viendo el cielo abierto la vendedora del anillo con semejante noticia, pues que ya contaba prendida en su red á la inocente, la ofreció su proteccion en estos terminos:

—No tenga V. cuidado por eso, amiga mia. Tendrá V. un cuartito arreglado á sus circunstancias, y cerca del mio, que siempre será una ventaja. Cabalmente esta mañana se ha desalquilado uno en la casa del Sagrario, que es en donde yo vivo, en compañía de mi marido. Por hoy, pues, no se aflija V., porque ni cama, ni cena, ni cuanto pueda necesitar para esta noche la ha de faltar. Mañana será otro dia, y ó bien nos arreglaremos con lo poco que hay en mi casa, ó con el dinero de los pendientes se proveerá V. de lo mas preciso.

Dándose Isabel el parabien de tan feliz encuentro, no hizo la mas pequeña resistencia á las instancias de la improvisada protectora, y se dejó guiar por ella, sin advertir ninguna de las dos que un dependiente de la platería las seguia los pasos.

Llegaron por fin á la casa del Sagrario, situada como sabe el lector en la calle de Segovia, y el rostro de Isabel se inmutó con un baño de melancólica tristeza, viendo el lóbrego aspecto que presentaba aquel vetusto y sombrío edificio, que precisamente habia de hacer mas penosas las horas de su soledad.

El interior de la casa del Sagrario, asilo que parece construido de propósito para las clases pobres de la sociedad, presenta en primer término un estenso patio ocupado generalmente con talleres de artes mecánicas, y saliendo por la tortuosa y lóbrega escalera, que nace en el reducido portal, se hallan en diferentes

direcciones varios pasillos con multitud de cuartos, á manera de las celdas de los conventos.

Tarea muy árdua seria si hubiésemos de detenernos en una descripción minuciosa de esta populosa vivienda. Bástenos, pues, advertir que en el último piso existe un ángulo de galería ó corredor, cuya balaustrada domina el patio, y que uno de los diferentes cuartos que la circundan es la habitación de Lázaro el ciego, á donde se encaminaba Isabel acompañada de su protectora.

—Buenas tardes, Lázaro, dijo ésta poniendo su mano en el hombro del ciego, que estaba distraído recostado en la barandilla del corredor.

—Adios, Marta, respondió Lázaro presentando un rostro tan espantoso, que á Isabel no pudo menos de causar horror.

—Levántate, añadió Marta acercándose al oído del ciego. Tengo que comunicarte una noticia.

Marta rogó á Isabel que esperase un momento hasta que ella saliera, y tomando al ciego de la mano, entró con él en la habitación, sin haber advertido tampoco que el dependiente de la platería la observaba desde un extremo del corredor.

El mensajero artista, luego que se cercioró de la habitación de la vendedora del anillo, corrió presuroso á participárselo á su principal, que impaciente esperaba la noticia, con objeto de ponerse de acuerdo con la autoridad y el diamantista de la calle Mayor, pues reconocido el anillo por una de las alhajas robadas, era de inferir que su poseedor lo fuese también de otras, ó por lo menos cómplice de Santiago el cojo.

—¿Qué tal? ¿cuánto ha valido, Marta? preguntó el ciego impaciente y frotándose las manos, luego que se persuadió de que no tenían testigos.

—Mas de lo que puedes figurarte, respondió la mujer llena de gozo; pero vamos á lo que importa mas, Lázaro. Ahí fuera, en el corredor, espera una mujer.

—Y quién es esa mujer?

—Una señora rica, á lo que parece, pues trae un magnífico collar de oro, sortijas y dinero, pero que yo no sé por qué, no tiene casa donde dormir.

—Y bien: ¿qué es lo que intentas, Marta?

—Acomodarla cerca de nosotros: hacerme su amiga, y cuando haya ocasion.

—Comprendo; más en nuestra misma casa no podrá ser.

—Ni yo trato de eso tampoco, Lázaro; pero se quedará en ese cuarto que se desalquiló esta mañana en el corredor: el número 33.

—Perfectamente; el núm. 33 cerca está del 40. En ese caso, puedes bajar al cuarto del administrador para que te dé las llaves.

—No es así como yo lo tengo dispuesto, Lázaro. Tú debes bajar con ella, y pagar de paso los dos meses que debemos de alquileres, entre tanto que yo la dispongo una cama y lo demás que necesita para pasar la noche. De este modo hará mucha confianza de nosotros, y á su tiempo recojeremos el fruto.

—Sea como tú quieras, Marta, y dí á esa mujer que me acompañe. Pero oye, añadió el ciego conteniéndola por un brazo: ¿y el dinero del anillo?

—Aquí está en buena moneda.

—¿Estás segura de que no habrá sospechado nada el que le compró?

—¿Qué ha de sospechar, hombre? ¡Vaya, vaya, pues no tienes tú poco miedo!

—Es que pudiera el diamantista de la calle Mayor haber tomado precauciones, y...

—Si, ¡precauciones! lo mismo que yo. No hice mas que salir de casa, y en la primera platería que encontré, que fué esa de la calle de Toledo, esquina á la de Tintoreros, hice el negocio sin la menor dificultad, ¡y vaya si ha quedado contento el platero con la compra! estoy por decir que mas que yo con la venta. Ea, Lázaro, no hagamos esperar á esa mujer. Toma los seis duros del alquiler de este cuarto, y si el administrador no quiere

dar el número 33 sin fianza, dile que nosotros respondemos.

Lázaro el ciego se puso á las órdenes de Isabel, y esta, á pesar de la repugnancia que le causaba su espantosa figura, le siguió los pasos hasta una habitacion del piso principal, en donde vivia el administrador de la casa del Sagrario.

—Muy buenos dias, amigo Lázaro, le dijo el administrador, hombre obeso que ya frisaba en los doce lustros, y cuyo semblante grave se trocaba en amable y jovial cuando conocia que los inquilinos acudian á cumplir religiosamente sus obligaciones. ¿Qué tiene V. que mandar, señora? añadió el administrador inclinándose respetuosamente á Isabel, que temblaba como la hoja en el árbol.

—Esta señora, respondió el ciego, pretende ser inquilina de la casa del Sagrario, Sr. D. Cosme.

—V.¿ preguntó el administrador estrañándose de que una señora tan bien portada se aviniese á ocupar una de las mezquinas habitaciones de aquella casa.

Isabel contestó solo con una demostracion afirmativa.

—Siento, replicó el administrador, no tener una habitacion digna de.....

—¿Cómo que no? exclamó Lázaro interrumpiéndole. Esta mañana se ha desalquilado una bien cerca de la mia.

—En efecto, el cuarto número 33 del corredor: hé aqui las llaves; mas es tan reducida que.....

—Eso no importa, caballero, dijo Isabel con timidez. Yo soy una mujer sola, y por de pronto no tengo inconveniente en aceptarla.

—Siendo así, nada replico, señora. Hoy se estenderá el recibo, y mañana se subirá á cobrar el mes adelantado, porque no ha de ser puñalada de pícaro, no por cierto; á las personas se las guarda las consideraciones á que son acreedoras, y yo me figuro que V....

—Gracias caballero, respondió Isabel á las políticas palabras del administrador.

—¿Su nombre de V? preguntó éste tomando una pluma en la mano.

Isabel se vió confusa para contestar á esta pregunta.

—¿Tiene V. la bondad de decir su nombre, señora? repitió el administrador creyendo que no habia sido comprendido.

—Si no fuera de indispensable necesidad, caballero, yo rogaria á V.....

—¿Cómo! ¿hay algun inconveniente en saberlo? dijo el administrador con gravedad dejando la pluma sobre la mesa.

— No, pero.....

—Es que ha de saber V., señora, y cuidado que yo estoy muy lejos de maliciarme lo mas mínimo; pero ha de saber V. que como hombre de conciencia, no puedo consentir que en el recinto de esta casa se admita á una persona, sea del sexo y circunstancias que quiera, que pueda infundir sospechas de...

—¡ Caballero!

—He dicho que estoy muy lejos de abrigar la mas pequeña duda respecto á su honradez; pero ese empeño que tiene en ocultar su nombre, da lugar á suponer que V. no es lo que parece, y en ese caso...

—No pase V. adelante, caballero, escriba V.: me llamo Isabel de Guzman.

Una profunda exclamacion del ciego dejó atónitos á los dos interlocutores, que instantáneamente fijaron los ojos en su espantoso rostro.

—¿Qué ha sido eso, Lázaro? preguntó el administrador asombrado.

—Nada, señor don Cosme, respondió el ciego pesaroso de no haber podido contener la demostracion de su sorpresa. Ya se vé... como soy ciego... me habia olvidado de que estaba con gente, y, la verdad, me he sorprendido...

—¿De qué? ¿Le ha sorprendido á V. oír el nombre de esta señora?

—¿Cuál? ¿el nombre de esta señora? ¿y á mi por qué? ¡vaya un capricho! no es mas que, como he bajado con ánimo de pagar á

V. mi deuda, naturalmente me he sorprendido al notar que me he olvidado del dinero.

—¿Y eso qué importa?

—¡Vaya si importa! al cabo de dos meses, ya es tiempo de... y luego como gracias á Dios..... en fin, señor don Cosme, despache V. á la vecina, que, ó bien mi mujer ó yo, bajaremos el dinero. Hasta luego, hasta luego.

—¡Pero Lázaro! oiga V., no corre tanta prisa. ¡Sí, vaya un paso que lleva! ¡Cá! si esa cabeza está perdida. Bien dicen todos los vecinos, que el mejor día vamos á tener una desgracia en la casa del Sagrario.

—¡Qué! ¿está demente ese infeliz ciego? preguntó Isabel balbuciente por la impresion irresistible que le causó tan singular acontecimiento.

—Sí señora; loco rematado. En especial algunos dias es temible, porque ó bien le da por pelearse contra las paredes y deshacer cuanto encuentra á mano, como si estuviera luchando con alguno, ó por correr desafortadamente como si le signieran para matarle.

—¡Infeliz! quizá el recuerdo de alguna desgracia que le ha sucedido.

—Eso es lo que yo sospecho, aunque él á nadie ha querido confiarlo, y temeroso sin duda de que se sepa, tiene mandado que cuando le dé la locura, le aten de modo que no pueda escaparse, y que le tapen la boca.

—¡Cosa singular!

—Rarísima. Mas de cuatro veces le han salvado milagrosamente, cogiéndole al punto de arrojarle al patio desde el corredor, diciendo que los asesinos le seguian, y que era preciso saltar la tapia para salvar la vida.

—¡Pobre ciego! mas le valiera no vivir para padecer tanto en este mundo.

Isabel al cabo de unos instantes se encargó de las llaves, y muy satisfecha de la amabilidad del administrador, se retiró á su ha-

bitacion , á cuya puerta la esperaba impaciente la mujer del cie-
go, con la cama y demas objetos de primera necesidad , sin ol-
vidarse del preciso alimento para aquella noche.

Lázaro el ciego se ocupaba entretanto de recoger todas las
alhajas que tenia ocultas desde el dia en que ocurrió el robo del
diamantista.

Un cuarto de hora despues , Marta volvió de cumplir su ca-
ritativa mision , y Lázaro el ciego, con las alhajas guardadas en
el pecho , se dirigió al cuarto de Isabel , sin satisfacer la curiosi-
dad de Marta, que le preguntó muchas veces que dónde y á qué
se dirigia con tan estraña precipitacion.

Lázaro el ciego.



CAPITULO XIII.

Lázaro el ciego.

ISABEL no había tenido tiempo siquiera de reparar en la triste lobrete de su habitación, ni en los mezquinos muebles que se vió obligada á aceptar de su caritativa protectora, cuando Lázaro el ciego se presentó ante sus ojos, con una resolución tan espantosa y descarada, que la llenó de terror.

—¿Qué se le ofrece á V., buen hombre? ¿qué busca V. en esta habitación? preguntó Isabel con voz temblorosa.

Lázaro, sin responder una palabra, recorrió con las manos el *largo* de la puerta, y tropezando en un cerrojo, adoptó la precaucion de correrlo. Isabel se acordó en este instante de las noticias que el administrador acababa de darla, respecto á la demencia de Lázaro, y sobrecogida de miedo, dió unos pasos con ánimo de salirse al corredor.

—¡Alto señora! gritó el ciego comprendiendo la intencion, y asiéndola furiosamente por un brazo. Bueno fuera, continuó Lá-

zaro muy satisfecho de haber evitado la huida de Isabel. Bueno fuera que alcanzasen tus burlas á este sitio, á que tu destino te conduce, para que al cabo de diez años de tormento tenga yo un dia feliz.

—¡Dios mio! ¿será posible? exclamó Isabel reparando en las alteradas facciones del ciego.

—¡Qué! ¿aun no me has conocido, desdichada?

—¡Gran Dios! este es un sueño: un delirio espantoso de mi imaginacion estraviada. ¡Oh! no es verdad, no es verdad lo que estoy mirando.

—¿Aun dudas, infeliz, que este miserable ciego cubierto de harapos, feo, horrible, espantoso, es el insaciable verdugo de tu familia?

—¡Ah! ¡Jaime Lebron!!...

—¡Si! el mismo, que ha soñado con una esperanza seductora, que ahora vé realizada. Jaime Lebron, que mil veces se hubiera dado la muerte por no vivir en esta oscuridad, á saber que tú no existias en el mundo; pero Jaime Lebron, á quien falta que llenar un inmenso vacío en la ambicion de su venganza.

—¡Oh! suélteme V., suélteme V!

—¡Imposible! ¡imposible!

—¡Por piedad, señor Jaime!

—¿Y cuándo la has tenido tú de mí? No, desdichada. La Providencia ó el infierno te ha encaminado á mis brazos, porque ha visto que yo no podia buscarte. Cúmplase, pues, la voluntad de Dios ó del demonio, y mi venganza si es preciso. ¿Lo has oído, Isabel? mi venganza si es preciso, porque en tu mano está la eleccion de la fortuna ó la desgracia; la opulencia ó la miseria; la vida ó la muerte.

—¡Oh! Yo no quiero mas que se compadezca V. de mí, y que por caridad se apiade de una mujer, á quien la mas cruel de las desgracias la condena á morir en un rincon olvidada del mundo, y á quien le faltan las fuerzas... para soportar...

—Pues bien, tranquilízate, tendré compasión, Isabel. Dices que eres desdichada, y me duelo de esa verdad, porque mi corazón, endurecido otro tiempo como el diamante, se ha ablandado con los violentos choques del infortunio; es decir, que comprendo lo que es ser desgraciado. Mas á pesar de esto, el recuerdo de lo pasado, hace germinar en mi corazón un deseo irresistible que me devora. Yo, para tí, no quiero ser un verdugo, no, Isabel. Mi sed de sangre ya está satisfecha. No quiero mas venganza. Seré tu amigo, tu protector eterno: ¿qué mas quieres de mí?

—Que me suelte V.

—¿Para alejarte?

—Si.

—No, ¡vive Dios! El amigo exige otra recompensa; el protector algun sacrificio. Escucha, Isabel. Tú eres pobre y desgraciada, porque de otro modo no vendrias á buscar hospitalidad á la casa del Sagrario. Tu debilitada voz me revela lo bastante para conocer que sufres tal vez los horrores de la miseria, la horfandad ó el abandono: nada me importa la causa; pero tú eres pobre, y yo puedo hacerte rica. Dime, ¿de qué te sirve ese collar que pende de tu cuello, ni esas sortijas en que quizá se cifra tu porvenir? Te cubrirán las necesidades de hoy; pero ¿y las de mañana? ¿y las de los dias que han de venir despues? Mira, Isabel, ¿vés estas alhajas? ¿vés estas otras? pues todas, todas son tuyas desde este momento, si te resignas á no separarte jamás de mi lado.

—¡Oh! ¡no! contestó Isabel forcejeando inútilmente por desasirse.

—Piénsalo bien, desventurada, y no olvides que ese sacrificio que exijo de tí, hace arrostrar infinitos al que de todo se olvida por pertenecerte.

—¡No! ¡no! continuaba Isabel sin alientos para pronunciar una palabra.

—¿Con que es invencible tu resistencia?

—Sí.

—¿Con que prefieres la muerte á vivir conmigo?

—Sí, sí; pero por piedad, tenga V. compasion...

—Cuando te resignes á ser mia.

—¡ Ah ! eso ya es imposible, imposible.

—¿ Imposible? ¿y por qué? ¿porque perteneces á otro hombre?

—Sí.

—¿ Y ese hombre te ha abandonado ?

—¡ No , no !

—¿ Ha muerto quizá?

—Tampoco.

—En ese caso, mi primera sospecha es cierta. Tanto mejor, y mas sacrificio es el mio, que me olvido de la mujer que ha sido mi guia por espacio de ocho años.

—¡ Oh ! ¡ qué crueldad ! suélteme V., suélteme V.

—¡ Poder de Dios ! ¿ Todavía te resistes?

—¡ Siempre ! ¡ siempre!

—¡ Cómo ignoras de cuánto es capaz un hombre despechado, que no retrocede ante los crímenes mas espantosos ! Arrodillate, miserable, á los piés del que es dueño de tu honor y de tu vida.

El ciego la dió tan furiosa sacudida , que dislocándola la muñeca, la derribó al suelo , yendo á parar la infeliz contra una mesa de pino, donde Marta habia colocado una cena frugal para aquella noche, sin olvidarse de un cubierto y un cuchillo.

—¿ Lo ves, desgraciada ? ¿ ves de que te sirve esa tenaz resistencia, ante el poder de mi furor? Por última vez, Isabel. El sufrimiento está gastando su última gota. Un instante despues, será demasiado tarde. ¿ Te decides ó no?

—¡ Jamás ! ¡ jamás!

—¡ Labraste tu ruina, infeliz ! Te he brindado con la paz, y no la has querido : he intentado poner en tus manos estas alhajas, y las desprecias ; pues bien, sonó la hora de la venganza.

Mi placer, mi regocijo será tanto mayor, cuanto mas te vea sufrir en la última hora de tu vida.

—¡Dios mio! ¡socorro!

—¡Oh! no grites, porque solo conseguirias precipitar tus instantes, aunque me costase perder cien vidas. Hace diez años no me quisiste tierno y apasionado; pues aquí me tienes, feo, andrajoso y feroz como el dia en que asesiné á tu hermano.

—¡Gran Dios!

—¡Ah! bien sabia yo que las circunstancias de su muerte todavía eran un misterio; pero esta ocasion es solemne para revelarle, y quiero gozarme en tu desesperacion.

—Eso es mentira, mi hermano pereció en el incendio de la quinta.

—Te han engañado: tu hermano fué sepultado por mí en las aguas del Tajo.

—¡Oh! ¡qué horror!

—Te estremeces ¿no es verdad? ¡Pues tiembla al pensar que en su agonía me acribilló los ojos á puñaladas, y que esto pide venganza, pero una venganza terrible! ¡espantosa!...

—¿Cómo? ¿mi hermano le quedó á V. ciego?

—Si, tu hermano Carlos, cuya sangre seria capaz de beberme.

—¡Justicia del cielo!

—Tienes razon: justicia del cielo, sí, pero aún quedaba la venganza del infierno; ¿y sabes cuál fué la venganza dictada por el infierno? ¿Sabes quién fué la mano que prendió fuego á la quinta?

—¡Cielos! ¡la misma que asesinó á mi hermano!

—Y la misma que en este momento blandirá un puñal, para acabar tambien con tu vida si no sucumbes.

Un grito de alegria que lanzó Isabel al ver el cuchillo que la habia dejado su protectora, llenó de pavor al ciego, que se apresuró á preguntar:

—¿Qué es eso, Isabel? ¿quién está aquí? ¿por qué has gritado de ese modo? ¿qué es lo que haces?

—Prepararme á la defensa de mi asesino. ¡Ah! ya no tengo miedo. Suélteme V.

—¿Y por qué no me tienes miedo ya? ¿qué es lo que hay en tu mano?

—Nada, pero suélteme V.

—¡Oh! nunca, nunca, aunque pierda la vida.

Isabel, que despues de alguna dificultad habia podido alcanzar el cuchillo, le enarboló para hundirle en el seno del ciego; mas como la faltase el valor para hacer una muerte, le hirió unicamente en los dedos de la mano con que la tenia agarrada, y el ciego, dando un grito de desesperacion, soltó la presa, como Carlos la soltó cuando recibió de Lebron una herida semejante en una reja de la quinta.

Derribado al suelo por la intensidad del dolor, soltó las alhajas que aún conservaba en la mano izquierda, para sujetar con ella á Isabel; pero ésta, entretanto, habia descornado el cerrojo de la puerta, y huyendo despavorida, atravesaba como una loca, con el cuchillo en la mano, el corredor de la casa del Sagrario.

Durante esta escena de cruel agonía para la hija del Guzman, que milagrosamente acababa de salvarse, la justicia, guiada por el dependiente de la platería de la calle de Toledo, habia registrado escrupulosamente la casa de Lázaro el ciego, sin haber encontrado indicios de que hubiese alhajas; mas esto no implicaba para proceder contra la vendedora del anillo robado, y así es que el comisario acordó reducirla á prision, y que se instruyese la correspondiente sumaria.

A las desentonadas voces de Marta, y al murmullo que formaban los agentes de policia, acompañados de algunos soldados, todos los vecinos del corredor salieron á satisfacer su curiosidad, y en este critico momento fué cuando apareció Isabel pálida y desgredada, con el cuchillo ensangrentado. Figurándose en medio de su desvario, que aquellos hombres venian á pedirle cuentas del crimen que acababa de cometer, se arrojó á sus piés suplicándoles que la perdonasen, y confesando al mis-

mo tiempo, que si bien habia herido á aquel hombre, era porque habia intentado asesinarla, como lo tenia hecho con toda su familia.

La esposa de Lázaro, que ya pertenecía á la justicia, no sabia cómo pensar de tan extraño incidente; mas aunque temia por la vida de su esposo, guardaba un profundo silencio. Los de policía, creyendo al pronto que Isabel era una demente, no hicieron mas que compadecerla; pero viendo que á la puerta del mismo cuarto de que ella saliera aparecia tambien un hombre ciego, tiñendo la pared de sangre, se acercó al comisario y le dijo:

—Deténgase V., mi amigo. ¿De dónde se viene? ¿qué significa esa sangre?

El ciego hizo una demostracion de disgusto por estas palabras intempestivas, y prosiguió su camino.

—¿No has oido, imprudente? continuó furioso el comisario sujetándole contra la pared.

—Poco á poco, caballero, respondió el ciego con gravedad. Yo no tengo que dar cuenta de mis acciones. Voy á mi habitacion, al número 40, y nadie tiene derecho para preguntarme á dónde voy, ni de dónde vengo.

—Se equivoca V.: la justicia siempre tiene derecho para...

—¿Cómo, caballero! ¿Es V. acaso?...

—El comisario de policía, si señor.

—Y dígame V., señor comisario, ¿no ha visto V. salir una mujer hace un momento de ese mismo cuarto en que yo estaba?

—Sí.

—¿Y en dónde, en dónde está esa infame mujer?

—Déjela V., que no se ha escapado; pero sepamos... ¿quién es ella? ¿qué es lo que ha hecho? ¿por qué salia con un cuchillo en la mano?

—¿Con un cuchillo en la mano? ¡Ah, bien decia yo! Ha de saber Vd., señor comisario que esa mujer trataba de asesinarme.

—¿Asesinar á V?

—Sí señor: trataba de asesinarme; mas yo me preparé con tiempo, y solo ha podido hacerme esta herida en la mano. Es preciso prenderla antes de que se marche.

—¡Oh! no se escapará, yo lo aseguro. ¿Y por qué intentaba ese crimen?

—Eso es para muy despacio. Hace muchos años que me aborrece de muerte; pero hoy no solo la impulsaba el deseo de acabar conmigo, sino el de robarme unas alhajas que valen un tesoro.

—¿Unas alhajas?

—Sí señor; unas alhajas que estaban siendo objeto de su codicia hace mucho tiempo. Es decir, que esa mujer no solo es homicida, sino ladrona; vea V. si tiene bien merecido un patíbulo.

—Mas esas alhajas...

—¡Silencio, silencio! conviene que nadie sepa que están en mi poder. Sígame V. á ese cuarto de donde yo salía, y recojéremos las que me faltan, porque con la lucha encarnizada que hemos tenido se han desparramado por el suelo, y ya se ve, como soy ciego...

—¡Eh! ¡soldados! ¡alguaciles! gritó el comisario llamándoles en su auxilio.

—¿Qué es lo que hace V?

—Este hombre, continuó el de policía dirigiéndose á sus subordinados, este hombre es el poseedor de las alhajas que venimos buscando.

—¡Cómo, señor comisario! exclamó el ciego. Estas alhajas y las que se me han caído en el cuarto, son mías.

—Mientes, infame. Estas alhajas han sido robadas.

—¡Robadas!

—Sí; robadas en una tienda de diamantista de la calle Mayor. ¿Le ven VV., señores, confundido con los remordimientos de su complicidad? ¿Por qué no te atreves á contradecirme, miserable?

—Es que yo... sostendré que es una calumnia, porque estas alhajas...

—¡Eh! ¡silencio! A ver, soldados, apoderaos de este hombre, mientras que el escribano forma inventario de estas alhajas, y las que, segun confesion del mismo ciego, debe haber en el cuarto número 33.

El comisario y el escribano penetraron en efecto en el cuarto de donde habia salido el ciego, y habiendo encontrado multitud de alhajas y piedras preciosas, diseminadas por el suelo, formaron de ellas un escrupuloso inventario, quedando en poder del de policia en calidad de depósito.

Terminada esta diligencia, dispuso él mismo que se redujera á prision á los tres que aparecian delincuentes.

Isabel, así que escuchó tan horrible sentencia, imploró la compasion de todos, prometiendo decir la verdad de cuanto habia pasado; mas el comisario, que blasonaba de inflexible en el cumplimiento de su deber, la amenazó con que á la mas pequeña resistencia la llevaria á la cárcel atada codo con codo, y entonces la infeliz, no teniendo valor para resistirmas, cayó aletargada en el suelo, declarándosela un accidente, con todo los sintomas de una epilepsia en extremo alarmante.

Trascurrido el término de las convulsiones, al cabo de cuatro minutos, los circunstantes se convencieron de que no habia medio de hacerla recobrar los sentidos, y al mismo tiempo que dispusieron llevar á la cárcel al ciego y á su esposa, determinaron tambien conducir á la enferma en una silla de manos á la sala de presas del hospital general.



El silencio! A ver, salidas, apoderos de este hombre.
mientras que el escribano forma inventario de estas cosas y
las que, según costumbre del mismo cargo, debe haber en el cargo.
El número 33.

El comisionario y el escribano pensaron en efecto en el cargo
de donde habia salido el ciego y habiendo encontrado multitud
de alfileres y otras piezas, descubiertas por el suelo, forma-
ron de ellas un cargamento inventario, quedando en poder del
de policía en calidad de depósito.

Terminada esta diligencia, dispuso el mismo que se redujera
á prisión á los tres que aparecieron delinquentes.

Así, así que escuchó tan horrible sentencia, impidió la com-
paración de todos, prometiendo decir la verdad de cuanto habia
pasado; mas el comisionario, que deseaba de inflexible en el
cumplimiento de su deber, le amenazó con que á la mas peque-
ña resistencia le llevaria á la cárcel atado con corda y en-
tonces la soltura, no teniendo valor para resistir mas, cayó al ter-
raza en el suelo, exclamando en voz alta, con todo lo sin-
toma de una epilepsia en extremo alarmante.

Terminado el término de las convulsiones, al cabo de cuatro
minutos, los circunstantes se convencieron de que no habia me-
dio de hacerla recibir los sentidos y al mismo tiempo que dis-
pusieron llevar á la cárcel al ciego y á su esposa, determinaron
también conducir á la enfermería en una silla de manos á la sala
de procos del hospital general.

Después de esto, según el orden de las cosas, se retiró el
comisionario y el escribano á sus casas, con lo que se terminó
esta diligencia. Estas diligencias se hicieron en el día 15 de
enero de 1844.

— Hecho en la ciudad de México, á los 15 días del mes de
enero de 1844.

Yo, D. J. M. de la Cruz, escribano de la Real Audiencia de México,
certifico que lo anterior es lo que se hizo y se cumplió en el día
y mes expresados, y en fe de lo cual se firmó y selló en la sala
de procos del hospital general, á los 15 días del mes de enero de
1844.

Yo, D. J. M. de la Cruz, escribano de la Real Audiencia de México,
certifico que lo anterior es lo que se hizo y se cumplió en el día
y mes expresados, y en fe de lo cual se firmó y selló en la sala
de procos del hospital general, á los 15 días del mes de enero de
1844.

CAPITULO XVI.

La epiléptica.

Hé aquí desencadenados, en toda su plenitud, los mas acerbos rigores del infortunio contra la hija de Guzman.

Sueño feliz en el que yaces dormida, velada por las negras sombras que abruman tu inteligencia! No despiertes, desdichada: no despiertes, si la hoja ensangrentada de tu sino no señala un dia de triunfo para tu inocencia; un dia de gloria para tu virtud. Tu mision es la de los mártires de la tierra, pero tambien tu destino será el de los justos en el cielo.

¿Y qué es entre tanto del desolado esposo que la ha buscado inútilmente por todas partes, sin encontrar un vestigio que guie sus inciertos pasos, ni un rayo de luz que alimente su esperanza? Sin duda que la Providencia le depara un castigo de crueles y eternos remordimientos, y Ernesto, persuadido de esta triste verdad, viendo que pasa un dia y otro sin que se calme su afanoso desvelo, retirado con su dolor, olvidado completamente de

su familia, de sus amigos y casi de sus enfermos, medita sangrientos planes contra su vida, ya por no tener valor para sopor-tarla, ya tambien por tributar una ofrenda á la virtud de su inocente esposa, cuya desaparicion le vuelve loco.

Matilde y Genoveba, que con la mayor reserva esperaban el ansiado momento de presentarle á Isabel, seguras de que era lo único que podia restituírle la felicidad, observaron con asombro que en todo el dia no habia parecido, sin embargo de estarla esperando desde el amanecer, fijos los ojos en el portal donde prometiera volver á los brazos de su hija. Con tan estraña novedad, no sabian qué responderse á sí mismas, y mucho mas desconsoladas que antes, se resignaron á esperar al siguiente dia, con el ánsia que el triste náufrago en medio de la noche oscura, espera los primeros rayos de la aurora, para que sirvan de faro á su esperanza.

¡Qué ajenas estaban de imaginarse la verdad! ¡Qué lejos de suponer que la infeliz Isabel exhalaba su existencia entre los fétidos miasmas de un hospital!

Asi que fué conducida desde la casa del Sagrario á la sala de presas, uno de los médicos del establecimiento procuró investigar el estado de la enferma, y sériamente alarmado con los diferentes accesos que en poco tiempo la acometieron, decidió, no sin alguna desconfianza, verificar evacuaciones sanguíneas que morigerasen la fuerza de las convulsiones.

En efecto, por este medio se logró que al siguiente dia fuesen menos violentas que en el trascurso de la primer noche; pero como se sucediesen con una frecuencia asombrosa, y á última hora se observáran en ella ciertos sintomas característicos de una epilepsia idiopática, el doctor casi perdió totalmente la esperanza de salvarla.

Mas por el celo de sorprender con la esperiencia los misterios de la epilepsia, que por el de prestar sus auxilios á la enferma, á la mañana posterior se presentó en la visita con mas puntualidad de la acostumbrada; mas cuando se dirigia á informarse

del cabo de sala, de lo ocurrido durante la noche con la epiléptica, y de cómo había suministrado los medicamentos, se halló con la sorpresa de que aquel había desaparecido con todas las apariencias de una fuga, abandonando su delicada misión de velar por las enfermas.

No sabiendo á qué atribuir tan singular ocurrencia, el doctor se acercó al lecho de Isabel, y observando que sus ojos estaban inyectados, que la piel ya se presentaba rubicunda en algunas partes, ya en otras, cubierta de manchas muy rojas, con pérdida casi permanente de la sensibilidad y de la inteligencia, concluyó por calificarla de incurable, y por confesar que necesitaba ser sometida la enferma al juicio de algun otro doctor.

Esta idea le ocupaba, cuando apareció en la sala un hombre pálido y desencajado, cuyos inciertos pasos se dirigieron por instinto de costumbre al lecho de una de las enfermas.—Era otro de los médicos agregados á la sala de presas del hospital general.

Observado por el que una hora antes había comenzado la visita, se acercó á él, y haciéndole una respetuosa reverencia le dijo:

—Salud, carísimo doctor. Celebro que se halle V. ya en disposición de visitar á sus enfermos, que tanto notaban su falta, y sobre todo, que llegue en este momento tan oportuno.

—Gracias, amigo Mendaña, gracias, respondió el recién llegado con una fría indiferencia, tomando el pulso á una de las enfermas.

—No es esta enferma la que mas reclama la cooperación de V., amigo mio. Esta es una hipocondriaca á quien, desgraciadamente se ha afectado el cerebro estos últimos días; pero la aplicación de revulsivos en los piés, ó la administración del amoníaco líquido en el momento del delirio, segun lo he dispuesto, creo sea suficiente á volverla á su estado normal. Sígame V., sígame usted, y veamos aquella otra, que á mi entender se halla en un peligro inminente.

Los dos médicos se dirigieron al lecho de Isabel. Unos momentos antes de acercarse, preguntó el recién llegado:

—Sepamos primero, ¿qué es lo que padece la enferma á quien nos dirigimos?

—Padece, respondió el doctor Mendaña, una enfermedad convulsiva, con lesiones profundas de la sensibilidad y de la inteligencia. Tanto ayer como hoy, he observado que su respiración es estertórea, que tiene la boca llena de espuma, y un desórden cerebral espantoso.

—¿Muchos intervalos?

—Ayer se la observaron algunos; el mayor de dos horas, durante las cuales no hizo mas que llorar, y pedir que la dejaran ir á buscar á su hija.

—¡Pobre mujer! ¿con que es decir que lo que padece viene siendo una epilepsia?

—Con todos sus síntomas y caracteres.

—¡Epilepsia! murmuró el recién llegado. Enfermedad rebelde como ella sola á los estudios de la medicina, y cuyas causas son tan innumerables, como las cosas que pueden suceder en el mundo.

—Exactamente es así. La cosa mas insignificante puede producirla, y si no aquel sugeto que segun Swieten, se volvió epiléptico por haberle hecho cosquillas en los piés.

—Y otro por haberle disparado un pistoletazo al oido.

—Y lo que es mas singular, añadió el doctor Mendaña, aquella mujer que padecia accesos epilépticos, solo con oler el cáñamo, ó como otro ejemplo de Tissot, por introducir los piés en agua fria.

—Y bien, dijo el doctor pálido, ¿qué es lo que se le ha dispuesto á la epiléptica?

—En primer lugar, adopté las evacuaciones sanguíneas.

—¿Y qué mas?

—Adhiriéndome en este punto á la opinion de Tissot, mejor que á la de Foville, he preferido la valeriana á la trementina.

—¿Resultados?

—Los que ahora verá V.; nada favorables. La tengo por cosa

perdida, y creo que ningun medicamento sea capaz de salvarla ya... Hé aquí la enferma.

—¡Dios mio! ¿es un sueño lo que estoy viendo? exclamó horrorizado el doctor pálido. ¡Isabel! ¡Isabel!...

La epiléptica abrió los ojos, lanzó una mirada estúpida, y quedó sumida en un profundo letargo, sin oír las voces del doctor que la estrechaba las manos, y sin reconocer en él al infeliz Ernesto que apenas daba crédito á lo que veía.

—¡Oh! esto es horrible, amigo doctor, continuó Ernesto volviéndose anegado en llanto á su compañero que le miraba absorto. Es preciso salvar á esta desdichada, y salvarla á todo trance. Pronto, que vengan á auxiliarnos los primeros facultativos que se encuentren, y agótese todos los recursos de la ciencia para librarla de la muerte. Un instante de tardanza haria inútiles nuestros esfuerzos. Por compasion, amigo mio, que vengan, que vengan á socorrerla.

Sin comprender la causa de tan decidido interés, desapareció de la sala el doctor Mendaña, volviendo á poco rato acompañado de dos médicos que encontró en una de las salas inmediatas á la de presas.

En este corto espacio, le tocó á Ernesto pasar por el martirio de presenciar uno de los mas terribles accesos, cuya intensidad le hizo perder toda esperanza. La cabeza de Isabel, sumamente inclinada hácia atrás, presentaba una postura violenta y dolorosa. Los ojos muy abiertos, ofrecían algo de feroces y estrabismados; la boca la tenía torcida, y de una manera cruel se desgarraba la lengua con los dientes. Después de este tiempo, la acometieron tan horribles convulsiones, que las debilitadas fuerzas de Ernesto no podían reprimir, y la cara de la epiléptica, que un momento antes estaba inmóvil, presentaba unos movimientos musculares tan agitados, que parecían dislocarla la mandíbula inferior.

En este momento crítico fue cuando rodearon los tres doctores el lecho de Isabel.

Observados por todos ellos con la mayor escrupulosidad los imponentes caracteres de la epilepsia, luego que una tranquila calma sustituyó al acceso, oyeron con religiosidad la esposicion de los antecedentes que esplanó y comentó el doctor Mendaña, entre tanto que Ernesto no se separaba un instante de la cabecera de su esposa.

Llegado el caso de la resolucion, y convencidos todos ellos de la conveniencia de adoptar recursos estremos, tales como los requeria la peligrosa situacion de la enferma, uno opinaba por la repeticion de las evacuaciones sanguíneas; otro por la aplicacion de cantáridas en los miembros, y el tercero por el uso de las fricciones á lo largo de la columna vertebral.

Ocupados todavia los doctores en defender la conveniencia de sus proposiciones, repararon en un movimiento de sorpresa de Ernesto, el cual abandonando á la enferma, voló al encuentro de una mujer y una niña, que guiadas por el esclaustrado Fr. Agustin penetraban en la sala de presas.

Eran Matilde y Genoveva, únicas personas á quienes el fiel mayordomo de la quinta, ahora enfermero del hospital, habia encontrado despues de muchas horas de fatiga.

Creyéndose inspirado Ernesto de una idea feliz, con la presencia de Genoveva, hizo que se acercase á la cama de la madre, y la dirigiese algunas palabras de cariño, mientras que él, habiendo hecho que se alejaran los doctores, retirado á cierta distancia con Matilde, esperaba con ansia ver los efectos de esta prueba singular.

Llena de temor la niña obedeció la órden de su padre, atreviéndose á imprimir muchos besos en la mano de la pobre epiléptica. Isabel entonces pareció haber sido herida por un rayo de inteligencia. Clavó los ojos en el rostro de su hija; la estrechó la mano, y como impulsada por una fuerza sobrenatural, se incorporó en el lecho, infundiendo tal pavor á la tímida Genoveva, que voló á refugiarse en los brazos de Ernesto. Isabel la siguió los pasos con la vista, y volvió á caer desfallecida sobre la cama.

Tiernamente alentada la temerosa criatura, en quien Ernesto cifraba su única esperanza, volvió á los pocos momentos al lado de su madre. Resuelta á hacerse superior al miedo que la infundía un rostro tan cadavérico y una mirada tan fija y penetrante, la dijo colmándola de tiernas caricias :

—Pero mamá ¿no me conoces todavía? ¿ya no te acuerdas de tu hija Genoveva?

Isabel levantó la cabeza, y de nuevo fijó los ojos en los de su hija, mientras ésta continuaba:

—¿Por qué no has cumplido la promesa de ir al portal donde nos vimos hace dos dias? ¡Ah! ¿por qué me miras de ese modo que me dá tanto miedo? ¿No me conoces todavía? Soy Genoveva, tu hija Genoveva.

—¡Genoveva! murmuró Isabel en medio de una sonrisa placentera.

—Sí, sí; Genoveva, la que ha llorado tanto por tí; la que te regaló su pulsera de oro, para que no te olvidases de tu hija.

—¡Ah! ¡sí! exclamó Isabel pasándose la mano por la frente y mirando en derredor, como si despertase de algun sueño.

Agustin tambien hizo un movimiento de sorpresa: reflexionó un instante, y de repente se dirigió á su habitacion, que se hallaba á un extremo de la sala.

El corazon de Ernesto y de Matilde latia lleno de inquietud y de esperanza, viendo que Isabel trataba de coordinar alguna idea.

—¿Y en dónde está mi pulsera? proseguia la niña, ¿en dónde la has dejado?

Isabel dando á entender que comprendia perfectamente estas preguntas, se rejistró los brazos y el pecho, y no encontrando nada, cubrió su semblante de un aspecto entre sombrío y colérico.

—¿La has perdido tal vez?

—Sí, respondió Isabel con sequedad, registrándose mas escrupulosamente.

—¿Y en dónde, mi querida mamá? ¿quién te ha traído aquí?... ¿por qué no respondes a tu Geneveva?

—¡Geneveva! murmuró Isabel dejando caer su cabeza sobre la almohada. ¡Geneveva!... ¡mi hija!... ¡su pulsera de oro!... aquí; junto al corazón... yo no sé... ¡Gran Dios!... ¡cuánto he soñado! ¡qué cansada estoy!...

—¡Mamá! ¡mi querida mamá!

—¿Quién? ¿quién me llama? preguntó Isabel incorporándose de nuevo.

—¿No me conoces?

—Sí; yo creo que te conozco, hermosa niña. Acércate... un poco más. Dame un beso... así, ¡oh! ¡qué placer experimento al tocar tus labios! todo me parece un sueño, y tal vez... quizá no es más que un sueño, ¿no es verdad, hermosa niña?

Isabel, con la presencia de su hija, fué recobrando lentamente sus facultades intelectuales. Su mirada ya no era estúpida; sus palabras no tan inconexas, y su rostro pálido y cadavérico parecía colorearse de un ligero carmin, en señal de que el amortiguado fuego de la vida había sido alimentado por una estraña y poderosa influencia.

De repente fijó los ojos en su hija con más afán que nunca: dió un grito seco y penetrante empleando todas sus fuerzas, y con un entusiasmo loco estrechó en sus brazos á la hermosa niña, en quien clara y distintamente acababa de reconocer á su hija.

Ernesto y Matilde, no pudiendo resistir por más tiempo los impulsos de su corazón, se acercaron al lecho de la epiléptica; pero Isabel, lejos de manifestar sorpresa de alegría, rodeó con su brazo izquierdo el cuerpo de Geneveva, y como si intentára contenerlos con su mano derecha, exclamó dando á su fisonomía un aspecto feroz:

—¡Atrás! ¡cruelles, asesinos, atrás! Esta es mi hija, y nadie la arrebatará de los brazos de su madre, mientras la quede un tomo de vida para defenderla: ¡atrás repito!

Ernesto y Matilde detuvieron sus pasos, y se miraron uno á otro sin saber que responder. Ernesto se resolvió por fin á romper el silencio.

—No, mi querida Isabel; nada temas de los que vienen á sacarte de aquí, para restituirte la felicidad que tan inhumanamente te han arrebatado.

—¿Tú, hombre cruel? Tú, el que ha tenido valor...

—Por piedad, Isabel, no me lo recuerdes. Al cielo pongo por testigo de mi arrepentimiento, y si las lágrimas que he vertido al ignorar cuál sería tu suerte; si la presencia de ese ángel que acaba de volverte á la vida, bastan para aplacar el rigor de tu justa indignación, tiende una mirada de compasión sobre este desdichado, que necesita tu perdón para poder soportar la vida.

—No lo dudes, Isabel, añadió Matilde con timidez. Ernesto ha sufrido tanto en estos últimos días, que bien merece que le perdones su lijereza. El está convencido de tu inocencia, de que yo no dudé jamás, y...

Isabel, sin poder disimular el disgusto que la causaban las palabras de su antigua amiga, la impuso silencio con una mirada, y dijo volviéndose á su esposo:

—Pues bien; si tal es tu arrepentimiento, Ernesto; si efectivamente no te conduce aquí un sentimiento de compasión hacia la moribunda, sino la convicción de mi inocencia, ¿á que aguardas? ¿No conoces que mi vida se va extinguiendo por instantes? ¡Oh! la idea de exhalar aquí el último suspiro, me asesina.

—Saldrás, Isabel, yo te lo juro. Serás restituida á tu casa donde se prolongará tu existencia por dilatados años, para que puedas gozar del triunfo de tu virtud.

—Imposible, Ernesto, imposible. Es mucho lo que he sufrido, y ya no tengo fuerzas para resistir más. Hé aquí, Ernesto, hé aquí el único bálsamo que puede prolongarla por algunos instantes. La hija de mi corazón, mi Genoveva, ¡oh! ¡qué horror hubiera sido morir sin verte, hija mia! ¿No es verdad que hu-

bieras llorado mucho al saber que tu pobre madre se habia muerto en el hospital?

—¡Oh! sí, mucho, mucho. Pero ¿y mi pulsera? ¿dónde está mi pulsera? ¿no te acuerdas que me prometistes....

—Sí... tienes razon: te prometí guardarla toda mi vida, y juré que estamparia en ella mi último beso, mas yo no sé..... ¡estoy tan trascordada!... Yo la guardé... sí, estoy segura; la guardé en el pecho, y no sé cómo.....

Agustín, que corria presuroso con la pulsera en la mano, fué notado por Ernesto, que se la arrebató para presentarla á los ojos de su esposa.

—Cielos ¡la pulsera de mi hija! exclamó Isabel llena de júbilo al verla delante de sus ojos. ¿Mas cómo se ha salvado? ¿quién me la restituye?

—El que derramaria su sangre por ver á V. feliz, señorita, dijo el esclaustrado postrándose de hinojes.

—¡Agustín!.. gritó Isabel vivamente sorprendida. ¡Oh! ¡cuánta felicidad me sorprende! ¿Y cómo es que ha venido á parar á tus manos esta alhaja?

—Porque la depositó en mí la hermana de la caridad que prodigó á V. los primeros ausilios. Yo ignoraba que perteneciese á V., porque no me he acercado aquí hasta anoche muy tarde, que sentí dar un grito á una enferma, á quien daba un accidente. Esta era V., y desde que la reconocí, no me he apartado un instante, sino es el tiempo que he empleado en encontrar á esta señora y á la señorita Genoveva.

—¡Oh! cuánto te debo, buen Agustín, y qué feliz me creo en estos instantes. Casi me siento sin fuerzas para soportar tanta felicidad. Pero ¿á qué aguardais? ¿aun quereis que permanezca mas en este sitio?

—No, mi querida Isabel, respondió Ernesto; saldrás pronto, muy pronto; mas es preciso que no nos precipitemos, pues la debilidad en que te encuentras y las fuertes impresiones que acabas de recibir podrian traernos fatales consecuencias.

—¿Y eso qué importa, Ernesto? ¿Pretendes acaso salvarme la vida para mucho tiempo? no: sería una locura si intentaras hacérmelo creer.

—¿Quién sabe Isabel?

—¡Ah! tengo bien medidas mis fuerzas, y por lo mismo que sé las que me restan, quiero aprovecharlas: quiero respirar el aire libre: quiero verme en mi casa, alejarme para siempre de estos sitios que aceleran mi muerte, y despues de saber que estoy vindicada á los ojos de todo el mundo, morir entre las tiernas caricias de mi Genoveva.

—¿Morir, mi querida mamá? ¡oh yo no quiero que te mueras nunca, nunca! ¿lo has oido? ¡morirse! ¿y qué sería de mí entonces? ¿de qué serviría que fuese médico mi papá, si no supiera curarte? ¡Ah! no pienses en eso, mamá. Te llevaremos á casa; te cuidaremos mucho, no nos apartaremos de tí ni mi madrina ni yo, y.... ¡Dios mio! ¿qué es esto? ¿te pones mala? ¡Mamá, mamá!...

Tanto se afectó Isabel con la tierna espresion que su hija daba á estas palabras, que un repentino vértigo la hizo caer inmóvil sobre la cama. Ernesto, que á distancia de muy pocos pasos conferenciaba en secreto con Agustin, voló presuroso al socorro de su esposa, y se alarmó al pronto, creyendo descubrir los síntomas de otro acceso epiléptico. Afortunadamente costó muy poco trabajo hacerla recobrar los sentidos, y Ernesto, viéndola ya fuera de peligro, la preguntó estrechándola cariñosamente la mano:

—¿Cómo te sientes, mi querida Isabel?

—Muy débil, Ernesto. Mucho peor que antes cuando me estaba hablando Genoveva: ¿no es verdad que me hablabas tú, hija mia?

—Sí.

—¡Oh! ¡parece que os gozais en atormentarme todavía! ¿por qué no me sacais de aqui? ¡Me dan una tristeza esas paredes!

—¿No dices tú misma que te encuentras muy débil, Isabel?

—Sí, pero estoy segura.... que si hiciéramos una prueba....

—¿Qué prueba hemos de hacer?

—Un remedio original. Sobre que me he de morir pronto, lo mismo dá que sea en una habitacion que en el campo, ¿no os parece?

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Quiero decir, que si me lleváseis... ¡ah! ¡tengo un deseo de respirar el aire libre!.. si me llevaseis, digo, á un sitio delicioso como nuestra quinta, donde yo viese el sol, y respirase el aire de las flores, y sintiese el murmurio del agua, y....

—Basta, Isabel. Eso por estos momentos no hay que pensarlo, y menos cuando prescindiendo de que no te convendria, tenemos que ventilar otros asuntos urgentes. He hablado con Agustín, y aunque la vaguedad de sus noticias no puede menos de hacerme creer que hay algun fundamento, no dudo por otra parte que será una equivocacion, ó por lo menos una injusticia.

—¿De qué hablas Ernesto?

—Francamente, Isabel, porque no quiero ya mas misterios ni reticencias. Se me ha dicho, que se te acusa no sé de qué falta, y que por eso, se te ha conducido á la sala de presas.

—¿Cómo á la sala de presas?

—Sí, Isabel, esta es la sala de presas. Pero ¿qué importa? Repito que puede ser una equivocacion, y por eso quiero que me ayudes á deshacerla, para poder obrar con libertad y sacarte pronto de aquí. ¿No recuerdas haber dado motivo....

—¡Ah! sí, todo lo recuerdo bien; es decir, me acuerdo que unos hombres quisieron llevarme presa á la cárcel.

—¿A tí, Isabel?

—Sí, á mí.

—¿Y por qué razon? ¿qué motivo has dado para ello?

—Ya se vé; me encontraron con un cuchillo en la mano....

—¡Dios mio! con un cuchillo? ¿y qué intentabas hacer con el cuchillo?

—¡Oh! intenté una heroicidad. Quise matar á un hombre, pero me faltó el valor.

—¿Mas quién era ese hombre? ¿cómo se llamaba? ¿dónde está? ¿qué es lo que intentaba?

—En primer lugar, Ernesto, intentaba asesinarme.

—¿Asesinarte?

—Sí; y en segundo, era el asesino de mi hermano Carlos.

—¿El asesino de tu hermano? ¿qué es lo que dices, Isabel?

—De mi querido Carlos, sí.

—No hemos dicho que pereció sin duda....

—Entre las llamas del incendio, efectivamente; así lo creíamos todos; y mucho mas por no haber encontrado desde entonces acá el mas pequeño rastro de él; pero por la confesion de ese hombre, sé que fué asesinado, y su cadáver.... arrojado al rio!

—¡Oh! ¡qué horror!

—A mas de eso, y no contento con haber cometido tantos crímenes, fué el que prendió fuego á la quinta, cuando pereció mi pobre madre.

—¿Y vive, Isabel, vive ese mónstruo?

—Sí.

—¿Su nombre?

—Para el vulgo, Lázaro el ciego, para mí....

—Jaime Lebron, ¿no es ese su nombre? preguntó Agustín vivamente exaltado.

—Sí, exactamente, ¿quién ha pronunciado su nombre? ¡ah! ¡buen Agustín! tú le conoces, y harto sabes de lo que es capaz esa furia del infierno.

—¡Jaime Lebron! murmuró Matilde deseosa de tomar parte en la conversacion. Dí, Isabel, Jaime Lebron, ¿no es aquel que tanto os hacia sufrir....

—En la quinta: justamente. ¡El que tanto se gozaba en hacer-

me sufrir entonces, y uno de los que han contribuido á hacer mas triste mi situacion de ahora!

—¿Y en dónde está ese hombre, señorita? preguntó Agustín con ansiedad.

—Si la memoria no me es infiel, le condujeron á la cárcel, al mismo tiempo que me trajeron al hospital.

—Pero y bien, ¿tú que hiciste con el cuchillo, Isabel? replicó Ernesto.

—Herirle en la mano para que me soltára, porque estábamos solos en un cuarto, y por mas que pedia socorro, nadie acudió á mis gritos.

Ernesto se quedó pensativo algunos instantes, como si intentara grabar en su mente la historia de tan estraños sucesos, y luego dijo con resolucion.

—Pido unos momentos de treguas, Isabel, y todo se salvará muy pronto, te lo prometo. Veré á la autoridad competente, referiré en pocas palabras cuanto me has dicho, y si no bastase para dejarnos en completa libertad, apelaré á todos los recursos de mi influencia para sacarte de aquí. Tú, hija mia, no te apartes un solo instante de tu madre, y á ti, Matilde, te suplico la misma gracia. Mi querida Isabel, confia en mí, y hasta luego.

Ernesto desapareció, con la firme resolucion de no perdonar medio alguno para conseguir su propósito.

Isabel, creyendose completamente fortalecida, con la esperanza que la infundieran las palabras de su esposo, formó empeño en abandonar el lecho miserable en que yacia, y con los ausilios de su hija y de Matilde, se vistió, y probó dar algunos pasos por la ala.

Daban cima feliz á esta arriesgada prueba, cuando lleno de júbilo llegaba Ernesto agitando un papel en la mano. Era la libertad de la inocente presa, concedida bajo la garantía de personas respetables.

Un cuarto de hora despues, Isabel, que el dia antes habia sido conducida al hospital en una silla de manos fétida y mu-

grieta , bajo la estrecha vigilancia de la policía , salía de él en un magnífico carruaje, cariñosamente obsequiada por los que poco hacia la abandonarían tan impiamente á la miseria y á la deshonra.

CAPÍTULO XX.

En precepto quebrantado.



La república mexicana, en la suerte de Isabel. Se
encomendaba á la misericordia de la república y la Misericordia que habia en ella.

El gobierno francés, en lo posible, era impenitente. Apenas se plebiscita el mas vilicio para hacerse digno de la indulgencia de su estado esposa, quien en los dias primeros de su gobierno se le dio para que se presentara los tres años de su existencia de su existencia.

La separación de los dos reinos, que tanto por las intenciones y sentimientos eran los mismos, como por las intenciones y violencias con las que se imponían sus reinos, obligando á los reinos, que los de procedente bien el que se presentaban los reinos á felicitarlos por el estado de su gobierno, la violación de un modo altamente perjudicial á su estado.

En la más obscuridad que desde luego habian producido, quizá nunca estado que Francia, para ser el primero el primer

gracia, bajo la estrecha vigilancia de la policía... esta de la...
un maldito carnaje, carnicamente, carnicamente por los por por
hacia la abandonada tan impudicamente a la miseria y a la des-
honra.

— Ni la policía ni el ejército se...
... en un momento.

— Para y para...
... .

— El...
... .

— Ernesto...
... .

— Este...
... .



— Ernesto...
... .

— Ernesto...
... .

— Saben...
... .

— Ernesto...
... .

fic-terminadamente que perdiese persona alguna en la aldea de la comarca, y escogieron de los inteligentes facultados, de él y de su hijo Genoveva, cuyos doctos palabras con sus razones un sacrosanctísimo, pues tan completamente la absorbió la imaginación, que no la delataban para que mediese en lo que tanto la trastocaba el

trato fizo de este acertado regimen, Isabel al tener ella pre- tanto en aspecto, nota la repentina repen- en el corazón de Ernesto, y la mira en todos los amigos que

CAPITULO XV.

habian llegado á tomarse un vivo interés en la suerte de la des- graciosa hija de Genoveva.

En la mañana de este venturoso dia los cuando llegaron á cast del médico un respetable anciano, de economía copie y de

mercial entera. **Un precepto quebrantado.** los planes, que vino en calidad de testigo al saber la triste situación en que se encontraba Isabel, sin poder mostrar con sus ojos la abiecion de su alma, como presuroso con ánimo de penetrar en la alcoba; pero pronto se

LA repentina metamorfosis verificada en la suerte de Isabel, fue tan cumplidamente satisfactoria como correspondia á los tormentos que habia sufrido.

Anhelando Ernesto reparar en lo posible sus imperdonables ligerezas, desplegaba el mas solícito afan para hacerse digno de la indulgencia de su ofendida esposa, quien en los dos primeros dias de hallarse en su casa no dejó de presentar los tan alarmantes sintomas de su enfermedad.

La esperiencia demostró á Ernesto, que tanto mas intensos y frecuentes eran los accesos, cuanto mas frecuentes y violentas eran las impresiones que recibia; observando ademas, que lejos de producirla bien el que se apresurasen los amigos á felicitarla por el triunfo conseguido, la afectaba de un modo altamente perjudicial á su salud.

De esta observacion, que desde luego hubiera previsto cualquiera menos azorado que Ernesto, nació su rigorismo al prohi-

bir terminantemente que penetrase persona alguna en la alcoba de la enferma, á escepcion de dos inteligentes facultativos, de él y de su hija Genoveva, cuyas dulces palabras veia que tenian un ascendiente májico, pues tan completamente la absorvia la imaginacion, que no la dejaba lugar para que meditase en lo que tanto la trastornaba el j...io.

Fruto feliz de este acertado régimen, Isabel al tercer dia presentó un aspecto notablemente mejorado: la esperanza renació en el corazon de Ernesto, y la alegría en todos los amigos que habian llegado á tomarse un vivo interés en la suerte de la desgraciada hija de Guzman.

En la mañana de este venturoso dia fue cuando llegaron á casa del médico un respetable anciano, de fisonomía noble y de marcial talante, acompañado de una pobre octogenaria de cabellos blancos, que vertió un raudal de lágrimas al saber la triste situacion en que se encontraba Isabel. El anciano, sin poder demostrar con sus ojos la afliccion de su alma, corrió presuroso con ánimo de penetrar en la alcoba; pero Ernesto se opuso resueltamente, y con la gravedad que es propia en un doctor, que vela por la existencia de un moribundo, le hizo retroceder, y mal de su grado, el anciano tuvo que sucumbir, resignándose á esperar al dia siguiente, en que el médico le prometió autorizarle para presentarse á la enferma.

No es posible describir lo eternas que se hicieron estas horas á ambos personajes. El anciano en especial, pasó toda la noche en un continuo desvelo, y apenas habia amanecido, cuando ya estaba reclamando del doctor el cumplimiento de la palabra prometida.

Temiendo Ernesto motivar fatales consecuencias al autorizar la gracia que con tanto empeño se le solicitaba, con frívolos pretextos y vanos subterfugios procuraba dilatar todo lo posible el momento de otorgarla, y en esta difícil empresa se ocupaba con el anciano, cuando Genoveva llegó á saludar con el primer beso de aquel dia á su querida madre.

—¿Quién ha madrugado tanto, hija mía? preguntó con voz mas clara y tranquila que en todo el tiempo que llevaba de enfermedad. He sentido un ruido tan grande, un continuo hablar en ese cuarto inmediato, que me ha dado mucho miedo.

—¿Miedo? ¿y por qué, mamá?

—¿Qué sé yo? hablaban con un misterio...

—¿Y eso qué importa?

—Decía yo: ¿si será que estaré peor? ¿si pensarán que me voy á morir muy pronto?

—No, mamá; nadie piensa en eso: al contrario, desde ayer estoy viendo á papá mas contento que nunca, diciendo á todos los que vienen: «Ya no hay miedo; se salva, se salva.»

—Pues entonces ¿quién hablaba tanto en ese cuarto? oía una voz que me causaba... yo no sé; pero no podía menos de estremecerme. Se me figura que la conozco, y no acierto...

—¡Ah! si; ya lo creo que la conocerás: como que es un anciano que vino ayer acompañado de aquella pobre vieja, que te he oído decir que vive cerca de nuestra quinta; aquella de los cabellos blancos.

—Si, si; la tia Eduvigis.

—Pues... esa misma.

—¿Y han dormido ahí esta noche?

—Si, porque tienen muchos deseos de verte.

—¡Pobre tia Eduvigis! ¿y por qué no entran?

—Porque les ha dicho papá que no puede ser hasta que estes mas aliviada.

—¡Ah! ¡bien decia yo, Genoveva! Tu papá cree que estoy mas en peligro que nunca: que este alivio es precursor de alguna desgracia. Me voy á morir, hija mía!

—¿Y por qué piensas tan tristemente? ¿no te ha dicho papá que estás fuera de peligro?

—Tal vez no es mas que por consolar me. Además, yo he oído muchas veces, que las mejorías repentinas en los moribundos, son anuncios infalibles de la muerte.

—¿Con que mas crédito das á tus figuraciones que á las palabras de mi papá? Eso es tener poca confianza en él; yo respondo de que te ha hablado como lo siente, y no es posible que un médico, que ha salvado á tantos del borde del sepulcro, vaya á... ¿pero por qué lloras, mamá? ¿qué es lo que tienes?

—¡Hé soñado unas cosas tan tristes, hija mia!

—¿Y eso te hace llorar?

—Sí, Genoveva; no sé por qué me ha abrumado toda la noche una pesadilla horrible; ¡y suelen ser tan exactos los presentimientos de mi corazón!...

—Pero bien: ¿qué es lo que has soñado?

—Escúchame, hija mia. Soñaba en primer lugar, que me habia muerto en un instante en que iba á ser mas feliz que nunca: no sé lo que estaba próximo á sucederme, pero iba á ser muy feliz. Mas á pesar de no pertenecer al mundo, Dios, que es misericordioso con los que como yo, llevan con resignacion los trabajos de esta vida, me concedia la gracia de ver desde el cielo cuanto pasaba en la tierra, con lo cual, lograba seguir con la vista á una niña muy hermosa: á mi Genoveva.

—¿Y en dónde estaba yo? ¿qué es lo que hacia, mamá?

—Ten paciencia, hija mia; ya lo sabrás. Pues señor, estabas en un sitio fresco y delicioso, cuando ya las flores habian engalanado la tierra: te veía sentada cerca de un arroyito muy cristalino, cuyas orillas bañaban los tallos de las violetas, de los jazmines y de las rosas.

—¿Y qué mas?

—De estas flores, escojias las mas bonitas y mas á propósito para terminar felizmente un trabajo que habias empezado.

—¿Y qué era, mamá?

—Una corona de mirtos, rosas blancas, perpétuas....

—¿Y para qué hacia esa corona tan bonita?

—Déjame acabar, y lo sabrás, Genoveva. Despues de concluida esta corona, te dirijias con ella, por un espeso bosqueci-

llo, á un paraje triste y religioso, donde no se oían mas que los cantos de las aves.

—¿Y en este sitio?...

—Había una plazoleta de sauces, tilos y cipreses. En el centro de esta plazoleta, se elevaba un mausoleo de piedra que encerraba las cenizas de un cadáver. Te arrodillabas al pié del sepulcro: orabas por mí, y en medio de un éxtasis religioso, que te arrobaba los sentidos, veías aparecer una figura vestida de blanco, cuyos cabellos flotaban al capricho del viento, y cuya fisonomía te recordaba la de una persona muy querida tuya, que bajaba á decirte que desde el cielo velaba por ti.

—¿Y quién era esa figura ó esa persona?

—¿No lo has conocido, hija mia? tu pobre madre.

—¡Ah! y me hablabas entonces, ¿no es verdad?

—Nada mas que lo que te he dicho: te hacia entender, no sé cómo, que desde el cielo velaba yo por tu felicidad. En seguida esta figura se acercaba á tí, imprimía un beso en tu frente, y como una columna de humo que se eleva y se disipa á la menor ráfaga de viento, así desaparecía hoy de tu presencia, para volverte á visitar mañana en el mismo sitio.

—¡Oh! en medio de la tristeza que envuelve tu sueño...

—Silencio, Genoveva: ¿no oyes que viene gente?

—No, mamá; es que hablan en este cuarto.

—Pues así han estado toda la noche: ¿quieres ver quién está ahí?

—Con mucho gusto.

La niña levantó el pestillo de la puerta, con ánimo de penetrar en el cuarto inmediato; pero fue detenida por Ernesto, que haciéndola retroceder, volvió á cerrar la puerta, diciendo:

—¿A dónde iba V., señorita?

—De parte de mamá, á saber quién hablaba ahí dentro.

—Pues nadie, nadie mas que yo: vete por ese otro lado, hija mia, que vengo á hacer la visita á mamá, como su médico de cabecera.

La niña obedeció, y ambos esposos que dieron solos en la alcoba.

—¿Qué es eso, Ernesto? ¿qué voces son esas? preguntó Isabel con extrañeza.

—Nada, mi querida Isabel; no te alteres, no hay nadie.

—Pues juraría que había oído llorar. ¿Hay gente de fuera de casa?

—No.

—¿Ni Matilde ni Guillermo?

—Tampoco. Aun es muy temprano para que vengan; pero ya sabrán cómo has pasado la noche, porque muy de madrugada lo mandaron á preguntar.

—Se lo agradezco mucho. ¿Y cuál ha sido tu contestacion?

—Sumamente satisfactoria, porque las tres veces que he entrado en la alcoba, te he visto dormir tranquilamente, y no puedo menos de decir á todos, que gracias á Dios ya te tenemos segura.

—Mucho aventurar es eso, Ernesto.

—Sin embargo, yo propalo tan buenas noticias con íntimo convencimiento; sino veamos... El pulso, fuerte como una roca y acompasado como un reloj... La vista clara y serena... El color algun tanto rubicundo. Vaya, vaya, te veo trasformada en otra, mi querida Isabel.

—¿Con que tan buena te parezco?

—Famosa: mis precauciones prueban á las mil maravillas, y pronto me darás las gracias por la rigidez con que he observado los preceptos de la ciencia. ¡Oh! sí, muy pronto; como que no tendria inconveniente en participarte ahora mismo una noticia feliz

—¿Una noticia feliz?

—En extremo agradable.

—¿Y por qué te detienes? Una buena noticia, á todo el mundo es provechosa.

—Se os figura á vosotros, los que sois profanos en la ciencia de curar; pero hay circunstancias, mi querida Isabel, en que el placer, puede matar lo mismo que el dolor.

—Segun eso ¿no me crees con suficientes fuerzas para resistirla?

—Sí, y en prueba de ello, que yo mismo te lo he propuesto. Vamos por partes, mi querida Isabel. ¿Qué cosa apetece mas en este mundo? ¿Te admiras de mi pregunta? no importa: quiero que me hagas el gusto de contestarla.

—Tan original es tu pregunta, como difícil que yo pueda resolverla en este momento. Pero acordándome de mi situación, y de los pocos dias que me quedan de vida...

—Bien, bien: prosigue.

—Apetecería una cosa que regularmente me seria negada.

—¿Y cuál es?

—Que de cualquier modo, me llevaseis á la quinta, y que me concedieseis el placer de visitar el sepulcro de mi madre para darle el último adios.

—¡Vaya unos pensamientos tristes que te ocurren! ¿No seria mejor que se te presentára un amigo á decirte. «Albricias, Isabel, que tu padre vive!»

—¡Dios mio! ¿y seria posible?

—No: no digo yo que sea verdad; pero puede suceder sin embargo; y en este caso, ¿no seria preferible?

—¡Oh! sí, mil veces mejor; mas ¿á qué hacerme consentir en una cosa...

—Que crees muy difícil, ¿no es así? ¿y si fuese verdad? ¿y si yo pudiese enseñarte una carta...

—¡Ernesto!

—Vamos despacio, señorita; no hay que exaltarse, porque todo lo echaríamos á perder. Si yo te enseñase una carta, repito, en que se leyera: «Querida hija mia: Ahora que por una feliz casualidad he sabido de ti, al cabo de diez años que llevo de emigracion, tomo la pluma, ébrio de placer, para mandarte anticipadamente mis parabienes, porque has sobrevivido á los infortunios que arrostraron en pos de sí á mi adorada María y á nuestro pobre Carlos.»

—¡ Ah ! calla , Ernesto : si eso lo dices solo por consolarme...

—No por cierto , mi querida Isabel ; te estoy hablando con todas las venas de mi alma : esta carta ha llegado.

—¡ Oh ! á ser verdad lo que me dices...

—¿ Qué ?

—Si fuese verdad , rogaria á Dios que me prolongára la vida , aunque no fuese mas que hasta el momento de abrazarle.

—Por supuesto que le abrazarás : ¿ eso quién lo duda ? La carta hace algunos dias que se ha recibido , y tal vez á esta fecha...

—¿ Qué ? exclamó Isabel escesivamente exaltada.

Ernesto , que procuraba estudiar en su rostro la impresion que la causaba , se arrepintió de su primera idea , y dijo con frialdad.

—¿ Quién sabe si estará en camino ? porque la carta continuaba en estos términos : « Con la nueva era de libertad que se ha inaugurado en España , á consecuencia de la muerte del rey , ya sabrás , hija mia , que todos los emigrados por causas políticas , estamos autorizados para volver á nuestros hogares. Yo no lo he hecho ya , porque ese cambio de gobierno se ha verificado mientras que yo hacia un largo viaje á la India , con un buque en que consistia toda la fortuna de una casa de comercio , que ha utilizado mis servicios desde que llegué á Londres. »

—¡ Ernesto ! ¡ Ernesto !! Eso seria una felicidad superior á todas , y un crimen que me hicieses consentir en ella , para despues...

—Déjame concluir la carta que he aprendido de memoria , y luego hablaremos todo lo que tú quieras. Escúchame , porque parece que tu padre ha adivinado tus pensamientos. « En el dia , mi querida Isabel , dice la carta , me ocupo de rendir cuentas á mis gefes ; de recaudar los intereses que me he conquistado á fuerza de trabajos , y así que esto logre , volveré á tu lado para no separarnos jamás. Supongo que no solo habrás sido puesta en posesion de nuestros bienes , sino que mis amigos políticos habrán procurado indemnizarnos de los desastres que hemos sufrido , y siendo así , repararemos nuestra desolada quinta :

«aquellos jardines que eran tu encanto en otro tiempo, volverán á ser el paraíso de nuestra felicidad, y para descanso de nuestros corazones, elevaremos un templo, digno de la memoria de «las caras prendas que hemos perdido.»

—¡Oh! ¡padre mio! ¡padre mio!... exclamó Isabel con una expresión altamente religiosa, vuela, vuela á los brazos de tu pobre hija, para que no descienda al sepulcro sin ver realizada esa encantadora felicidad!

Aun no habia concluido Isabel de pronunciar estas palabras, cuando abriéndose repentinamente la puerta de la habitacion contigua, se presentó un anciano muy encanecido, en cuya fisonomía grave y aspecto marcial, reconoceríamos aun al conde Guzman.

Ernesto no pudo disimular su indignacion al ver con esta ocurrencia completamente inutilizadas todas las precauciones y recursos ingeniosos de que se habia valido, para no sorprender á la enferma, pero Guzman que no habia perdido una sola palabra de su hija, no tuvo paciencia para resistir mas, y sin prever las consecuencias, y quebrantando el precepto del doctor, se precipitó en los brazos de su hija con un entusiasmo frenético.

Isabel quiso lanzar un grito de alegría y abalanzarse tambien á los brazos de su padre; pero el grito quedó ahogado en la garganta, y la infeliz cayó inmóvil sobre la cama, víctima de un horrible accidente que la trastornó los sentidos.

—¡Señor Guzman! ¡la ha asesinado V.! dijo Ernesto sin poderse contener.

—¡Hija mia! ¡mi querida Isabel! gritaba Guzman acariciándola con ternura. Pero el accidente seguia su curso rápido: los síntomas se presentaron mas alarmantes que nunca, y en efecto, la violencia de las convulsiones, el estravismo de los ojos, y la espuma de que se la llenaba la boca, probaron á Ernesto que se trataba de un acceso mortal, imposible de combatir con los recursos de la ciencia.

En vano el acongojado esposo llamaba en su auxilio á su hija.

á sus domésticos y á la anciana tia Eduvijis, que mas prudente que Guzman, se habia abstenido de profanar el precepto que la impusiera el doctor, y en vano tambien dispuso mandar en busca de los facultativos que habian asistido á la enferma desde su salida del hospital. Todas estas personas no podian sino compadecerle, y quizá un poco mas tarde, derramar sus lágrimas al pié del lecho mortuario de la hija de Guzman.

Asi fué en efecto. En el espacio de dos horas sucediéronse varios accesos á cual mas violentos. En los cortos instantes de los primeros intervalos, Isabel parecia comprender las palabras de cuantos la rodeaban, y en medio de su agonía, afanábase por estrechar contra su corazon la mano de su padre y de su hija.

Al cabo de estos momentos de penosa incertidumbre, en que la esperanza de unos y otros habia participado de las mismas alteraciones que la enferma, Isabel quedó inmóvil como un cadáver. En esto puso la mano en su frente, y lanzó un grito de horror al encontrarla yerta como el mármol. Buscó con ansia los latidos de su corazon, y su corazon ya no palpitaba.

Desde el agitado martirio de su vida, habia pasado Isabel al tranquilo sueño de la muerte.



alegría, alimentada con el cariño de sus hijos, con la inmensa fortuna que la rodea, y con los acontecimientos que aquella época fecunda en sucesos extraordinarios, la daba materia para emplear su rara verbosidad, deleznable flaqueza que debiera tenerla escarmentada, pero que probablemente la acompañará hasta el sepulcro.

Era de oír el torrente de palabras á madama Aurora, cuando comentando los sucesos de la guerra civil, distraía la atención de sus hijos, que por respeto, tenían la virtud de escucharla con resignación sus adulteradas noticias y fastidiosas vaciedades.

Un día, como de costumbre, llegó á la tienda muy azorada, en ocasión que estaban solos Genaro y Teresa.

—¡Gran novedad, hijos míos, gran novedad! exclamó desdoblado cuidadosamente un papel impreso.

—¿Cuál es la novedad? preguntó Genaro con indiferencia, suponiendo que sería cosa de poca importancia.

—Aquí está el extraordinario que acaba de publicarse, y que los ciegos van voceando por las calles como desesperados.

—¿Y qué trae el extraordinario? ¿qué han entrado los facciosos en Bilbao?

—No.

—¿Qué han cogido prisionero á don Carlos?

—Tampoco.

—¿Qué ha muerto Zumalacárregui? Eso ya lo sabemos.

—Se acabó, Genaro, respondió madama Aurora cruzándose de brazos. Si eres tú el que tienes la palabra, nos coseremos la boca los demás.

—No por cierto; hable V., madre, hable V.: no hay que incomodarse por tan poca cosa.

—El papel que traigo aquí, no habla de política ni por soñación.

—¿Pues de qué trata entonces?

—Lee aquí: «Desgracia que ha ocurrido ayer en el hospital general de esta corte.»

—Vaya, vaya, déjeme V. trabajar madre. No me llaman la atención esas paparruchas.

—Eso es; nada te importa el que las personas vivan ó mueran.

—¿Y qué quiere V. decir con eso? ¿qué se ha muerto alguno? Dios le haya perdonado. Para eso hemos nacido.

—¡Jesus qué corazón! Parece mentira que seas hijo mio. Yo apenas he empezado á leer, y he visto que un pobre loco se ha arrojado por una ventana del hospital...

—¿Un loco? preguntó Teresa con interés.

—Sí, hija mia, lee aquí, y verás que desgracia tan horrosa.

Teresa tomó en sus manos el impreso, y leyó en alta voz:

«Un ciego demente, que hacia algunos meses estaba en la sala de locos del hospital general, logró burlar la vigilancia de los encargados de su custodia en las primeras horas de la noche de ayer.

«Consistiendo su monomanía en figurarse que era perseguido por una multitud de hombres armados, que intentaban asesinarle, corrió por espacio de algunos minutos por las desiertas galerías dando desaforados gritos. El ruido de los loqueros que le seguían para contenerle, contribuyó sin duda á alimentar la ilusión que este desgraciado se imaginaba en su frenesí. Lo cierto es que creyéndose perdido porque sus enemigos se le acercaban, se precipitó por una ventana de las que dan al patio grande, y tropezando al caer en la cornisa de piedra, se destrozó el cráneo de una manera espantosa. Dicese que su demencia databa de muchos años; pero que nunca sus accesos fueron tan furiosos, hasta que, habiendo sido descubierto cómplice en el robo que el año pasado se hizo á un diamantista de la calle Mayor...

—¿Cómo es eso, Teresa? preguntó Genaro con ansiedad.

Teresa despues de repetir las últimas palabras continuó:

«Fué sepultado en un calabozo, desde donde se le trasladó á la sala de locos, visto que su demencia era incorregible.»

Atónitos quedaron los tres personajes con esta coincidencia singular.

Cada uno fué tomando en sus manos el impreso, como si no quisieran dar crédito á su contenido, pues les parecia sin duda que era demasiado el castigo que la Prövidencia había impuesto al cómplice de Santiago el cojo.

Ignoraban que Jaime Lebrón hubiese sido el asesino de Carlos el ciego, y el que habia sembrado la desolacion en toda su virtuosa familia.



Elleida : pues , la hermosa mañana de un día levante , para llevar á cabo nuevas ideas , llegamos á la puerta de la quinta , donde recibidos muy cortésmente por un hombre de edad avanzada , que al parecer era un religioso , manifestamos francamente cual era el motivo objeto que nos conducía allí .

Breves instantes esperamos por el propietario del inmueble , padre de nuestra heroína , que era el que habíamos la quinta , pues poniendo en evidencia la inexactitud con que el vulgo interpretaba su vida retirada y silenciosa , cortó á encontrarnos con la agilidad que sus años le permitían , presentándonos á primera vista , moretones y siempre , con su mirada expresiva , su barba y cabellos blancos , y su actitud y prudencia frías .

II.

Gozoso en extremo al hallarse delante de personas que conocían la historia de su familia , nos contó curiosamente la temprana vida de sus hijos , y después de algunas lágrimas nos

ESCRIBIAMOS este libro á mediados del año 1847 , y poco después , cuando el rigor del estío hace más envidiable la frescura de la deliciosa ribera , una feliz casualidad nos llevó á una casería situada á orillas del Tajo , y próxima al parage que ocupaba la quinta de la familia de Guzman , historia triste que aun conservábamos fija en nuestra mente .

Muchas anécdotas servían de curioso entretenimiento á los habitantes de la comarca , relativas á las trágicas escenas de que en otro tiempo habia sido teatro aquel pais , que aun retenia en la memoria el nombre de Carlos el ciego , como emblema de la virtud ; y de Jaime Lebron , como tipo de la perversidad . Escitada vivamente nuestra curiosidad , al oír que la quinta de Guzman habia recobrado su antiguo esplendor , si bien ya no era habitada por una numerosa familia , y si por un veterano áspero y adusto segun unos , ó un misántropo que rehuía el trato humano , segun otros , hicimos propósito firme de no abandonar la ribera , sin intentar al menos , visitar aquellos sitios que fueron en otro tiempo mansion de una familia desventurada , cuya suerte nos habia interesado tanto .

Elejida, pues, la hermosa mañana de un dia festivo, para llevar á cabo nuestra idea, llegamos á la puerta de la quinta, donde recibidos muy cortesmente por un hombre de edad pro- vecta, que al parecer era un religioso, manifestamos francamente cual era el sencillo objeto que nos conducia allí.

Breves instantes esperamos por el beneplácito del anciano padre de nuestra heroina, que era el que habitaba la quinta, pues poniendo en evidencia la inexactitud con que el vulgo in- terpretaba su vida retirada y silenciosa, corrió á encontrarnos con la agilidad que sus años le permitian, presentándose á nues- tra vista, magestuoso y simpático, con su mirada espresiva, su barba y cabellos blancos, y su ancha y bruñida frente.

Gozoso en extremo al hallarse delante de personas que cono- cian la historia de su familia, nos tendió cariñosamente la tem- blorosa mano, y despues de enjugarse algunas lágrimas nos llevó por diferentes calles de árboles, haciéndonos advertir las alteraciones que habian sufrido los jardines, y llamándonos prin- cipalmente la atencion, en algunos parajes que encerraban algun recuerdo histórico, ya de su amante esposa, ya de sus tiernos hijos.

Conservando nosotros especial memoria de aquel hermoso sauce, que fué testigo de los dulces coloquios de los hermanos y de los amantes, y no descubriéndole á la simple vista, nos decidimos á preguntar si la destructora mano de los tiempos le habia hecho desaparecer.

El anciano entonces, haciendo una demostracion negativa, varió de direccion, y al invitarnos á que le siguiéramos, nos manifestó que aquel sauce era una de las mas preciosas reliquias de la quinta, y que por lo tanto, nos conducia al templo donde se ostentaba lleno de vida desafiando á los siglos.

Al terminar una estrecha senda de un espeso bosquecillo de arbustos, quedamos sorprendidos al descubrir una pintoresca llanura, tapizada de mil pintadas flores, que servian de alfombra á los prolongados cipreses y hermosos sauces, sobre cuyas co-

pas descubriase como suspendida en el aire, una magnífica estátua de mármol blanco, que representaba la religion.

Internados en este misterioso recinto, descubrimos clara y distintamente un precioso monumento de piedra, que desde luego se nos figuró dedicado á la memoria de alguna persona querida del anciano que nos precedia. En efecto, era un mausoleo donde reposaban las cenizas de su esposa y de su hija. El panteon destinado para la familia de Guzman.

Su forma era exágona, y los tres sarcófagos que contenia, alternaban en los frentes intermedios con vasos lacrimarios. Coronado de un cornisamento liso, presentaba una medalla encima de cada uno de los tres sarcófagos.

En una de ellas se leía el siguiente epitáfio:

« Bajo esta losa fria,
yacen en paz los restos de MARIA.

Si tú, mortal amigo,
de mi dolor testigo,
dulcificar anhelas mis dolores,
ven sus cenizas á adorar conmigo,
ven su sepulcro á coronar de flores.»

El anciano al pasar por delante de esta urna funeraria, sagrado depósito de los restos mortales de su esposa, hizo un^o humilde reverencia: dió unos pasos mas por la derecha del panteon, y mostrándonos un bello sauce de Babilonia, que cubria con sus ramas otra urna funeraria, se postró de hinojos á orar por su hija, mientras que nosotros leíamos este otro laude.

« ISABEL DE GUZMAN, que aquí reposa,
de probada virtud fué raro ejemplo.

Su tumba silenciosa,
te dice, alma piadosa,
que es de una mártir el sagrado templo.»

Después de unos instantes, el anciano se levantó del suelo, y continuó dando la vuelta al panteón.

Al llegar á la tercera urna funeraria, se arrodilló también; pero el medallón que había de servir de laude, estaba en blanco, y la sepultura vacía.

El padre de Isabel, había mandado preparar su tumba al mismo tiempo que mandó construir la de su esposa y la de su hija.

Embargados del profundo y religioso sentimiento que nos había infundido tan venerando santuario, nos sorprendió el religioso que nos abrió las puertas de la quinta.

—Señor... le dijo al anciano. Acaban de llegar en este momento: esperan en el palacio.

—¡Ola! exclamó Guzman con una expresión de alegría. Ya no me acordaba que hoy era domingo, y que mis nietos vendrían á rendir su acostumbrado tributo á mi vejez. ¿Quién viene con ellos, mi querido Agustín?

—Nadie más que los dos esposos: la señorita Geneveva, y el señorito Arturo.

Al oír estos tres nombres, fácilmente nos ocurrió que Agustín sería el antiguo mayordomo de la quinta: Geneveva, la hermosa niña de Ernesto y de Isabel, y su esposo, Arturo, el hijo de Guillermo y de Matilde.

—¿Pues y el padre de Geneveva? preguntó Guzman con impaciencia.

—Parece ser, respondió Agustín, que continúa postrado en cama, más débil y enfermizo que nunca, y que por esta razón no le ha sido posible acompañar al joven matrimonio.

—¡Pobre Ernesto! exclamó el anciano cruzando las manos. ¡Cuánto ha sufrido también!...

Esto diciendo, emprendimos el camino del palacio. Guzman nos hizo las más generosas instancias para obligarnos á quedar en él, pero nosotros, tanto por no abusar de su generosidad, cuanto por haber satisfecho cumplidamente nuestro deseo, nos

retiramos á la casería , asegurándole nuestra perpétua memoria.

Hicimos propósito al mismo tiempo, de tributarle un público testimonio de respeto y admiracion , y asi lo cumplimos en justo obsequio del que , renunciando á cuantas distinciones y honores se hiciera acreedor por sus padecimientos en defensa de la causa de la libertad de su patria , ha preferido consagrar sus dias á honrar la memoria de su esposa y de su hija.

FIN.

FIN.

PRIMERA PARTE.



(Faint, illegible text, likely a table of contents or index, visible through the paper.)

reclamamos a la corteza; asegurándonos nuestra respectiva memoria.
 Hemos propuesto al mismo tiempo, de admitir en público
 testimonio de respeto y admiración; y así lo cumplimos en las
 to oscaros del día. Transcurrido a ciertas distancias y ho-
 nos se hicieron sucesos por sus padecimientos en obsequio de la
 causa de la libertad de su patria, ha preferido consagrar sus días
 a honrar la memoria de su esposa y de su hijo.

Entregados del pueblo y algunos de sus amigos, y algunos de sus
 hijos, se hicieron con el mismo objeto, en obsequio de la
 causa que nos ocupa en este momento.

— Señor... le he traído a usted un regalo en este mo-
 mento: es un retrato.

— ¡Oh! ¿cómo le ha gustado? ¿para expresarle alegría? Yo se-
 ñor acordaba a los días de mi infancia, y me acordaba un



— Señor... le he traído a usted un regalo en este mo-
 mento: es un retrato.

— Señor... le he traído a usted un regalo en este mo-
 mento: es un retrato.

— Señor... le he traído a usted un regalo en este mo-
 mento: es un retrato.

— Señor... le he traído a usted un regalo en este mo-
 mento: es un retrato.

— Señor... le he traído a usted un regalo en este mo-
 mento: es un retrato.

— Señor... le he traído a usted un regalo en este mo-
 mento: es un retrato.

205	La casa	XVIII
215	El golpe maestro	XIX
218	La penitencia en el pecado	XX
220	La guerra de Lepón	XXI

SEGUNDA PARTE.

INDICE.

Capítulos.	Páginas.
Introducción	6
I. Isabel y Carlos	9
II. El día de San Vicente	17
III. Isabel á Matilde	27
IV. Al pié del sauce	33
V. Tentativa	43
VI. Correspondencia	49
VII. Rompimiento	65
VIII. Precauciones	73
IX. El cobarde osado	83
X. La lógia	93
XI. La partida del tambor	97
XII. La primer tarde en el Bierzo	107
XIII. Conjuracion	121
XIV. La anacreóntica	129
XV. El álbum	141
XVI. El ciego y el doctor	173
XVII. El secuestro	187

XVIII.	La cita	203
XIX.	Un golpe maestro.	215
XX.	La penitencia en el pecado.	219
XXI.	Venganza de Lebron.	229

SEGUNDA PARTE.

Capítulos.	Páginas.
I. Diez años después.	235
II. Madama Aurora Bonnavet.	243
III. La tarjeta.	250
IV. Un secreto inviolable.	263
V. Dos amigos y dos amantes.	279
VI. Recuerdos.	297
VII. Otra prueba mas.	311
VIII. Del palacio y de la tienda.	323
IX. El arca de hierro.	339
X. El aderezo de brillantes.	353
XI. La madre y la hija.	367
XII. La casa del Sagrario.	379
XIII. Lázaro el ciego.	389
XIV. La epiléptica.	399
XV. Un precepto quebrantado.	415

Epilogo.

I.	425
II.	429
III.	433
IV.	437
V.	441
VI.	445
VII.	449
VIII.	453
IX.	457
X.	461
XI.	465
XII.	469
XIII.	473
XIV.	477
XV.	481
XVI.	485
XVII.	489
XVIII.	493
XIX.	497
XX.	501
XXI.	505
XXII.	509
XXIII.	513
XXIV.	517
XXV.	521
XXVI.	525
XXVII.	529
XXVIII.	533
XXIX.	537
XXX.	541
XXXI.	545
XXXII.	549
XXXIII.	553
XXXIV.	557
XXXV.	561
XXXVI.	565
XXXVII.	569
XXXVIII.	573
XXXIX.	577
XL.	581
XLI.	585
XLII.	589
XLIII.	593
XLIV.	597
XLV.	601
XLVI.	605
XLVII.	609
XLVIII.	613
XLIX.	617
L.	621

ERRATAS.

Páginas.	Líneas.	Dice.	Léase.
17	17	Luisa.	Isabel.
20	20	arena.	aura.
20	27	jazmin.	jardin.
87	23	pue.	que.
111	13	ocuparian.	ocuparán.
116	22	institucion.	instruccion.
116	27	Empenzaré	Empezaré.
123	27	habian.	habian.
134	16	ya.	yo.
137	10	Este es el todo.	Este es todo.
148	25	un.	su
189	5	eso.	ese.
220	10	con la mayor.	con mayor.
232	29	espantatado.	espantado.
273	24	las.	los.
323	1	COOVIOE.	CONVIENE.
325	28	una hormana.	un hermano.
326	12 y 13	trampa.	trama.
362	3	voy.	soy.
381	33	saliendo.	subiendo.

1.	El primer libro	100
2.	El segundo libro	105
3.	El tercer libro	110
4.	El cuarto libro	115

TERCERA PARTE

I.	El primer libro	100
II.	El segundo libro	105
III.	El tercer libro	110
IV.	El cuarto libro	115
V.	El quinto libro	120
VI.	El sexto libro	125
VII.	El séptimo libro	130
VIII.	El octavo libro	135
IX.	El noveno libro	140
X.	El décimo libro	145

ERRATA

	Línea.	Dice.	Debe.	Páginas.
		luzes	17	17
		arroz	26	20
		jarfín	27	20
		que	23	27
		ocupar	43	111
		instrucción	22	116
		Imperato	27	116
		habian	27	122
		ya	16	124
		Esto es todo	16	127
		un	28	128
		220	2	129
		con la mayor	10	220
		españolado	20	222
		los	24	223
		Govior	1	223
		un hermano	28	225
		trama	12 y 13	226
		roy	2	229
		sabiendo	23	231



ISABEL
DE
GUZMAN

DIPUTACIÓN

PROVINCIAL

6283